Table of Contents

El viento derruido

capítulo i

el aire en las retamas

la música de un mundo

la dehesa infinita

el viejo tren de plomo

Capítulo II

lA LENGUA DE LOS PASTORES

el desembarco de bibiana

los días del verano

la luz de la pobreza

los viajes en burra

la música de los pucheros

el tiempo de las katiuskas

Capítulo III

LA LUZ DE LOS CARBONEROS

un sagrado recogimiento

el camino de las luciérnagas

las casitas del viñón

el horno del calerín

el traje de la comunión

los primeros zapatos

la visita de los rojos

las campanas fantasmas

la gata en el saco

Capítulo IV

LA VOZ DE LA LLUVIA

Table of Contents

El viento derruido

capítulo i

el aire en las retamas

la música de un mundo

la dehesa infinita

el viejo tren de plomo

Capítulo II

lA LENGUA DE LOS PASTORES

el desembarco de bibiana

los días del verano

la luz de la pobreza

los viajes en burra

la música de los pucheros

el tiempo de las katiuskas

Capítulo III

LA LUZ DE LOS CARBONEROS

un sagrado recogimiento

el camino de las luciérnagas

las casitas del viñón

el horno del calerín

el traje de la comunión

los primeros zapatos

la visita de los rojos

las campanas fantasmas

la gata en el saco

Capítulo IV

LA VOZ DE LA LLUVIA

Table of Contents

El viento derruido

capítulo i

el aire en las retamas

la música de un mundo

la dehesa infinita

el viejo tren de plomo

Capítulo II

lA LENGUA DE LOS PASTORES

el desembarco de bibiana

los días del verano

la luz de la pobreza

los viajes en burra

la música de los pucheros

el tiempo de las katiuskas

Capítulo III

LA LUZ DE LOS CARBONEROS

un sagrado recogimiento

el camino de las luciérnagas

las casitas del viñón

el horno del calerín

el traje de la comunión

los primeros zapatos

la visita de los rojos

las campanas fantasmas

la gata en el saco

Capítulo IV

LA VOZ DE LA LLUVIA

la cruz del cerrillo

el bosque animado

el don de las cabañuelas

la oración de las culebrillas

la recitadora de versos

Capítulo V

EL LABRADOR DE LA MELANCOLÍA

los surcos de la ladera

el embrujo de marifé

el viento de la guerra

la huella de un maestro

la tecnificación agrícola

la afición taurina

días de fútbol, tardes de cirios y noches de saxofones

lección de gastronomía

la mujer segadora

Capítulo VI

EL SENDERO DE LAS LAVANDERAS

la luz de la zarza

la luz de la encrucijada

la huerta de zarcero

jabón de sosa

la casa encendida

secretos de cocina

la finca el peralejo

la dulzura del arrope

Capítulo VII

LOS OJOS DEL EMIGRANTE

la lechera de fátima

el aroma del pan

parábolas de la mili y de alemania

la música de las bodas

los días del esquilo

Capítulo VIII

LA NORIA DE LOS DÍAS

la huerta de «cartones»

el recuerdo de antonio mansilla

el carro de encina

el sudor de los pozos

el secreto de los cangilones

las míticas chumberas

Capítulo IX

EL ALMA DE LAS PIEDRAS

la hoja de higuera

la sombra de la benemérita

el dolor del granito

las señales del hambre

el tiempo de los amoríos

el olor de la dinamita

la casa abandonada

A Bernardino López Gómez,

que aún sigue viviendo en la luz del Verdinal

Era la hora en que los niños juegan en las calles

de todos los pueblos, llenando con sus gritos la tarde.

Cuando aún las paredes negras reflejan la luz amarilla del sol

Juan Rulfo

Un libro lleno de libros

Este libro es muchos libros a la vez. Es ensayo porque se trata de una reflexión sobre la desaparición de una forma de vida, la rural, de la que forma parte el autor. Es novela porque cuenta cientos de historias entrecruzadas. Es poesía por su lenguaje, que está lleno de metáforas y de imágenes, así como de una musicalidad profunda. Y hasta es crónica periodística, porque relata la vida actual de un valle, el de Los Pedroches, en Andalucía, que continúa su transcurrir cotidiano a pesar de todo.

Alejandro López Andrada, cuya trayectoria literaria es de sobra conocida, así como su fidelidad a la comarca en que nació y en la que ha vivido toda su vida, ha querido plasmar en este libro todas sus ilusiones y remembranzas, todos sus sueños y pensamientos de esa cultura que tanto ama. Al contrario que otros escritores, que olvidan su pasado y su memoria en cuanto pueden, incluso reniegan de sus orígenes, López Andrada ha hecho de su fidelidad a éstos la sustancia misma de su literatura. Por eso, todos sus libros participan de la misma condición telúrica (nostálgica, puede decirse también) y, por eso, en éste reflexiona, como si fuera una especie de poética, sobre los temas que le ocupan y obsesionan desde siempre. Esto es: el paso del tiempo, la Naturaleza, las pérdidas del olvido, las de la memoria misma, la despoblación del campo, el aislamiento, el dolor, la muerte… Temas universales en la literatura, pero que a veces algunos creen, por interés o por ignorancia, pasados de moda o inoportunos.

Por todo ello, este libro, que es una purga del corazón de su autor al estilo en que definía una de sus novelas Camilo José Cela, ha de ser entendido y leído como eso: como una purga del corazón, como un tratado de la melancolía, como una búsqueda de la razón por la que alguien, el autor en este caso, entiende que su memoria no es sólo la memoria de su vida y la de los suyos, sino también la de todo un mundo que él conoció todavía en pie y que ha visto desmoronarse frente a sus ojos hasta quedar convertido casi en un montón de ruinas y recuerdos. Sobre ellos, sobre su desolación y sobre su magia, alzado sobre sus restos como un náufrago o un último superviviente de una guerra silenciosa y ya acabada, Alejandro López Andrada recapitula y hace memoria, sopesa, pesa, valora, hace balance y arqueo poéticos de lo que se perdió y se salvó de aquélla, de lo que merece la pena recordar y lo que no, de lo que habría que preservar de la erosión del paso del tiempo y de lo que, por el contrario, merece la pena que se pierda y se olvide para siempre. Y todo ello lo hace desde una óptica,

la ensayística, que no le impide ocultar su impronta de narrador, ni, especialmente, su visión poética, que tales nervios coinciden, y de manera muy original a veces, tanto en el estilo del autor del texto como en la propia esencia de éste. Y es que en Alejandro López Andrada, como en todos los escritores de verdad, es imposible decir dónde acaba el poeta y dónde empieza el novelista, dónde comienza el ensayista y dónde el memorialista. Estamos, pues, ante un libro que es literatura pura, literatura hecha de dolor y amor, de melancolía y pena, de nostalgia y de amor a un mundo que el viento del progreso ha derruido poco a poco, pero que forma parte de todos nosotros.

JULIO LLAMAZARES

capítulo i

el aire en las retamas

la música de un mundo

La memoria de un pueblo no reside en su materia: en la cal y en las piedras de sus casas y edificios, sino, más bien, en los hechos y las palabras, en el alma de las personas que lo habitan, incluso en aquéllas que en otro tiempo lo habitaron y, a pesar de estar lejos de él, aún lo recuerdan de una manera auténtica y profunda. La vida en el medio rural, en los últimos tiempos, es un sucedáneo de lo que antaño fue y ha acabado perdiendo su carácter más genuino: su folclore esencial, sus costumbres, sus raíces; pero quienes antaño vivieron en ese mundo y regresan al pueblo después de varias décadas vuelven a percibir la luz de entonces, el mismo fulgor que tuvo en otra época, aunque el paso del tiempo lo haya transformado y sus gentes y sus calles ya no sean las mismas.

La muerte de un pueblo simboliza la de otros; al final todos mueren de un modo parecido: familias que salen en busca de trabajo, casas cerradas que van descomponiéndose, paredes agrietadas, campanas tocando a difunto... En cualquier lugar apartado del país viene sucediendo así desde hace décadas, sin que nada ni nadie pueda remediarlo: la despoblación es un hecho real, tangible. La España rural va desapareciendo a un ritmo trágico, de una manera lenta, irremisible, y de su presencia apenas quedan ya señales, efímeras huellas que la acerquen a la imagen de pureza ancestral que, en otro tiempo, tuvo. Los pueblos se mueren como se mueren las personas; se les va arrugando el espíritu despacio y se va apoderando de ellos la tristeza, ese rictus que llena de escombros la mirada y deja en el aire un rumor de musgo y líquenes que se incrusta en las casas, en los tejados derrumbados, en las viejas estancias donde hoy mora un lento olvido.

Estamos asistiendo, o quizá acabamos de asistir, a la desaparición irreversible de un modo de vida que, hasta no hace mucho tiempo, dio forma y sentido a espacios singulares que, antaño, gozaron de un particular bullicio hoy ahogados entre zarzas y sombras vespertinas; lugares en los que ayer brilló la cal y hoy se amontonan costras de dolor. Lo podemos observar en muchos rincones del país: la población rural sigue envejeciendo y los jóvenes, hoy más que nunca, huyen del pueblo e instalan, si pueden, en la urbe su futuro: un porvenir de asfalto y de hormigón donde el vértigo ha sustituido a la lentitud y el silencio es violado y roto por el ruido. No obstante, como contrapunto a ese ocre éxodo, hay millones de almas que todavía permanecen voluntariamente en pueblos muy pequeños y, por muchos motivos, se resisten a abandonarlos; son personas atadas al ciclo de las estaciones

y al transcurrir de un tiempo lento y puro. Aunque quizá el urbanita no lo entienda, la vida en el mundo rural tiene su música: el petirrojo escondido en el zarzal, el dolor de la noria al atardecer regando el huerto, el ladrido del perro, el rumor del viento en los corrales, el ronroneo del gato en la bodega mientras resbala la lluvia en las paredes de la tarde en silencio como una profecía. Todo ocurre en el pueblo a un ritmo tan lento y sosegado que el paso del tiempo, a veces, resulta imperceptible.

Es un hecho palpable la agonía del mundo rural. En el norte, en el sur, en el este y el oeste de nuestro país hay despoblación. Sin embargo, en algunas regiones es más notable y, en consecuencia, su huella es más visible. El viajero atento que cruce el paisaje de Castilla (sobre todo en algunas zonas), observará pueblos abandonados en el silencio y percibirá el temblor de la pobreza hundida en los campos yermos y doloridos, sin apenas otros vestigios de labranza que no sean raquíticos campos de centeno como sábanas viejas que el aire ondula en la llanura. Lo que más impresiona es la profunda soledad, una soledad limpia, aséptica, sonora, que se te queda adherida a las entrañas. El paisaje, tan triste, vacío y solitario, acosa al viajero, lo absorbe y fagocita. Uno mira a lo lejos y parpadea el horizonte reverberando en la cima de los cerros, esbozando a lo lejos una línea fantasmal de casas caídas y umbríos paredones de un espacio rural custodiado por la nieve y el insobornable espíritu del frío. Este es el paisaje gris, desolador, que se observa en algunos lugares de León, de Zamora y de Soria, y en otros rincones abandonados por la mano del hombre al norte de la península.

Pero la despoblación —ocráceas huellas de una cultura rural casi sepulta— no se da solamente en el norte: también en el sur se manifiesta con toda su crudeza; sobre todo en aquellos rincones de Andalucía donde ésta se hace más sobria, más oscura, y pierde su ángulo aflamencado y tópico: trajes de faralaes, guitarras lánguidas, albero de feria y melifluas romerías. El territorio andaluz, desde hace siglos, está lleno de múltiples espacios paralelos que, a pesar de quedar muy cerca unos de otros, en ningún momento llegan a encontrarse. Su paisaje rural es caleidoscópico y está lleno de ritos y folclores muy distintos.

Dentro del Sur hay varias Andalucías. Ninguna provincia del Sur se parece a otra. Y esto mismo suele ocurrir con las comarcas: cada una tiene una atmósfera genuina que marca, sin duda, el carácter de sus gentes. Sin ir más lejos, en Córdoba, por ejemplo, hay dos modos de ser y vivir casi antagónicos: los cordobeses del norte, Los Pedroches, nada tienen que ver con los del sur, de la Campiña. Cada

zona geográfica tiene un aire peculiar, y no sólo influye que la tierra sea muy pobre y yazga olvidada desde tiempos ya pretéritos o que, al contrario, sea rica y muy fructífera —lo que, por supuesto, es fundamental—, sino que una de ellas se halle traspasada en gran proporción por el virus del desánimo que inoculó en su gente el abandono al que, hace decenios, estuvo sometida, y, al contrario, la otra se caracterice por el ánimo y la ilusión de sus vecinos, mejor atendidos desde hace mucho, antes ya de la guerra, por los estamentos públicos. Hay una Andalucía triste y otra alegre. La primera se ve claramente en Los Pedroches; una de las zonas más pobres del país, aislada del mundo hasta hace poco tiempo, que, no obstante, es una comarca virginal con una de las dehesas más bellas de Europa: un paisaje sobrio, llano, horizontal, sembrado de encinas y armónicas choperas, que aún sigue llorando la ausencia de sus hijos, que antaño emigraron a otras regiones del país, y en muchos casos también a otros países, Alemania, Suiza y Bélgica entre otros, buscando el futuro que nunca hallaron en los contornos de una tierra a caballo entre la indolencia y el olvido.

la dehesa infinita

Los Pedroches es aún una tierra por descubrir: en su ameno paisaje de encinares milenarios flota una pertinaz desolación que lo hace entrañable en su soledad genuina. Es una tierra mítica de pastores en la que confluyen tres regiones y tres provincias que, en sus lindes, comulgan de un folclore parecido y de un modo de ser sencillo, humilde y sobrio que, a pesar de su antiguo aislamiento, las acerca y aunando sus características, las define y las esencializa en un universo propio que, en el caso de los Pedroches, se traduce, debido al carácter apacible de sus gentes, en una comarca arraigada en el pasado que tiene, no obstante, raíces en un futuro que pudo llegar y, al día de hoy, aún no ha llegado por mucho que algunos deseen camuflarlo con un envoltorio turístico de cartón piedra. En mi tierra natal aún permanece el abandono. Es en esta zona, aislada en otro tiempo de los centros neurálgicos más poderosos del país, donde quiero centrar las coordenadas de este libro.

La comarca de Los Pedroches tiene pueblos por los que, en apariencia, aún no ha pasado el tiempo. Es una tierra pobre, pero hermosa, en la que se besan y rozan tres comarcas: Los Pedroches, la Serena y el Valle de Alcudia. En este lugar dragado por la ausencia, se puede beber la luz de una cultura conservada en algunos casos, a duras penas, por un puñado de ancianos que aún se niegan a dejar morir la voz de sus ancestros, cultivando una sabiduría intemporal y, a la vez, transmitiéndola a su modo, como pueden, aun siendo conscientes de que el olvido ha de vencer —si no lo ha hecho ya— su mítico legado: un modo de ser y de estar dentro del mundo que, en los últimos tiempos, ya no se valora como quizá en el fondo se merece.

Cada vez que en el pueblo lloran las campanas y vibra en el aire un duelo de difuntos, soy consciente, enseguida, de que ha muerto algún anciano y, con ello, se quiebra un tenue cordón umbilical que me ataba a otro tiempo, al fulgor de aquellos días donde muchas siluetas hoy decrépitas, encorvadas, eran las voces calladas de una tierra de casas de adobe y chozas de lentisco donde moraba mi infancia entre crepúsculos. Hablo de los pastores y los porqueros: humildísimos reyes en el corazón de una dehesa que se pierde en un horizonte adormecido sobre un mar de plomo en el que flotan campanarios, colinas muy suaves, torreones, encinas, chopos, fornidas paredes de cuarzo y de granito sobre las que se eternizan los inviernos y deja sus sombras erráticas el estío más desolado y frágil del planeta.

Aunque poco, la vida aquí se ha transformado, de alguna manera,

en las dos décadas últimas. Hoy no son los pastores, y aún menos los porqueros, tampoco lo son, por fortuna, los labriegos, ni los hortelanos, o los esquiladores, lo que fueron entonces, en aquellos años difíciles. Recuerdo aquel mundo de aire medieval, donde el rumor de los carros de madera y el piafar de las bestias (sus cascos vibrando en los adoquines) revestían la atmósfera de un dolor rudimentario, envolviendo mi barrio natal, paradójicamente, de una capa de luz tierna y delicada, de alguna manera no exenta de poesía, aun reconociendo su descomunal dureza.

Como un viejo tumor de tierra pobre, abandonada en el Finisterre gris de Andalucía, esta zona quedaba hasta hace no mucho a contramano, sola e incomunicada. Para ir a Córdoba había que tomar una carretera estrecha y serpenteante, llena de curvas, en la que los autocares de aquel tiempo —todos quejumbrosos, lentos, agonizantes — empleaban casi dos horas de viaje. De mi pueblo a la capital había ochenta kilómetros. Y tuvo que suceder una muerte trágica (la del torero Francisco Rivera, Paquirri, que murió mientras le trasladaban desde Pozoblanco, en septiembre de 1984, hacia la capital de la provincia) para que se adecentara una vía pública —llamar carretera a aquello sería exagerado— a través de una sierra abrupta y solitaria.

En aquellos tiempos había una barrera infranqueable entre el ambiente rural y el ambiente urbano: a comienzos de la década de los sesenta, por las calles y las plazas de mi pueblo diariamente transitaban no más de una docena de automóviles y, sin embargo, existían muchos carros, más de un centenar, y cuatro tractores muy rudimentarios que ayudaban a aligerar las faenas agrícolas, preludiando, es verdad, lo que llegaría más tarde: la tecnificación de la agricultura.

Había bicicletas, muchas bicicletas, y motocicletas de pequeña cilindrada que eran utilizadas, sobre todo, por varios picapedreros taciturnos que, mordidos por la canícula o el frío, trabajaban sin pausa en viejas canteras de granito, casi todas ellas ubicadas hacia el oeste, en dirección de Hinojosa y Fuente la Lancha. Allí el paisaje era más suave y el encinar perdía la espesura de otros rincones, mucho más agrestes. Recuerdo el rumor de las bicicletas abriendo los senderos humildes y sinuosos del Lanchar (un arroyo muy ameno escoltado de alamedas) y la luz cosiendo el alegre petardeo de las motocicletas, aún muy básicas, dirigiéndose a las canteras. Durante unos años, poco antes de que los coches dejaran de ser artículos de lujo, las vespas y las motocicletas fueron reinas en las sendas rurales más próximas a mi pueblo. Este medio de transporte (vespas y motos) era utilizado también por los mineros que se desplazaban al pozo de las Morras, a

unos siete kilómetros de donde nací, una mina que, entonces, aún no agonizaba. Los Pedroches era, todavía, zona minera: tenía pozos importantes de blenda y galena argentífera (como el que señalé unas líneas antes) y otras minas afamadas de barita y de bismuto; ubicadas éstas últimas al pie de Pozoblanco: ya entonces el pueblo mayor de la comarca y centro económico hoy día de una zona donde la despoblación campa a sus anchas y si no se remedia, algo que no es fácil, acabará sumiendo a esta comarca de aquí a medio siglo en un desierto fantasmal.

el viejo tren de plomo

Hasta hace no mucho, poco más de cuatro décadas, en esta tierra apartada por desgracia de los centros industriales neurálgicos del país, aunque hoy parezca mentira, silbó un tren. Para transportar el fruto obtenido de las minas existía, por entonces, un ferrocarril de vía estrecha que aprovechaban también muchos viajeros y comunicaba esta zona, por el suroeste, con la vecina comarca del Guadiato (emporio minero del norte de la provincia) y, por el lado contrario, el noreste, enlazaba con otra zona también minera: el Valle de Alcudia, al sur de Ciudad Real, cuyo pueblo más grande era Puertollano, en aquella edad un núcleo urbano importantísimo que, a nivel industrial, hoy se halla en decadencia y es sólo una sombra de lo que antaño fue.

Las carreteras de los Pedroches eran difíciles, sin señalizar, casi todas intransitables: si llegar hasta Córdoba, capital de la provincia, era una gesta heroica, casi épica, conectar en coche con la provincia de Badajoz (el límite provincial queda muy cerca, a apenas cuarenta kilómetros de mi pueblo) resultaba una empresa casi irrealizable: la carretera, al salir de la comarca, se transformaba en un dédalo de curvas que entorpecían el viaje y lo alargaban de un modo asfixiante, haciéndolo imposible. Algo así sucedía en la ¿nacional? que enlazaba con la provincia de Ciudad Real; desde Santa Eufemia —último rincón de los Pedroches por el ángulo norte— a Almadén, localidad famosa en el mundo por sus minas de mercurio, había veintitantos kilómetros de asfalto, pero la ruta estaba intransitable y llegar hasta allí era una odisea.

Es un hecho, por tanto, que la comarca estaba aislada: por el norte, el sur, el este y el oeste. Esto contribuyó, también es cierto, a que su cultura autóctona rural se diferenciase en todos los aspectos de las de otras comarcas andaluzas más famosas y menos rozadas, también, por el olvido: la cultura de los Pedroches, por entonces, tenía un cierto aire manchego y extremeño, algo que, hasta hace muy poco, ha conservado en la construcción de las casas, en su folclore, en su modo de ser y en la gastronomía.

No obstante, lo que hemos ganado últimamente en el desarrollo de ciertas infraestructuras (las carreteras de ahora son aceptables: el viaje a Córdoba se hace en menos de una hora) lo hemos perdido en el plano inmaterial; hemos ido minando el folclore de la zona y las huellas genuinas de nuestras más hondas raíces. Es un espejismo pensar, lógicamente, que la vida de hoy tiene cualquier similitud con la que hubo en los años de posguerra. Las carreteras de entonces

destacaban por su abundancia de baches y socavones, y viajar, por ejemplo, desde mi pueblo a Pozoblanco (una distancia de apenas once kilómetros) era más cómodo y fácil hacerlo en tren. La estación, ubicada al pie de los Ventorros, una pedanía cercana a Alcaracejos, estaba muy concurrida diariamente. También eran frecuentes los viajes a Puertollano, y había mucha gente que aprovechaba el ferrocarril para viajar desde aquí a Ciudad Real y de allí, en otro tren, a la capital de España.

El ferrocarril, aunque estrecho y monolítico, era un motor económico en la zona: ayudaba a sacar el mineral de la comarca (galena, plata, barita, algo de bismuto), y a transportar ovejas, cerdos, vacas, chivos, además de carbón, picón y leña de encina. Pero un día el ferrocarril fue clausurado; ocurrió a finales ya de los sesenta, cuando se empezaba a hablar de desarrollismo y las huellas de un régimen duro y opresor comenzaban a desvanecerse tibiamente, siendo sustituido el tono gris por los azules sutiles de Marbella, donde empezaron ya a desembarcar suecas monumentales de amplias curvas y senos ampulosos apenas cubiertos muchas veces por la levedad gozosa de un bikini que invitaba a la ensoñación y la concupiscencia.

Si el estío en las playas era de un tono azul celeste, los veranos del pueblo tenían el color de las albercas (un tono verdoso, sucio y purulento), pero lo alegraba el oro de los trigos subidos en los carros del atardecer cuando éstos volvían cargados de las eras dejando en el aire del pueblo un rumor cálido. La cultura rural estaba en su apogeo: las calles, al anochecer, cuando el estío, se animaban con la alegría de los vecinos que solían reunirse en las puertas de las casas, haciendo corrillos, sentados en sillas de anea, para comentar incidencias sucedidas a lo largo del día recién clausurado e hilvanar recuerdos y anécdotas vividas muchos años atrás, evocando con frecuencia sucesos entrañables de vecinos ya difuntos, hermanando así el mundo de los vivos con el de los muertos, que de alguna manera no se iban del todo y seguían como antaño al pie de los presentes que, a través de su voz, a diario los resucitaban.

Los muertos estaban muy cerca, junto a casa, en un cementerio próximo a la ermita de la Virgen de Guía (patrona de mi pueblo y de otros cuatro más de la comarca). Todo aquel que moría seguía presente entre los vivos; sin embargo, quien emigraba a la ciudad en busca de un porvenir quedaba lejos: cuando alguien se iba del pueblo a buscar trabajo se llevaba tras sí, a hombros de su despedida, voces, raíces, silencios, y muchas lágrimas. Recuerdo las despedidas de los emigrantes: era un agrietarse despacio el corazón, un sentir en los ojos larvas de silencio y ortigas brotando en mitad de los pulmones.

Cuando alguien se iba del pueblo, moríamos un poco, todos nos arrugábamos interiormente y era como si de pronto en nuestra sangre, por la oquedad del dolor que nos abría, se adentrasen lechuzas, cuervos, urracas, autillos, búhos, y ese dolor por el que se iba a otro sitio nos solidarizaba con su estado, llegando a sentir su desvalimiento íntimo como si fuera en ese instante nuestro.

El alma de la vecindad se oscurecía cada vez que emigraba alguna familia de mi calle. En apenas diez años (de 1965 a 1975), debido al zarpazo de la emigración mi pueblo perdió la mitad de sus vecinos. Multitud de casas caídas, o abandonadas, hoy dan testimonio del apagamiento súbito de un núcleo rural que, a pesar de quedar lejos de la capital de provincia, en otro tiempo llegó a disfrutar de una edad de vacas gordas, debido precisamente al esplendor de unas minas de plomo y plata muy importantes que, a principios de los 60, tristemente, por distintos motivos hubieron de cerrar condenando al pueblo a una lenta decadencia que, en la época actual, aún sigue preocupando: de las 5.000 almas que tuvo el pueblo en la posguerra ha pasado a tener apenas 1.600, lo cual da una idea de la emigración sufrida.

Yo viví, por desgracia, el inicio de aquel éxodo que, a través de los años, ha seguido acrecentándose. La despoblación, ahora lo sé, tenía un sonido, y lo sigue teniendo aún, nada ha cambiado: el del aire invernal silbando en las retamas que escoltaban el viejo camino de las Morras unos meses después de que las minas se cerraran. Por aquel camino fue creciendo el abandono, la soledad salvaje, la tristeza, y el paisaje enseguida comenzó a desdibujarse, y se fue deshaciendo, y también decolorándose como esos retratos de fin de siglo en sepia olvidados en un viejo arcón lleno de mugre que uno vuelve a encontrar casualmente un día de otoño, cuando ya ni siquiera eran recordados. Uno mira el paisaje, hoy día, de las minas, la herida rural de las casas abandonadas, y, si cierra los ojos, oye voces, bisbiseos, que parecen brotar insomnes de las piedras, de los muros caídos, sumidos entre lentiscos, rosales silvestres y altísimos jarales. Pero nadie se acerca a pasear por este sitio. Sólo el viento lo cruza lento, derruido, levantando murmullos en torno a las retamas.

Capítulo II

el desembarco de bibiana

A finales de 1958, cuando en las viejas minas de las Morras afloraban las últimas vetas de galena y no estaba lejano su definitivo cierre, un carro atestado de muebles irrumpía en las calles apacibles y tranquilas de Villanueva del Duque. El convoy venía de la antigua estación de tren que distaba kilómetro y medio de mi pueblo (una estación ya desaparecida) y transportaba las pocas pertenencias de una sencilla familia de pastores procedente de Peñarroya–Pueblonuevo, una localidad también minera que empezaba a sufrir un leve declive económico que, unos años más tarde, iba a agudizarse derrumbando en muy poco tiempo su futuro e impregnando el lugar de un halo decadente que no ha cesado aún hasta el día de hoy.

Si Peñarroya empezaba a decaer, Villanueva del Duque estaba entonces muy poblado (aún había en su padrón censados cinco mil nombres) y flotaba en sus calles un cierto aroma de optimismo o bonanza industrial que duraría unos años. Todavía trabajaba en las minas de las Morras un centenar y pico de mineros. Aquel día, no había entrado aún el turno último (la sirena de un nuevo relevo no había sonado) y, por todas las calles y plazas del núcleo urbano, se notaba un revuelo de bicis y borriquillas que partían del pueblo en dirección a San Gregorio: una ermita ya en ruinas ubicada en el lado sur, a la que se llegaba por una cuesta empinadísima que los mineros subían jadeando.

Detrás de la ermita, estaban las minas de los Poles; algo más allá, El Soldado, y, a cuatro kilómetros, situada junto al nacimiento del río Cuzna, sobre una colina, estaba la mina de las Morras: la torre del pozo flotaba en la distancia como una espiga de sueño y de oligisto erguida sobre una espesura de retamas que la luz del otoño endulzaba de un fulgor parecido en su tono al de la calcopirita, un mineral no extraño en estas tierras. Las minas, no obstante, eran de plomo y plata, y de esto primero daban más que de lo último.

Los mineros subían hacia San Gregorio como hormigas; algunos tenían que bajar de sus bicicletas y hacer el trayecto a pie. Dolía el cansancio, pues subir la empinada cuesta derrotaba a todo aquel que se atreviera a hacerlo. Era un atardecer frío de diciembre y sobre las mansas colinas del oeste, donde el ocaso abrazaba la dehesa, un resplandor muy sobrio, amoratado, preludiaba la fiesta de la Navidad. En el barrio del Verdinal —un barrio obrero— había un trasiego de bestias de labranza y de agricultores que volvían, cansados ya, de su cotidiano faenar en los campos próximos. Apuraban las dóciles bestias

el agua añil del pilón situado junto al pozo Verdinal. Los labriegos sacaban del pozo con calderos la luz muerta del sol fundida con el agua. Titilaban las luces primeras en las esquinas y los niños correteaban de un lado a otro jugando a la mocha, al toro la mano, o a hilo negro.

El carro atestado de muebles se detuvo a sólo unos metros del pozo anochecido y bajaron de él un hombre, una mujer y dos niños pequeños: la familia de Bibiana (la hija mayor se llamaba Mari Carmen y aún no tenía cumplidos los seis años; Antonio, su hermano, tenía diez meses de vida). Los vecinos les vimos bajar —yo era muy chico— y descargar los bártulos y los muebles del gris carromato con melancolía, para, al poco, adentrarlos en una casa muy pequeña, que, unos años después (cuando yo era algo mayor y el amigo mejor de los hijos de Bibiana), fue apodada en el barrio la Casa de los Niños, porque a ella acudían todos los chicos de la calle y de otros lugares recónditos del pueblo que, entre sus paredes, hallaban igual que yo un aire hechizado, lúdico y festivo, aunque no flotara en la casa otro misterio que una dignísima, cálida, pobreza y la ternura infinita de sus dueños: un matrimonio humilde de pastores que todo lo compartían con sus vecinos.

El milagro empezó justo cuando el desembarco; a partir de ese instante el carácter de mi barrio, antes quejumbroso, iba a llenarse de alegría. El cambio se notaría en muy poco tiempo. Bibiana Murillo, mujer de Paco, el pastor, no olvida su entrada apoteósica en el pueblo:

—Llegamos —me dice— una tarde de aire frío en el automotor de Peñarroya y cargamos los muebles apenas llegamos a la estación en un carromato que tenía Perea. Mi marío se había quedao parao en Peñarroya, porque allí trabajaba en una panadería y había terminao enfermando de ictericia. Así que, al final, no tuvimos otro remedio que coger los bártulos y venirnos a Villanueva, porque yo aquí tenía la casa del tío Ciriaco y también vivía mi hermana Benedicta, que se había quedao viuda poco antes, al perder a su hombre en un accidente desgraciao que pasó en el pozo de mina de las Morras.

En la voz de Bibiana flota un temblor casi agridulce cuando menciona la luz de aquella tarde envuelta en un manto de melancolía; pero, al mismo tiempo, hay un destello en sus palabras como de pan crujiente con azúcar que las despoja del frío y la indolencia que envolvió la llegada del carro a su destino. Ella habla de aquel momento con nostalgia, como si reconstruyese, de algún modo, la arquitectura invisible de esa hora y la pusiera gozosa entre mis ojos para que, en ellos, fermente muy despacio y, así, yo pueda extraer su

ácido jugo hecho de humedades y luces vespertinas convocadas por un horizonte inextinguible que se adormecía en las huellas luminosas de los pastores a la hora del crepúsculo cuando volvían de la dehesa a casa.

La voz de Bibiana dibuja con ternura y sutil precisión su llegada a nuestro barrio; en él hubo de comenzar una vida nueva partiendo de cero, a espaldas de su memoria; sin embargo en su voz cualquier experiencia adquiere hoy la quietud transparente de la escarcha entre las viñas: una felicidad casi brumosa que no está reñida, aunque parezca paradójico por muchísimas razones, con la turbia escasez material que sufrió entonces, cuando llegó a Villanueva sin futuro, afanada en sacar adelante a su familia con los escasos medios que tenía: ocho o nueve sillas, un par de muebles, algunos platos, y una cama matrimonial sencilla y rústica que apenas cabía en su pequeño dormitorio donde, a duras penas, acabó siendo ubicada. Aun así Bibiana nunca se achicó. Siempre fue una mujer valiente, luchadora, que se supo crecer en los momentos más difíciles.

Lo primero que hizo para adaptarse al nuevo ámbito fue vender un puñado de sillas que le sobraban a algunas vecinas del barrio Verdinal que no tardaron en hacerse amigas suyas. Después, adecentó su casa y la encendió con su carácter alegre y altruista, ganándose la amistad de los paisanos que, enseguida, vieron en ella y en su comportamiento una humanidad fuera de lo común que acogía a las personas con un candor insólito, de una manera cálida y sencilla, abriendo a la gente las puertas de su alma.

Bibiana le tomó pronto el pulso al barrio. Al ver que pasaba el tiempo y su marido, antes panadero, no hallaba un nuevo oficio, ella se puso, animosa, a trabajar:

—Ayudaba —me dice— en cualquier tarea de la casa: fregaba, limpiaba, planchaba, enjalbegaba... La cuestión era hacer dinero del modo que fuese pa sacar de esa forma adelante a mi familia. Empecé ganando doce duros a la semana, y, después de limpiar en las casas muchos años, acabé consiguiendo que me pagaran veinte.

Bibiana relata su vida y la comprime en un puñado de olores y sensaciones que dibujan sensiblemente el tiempo aquel donde un jornalero cualquiera, hombre o mujer, apenas tenía dinero para sobrevivir con la escasa paga que le concedían: 500 pesetas al mes, en el mejor caso; y en los casos peores en torno a las trescientas. La vida de Paco y Bibiana no fue fácil; él tardó en encontrar su trabajo de pastor, y ella siguió trabajando en lo que pudo para dar de comer y

vestir a sus dos hijos: Antonio y Mari Carmen. Después, con el tiempo, nacerían otros tres más: Lolo, Caco y Mari Paz. Y sacarlos adelante les costó muchas fatigas; pero Bibiana jamás se amilanó. Nunca le tuvo ningún miedo al futuro.

los días del verano

Bibiana nombra las cosas más humildes como si inyectara en ellas, en su materia, una luz primitiva que llega de otro tiempo y te llena los ojos de una intensa claridad que te invade despacio y se queda resonando en las estancias más hondas del espíritu, como el blando aleteo de un par de golondrinas sorprendidas en un cuarto oscuro por un niño al que dejó su madre allí encerrado. Ella habla de chopos, de huertos, de paredes, de polvorientos caminos, de tormentas, y es como si la vida se estrenase y se pusiera, de pronto, de puntillas para lanzarnos un saludo y demostrarnos que los días lejanos no acaban de extinguirse sino que resisten y, a veces, nos sorprenden dejando su huella grabada en nuestro espíritu sin que nada ni nadie pueda ya borrarla.

Yo aprendí junto a ella y Paco, su marido, el lenguaje secreto que comunica a los pastores con una cultura rural ancestral y mítica que hunde sus raíces en la Madre Tierra y de ella se nutre y, gracias a ella, sigue viva, perpetuándose así a través del tiempo. Fueron muchas las veces, sobre todo en vacaciones, que fui con Bibiana y Paco a cuidar del rebaño a más de una finca próxima a mi pueblo en la que estuviesen entonces de pastores. Y siempre lo hacía acompañado de sus hijos: camaradas entrañables de correrías y travesuras. Muchas veces, si no jugaba con sus nenes, atendía a los relatos de Paco y de Bibiana. Tenían un modo de ver la vida muy genuino, una especie de filosofía azul, campestre, que consistía en ver las cosas desde dentro, amándolo todo a ciegas, desde lo hondo, dando mucha importancia siempre a lo sencillo, a cualquier detalle apenas perceptible: una fruta pisada, un galápago muerto en un arroyo, una rueda de bici rota en la cuneta, un mirlo pequeño caído de su nido... En cualquiera de esos objetos tan minúsculos Bibiana apreciaba un fragmento de universo, un pedazo de vida ya irrecuperable, que, no obstante, emitía aún desde su muerte un extraño candor sagrado, pero inútil que, de alguna manera, ella resucitaba cuando posaba los ojos encima de ello.

Solía detenerse a observar cosas inútiles y a todos nos impresionaba su silencio. La notabas, de pronto, absorta, pensativa, concentrada en algún pensamiento indescifrable que, durante segundos, ocupaba sus entrañas y la aislaba de la cotidiana realidad. Después, ya en su casa, o en el campo, en la majada, sin que nadie

sacara el asunto a colación, nos decía que el objeto aquel insignificante que había contemplado arrumbado en cualquier sitio, sin saber de qué modo, le había movido a recordar los instantes más duros y tristes de su vida, una vida, en algunos momentos, desgraciada, aunque ella no se quejase nunca de ello. En su corazón feliz nunca había penas. Sabía extraerlas y echarlas de su ánimo gracias a su voluntad sin hendiduras y a su alegre carácter que vertía a su alrededor echando una mano siempre a todo el mundo, a todo aquel que la necesitase, para que no hubiera sombra en sus entrañas. Ella daba alegría al barrio del Verdinal y la gente se lo agradecía intensamente.

La vida en el pueblo, entonces, no era fácil. Fueron unos años aquellos en que los niños no teníamos en casa aún televisión (había una sola en el barrio, en un bar sobrio al que los chiquillos acudíamos algunas veces para ver dibujos animados por la tarde, antes de que empezara a oscurecer); por esta razón, y por otras parecidas, también porque necesitábamos libertad y huir de la represión que había en la atmósfera, los nenes de entonces nos echábamos al campo y recolectábamos frutos de los huertos, o buscábamos alegres la luz de los arroyos para buscar ranas y renacuajos, tritones jaspeados, peces, salamandras, culebras de agua y otras sabandijas.

Los chavales del Verdinal siempre destacábamos, sin coger ningún libro, en Ciencias Naturales. Era nuestra asignatura predilecta. Conocíamos bien la lengua de los pastores; ese idioma ancestral cargado de signos y de símbolos engendrados en el vientre de la Naturaleza: señales hundidas en la noche infinita de los tiempos. Con Paco y Bibiana aprendí los signos milenarios que el campo proyecta en sus animales y en sus frutos. Los signos se hallaban escritos en sitios insólitos: en la voz de la lluvia enredada en un zarzal, en la rosa marchita de un viejo escaramujo, en la lagartija clavada en un espino por un pequeño alcaudón cruel y sanguinario...

Las señales más dulces de aquel secreto idioma (que custodiaban a diario los pastores) eran más abundantes en el verano, cuando la inmensa dehesa en los Pedroches adquiría un dorado espléndido y los campos retumbaban bajo el arrullo de las tórtolas agujereando el vientre de la siesta. Bibiana recuerda aquel tiempo con amor y lo traza de nuevo apoyándose en la luz que aún reverbera en su espléndida memoria. Ella desmenuza, ahora, frente a mí, algunos detalles y misterios de los campos, ciñéndose a signos de la zoología.

—Yo me acuerdo de entonces —afirma— muchas veces, cuando voy con mi hija unos días al Cuartanero. A mí me gusta fijarme en los

animales y, si te das cuenta, ellos indican el tiempo que hace. Si te fijas bien, por ejemplo, cuando es mayo van las ovejas más listas y más alegres que con la lluvia y la niebla, o con el frío. Después del esquilo, los borregos están más sueltos, mucho más retozones que antes de esquilarlos, y hasta parece que entre ellos se enamoran. ¿No ves los carneros cómo andan tras las hembras cuando pasa el esquilo y aprieta la calor? Las ovejas y los borreguillos no quieren invierno, con el frío y la lluvia lo suelen pasar mal. Tos los días chorreandito, con la lana toa empapá de barro y de agua. A las ovejas les gusta la calor y, sobre to, los meses de mayo y junio.

Paco, el pastor, y Bibiana, ya en verano, iban con el rebaño a la finca los Claveles, que, por cierto, quedaba algo lejos de mi pueblo, en el término municipal de Peñarroya. Más de una vez, si mis padres me dejaban, me solía apuntar a su expedición y con ellos pasaba allí unos cuantos días, normalmente un espacio de semana y media. Recuerdo aquel sitio como un lugar paradisíaco: cerca de la casa (un enorme caserón) había un huerto muy grande rodeado de paredes y, en el enorme recinto, dos albercas. En la más pequeña, aprendimos a nadar todos. Recuerdo el olor de las ovas y la alegría de los mirlos picoteando las manzanas y los tibios melocotones de la huerta. Dentro de ella había toda clase de hortalizas: pimientos, tomates, pepinos..., y muchos árboles, todos cargados de frutas muy sabrosas, melocotones y ciruelas especialmente, que, al atardecer, Bibiana nos daba de merendilla, acompañadas también, en algunos casos, de un pepino cortado y bañado con miel de romero. Eran unas merendillas extraordinarias, tan exageradas, recuerdo, en cantidad que, más de una vez, perdonábamos la cena y nos íbamos a la cama muy temprano con el estómago todavía bien lleno.

Bibiana recuerda la finca de los Claveles con cierta alegría y, a la vez, con gran nostalgia:

—Allí solíamos ir una vez al año —confiesa feliz, con la voz llena de ovas— cuando las vacaciones del verano. Era un sitio bonito; a mí me gustaba aquel lugar. El cortijo era grande, tenía un corral bastante amplio y, en un rinconcillo, teníamos nuestra casa. Era una casa mu estrecha y mu chiquita, pero no estaba mal. A mí por lo menos me gustaba. Me acuerdo de cuando allí amaestré a una liebre, uno de los veranos de por entonces. La llamé Putiérrez y era un bicho inteligente. Siempre iba detrás de mí al salir de la casa y ni una vez se apartaba de mi lao. Se empinaba de pie cuando yo se lo mandaba y jugaba con mis muchachos igual que un perrillo. Era una liebre mu lista y mu simpática. Me la iba a traer al pueblo después del verano; pero un día Olivero, el mastín, me la mató. La destrozó de un mordisco el

cabronazo. Si te quieres creer, hasta lloré al animalillo. La verdad es que ya le había cogío cariño.

la luz de la pobreza

Hoy los pastores no viven como antes: las ovejas se guardan ya solas normalmente, cercadas por alambradas de púas recias. El pastor de estos tiempos no pasa casi apuros. Antes, por desgracia, su vida era más negra; sobre todo porque debían vivir en el campo y dormir en los chozos o en los chamizos inhabitables que el amo de turno les solía proporcionar. En este sentido, Bibiana y Paco tuvieron suerte: pocas fueron las noches que durmieron bajo un chozo. Ellos en el pueblo hallaron su morada. Su casa pequeña era como un atlas prodigioso donde cabía de todo: montes, ríos, sosegadas colinas, crepúsculos, vaguadas, selváticos bosques, fértiles barrancos. Junto al fuego sutil de una candela familiar, en la recoleta cocina, Paco, el pastor, nos solía relatar a los niños allí reunidos historias de corte fantástico, sucesos impregnados de un halo sobrenatural en cuya textura quedábamos atrapados. El pastor nos hipnotizaba con sus fábulas que hablaban de cuervos sabios que leían o de dulces piedras de río voladoras que salían de las casas de los peones camineros y se hundían en el cielo sin que nadie las lanzase, o de bolas de nieve que aparecían en el estío en angostos pajares de cualquier casa de campo y nunca se derretían hasta que el cura iba con el hisopo a bendecirlas para disolver el hechizo por ensalmo.

Paco era portador, sin darse cuenta, de una sabiduría cuasi mágica, totalmente imposible en la gente de ciudad que sólo va al campo los fines de semana para preparar chuletas en barbacoa. Él era, ante todo, un sabio muy sencillo; aunque nadie le concederá en ningún momento el reconocimiento que se otorga a un filósofo o un escritor de fama regia. A Paco, el pastor, o a Bibiana, su mujer, nadie les recordará con una estatua o un monumento erigido en su memoria. Pero siempre tendrán una estatua incandescente en la mente y el corazón de aquellos hombres que tanto aprendieron de niños al lado suyo.

La casa pequeña y dulce de Bibiana, lo mismo que el campo, estaba siempre abierta.

—Allí en nuestro barrio —afirma—, en el Verdinal, aunque hubiera necesidad en algunas casas, nunca ocurría na malo ni había robos. Allí se podía vivir sin ningún miedo, teniendo la casa abierta de par en par. Yo salía a comprar a ca la Maruja Esquinas y dejaba abierta la puerta sin temor. Y no me importaba nunca entretenerme con alguna vecina en la tienda. No había miedo. Yo sabía que nunca me iba a faltar na, porque tos mis vecinos eran gente de confianza y,

aunque hubiera necesidad, no robaba nadie. Hoy no puedes dejarte nunca la puerta abierta, ni siquiera un momento, porque viene pidiendo gente que luego, al momento, los ves subirse a coches que pa mí los quisiera yo, los mu cabrones. Hoy la gente no puede fiarse ni de la pellica. Antes la gente robaba pa comer una fruta en un huerto, en los habares o en los sandiares; hoy la gente que roba no es pa comer, sino pa vicios. Y yo digo que no hay derecho a que esto ocurra. Las leyes de hoy son demasiado blandas. Esto no hay quien lo pare. Es muy difícil. En este país hay demasiado vicio y la gente se ha acostumbrao a la sopa boba.

Los pobres de entonces, los que de verdad sufrían alguna vez hambre, si llegaban a robar siempre lo hacían por pura necesidad; pero de esos pobres yo recuerdo pocos. En mi barrio, al menos, no conocí ninguno; el que más y el que menos podía sobrevivir trabajando en cualquier lugar honradamente. Los vecinos, aunque pobres, compartían muchas cosas: al regresar del huerto, un hortelano podía darle al amigo una talega de tomates, habichuelillas, pimientos, o berenjenas, sin que éste le hubiera pedido a cambio nada. Lo mismo solía ocurrirle al labrador que volvía del campo, en el crepúsculo de agosto, con el carro cargado de melones y de sandías, que, en parte, solía repartir entre sus vecinos que, a la vez, agradecían su gesto amablemente regalándole algo de su propiedad: una docena de huevos, un haz de leña, un litro de leche de oveja, un racimo de uvas... Era, en fin, un mundo rural de puertas abiertas, donde todo se compartía en la escasez; y esa misma escasez creaba vínculos enormes de orden sentimental entre los vecinos que, al final, conformaban una especie de familia que solía abarcar los límites del barrio. Hoy, en cambio, en la vida del pueblo hay otro ritmo: como dice Bibiana:

—Los vecinos de entonces éramos igual que una familia, y nos visitábamos mucho a ca momento, porque tampoco había televisión y la gente se entretenía mucho hablando, charlando de cosas que habían ocurrío hacía años, o recordando penas y alegrías de cualquier vecino que se encontrase muerto. Hoy la gente del pueblo vive muchísimo mejor, tiene más dinero y más comodidades, pero los vecinos no están uníos como antes, y eso que, en este sentido, no puedo quejarme, que mi casa se sigue llenando de vecinas. Cuando se hace de noche me visita mucha gente; vienen la Modesta, la Rosa, la Catalina... Yo sigo viviendo ahora igual que antes, aunque como te he dicho la vida haya cambiao y tenga que estar cerrá la puerta de casa, si no quiero encontrarme luego con un chasco y tener problemas con los maleantes.

Como bien apunta Bibiana, la pastora, esto último era impensable

hace unas décadas. Las casas del barrio estaban abiertas todo el día y no se cerraban hasta la hora del crepúsculo, cuando las sombras bañaban las paredes y la suave penumbra tintaba los tejados de una pátina añil que casi refulgía, adhiriéndose al humo de las chimeneas. Esto ocurría en el pueblo, pero en el campo la vida de los pastores era distinta, sobre todo de noche, cuando las horas se alargaban y el silencio empezaba a llenarse de murmullos, de lúgubres silbos de cárabos y autillos que ponían la piel de gallina al escucharlos en tiempo de invierno, cuando atardecía muy pronto y las noches eran largas como cuevas sepulcrales.

—Como antes te dije —aduce ahora Bibiana— mi familia y yo nunca dormimos en un chozo; pero las temporás que íbamos al campo y nos teníamos que quedar a dormir allí sí te puedo decir que cenábamos mu pronto. Allí no teníamos ningún entretenimiento, y como los hijos entonces eran mu chicos, después de comer enseguía íbamos a dormir, y, pa distraernos, nos poníamos a hacer muchachos, que muchos pastores tenían bastantes hijos porque ellos decían que se aburrían por la noche. Así era la vida aquella y había que aguantarse. No teníamos moto, ni siquiera bicicleta pa ir y venir al pueblo diariamente, y había que dormir en el campo, como fuese, en la casa del amo o en otra de cualquiera. Eso era al principio de entrar Paco de pastor. Pero poco tiempo después cambió la cosa y nos veníamos ya a dormir al pueblo.

los viajes en burra

La casa de Bibiana era muy humilde; sobre todo si se comparaba con otras del pueblo donde había corrales amplísimos, corralones, y espaciosas cámaras, en la parte alta del edificio, a las que, por costumbre, se solía subir el trigo y demás cereales cosechados en el verano. Si en una casa normal de Villanueva había como mínimo cuatro habitaciones y un pasillo muy amplio por el que debían pasar las bestias, mulos y burdéganos, en los días de labranza, en la de Bibiana, en cambio, había dos piezas (además muy pequeñas), una cocina recoleta, que hacía de salón, y una cámara sencilla, de techo muy bajo, en la que la luz de otoño penetraba cansada a través de un ventanuco y reflejaba en el suelo una indolencia de naranjal cubierto de cenizas. A la estancia citada había que subir muy despacito por una escalera estrecha, casi incómoda, con pronunciados peldaños de cemento.

Nunca podré olvidarme de esa casa. Nada destacaba en ella. A primera vista, todo allí era sencillo, pequeño, insignificante. Sin embargo, en la pequeñez del edificio, paradójicamente, flotaba esa grandeza que sólo se puede observar, si uno es sensible, en la cálida atmósfera de esas mínimas ermitas donde se aspira un románico silencio y una luz tenue y débil cose la penumbra aposentada en todos sus rincones. La casa de Paco y Bibiana era, de algún modo, un portal de Belén sencillo, aunque entrañable, iluminado siempre, en cualquier época, por los sonidos que ellos recogían y acercaban del campo al anochecer: los murmullos del viento, el borboteo de las fuentes, el caliginoso crujir de los guijarros en cualquier vereda apartada o caminillo por la que pasaba Pepa, una burrita que Paco y Bibiana compraron, por entonces, a un tabernero vecino de su casa:

—Le compramos la burra a Juanito Caracana —relata gozosa, apoyando la emoción de su voz luminosa en las cuerdas de un crepúsculo que, a esta hora, se ve agonizar tras los visillos de la casa de Mari, ubicada en las afueras—, y, ¿sabes cuánto me costó?, trescientas pesetas, que, entre yo y mi marío, le fuimos pagando al tabernero con el picón que hacíamos y las bellotas que podíamos coger allí donde nos dejaran. Me acuerdo mu bien que la burra estaba seca y tuvimos que darle mucha paja pa engordarla. La pobre, en poquitos meses, ya fue otra. Después se quedó preñá, tuvo una pollina y recuerdo que se la vendimos a Rafael Ramos, que era el amo de las ovejas de la finca, por el mismo dinero que se había comprao la burra. De manera que nos salió bien el negocio y, más que perder, ganamos unas perrillas.

Los años que estuvo Pepa con Bibiana (poco más de doce), fue mimada con esmero, como si fuera un miembro más de la familia. A la burra Pepa nunca le faltó de nada: siempre tuvo su establo en el corralillo de la casa, en un vano techado a modo de cobertizo. El pelo de Pepa tenía el color del chocolate y flotaba en su frentecilla un lucero blanco que dulcificaba mucho su semblante de burra tranquila y extremadamente dócil. Jamás se quejaba ni daba resoplidos aunque llevase algún día sobrecarga, lo que muy raramente sucedía. Bibiana cuidaba que Pepa no sufriese y, además, le daba caricias, mucho mimo.

Recorrían con ella, a diario, un puñado de kilómetros; era su único medio de transporte, y sobre su lomo viajaron muchas veces, cuando aún eran pequeños, Lolo, Caco y Mari, los tres hijos más chicos de la pastora.

—Desde el pueblo al corte —comenta feliz Bibiana—, siempre había que recorrer un trecho largo, y, como mis nenes entonces no iban a la escuela, tenían que venir a tos sitios con nosotros. La burrilla Pepa nos hacía un buen apaño. Le poníamos siempre en el lomo unas aguaeras y en cada serón de esparto metíamos un hijo pa que unos con otros hicieran contrapeso. Y tú sabes mu bien cómo tiraba la borrica por los caminillos con ellos en lo alto, y otras veces cargá de trastos. Y la pobrecilla nunca se quejaba, ni soltaba un rebuzno. Mi Pepa era bendita, una burra mu buena. A veces la recuerdo y reconozco el servicio que nos dio.

Detrás de la Pepa, en la comitiva familiar, a la cual yo pertenecía esporádicamente —en las vacaciones y los fines de semana—, iba siempre la Toni, una simpática perrilla, algo rabona y frágil de estatura, que parecía de nata y de canela. A su lado caminábamos algunos niños. Cerraba la comitiva Paco, el pastor. Bibiana tomaba el paso de la Pepa. En las tardes azules y cálidas de estío del año 1967, caminábamos todos juntos, en procesión, hacia un paraje llamado «Tierra Abajo», que queda a cuatro kilómetros del pueblo. Salíamos siempre a la hora de la siesta, cuando arrullaban las tórtolas en el encinar y danzaban los abejarucos sobre el aire como frágiles equilibristas de pecblenda. Las colinas, en la lejanía, se deshacían en un resplandor que reverberaba. Era como si el paisaje fragmentándose acabara disuelto en un vaso de mercurio que cabrilleaba en medio del silencio.

Aunque no fuese boyante su economía, Bibiana, recuerdo, siempre echaba en la talega bocadillos para sus hijos y los acompañantes: buenos «joyos» de pan con azúcar y aceite de oliva. El

camino a la «Tierra Abajo» parecía de oro y Pepa, la burra, era un bulto de café que iba engullendo la tierra en la llanura que se prolongaba hacia la lejanía. Bibiana recuerda muy bien la llegada al corte y cuando soltaba al rebaño su marido que, enseguida, corría por la rastrojera.

—Mis hijos —me dice— estaban ansiosos por llegar pa irse con los amigos a coger níos y a buscar bandos de perdigones pa correrlos. Así se pasaban la tarde, bajo las encinas, mirando a ver si veían algún nío de tórtola. Luego, antes de volver, se encerraba el rebaño y yo me acercaba a preparar la Pepa. Le poníamos mi hombre o yo las aguaeras y de nuevo volvíamos a casa tan felices. Siempre hacíamos lo mismo. Así era nuestra vida; éramos mu felices tos juntitos. Yo ahora mismo echo mucho de menos a mi marío. Paco conmigo siempre fue buenísimo, y por eso a ca instante lo tengo en mi recuerdo. No puedo olvidarlo, es verdad, ni en un instante.

Le doy la razón y le digo que la entiendo, pero quiero animarla e intento que huya como sea de los muchos momentos vividos con su esposo, porque soy consciente de que, ahora, la deprimen y, más que dejarle consuelo, le hacen daño. Sé, de todas maneras, que es una empresa muy difícil; Bibiana se quedó coja espiritualmente cuando murió su marido. Y lo comprendo, porque fueron muchos los años que vivieron compartiendo esperanzas y olvidos, alegrías y penas. Ella mira a su hija, Mari, y a su nieta, de nombre Soraya, una niña de ojos negros, intentando tal vez hallar similitudes, entre aquel mundo áspero, torvo, casi gris, bañado no obstante por una luz muy pura, y éste otro, el presente, más cómodo y sutil, aunque también más deshumanizado en este espacio rural que hoy languidece sin que nada ni nadie pueda ya evitarlo.

la música de los pucheros

Bibiana es consciente ahora, frente a mí, de lo que hemos perdido a lo largo de estos años, pero también conservamos —ella lo sabe— algunas costumbres esenciales de aquel tiempo, sobre todo en aspectos como el gastronómico, en el que ella, por cierto, es matrícula de honor. La pastora fue siempre muy buena cocinera y condimentaba cualquier plato sencillo con un toque especial, verdaderamente espléndido. Antes de que a las casas de mi pueblo llegaran las primeras cocinas de gas, las mujeres tenían que «aviar» en la candela o, en su caso, lo hacían en los antiguos infiernillos que tenían que alimentarse con petróleo. En el hogar de Bibiana, doy fe de ello, no entró jamás un infiernillo de petróleo y la cocina de gas tardó en llegar quizá demasiado tiempo, pues la tuvo cuando ya agonizaba la década de los 60. Esta circunstancia, aparentemente incómoda, a ella no le supuso ningún problema, pues siempre tenía dispuesta en la cocinilla su pequeña fogata de leña, donde ubicaba el puchero lleno de olores apetitosos y de enjundiosas legumbres, guarnecidas con suculentas carnes de la tierra.

Con el escaso sueldo de su marido —ganaba cuarenta duros a la semana— no podía hacer muchos excesos gastronómicos; sin embargo, nunca faltaba en su puchero un buen trozo de tocinillo de cerdo ibérico, algún muslo de pollo, morcilla de sangre, o medio chorizo, todo bien revuelto con varios puñados de garbanzas, habichuelas, lentejas o arroz, según los casos, que servían para alimentar las siete bocas (los padres y los hijos) del acogedor hogar, a cuyo festín también se agregaba con frecuencia algún chavalín de la vecindad que, después, comentaba a su madre las excelencias que preparaba Bibiana en el puchero.

Es difícil saber lo que pasaría por el cerebro de Paco, el pastor, cuando viera a pie de mesa, además de a todos los miembros de su familia, a cuatro o cinco chavales de aquel barrio dispuestos a dar cuenta de las delicias que su mujer «aviaba» con esmero. La economía de la casa en aquel tiempo no estaba para tirar muchos cohetes. Y él era consciente de sus limitaciones. Sin embargo, jamás veías en su mujer, lo mismo que en él, ni un mínimo gesto de fastidio o contrariedad.

Estamos hablando de años de escasez, y eran pocas las casas en las que sobraba el alimento. A pesar de todo, lo poco o mucho que tenía —más bien lo primero— Bibiana sabía compartirlo con cualquier chavalín que a su mesa se acercara con idea de disfrutar de los

manjares que ella cocinaba a diario en su puchero. Ella así lo recuerda:

—Fuese temprano o fuese tarde, a cualquier hora del día, mi casa estaba hervía de críos. Los jodíos se sentaban siempre al lao del fuego, fuera de día o de noche, les daba igual. Muchos se iban antes de que empezáramos a comer; sin embargo, había otros que no se marchaban pa sus casas y, más de una vez, comían con mis hijos. Pero eso no era lo malo, ni mucho menos; había muchos días que tenía que salir fuera pa ganarme el chusco limpiando cualquier casa, y mi pobre marío, que, por entonces, estaba en paro, se solía quedar al cuidao de la candela. Bueno, pues los cabronazos de los nenes, cuando salían de la escuela con mis hijos, le buscaban siempre la vuelta a mi marío y esperaban a que él se moviera a cualquier lao pa acercarse al puchero, sin hacer ruido ninguno, y empezar a mojar sopas y chupetearlas. Cuando mi hombre volvía a la cocina no se daba cuenta siquiera de lo ocurrío; pero yo que era pájara vieja lo notaba na más llegar a mi casa, pues en el puchero no quedaba sustancia de lo que yo había echao. Y entonces sí me enfadaba con razón; aunque, al final, no pasaba de ahí la cosa. Sin embargo, un buen día fui y se lo dije a mi marío, que tuviera cuidao y vigilara los pucheros. Y, al final, sí pilló a más de uno en el renuncio, con el cacho de pan mojándolo en las habichuelas. ¡Los mu cabronazos me dejaban sin comía y, encima, mis hijos les decían que mojasen! Así era la vida entonces, mu jodía. Ahora, cuando me acuerdo, la verdad es que yo sola me harto de reír, pero entonces no me reía, ni mucho menos.

En casa de Bibiana se comía bien, aunque cosas sencillas: puchero de orejas con garbanzos, patatas cocidas con espinazo o con costilla, habichuelas con guarnición de morcilla de lustre, lentejas engañadas con unos trocillos de chorizo, conejo silvestre en salsa de tomate. No era tanto la altura o la categoría del manjar que se comía en los platos de Bibiana, como el denso sabor que sabía proporcionarles. Ella sabía utilizar con mucho tino las hierbas silvestres: el orégano, el tomillo, la salvia, el romero, el perejil, la camomila, y, con ellas, condimentaba muy bien sus guisos. Hacía, en alguna ocasión, salsas riquísimas de un aroma increíble que alegraban el sabor de los pajarillos, gorriones y zorzales, que sus hijos cazaban en la espesura de la sierra colocando hábilmente perchas, lazos y cepos entre aulagas, coscojas, lentiscos y jaguarzos. También preparaba ensaladas muy enjundiosas con las collejas, los berros y las romazas que recolectaba al pie de los arroyos.

La comida de los pastores solía ser frugal; he oído decir que en muchos rincones de la Serena la dieta, en los años difíciles del hambre, era primordialmente vegetariana; sin embargo, en sus guisos

jamás solía faltar un poco de liebre, una perdiz, unos zorzalillos, o alguna paloma torcaz de la dehesa que diera algo de consistencia y fundamento a tan estricta dieta pastoril. Aquí, en los Pedroches, comarca hermana de la Serena, algunos pastores llegaban incluso algo más lejos y, en los años del hambre, la década umbría de los 40, se las debían ingeniar para que nunca faltase un cachito de carne en sus pucheros, aunque ésta fuese de cuervo, de grajilla, de culebra cerval, de jineta, o de un erizo, cuya carne, según me aclaró un pastor de Pedroche, es aún más tierna y sabrosa que la del cochinillo. Los pastores, por tanto, tenían que buscar materia prima para alegrar su estómago engurrutado, porque apenas les daba el amo un sueldo mísero y, más de una vez, les pagaba con especias: un celemín de bellotas, unas morcillas, o un raquítico par de tiras de tocino rancio al que ya ni los perros podían hincarle el diente.

el tiempo de las katiuskas

En los años 60, los inviernos en los Pedroches eran duros, muy largos, y comenzaban antes de tiempo; apenas desembarcaban en la dehesa las lentas avefrías y las grullas, tan ruidosas, llenaban el cielo de elegantes uves mágicas, la lluvia se desplomaba sobre el campo inundando de charcos y barro los caminos, desbordando arroyos y sembrando soledad en las calles y las plazas vacías de mi pueblo, como en las de los demás de la comarca. El invierno solía llegar el Día de los Santos, casi dos meses antes de lo convenido, y llenaba de abrigos de felpa y de bufandas el cotidiano camino de la escuela, a la que acudíamos siempre tiritando: había muchos días, cuando la helada era más dura, que avanzábamos fantasmales, tiritando, ateridos de frío, soportando el viento gélido que silbaba en las ramas de los viejos eucaliptos alzados a la orilla de la humilde carretera que, por el oeste, iba hacia Hinojosa.

La escuela quedaba, entonces, a las afueras, donde el pueblo daba un abrazo al verde ejido, junto a un desgarbado carreterín muy estrecho que conducía, y conduce, a Villaralto.

No es preciso decir que la educación de entonces tiene muy poco que ver con la de hoy; aquella era una educación mucho más dura, más severa también, recta e intransigente. Sin embargo, aquella dureza educativa paradójicamente alimentaba nuestro espíritu con unos rabiosos deseos de libertad; de tal modo que, cuando salíamos del colegio, casi todos los niños, los amigos de mi barrio, buscábamos en los pulmones de los campos la maternal caricia de los árboles, y nos gustaba perdernos en alamedas o en las casas caídas de las minas abandonadas, lugares donde acontecían nuestras hazañas.

Los tres hijos varones de Paco y de Bibiana (Lolo, Caco y Antonio) conocían la dehesa y la sierra casi al dedillo. Eran unos chicos además de traviesos, muy ágiles y dinámicos, que, apenas salían del colegio y llegaban a casa, acudían a la mía para invitarme a irnos al campo. Cuando más disfrutábamos era en las vacaciones; en las del verano, pero, también, en las Navidades. En muchas mañanas de invierno caminábamos atravesando el cuerpo de la niebla, a veces espesísima, casi impenetrable, llegando a borrar caminos y veredas. Recuerdo que el frío cortaba nuestro aliento y apenas podíamos ver a más de diez pasos.

A veces, Bibiana salía en busca nuestra, temerosa de que cayésemos en un descuido —no era tan difícil— en un pozo de mina,

muy abundantes por aquella zona, del poblado minero, derruido y fantasmal, donde solíamos jugar al escondite adentrándonos entre sus casas derrumbadas. Recuerdo un suceso ocurrido en aquel sitio, durante el invierno de 1969. Yo tenía recién cumplidos doce años; Antonio, el hijo mayor de Paco y Bibiana, tenía un año menos, su hermano Lolo tenía nueve, y, el más pequeño, Caco, sólo ocho. Por entonces, los cuatro éramos amigos inseparables.

Aquella mañana estaba neblinosa. Hacía mucho frío y, con el fin de calentarnos, antes de llegar a la mina de los Poles, decidimos pararnos y hacer una gran fogata para no congelarnos, ya que íbamos ateridos y con las orejas como estalactitas. Estábamos cerca, recuerdo, del poblado y hacía un frío polar, terco, insoportable, que clavaba guijarros invisibles en nuestros ojos. Ese día llevábamos todos katiuscas y, pocos minutos antes de pararnos junto a una pared buscando algo de abrigo, habíamos cruzado el arroyo de los Poles acabando con los pantalones chorreando. Yo llevaba los calcetines llenos de agua. Me los quité, finalmente, y, tras ponerlos tendidos en las piedras para que les diera el aire, esperé unos minutos a ver si se secaban. Pero el tiempo pasaba y el frío iba acentuándose. Nos guarecimos, al final, tras la pared y nos apretamos unos contra otros con el fin de entrar en calor. Era imposible.

Fue Caco quien dijo que debíamos buscar leña para hacer un buen candelorio cuanto antes. Pero en los alrededores no había leña, sino muchas aulagas y colmenas cenizosas, aparentemente huérfanas de abejas, algo que, al menos a mí, me tranquilizaba. Al final, decidimos hacer la fogata en un arbusto y echar sobre éste dos colmenas que había al lado. Dicho y hecho; Caco, la antítesis del miedo, arrancó las colmenas pegadas en la pared, y, después de encender el arbusto como pudo, las tendió sobre éste para que avivaran la candela. Sin embargo, enseguida, ocurrió lo inesperado: movidas por el calor, con la humareda, centenares de abejas salieron al exterior y se lanzaron veloces hacia nosotros, que, inmediatamente, corrimos en estampida. Para colmo de males, el colmenero andaba cerca y, al ver la trastada, salió presto a perseguirnos: nos estuvo siguiendo durante más de un cuarto de hora hecho un basilisco, lanzándonos blasfemias, hasta que, al fin, pudimos despistarlo a la orilla del pueblo, entre los huertecillos familiares, donde la niebla era aún más espesa. Recuerdo que nos escondimos muy asustados junto a un almiar de paja gigantesco. Y allí estuvimos ocultos hasta muy tarde, hasta que llegó la hora de almorzar y, con el susto en el cuerpo, magullados y con picaduras de abeja en varias partes, cada uno tomó rumbo hacia su casa.

Bibiana recuerda ésta y otras travesuras de las muchas que,

entonces, viví junto a sus hijos:

—Mis muchachos —confiesa— nunca hicieron daño a nadie, pero se juntaban con otros y ya cambiaban, se olvidaban el miedo y siempre andaban trasteando. Algunas veces llegaron a meterse en pozos y a buscar en las minas nidos de lechuza. Más de una vez pienso que viven de milagro —y me mira, de pronto, con ternura diamantina —. La verdad es que yo me pasaba el día intranquila, de pensar solamente en las trastás que organizaban. Salía algunas veces hasta la Cruz de la Dehesa y me ponía a dar voces y a llamarlos. Sobre to me preocupaba mi hijo Lolo, porque por entonces le daban ataques epilépticos y pasaba un rato mu malo el pobrecillo. La criatura lo estuvo sufriendo mucho tiempo, desde los siete meses a los siete años; hasta su comunión. No se me olvida. ¡Aquello sí fue un milagro de verdad! El día de antes de su primera comunión, le pedí a la Virgen de Guía que lo curara, y, gracias a la Virgen Santísima, se curó. Y a partir de aquel día se le fueron los mareos. Virgencita de Guía..., ¡no quiero ni acordarme! Yo pasé con mi Lolo mucho cuando chico.

A Bibiana la voz se le llena de luz malva cada vez que recuerda la curación de su hijo Lolo. Ella, aunque nunca suele ir a la iglesia, no ha dejado jamás de creer en el Altísimo; a su modo, ella cree de un modo panteísta y se encuentra con Dios en las señales de los campos: en el borreguillo que nace; en el fulgor de la hierba de invierno mojada de rocío; en el olor del tomillo que desgrana su esencia vital a la hora vespertina, en la luz que precede al anochecer; en el aire sumiso que se enreda en las adelfas, o en el violín de los grillos bajo el techo del cielo tocado por el suave novilunio. Para ella, en esas señales flota Dios, porque el infinito poder de su creación suele manifestarse en lo sencillo, en esos detalles pequeños, tan minúsculos, que saben leer quienes viven en el campo y miran el mundo con ojos de inocencia impregnados de una intuición desconocida.

Los niños del barrio también veíamos así la vida, desde un punto de vista mágico e intuitivo. Recuerdo los charcos, los caminos embarrizados, el arco iris ahorcado en las adelfas, y el gemido tierno, infantil, de las katiuscas, cuando buscábamos ranas en el arroyo —o en la grandes charcas que había en el ejido— y los calcetines mojados sollozaban transidos por un misterioso chapoteo que producía cosquillas en los tobillos y una dulce humedad que llegaba al corazón. Recuerdo los pasos perdidos de Bibiana perforando el insomne amarillo de la siesta bajo un crepitar de hojas y abubillas, y evoco la luz cansada de los puentes, sus ojos ahogados recibiendo hoces de lluvia, la paz de los chopos dormidos, la tormenta, el azul de la luna apacentando los caminos, el temblor del erizo en el agua, y el silencio,

el lejano silencio del granito en las canteras cuando los picapedreros se alejaban y la luz se hacía piedra, invierno, cuarzo y mica, inocente materia en el campo soñoliento.

Todo queda muy lejos, como la huella de las nubes o como el lenguaje azul de los pastores, aquel modo de comunicarse con la tierra y los objetos sencillos, inanimados, que cobraban vida cuando Bibiana los nombraba y Paco los recogía en sus palabras para darles calor y hacerlos caminar en la luz de aquel mundo hoy ya desaparecido que aún titila en los ojos de aquel que lo vivió. Las katiuscas ya no chapotean por el caminillo antiguo de la escuela. Ni siquiera nacen los charcos como ayer, y, aunque esté diluviando, el agua se adormece como un rumor de guijarros en el vacío, sin abrir tantos charcos ocres.

Hoy la lluvia no suena en los caminos como antes, ni tamborilea tan dulce en el tejado. El barrio del Verdinal ya no es el mismo: se llevaron la pila y han rodeado al viejo pozo con recipientes horribles para el vidrio, para el papel reciclado y la basura. De aquel ir y venir de labradores anochecidos con la bestias sedientas hacia el pozo hoy ya no hay nada. Los niños del barrio hoy no juegan como antes, cuando aún existía el idioma horizontal que manejaban a diario los pastores. Bibiana se queda con un último recuerdo, antes de acabar el paseo por su memoria:

—Cuando veo ahora a mis hijos, a mis nietas y a mis nietos —dice en un tono triste, conmovida— me acuerdo de entonces y de las penas que pasé cuando tenía poca ropa pa vestirlos. Y había que apañárselas pa salir adelante; los jerséis de mi Antonio, como era el más mayor, se los iba pasando al Lolo y, luego, al Caco. Así no tenía que gastarme tanto en ropa. Pero sí que es verdad, que ellos iban siempre limpios —Hace un breve descanso, deja al silencio que se pose levemente en su voz con el único motivo de que sus palabras firmes resplandezcan y habiten mejor la región de la penumbra—. Nunca te lo conté, sé que es mu duro, pero aquellas noches, cuando salíais de mi casa y los míos se iban a dormir, ya cansaítos, yo me quedaba sola en la cocina, calentaba agua, y me ponía a lavar la ropa pa que, al otro día, fueran mis hijos limpios a la escuela. No tenía otro remedio que lavar de madrugá, porque no tenían por entonces más que una muda. Y pa que se secara pronto la ropa mojá, yo tiraba una soga de una silla a la otra silla, y la ataba mu fuerte pa colgar la ropa en ella. Después, me sentaba un buen rato al lao del fuego, hasta que toa la ropa se secaba. Entonces, muerta de sueño, la planchaba. Me acostaba toa hechita polvo, pero sabía que mis hijos, aunque fueran pobres, al día siguiente iban a estar impecables pa ir a la escuela.

Se emociona Bibiana con este último recuerdo y la veo fatigada, hundida en su memoria. Me mira muy triste aquí, en el comedor de su hija pequeña, Mari, junto a su nieta, tocada por un fulgor casi arcilloso que viene de lejos, de una edad perdida y gris, desvaída en el viento: aquel viento solidario, tocado por una sagrada sencillez, que alegraba el paso ancestral de los pastores cada vez que volvían a casa en el crepúsculo. Hoy aquel viento tan puro y fraternal, por muchas razones, pasa derruido y ha perdido la luz que entonces lo habitaba.

Capítulo III

LA LUZ DE LOS CARBONEROS

un sagrado recogimiento

No hay sonido más puro en una atmósfera rural que el gorjeo prodigioso de las primeras golondrinas que vienen de África desfallecidas, exhaustas, y, apenas llegan al pueblo, se aposentan sobre los cables desnudos de la luz para extender en el aire su albo trino invocando a la primavera que aún no ha entrado. Todavía no ha estallado el colorido de los campos, pero hay varias señales, no obstante, que preludian la entrada inminente de la romántica estación: los trigueros ya entonan su monocorde son de amor y despuntan las flores novísimas en los almendros junto a la cuesta empinada, lenta, umbría, que va desde el pueblo a la ermita de San Gregorio: donde en otro tiempo se detenían los mineros a rezarle oraciones a su patrona Santa Bárbara, pidiéndole mucha salud y también trabajo.

Esta tarde, al salir de casa, me asaltaron los hermosos gorjeos de las primeras golondrinas que llegan, como otras veces, de improviso, encendiendo el azul de una insólita alegría que tiene mucho que ver con el murmullo de los días de la infancia y las ruinas luminosas de una memoria cálida y rural. Hoy el azul de la tarde invita al vuelo y a recolectar recuerdos de una vida cuyas migajas aún flotan en el ambiente y en la luz que derraman las cálidas avecillas recién regresadas al pueblo hace unas horas. Esta misma mañana, aún no habían vuelto de su viaje. Ellas son así, llegan de pronto, sin aviso, y extienden su vuelo vestido de charol sobre los corralillos de mi barrio con la misma ternura de hace varias décadas.

Coincidía en mi pueblo el regreso de las golondrinas con el final de las lluvias y las escarchas, cuando los hombres cesaban de talar las hercúleas encinas que alfombran la dehesa, dando fin, con ello, a la temporada del carbón, porque en el campo apretaba la calor y los días se hacían más dulces y se estiraban como chicles de menta en la paz de las colinas, en los largos cultivos de trigo y de cebada que grababan su lento verdor sobre la línea de un horizonte hondo y macilento. Recuerdo a los piconeros y carboneros regresando por el camino de la Jesa, al lado de sus borriquillos cargados de sacos, con la luz de la tarde brillando en sus miradas y sus rostros oscuros, cubiertos por un gris que era el poso del humo de las sobrias carboneras.

Nunca olvidaré aquel poso ceniciento de la luz de la tarde en los ojos de los carboneros. Era un fulgor sereno, gris, cordial, que, en sus rostros tan sucios, destellaba mansamente como el temblor de una vela en la penumbra. Los piconeros volvían al anochecer, bebiéndose el último brillo del ocaso. Pasaban junto a la cruz de la Dehesa y los

niños del pueblo salíamos a saludarles. Eran las últimas fechas ya de enero, o el inicio de febrerillo, y en la atmósfera flotaba una mansedumbre cristalina que encendían los pájaros en los cables de la luz o en las ramas desnudas de las higueras y los almendros de los sencillos huertos familiares que rodeaban el pueblo por la zona del suroeste.

Ahora, mientras camino hacia el Verdinal, el vuelo de las golondrinas va escoltándome y sus sombras de luto van recortándose en la luz acompañando a la tarde que declina y, cerca de la plazoleta sin un alma, junto al bar de Antonio, en el pozo de granito, deja un fulgor de vino con cerezas que tiene que ver con lo espiritual y el ángulo más personal de mi memoria donde el miedo y el frío yacen disecados. Evoco las primaveras de mi infancia, en el mes de mayo, a las cinco de la tarde, cuando empezaba la misa del colegio y el tañido violeta del leve campanillo inundaba aquel mundo de un sonido hospitalario: pasaban por la plazuela del Verdinal enlutadas mujeres, como orugas sigilosas, y el azul primaveral que había en la brisa contrastaba con la tristeza vigorosa de sus siluetas avanzando ensimismadas, por mitad de la calle, hacia el convento de las Monjas para escuchar la misa verpertina. Algunas, recuerdo, llevaban un reclinatorio para ponerse en el templo de rodillas. Yo las veía pasar desde mi umbral, asomado a la puerta de la tienda de tejidos que, en aquellos años, mi padre regentaba hasta que nos mudamos a la otra casa, ubicada en la calle Mora Figueroa.

He salido, es verdad, de mi casa, hace un momento acompañado por las golondrinas: diminutos emisarios de una edad ya muerta. Voy pisando las calles y siento que éstas resucitan y adquieren la imagen que otros días tuvieron. Paso junto a la casita de Bibiana, pero no me detengo; voy buscando a Digno Sánchez, el padre del chache Quico (un hondo amigo), para hablar con él de anécdotas perdidas, de cuando se dedicaba a hacer carbón y vivía en la casa humilde del Viñón, un mágico enclave de la sierra de mi pueblo, que se tiende apacible al lado izquierdo de la vía que unía a Villanueva del Duque y Pueblonuevo. Allí, en el Viñón, en una tímida casita, pasó Digno Sánchez los días de su niñez hasta que reventó el conflicto armado de la Guerra Incivil y hubo de salir huyendo con su familia hacia Peñarroya.

De eso hace ya, por fortuna, mucho tiempo, tanto que ya no quedan apenas huellas en los ojos pequeños del hombre que ahora busco. Me acerco a su casa a verle y, cuando llego, Eufrasia, su esposa, me dice que está en la vaqueriza en compañía de Juan, su hijo mayor, aprovechando las horas de una tarde que, al salir del pueblo, en la

linde del Traslado, comienza a tambalearse entre los cerros, sobre las mansas colinas de la dehesa tendidas sobre el silencio como náufragos de una isla perdida en un océano malva. Aún no ha huido la luz del sol y, en las paredes de pizarra y granito, deja un fulgor de sangre. La silenciosa fuente del Traslado permanece cercada por la indolencia de los juncos y la aromada tristeza del poleo. Ahora se halla cerrada al murmullo de hace décadas, cuando a ella acudían mujeres de este barrio, ancianas y niñas, con paneras y calderos para lavar la ropa y tejer voces, conversaciones íntimas, afables, mientras canturreaban sin pudor canciones de la época.

el camino de las luciérnagas

Al salir del pueblo, a no muchos metros del Traslado, el camino se ensancha y se hunde hacia el noroeste, por donde asoma el azul de Extremadura. Cruzo a toda prisa la carretera de Peñarroya. A uno y a otro lado del caminillo polvoriento, se extiende el manso verdor de los cercados y algunos huertos pequeños, familiares, donde el aire se enreda entre los árboles frutales y el cacareo azul de las gallinas que, con gran desparpajo, picotean la hierba húmeda. Ha llovido bastante en las últimas semanas; sin embargo, ahora mismo, el sol calienta el horizonte y las paredes brillan como escamas de una antigua serpiente engullida por la luz que, hace un instante, he dejado a mis espaldas.

Cruzo de nuevo, otra vez, la carretera, la que lleva a Hinojosa del Duque y Belalcázar, y al cruzarla en mi mente se posan las imágenes que viví cerca de este sitio, en un caminillo que va horadando el encinar y que ahora está solo, igual que las encinas que lo van escoltando desconsoladamente, pero que en otro tiempo estuvo muy animado, cuando lo cruzaban carros de madera que dejaban sus huellas de herrumbre sobre el barro y enmarcaban su sombra al trasluz del horizonte hollando el misterio de la atardecida. Ahora, el camino está seco y apenas hay charcos a pesar de lo mucho que ha llovido últimamente. Miro a un lado y a otro; aún quedan señales de labranza semejantes a las que existían en otro tiempo: verdean los cercados, las siembras de cebada, y las paredes (antes llenas de luciérnagas en los anocheceres del estío) aún conservan el halo poético de entonces, adornadas por el verdín y el brillo tenue que la luz de la tarde deja entre sus piedras.

A la izquierda queda la huerta de Juanabuela, y la alberca pequeña, hoy ya resquebrajada, en la que nos bañábamos de niños. Al voltear la colina, tras la línea de unos muros violáceos, asomando débilmente sus frágiles copas de oro y magnetita, se encuentran los álamos antiguos del Maestro, y, más hondos aún, tiemblan los de la Bozuela, y los cerros de la dehesa, taciturnos, como almas sombrías que, en la muerte de la tarde, la huida del sol hace reverberar.

Por el camino arenoso viene alguien; enseguida compruebo que es una mujer. A sólo unos metros de mí, la reconozco; es muy joven, simpática, y me da las buenas tardes con una alegría cercana, familiar, que no suele ser frecuente en la juventud. Se agradece encontrar compañía en estos pagos, por los que apenas ya pasea la gente. Hace sólo unas décadas este pálido sendero, a cualquier hora del día —sobre todo por la tarde—, se llenaba de bicicletas y borriquillos, de

labradores, pastores y picapedreros que venían de cumplir la faena cotidiana. Pocos años más tarde, estos parajes bulliciosos (Piedra del Candil, las Barranqueras) se fueron quedando solos y hasta las tórtolas, que en el tórrido estío daban luz al campo mustio, se alejaron de aquí para no volver nunca, pues hace años que nadie ha vuelto a ver su vuelo incisivo y rizado horadando estos parajes.

El paisaje ha adquirido otra fisonomía, y parecen distintos estos cerros solitarios. Por eso me ha sorprendido tanto ver a una mujer paseando por aquí. Veterinaria de profesión, está embarazada y espera el feliz alumbramiento para el comienzo de la primavera. Se llama María de Guía, es muy agradable, y tiene en los ojos la límpida alegría de un manantial que no agosta el verano y uno halla en el campo a la hora de más sed, cuando la siesta quema la garganta. Nos saludamos los dos muy cordialmente, y tras preguntarle por la vaquería de Digno y ella indicarme que está a un tiro de piedra, hablamos de la soledad del campo, del abandono total de los caminos y de que en los pueblos pequeños no hay futuro. Comentamos que aquí, en los Pedroches, apenas hay fábricas o industrias modernas que den trabajo a los más jóvenes. Coincidimos en que si no fuese por Pozoblanco, el núcleo industrial más grande de la zona, esta tierra estaría aún peor de lo

que está.

Antes de despedirme y proseguir mi camino hacia el sitio donde se halla Digno Sánchez, le pregunto cómo se halla dentro de su avanzadísimo embarazo. Ella dice que bien, que no siente molestias y que el que viene va a ser su hijo segundo, pues ya tiene otro mayor, de nombre Dani, el cual, según me comenta, espera con mucha ilusión que ella dé a luz para ver cuanto antes a su hermano pequeñín.

Tras desearle un feliz alumbramiento, digo a María de Guía que me alegro de que sigan naciendo en nuestro pueblo niños. Lo peor de esta tierra es hoy la soledad: las encinas están solas, por los caminos y las veredas de la dehesa ya no cruza nadie, y en las arboledas, choperas o encinar, no cantan los pájaros como hace algunos años, con armonía y un vigor feliz.

Acompañado de tanta soledad y de leves murmullos que el campo va exudando, llego finalmente a la vaqueriza. Me reciben los perros: dos podencos y un mastín que ladran con fuerza y rabia, mientras vienen derechos hacia mí con cara de pocos amigos. Empiezo a llamar nervioso a Digno Sánchez para que aparte el peligro de los canes que, rabiosamente, no cesan de ladrar.

Digno sale, al instante, y me saluda muy nervioso una vez ha reñido a los perros y ha conseguido echarlos hacia otro lado. Lo miro y la brisa parece detenida en sus ojos pequeños que, ahora, frente a mí adquieren el brillo de un tiempo que se fue y resucita de nuevo mientras me habla como si llevara sin verme varias décadas y yo fuese el niño que, antaño, conoció. Digno arrastra en su voz la niebla de los montes y el rumoroso vapor de aquel silencio que empapaba las cosas (los árboles, las flores...) y, después de envolverlas en su frío, las dejaba ocultas en un cuenco de felicidad. En su mirada encuentro un titilar de juncos dormidos al pie de una pared.

—Mi nombre completo es Digno Sánchez Español

—me dice mu amable, al lado de la vaqueriza—. Nací en Villanueva del Duque, pero luego, apenas nací, me llevaron a vivir al Viñón, que está a unos quince kilómetros de aquí. Luego, muy chico, ya estaba ayudándole a mi padre guardando cochinos, o haciendo picón y carbón. Había muchas veces que hacíamos la cal en el Calerín y después la vendíamos a gente de otros pueblos que, me acuerdo mu bien, venían a por ella subíos en burros. Mi vida de entonces es larga de contar.

Hoy la antigua casita en la que Digno se crió se encuentra derruida, comida por las malvas y los muchos zarzales que, desde hace unas décadas, aposetaron su reino en el lugar; sin embargo algo flota enredado entre sus muros, un extraño sigilo oloroso a humanidad que aspiro cuando la visito con respeto y piso sus piedras ya desparramadas trasladándome en vuelo a los días de la República, cuando un clima de paz, de armonía y de concordia dibujaba las sierras apacibles de esta zona y de otros rincones, también, de la comarca.

las casitas del viñón

Igual que otras casas, ya viejas y derruidas, ubicadas en el mismo paraje del Viñón, la de Digno Sánchez nos habla de una edad en la que muchas familias de mi pueblo habitaban la sierra durante todo el año. Esto vino ocurriendo hasta mediado el siglo XX, cuando entró en estas tierras la modernidad y la ya muy anhelada tecnificación agrícola. A finales de los 60, más o menos, los montes y las sierras fueron despoblándose y la gente que en ellas vivió durante décadas ubicó en el pueblo su nueva residencia. No obstante, algunas familias resistieron y decidieron dar la espalda al tiempo perpetuando un sobrio «modus vivendi» atado a la luz de la sierra y de unos bosques habitados por una flora exuberante y por una fauna riquísima y variada que, a bastantes familias, ayudó para vivir: las trampas y los cepos ubicados en la espesura proporcionaban a diario carne fresca, pajarillos y conejos, a los habitantes del Viñón y de sierras cercarnas, que eran decenas de familias.

Digno sabe de pájaros, de encinas y de carbón, porque en él aún respiran los montes de la sierra, y, si cierra los ojos y los hunde en su memoria, aún puede llegar hasta allí y volver a ser niño, un muchacho sencillo, desamparado y pobre, que no sabía nada de números ni letras. Él mismo lo afirma:

—Yo nunca llegué a pisar la escuela; no sé leer ni escribir, y no me avergüenzo, pues si por mí hubiera sío estoy seguro de que, en estos momentos, no sería un analfabeto. Yo hubiera querío pa mí otra vida mejor, pero viví como pude, porque desde chico tuve que estar en la sierra trabajando. Yo era muy chiquinino y ya cuidaba unos cochinillos, y le ayudaba a mi padre en lo que hacía falta. Éramos muchos hermanos, conmigo siete; cuatro más grandes que yo y otros dos más chicos. Además había otro que se nos murió pequeño. Lo que puedo decir es que en la sierra pasamos muchas penas, porque en aquel tiempo siempre había necesidad y los ricos no se acordaban de los pobres, pero los pobres sí que los necesitábamos. Yo viví años mu duros, y no puedo olvidarme de aquel tiempo. No podría resistirlo si volviera a empezar. Aquella vida, ya digo, fue mu dura, y de pensarlo me ahoga el corazón.

El Viñón es hoy día una sombra de lo que fue: un manojo de casas desoladas en las que el viento se enrosca como sierpe y silba cansino y triste entre las zarzas. Aun así, en los años últimos, ha habido gente, algunas familias, que han reconstruido sus viviendas —o han hecho otras nuevas, sobre los cimientos derruidos—, con el fin de habitarlas

los fines de semana, algún festivo y muchos días de verano que, en estos parajes húmedos y boscosos, se hace más llevadero y refrescante. De todas maneras, no es oro todo lo que brilla: hay muchísimas casas caídas, como he dicho, de las que apenas quedan los cimientos. Produce tristeza observar la gravidez de los tejados hundidos y las estancias comidas por el abandono y la maleza.

Muchas de las familias que hace décadas vivieron de un modo humilde entre esos muros —ahora un puñado de escombros fantasmales— no han vuelto a pisar el Viñón desde que, un día, dejaron sus tierras y salieron de sus casas convencidas de que, una vez lejos de aquí, habrían de encontrar un futuro más amable, despojado de angustias, miserias y decepciones. Solían ser familias de escasos recursos económicos que sabían subsistir con los frutos y con las carnes (las aves de caza, los conejos y las liebres) que aquellos parajes frondosos regalaban a lo largo del año de una manera espléndida; a cambio de ello el monte les pedía, y les exigía, una fidelidad de roca que, en ningún momento, podían traicionar.

Mediado el pasado siglo, en los años 50, había numerosas familias de mi pueblo que habitaban la sierra desde el Viñón al Gavilán, pasando por la Romera, el Barranco los Pobres, Puerto Rubio, la Vera, la Alcornocosa o el Cuartanero. Por aquellos años el aire del monte iba feliz enlazando voces y cuchicheos entre los olivos; al llegar el mes de diciembre, con la aceituna, no había casa en la sierra que no exhalase un humo alegre a través de su chimenea correspondiente y las gentes del pueblo iban de un cortijo a otro y, al acabar la dura recolección, lo celebraban reuniéndose y bailando la tradicional jotilla de la zona: un baile de un innegable sabor extremeño. La cogida de la aceituna alegraba la sierra y le daba un calor entrañable y primitivo. Eso fue después de la guerra, en los 50 y en los años 60, cuando no quedaban rojos entre los montarrales del Viñón o las espesuras agrestes de Malazarza. Nuestro protagonista, Digno Sánchez, en aquellos tiempos, vivía en la sierra todo el año, y, acompañando a su padre y sus hermanos, hacía mucho picón y encendía las carboneras que, a veces, estaban ardiendo casi un mes, como hoy reconoce en un tono melancólico donde se arropan la pena y la fatiga, la desolación, el miedo y la piedad:

—El carbón solía hacerse casi siempre en el invierno, después de talar los chaparros y las encinas. Entonces cogíamos las ramas más gordetas, de medio metro o así más o menos de largas, pa ponerlas mu bien puestecitas unas con otras. Luego, le echábamos chasca de las támaras y, también, las solíamos tapar con el pajuzco. Y toavía más por encima poníamos tierra. Cuando teníamos bien hecha la

carbonera, íbamos y, con muchísimo cuidao, le abríamos tres agujeros por detrás pa que saliera to el humo por ahí, y por alante se abría una puertecilla que era por donde la íbamos a encender. Cuando, por fin, terminábamos la faena, encendíamos la cosa y el fuego tiraba en poco tiempo y empezaba enseguía a jumear, y eso era bueno, quería decir que iba to de perlas y que el asunto iba a funcionar mu bien.

Mientras dialogo con Digno, los perros siguen ladrando en la vaqueriza y, en la lejanía, silba un lento alcaraván, un pájaro muy frecuente en esta zona que, hace ya muchos años, arrasaba sandiares cuando salía en grupo por la noche. Hoy apenas se ven en estos pagos alcaravanes; acabaron con ellos, se dice, el DDT y otros insecticidas y herbicidas ya prohibidos, de los que en otro tiempo se abusó cuando se saneaban las cercas y los sembrados. Digno afirma que ahora no hay pájaros en estos contornos, que los únicos que se ven, casi una plaga, son los rabilargos —mojinos les decimos—, unas aves dañinas que, en los meses del verano, arrasan los huertos a la hora de la siesta y dejan desiertos los árboles frutales. No hay ciruelo o melocotonero que se les resista: los mojinos son especialistas en arrasar huertos. «Son pájaros —dice Digno— con mu mala leche, que en el sitio que caen lo vendimian mu deprisa y destrozan to lo que encuentran en su camino. Yo no quiero ver esos pájaros ni en pintura».

Nos hemos sentado en las vertederas de un tractor. La tierra acuchilla, a nuestras espaldas, a un sol cansado que derrama su sangre en la suave lejanía, sobre la soledad de la Bozuela y las leves colinas de Fuente la Lancha. Digno vuelve a contarme secretos del carbón, detalles relacionados con su oficio, y lo hace aflautando la voz, bordando en ella sensaciones lejanas, lágrimas y sudores, rescatando sonidos que el tiempo aún no ha desgastado, porque siguen grabados, a fuego, en su recuerdo y en los viejos baúles de su corazón.

—Me acuerdo ahora mismo de muchas carboneras, y no creas que se me ha olvidao como se hacían. Mira, ahí en el huerto —me señala con el índice y se levanta despacio de su sitio—, al lao de ese chaparrillo que ves ahí, hice yo hace mu pocos meses una carbonera. Toavía tengo carbón en la vaqueriza, y ya mismo le meto mano a esas encinas que ves junto a la alambrá, pues están secas y pa lo que yo las quiero vienen bien. Por eso te digo que las cosas no se olvidan, que toavía me acuerdo de cómo hacer carbón. Y es que este oficio tiene su misterio, que cualquiera que no lo sepa o haya aprendío no hace una carbonera tan fácilmente. La cosa tiene su miga, te lo aseguro. Pa hacer una carbonera en condiciones hay que apretar los leños y ponerlos bien puestos pa que to el instalache quede bien macizo, sin ningún huequecillo que pueda joer la marrana, porque los leños

tardan mucho en arder y en quemarse del to, que la cosa no es tan fácil. Yo he tenío carboneras que se han tirao to un mes ardiendo, aunque lo más normal es que duren menos, dos o tres semanillas, casi siempre quince días. Lo importante es que la carbonera tire bien y los leños se quemen hasta el último cachito. Eso te lo señala la jumarea que sale de atrás, por unos cuantos agujerillos que se abren en la carbonera pa que fogue. Bueno, pos cuando el humo sale bien eso quiere decir que el carbón se encuentra hecho. Entonces quitas la tierra que tiene encima, y después ya es coser y cantar, no queda otra cosa que sacar el carbón y apilarlo en cualquier sitio.

Hace ya mucho que en las dehesas de los Pedroches no se alza feliz el humo de las carboneras; aunque sí es frecuente, por otro lado, divisar en el plomizo espesor del encinar el humo sinuoso de las grises piconeras, elevándose al cielo como lánguidas corbatas anudadas al cuello violeta de la tarde. Hasta hace muy pocos años, no más de diez, antes de que las gentes de estos pueblos usaran a menudo estufas y braseros eléctricos, los piconeros en invierno hacían su agosto e iban por las calles pregonando su producto: un excelente picón de encina y jara que dejaba en las casas humildes, cuando el frío, un olor penetrante, balsámico, exquisito. Lo malo de los braseros de picón (aún se siguen utilizando en muchas casas) es que solían humear cuando había un tizo —un trocillo de encina o jara mal quemado— y podían provocar asfixia en casos extremos (son muchos los sucedidos) además de causar mareos y cefaleas. Por otro lado, el uso habitual de esos braseros tiene en contra la mucha suciedad que suelen dejar allí donde se usen: el picón, y lo saben bien las amas de casa, es extremadamente molesto y sucio. Todo esto ha llevado a que hoy se use muy poco y los viejos braseros hayan sido arrinconados en la paz polvorienta de los sótanos o desvanes, donde permanecen yertos y olvidados como antiguos trofeos ya irrecuperables de una edad perdida en el mar de las costumbres. Su sitio vacío lo han ocupado braseros eléctricos, muy cómodos y facilísimos de usar, pero a los que les falta aquel aroma de jara y encina quemadas en el invierno, cuando en el monte más apretaba el frío.

Digno cuenta cómo elaboraba aquel picón que guardaba el cálido olor de la dehesa y llenaba de un manso sosiego las cocinas, impregnando el aire de un perfume gris balsámico:

—Una cosa es hacer carbón y otra el picón, que, aunque no lo parezca, son cosas mu distintas. Pa hacer el carbón había que coger las ramas gordas, pero pa el picón se usaban trozos finos, las ramas más flacas y delgás de las encinas. Lo primero que hacías era engavillar las ramas y las támaras más delgás de los chaparros, y luego, las ibas

quemando poquillo a poco. Pero, ojo, que había que tener mucho cuidao, y voltear mu bien las ramas negras. Se le iba echando agua a las quemás sin ninguna prisa, con mucho cuidaito, y luego seguías moviéndolas despacio, volteándolas un poco hasta que el picón, después de un ratillo, al fin quedaba hecho. Así que ya ves, el trabajo era entretenío y uno no podía dormirse en los laureles, pa que no acabara jodiéndose el negocio.

Había en Villanueva del Duque, en otro tiempo, algunas familias que vivían del picón, o, al menos, se aprovechaban de este quehacer para sacar con ello unos dineros que servían de suplemento extraordinario al sueldo mensual ganado en otro oficio, porque entonces los hombres del campo en los Pedroches no vivían de un solo trabajo normalmente, sino que trapicheaba cada cual atendiendo a su modo palos diferentes: el huerto, la mina, el cerdo para la matanza, las gallinas, los cuatro saquillos de picón que vendían voceando en las calles a cuatro gordas, sustentaban la economía de muchos hogares de aquel mundo rural auténtico y profundo.

—El carbón —dice Digno— solía venderse mu barato, se vendía por arrobas, ca una a peseta y perra gorda, y en algunos casos sólo a peseta y perrilla. De manera que dime tú a mí cómo podía tirar una familia así con varios hijos. Nosotros vivíamos porque teníamos trapicheos y uno siempre se dedicaba a otros oficios, que había que ganar la peseta donde fuese. De tos modos, sacábamos perras con el carbón, pues la gente venía a comprarlo de otros pueblos; casi tos venían con burros desde Belmez y tenían que cruzar toa la sierra de nuestro pueblo, desde Peñaladrones hasta el Viñón, a través de to el monte lleno de jaras y jagüarzos. Y no veas a los cabronazos de los burros con que fuerza tiraban cargaítos hasta los topes con el carbón apretao en las aguaeras, que endilgaban pa Belmez echando leches y daba gusto mirarlos subir cerros. Ca uno de los burros iba cargaíto con dos seras llenitas de picón hasta los topes, y salían jopeando subiendo por el monte sin resoplar siquiera en to el camino. Es verdad que entonces era to sacrificao, pos lo que te cuento era antes de la Guerra; después de la Guerra la cosa ya cambió y empezaron a llevarse el carbón subío en camiones. Por entonces yo estaba ya hecho un hombrecillo.

Uno escucha a Digno y se imagina aquella estampa de los burros cruzando las sierras del Viñón arreados por hombres con los ojos muy oscuros y el alma cruzada por un tibio desaliento. Debía ser muy dura la vida de esa gente que había de cruzar varios kilómetros de sierra, por veredillas y trochas casi intransitables, rodeada por una espesura impenetrable de quejigos, jarales, lentiscos y cantuesos. Cuando

escucho a Digno siento que entro en otro mundo, en un universo desaparecido.

el horno del calerín

En los años 70, a comienzos de la década, en la sierra quedaban ya pocas familias que resistieran en ella todo el año. La gente bajaba al pueblo casi a diario, con una frecuencia mayor que hacía una década; ya no había solamente carros de madera para cruzar los caminos embarrizados en los que éstos solían atollarse muy a menudo; por entonces cualquier campesino, cabrero o pastor, empezó a disponer de vespas y motocicletas (o, en el caso peor, de bicicletas con portaequipaje) que cruzaban la ancha dehesa en un suspiro y llegaban al pueblo en cuarenta o cincuenta minutos, algo que era impensable poco antes, cuando ir de la sierra al pueblo subido en carro suponía un terrible suplicio de tres horas que al viajero dejaba con todo el cuerpo machacado por el duro vaivén que el trayecto suponía.

La sociedad rural iba cambiando, y a esta zona de España, la comarca de los Pedroches, había llegado también el desarrollismo, lo que había influido, y mucho, en la vida agrícola y en el progreso económico de la sierra que, unas décadas antes, se encontraba más lejana, mucho más aislada y perdida geográficamente. Fue una transformación bastante rápida; en apenas unos años, los pastores y los porqueros pasaron de descansar de noche en el chozo, o en el cortijillo paupérrimo y desaliñado, a dormir placenteramente en su casa del pueblo, bien acompañados de la parienta y sus retoños. Este hecho contribuyó, si lo analizamos, a que muchos chiquillos absolutamente analfabetos (hijos de pastores, de leñadores y de porqueros) tuvieran la suerte de ser, al fin, escolarizados y, con ello, aprendiesen las cuatro letras del abecedario y las reglas más esenciales de la ortografía. Cuando esto llegó, Digno se hallaba muy mayor y no tuvo la oportunidad de ir a la escuela. Él lo explica con sencillez y naturalidad, resignándose ante su crudísimo destino:

—Yo no sé leer ni escribir, como dije antes; porque pasé toa mi vida tirao al campo, trabajando de porquerillo desde niño. Es verdad que me hubiera gustao saber leer, echar bien las cuentas y entender de matemáticas, pero, ¡qué le vamos a hacer!, me tocó la china. Entonces sólo aprendían los poderosos. Yo bastante tuve con aprender a echar una firma, y lo aprendí ya tarde. Así es la vida; unos nacen con estrella y otros estrellaos.

Este hombre menudo que tengo sentado frente a mí, con el pelo canoso, de ojos pequeños, negrísimos, habla como si muy dentro de su voz hubiese una luz que tira de la oscuridad, de la penumbra ruin de aquellos años y los fuese librando, despacio, de negrura, arrancando

del tiempo el dolor más visceral que la horrible posguerra sembró en la carne y en el alma de las familias más pobres y deprimidas. Ahora mismo en mí siento un latigazo de piedad que perfora mi alma y la cuartea en mil pedazos. Observo en los ojos de Digno en este instante un sereno fulgor, la luz de los carboneros, una mansedumbre que viene de muy lejos, de una pobreza enorme, intemporal, que está revestida de amor y es dura y tierna, tan resignada que en ella no hay negrura y no tienen cabida el odio o la traición, sino más bien la lealtad, la fe más firme y una honda esperanza que lleva hasta el futuro, un futuro que Digno, y Eufrasia, su mujer, ven ahora grabado en los ojos de sus hijos: Juanín, Francisquito, Julián y José Antonio, y en los hijos de su hijo Julián; es decir, en sus nietos. Aún flota en sus sienes la luz de los carboneros, ese manso turbión de noches gélidas de luna y hogueras alzadas en el mar de la dehesa, donde el frondoso encinar se hace sagrado como el amor que brota enardecido en los ojos de Digno hacia su esposa, Eufrasia, que tiene los suyos azulísimos, muy puros.

¿Cómo pudieron aguantar aquella vida, aquella existencia cargada de incertidumbres y de miedos secretos, ocultos, inconfesables, tantas y tantas familias que habitaron aquellos montes donde el lobo campaba a sus anchas y los tejones, los meloncillos, y otras alimañas, les robaban a diario el sustento natural, la carne, las proteínas de los montes, unos montes hostiles, sobre todo en el invierno, con la espesura mordida por el frío? Digno dice que resistió porque era joven y, también, porque no había otra cosa en aquel tiempo que los pobres pudieran hacer para sobrevivir sino echarse al monte a vivir de lo que fuese para subsistir y no morir de hambruna.

La vida en el monte era entonces dura y trágica. Luego, por fin, vendría la transformación de un mundo rural brutal, perdido, arcano, y las gentes irían alejándose de la sierra y huirían de la soledad de las montañas. En los años 70 ya no quedaban carboneros, pero algunas familias resistían en soledad los calores y el frío de la vida en la espesura.

En septiembre de 1969 pasé unos días de verano en el Viñón, en una casa pequeña, aunque confortable, que estaba ubicada a los pies de un eucalipto cuya hercúlea sombra daba frescor al edificio en el que residí junto a otros compañeros, poco antes de que el verano agonizara y el otoño inyectara su particular tristeza en aquellos parajes de jaras y piruétanos, donde la soledad era alegría siempre que fueras allí de veraneo y no a trabajar, como hacían los piconeros. Por entonces, estaba de moda veranear una o varias semanas en las casas del Viñón que, durante esas fechas, estaban alegres y concurridas; recuerdo, entre otras, la de Eloísa y Julián el del Banco, la del Sacristán (padre de Gregorio el Carpintero), la de los Calerines, la de Faustino, la de la Pelagia, y alguna otra más de la que no recuerdo el dueño. El caso es que las casitas del Viñón entre agosto y septiembre se animaban cada año y se llenaban de gentes que venían a veranear a este acogedor paraje en cuyo centro crecían, entre zarzales, una joven chopera y un manojo de eucaliptos en los que anidaban mirlos y oropéndolas, alcaudones, collalbas y otras aves del lugar.

Muy cerca de allí, a medio kilómetro o así, se ubicaba (y se ubica, aunque ya está derruido) el, por entonces, famoso Calerín: una especie de horno antiguo, artesanal, donde los familiares de Digno Sánchez (su hermano, Juanito, ayudado por sus hijos) fabricaban la cal con una técnica antiquísima que, según me confiesa Digno, era laboriosa:

—Lo de preparar cal tenía mucho trabajo. Lo primero que había que hacer —comenta serio— era poner dinamita en la cantera que estaba a mu pocos metros del calerín. Aquello era mu peligroso, y mu arriesgao, porque había que saber colocar bien los barrenos y hacer que saltaran las piedras por los aires y se hicieran peazos mu chicos pa manejarlos. De manera que, luego de romper las piedras, mi hermano Juanito las iba acercando al calerín, que era un horno mu antiguo parecío al de los tejares. Y enseguía, al ratito, ya empezaba a trajinar y a poner las piedras juntitas haciendo un lecho, y encimita de éstas ponía otro lecho de carbón, y después otro más de piedras por arriba. Luego encendía el carbón y se esperaba a que el horno, despacio, se fuera caldeando y llegara a ponerse completamente al rojo vivo. Y así tenía que pasar bastante tiempo, hasta que empezaban las piedras a

blandearse y se iban poniendo blancas por tos laos; después las sacaba con una especie de parrilla con los hierros mu grandes que él le había metío debajo, y las iba acercando en un carrillo hasta una torva que las trituraba a toas poquillo a poco, hasta que salía la cal ya hecha terrones. Al final de to, la cal ya estaba lista y venían al Viñón de tos sitios del país pa cargarla y después llevársela en camiones. Y, así, como has visto, era el negocio de la cal, mu sacrificao y jodío, pero luego, la verdad sea dicha, el asunto compensaba.

Allí, junto al Calerín, según relata, vivieron de niños los hijos de su hermano Juan, mucho antes de que emigraran a Barcelona, donde, con esfuerzo y muchísima ilusión, montaron un negocio de ruedas de automóvil. En la actualidad, José, uno de los cuatro hermanos, ha abierto una gasolinera de postín en el centro de la comarca, entre los municipios de Añora y Dos Torres, y, más de una vez, ha llegado a confesarme que su mayor ilusión es venirse al pueblo cuando sus dos hijos se hayan independizado y, al fin, llegué la hora del descanso del guerrero; porque José, lo mismo que sus hermanos, Julián, Vicente y Juan, ha sabido labrarse un loable futuro en tierras catalanas.

Hace sólo unos días estuve en su casa del Viñón con los tres hermanos, Vicente, José y Juanín, y evocaron conmigo anécdotas de la infancia que hace ya mucho tiempo tuvieron en aquel sitio. Nos acercamos a ver el Calerín y también contemplamos la casa de sus abuelos —la de Digno Sánchez— que hoy yace derrumbada y ahogada en el espesor de la maleza. Era todo muy triste, aunque estábamos felices por revivir los días que se fueron. Dimos un largo paseo por las cercanías del Viñón y, al volver nuevamente a la casa de su infancia, Juanín, el hermano pequeño de los tres, me enseñó un cacharrillo inútil y oxidado que, según confesó, cuando él era un chavalín y vivía en estos pagos fue su juguete preferido. Se me erizó la nostalgia al contemplarlo: era una hilerilla de latas de conserva, completamente herrumbrosas, agujereadas, que, ensartadas unas con otras por un alambre, querían parecer un rudimentario tren minúsculo.

—Con eso me entretenía yo de niño —me dijo Juanín, señalando el artilugio—. No teníamos dinero pa comprarnos otro juguete, pero tampoco importaba demasiado porque yo disfrutaba muchísimo con esto, con este puñao de latillas ya oxidás que para mí entonces eran un tren y yo no hubiera cambiao por otra cosa. Ese trasto ya roto me hacía muy feliz.

Lo dijo absolutamente convencido y me pareció, en ese instante, emocionado, como, en este momento, se halla su tío Digno, cuando evoca a sus hijos pequeños, Julián y José Antonio, que, desde hace

unos años, residen en Barcelona. El primero de ellos fue un buen amigo de mi infancia y a su lado viví aventuras memorables: él era travieso, alegre, hiperactivo, un muchacho prendado de la Naturaleza que era feliz cazando sabandijas: sapos, tritones, lagartos o salamandras. Julianín disfrutaba viviendo al aire libre y, además, por fortuna, nunca hubo de sufrir las muchas dificultades económicas que tuvo que soportar Digno, su padre, cuando vivió en la casita del Viñón y era un niño de sólo ocho o nueve añillos.

—Pasábamos muchas penas allí, en la sierra —reconoce Digno, en un tono sombrío—, muchas veces apenas teníamos pa comer, aunque había también otras en las que sobraba la comía. De toas las maneras, había que salir y echarse a los campos pa encontrar cualquier cosilla, una fruta cualquiera o cualquier pieza de caza... Mi padre tenía una escopeta de dos caños y con ella apañaba mu bien los conejillos, y también más de una vez alguna liebre, muchas de ellas, por cierto, grandes como zorras, que mi madre luego guisaba con mucho gusto. Como puedes tú ver, el hambre no acabó conmigo: siempre había en el puchero algo de sustancia; mi madre engañaba a los garbanzos o las lentejas con algún cachillo de carne de lo que fuese, porque mis hermanos y yo poníamos perchas y la sierra de entonces estaba herviíta de zorzales. No nos faltaban tampoco las aceitunas, porque teníamos en la sierra unos olivillos, y mi madre las aliñaba con buen gusto en dos orzas mu grandes que ella tenía en el corral. Ya por último, pa rematar bien la faena, al llegar diciembre, hacíamos también nuestra matanza con alguno de los guarrillos que habíamos engordao. Así que ya ves, después de la guerra sobre to no nos faltó un cacho pan que echarnos a la boca, pero sí es verdad que algunas veces no fue así, sobre to cuando llegó el año del hambre; entonces sí que es verdad que fue muy duro y las pasamos mu putas aquí en la sierra. Pero de eso hace ya mucho tiempo, muchos años, y pa mí, de verdad, to eso está olvidao.

el traje de la comunión

El anochecer va echándose en el campo como una alfombra de luto desvaído: hay un insólito brillo en las encinas y el camino, ahora mismo, despide un resplandor de piedras de cuarzo mezcladas con vainilla. Las vacas despiden mugiendo una luz ocre y todo el paisaje se queda embalsamado en una serenidad de terciopelo. Me despido de Digno y tomó el camino a Villanueva, prometiéndole que seguiremos conversando en su propia casa, a las ocho de la noche.

Ahora mismo el sendero es una cinta blanca bajo el rumor sagrado de la hora: todo está perforado por el armónico chirriar de los primeros grillos entre las hierbas. Mientras van tirando de mí mis pies cansados, voy pensando en Digno, en los baches de su vida; sobre todo me asombra que, al hablar de su niñez, desgarrada y humilde, sumergida en la escasez, no asome a sus labios un destello de rencor. A pesar de no haber tenido la oportunidad de aprender a leer o escribir, él no culpa a nadie: él achaca ese hecho terrible a las circunstancias, sociales e históricas, que cercaron aquellos días de su infancia paupérrima, bastante parecida a la de muchísimos niños de esta zona. Y yo admiro, hondamente, la nobleza de su espíritu por no culpar a nadie con el dedo: su bondad infinita me agrada y me conmueve. La bonhomía de Digno es impresionante.

Conozco a bastantes personas de mi pueblo que, durante su infancia, no pudieron ir al colegio. Es un dato brutal, durísimo, inhumano, muy difícil de asimilar y de digerir por aquellos que no comprendemos, ni aceptamos, la razón de unos años grises de posguerra donde la educación más esencial fue disfrutada sólo por los ricos marginando a las clases más desfavorecidas. Hablamos de éste y otros asuntos similares en casa de Digno, alrededor de la mesa camilla, poco después de las ocho de la noche, hora a la que él y yo habíamos quedado.

Estamos sentados. Hay tres personas junto a mí, en derredor de la mesa: Digno, Eufrasia (su mujer), y Juanín, el hijo mayor del matrimonio. La casa ha cambiado; no es la misma que yo vi y conocí en los días de mi niñez. Hace ya algunos años, deshicieron la bodega y la escalera de piedra que iba a la cámara. Con ello ganó el comedor, ahora más amplio y también más acogedor que en aquel tiempo. Cuando se hicieron las obras de la casa, también se cambió el corral, se hizo una cocina, una agradable terraza y se reformó la cámara primitiva del edificio; es decir, la parte alta del inmueble. La casa de hoy día no es la misma del ayer, y, a pesar de todo, aunque fue

remodelada, aún despide la calidez de aquellos años y, al estar dentro de ella, siento un grato bienestar.

Tejemos una conversación muy distendida, y las palabras van surgiendo puras, vuelan de nuestros labios a nuestras sienes como petirrojos antiguos, transparentes, que se van posando luego en los ramajes de nuestro interior inundándonos de vida. Veo en los ojos azules de Eufrasia la serenidad y la misma bondad infinita de hace décadas, cuando yo llegaba a esta casa con sus hijos Julianín y Francisco y me sentaba junto a ellos, en derredor de la mesa, a leer tebeos o hacer los deberes que traíamos del colegio. Nosotros, los niños de mi generación, tuvimos la suerte de ser escolarizados y pudimos aprender a escribir, a sumar números y a leer, sobre todo, según mandan los cánones. Sin embargo, esto no sucedió décadas antes, cuando el ambiente social era más lóbrego: un ejemplo palpable es el que me cuenta Eufrasia Rubio, la esposa de Digno, que de niña fue al colegio porque su padre, Francisco (apodado Curro), un hombre siempre inclinado hacia la Cultura, trabajó antes de Guerra en el Ayuntamiento y se preocupó de escolarizarla. Pero, hubo otras niñas que no tuvieron tanta suerte y no pudieron aprender lo imprescindible: leer, escribir, y saber echar las cuentas.

A Eufrasia, antes de la Guerra, le fue bien: su padre era un defensor de la República y vivió aquella época con cierto desahogo. Lo peor, sin embargo, llegó tras el conflicto, cuando Curro instaló una escuela en su propia casa a la que acudían personas analfabetas para recibir la educación más básica. El padre de Eufrasia era un hombre machadiano, socialista de convicción, humano, altruista, que se entregó en cuerpo y alma a los demás, ofreciéndoles sus conocimientos pedagógicos; sin embargo, hubo alguien —según dice su hija— que dio un chivatazo ante la Autoridad, consiguiendo con ello el cierre fulminante de aquella pequeña escuela popular donde Curro educaba a las gentes más humildes. Y no sólo perdió el maestro sus funciones, sino que dio con sus huesos en la cárcel, desbaratando con ello un porvenir que, unos años después, rescató de la penumbra aunque ya, según dicen, con el ánimo tocado.

La experiencia de Curro, el suegro de Digno Sánchez, indica el ambiente gris de la posguerra, donde se castigaba a personas generosas, de talante abierto e ideas democráticas, como en el caso de Curro ocurriría. Con esas maneras, encarcelando a maestros humildes, no podía conseguirse un mundo justo e igualitario. Nuevamente el ambiente rural volvía a enfangarse asfixiado por la incultura y el analfabetismo que la Dictadura alentaba en esos años. La década de los 40, primera posguerra, fue un tiempo muy duro, terrible, en los

Pedroches, como en otros muchos lugares del país. El mundo rural fue entrando en retroceso; la paz, como hubiera sido deseable, en el norte de Córdoba aún no había estallado.

Digno Sánchez, no obstante, estaba acostumbrado a eso: a pasar calamidades desde niño. Antes de la guerra, ya tenía once años y aún no había celebrado su primera comunión; por entonces, en 1936, él no había pisado aún las calles del pueblo, ya que toda su infancia y su primera pubertad las había vivido en las sierras del Viñón, lugar del que no se movió a ninguna parte. Todo esto lo cuenta con una sencillez insólita, casi pidiendo perdón por su pasado, con la voz sosegada y llena de crepúsculos vividos a la orilla de las carboneras. Hay en sus palabras un cierto tono gris de resignación, aunque no de desaliento, ni de franca derrota, tampoco de amargura; el alma de Digno es la rama de un escaramujo, donde, entre las espinas y las púas, cuando llega el calor brotan flores muy sencillas, rosas silvestres humildes, aún delicadas: entre tanta aridez resalta la dulzura. En su espíritu sobrio hay luz, nunca cansancio. La pureza es el vértigo de los más sencillos.

—No hice la comunión con los de mi tiempo —dice escondiendo sus ojos sobre el hule— y luego tuve que hacerla metío en guerra, poco después de que huyéramos del Viñón y con toa la familia me instalase en Peñarroya. Yo recuerdo que el día de mi primera comunión dentro de la iglesia había muchos falangistas, y algunos muchachos llevaban también la camisa azul, y yo estaba asustao y tenía bastante miedo, porque allí, en aquel sitio, me veía desorientao y, la verdad, no andaba mu tranquilo.

Muy poco después de su primera comunión, Digno sufrió una durísima experiencia, cuando un día, sin querer, se vio perdido por el monte en un fuego cruzado entre los rojos y los fascistas. Esto le sucedió un amanecer, junto a la carretera de Fuente Obejuna. En aquella ocasión iba conduciendo unas ovejas hacia el matadero de Peñarroya.

—Aquello —comenta— ocurrió en pocos minutos. Te juro que fue una experiencia pa asustarse. Yo me acuerdo que no había cumplío los trece años y si hoy vivo, la verdad, es porque Dios es bueno, porque aquella mañana me habían podío coser a tiros, que muchísimas balas silbaron por cima mi cabeza y también sentí otras que rebotaban por el suelo. Yo sólo sentía que aquel tiroteo era un mal sueño, y que tenía que escapar de la pesadilla.

Se queda callado y clava la vista en el hule humilde que adorna la

mesa camilla del comedor. Parece asomado al vacío de un gran pozo donde la oscuridad escuece y quema. Carraspea nervioso. Intenta seguir; mas las palabras se le quedan ahorcadas, dormidas, en el paladar, y el latir de sus sílabas se abraza como el musgo, después de la lluvia, a un muro de silencio para no salir de la boca tiritando. Pero, al final, su voz sale del frío y habla como si un crepúsculo lejano se le hubiera quedado incrustado en la garganta y las sombras del tiempo ardieran en sus pupilas.

—El caso fue que pensé tirarme al suelo —prosigue nervioso— pero al poco decidí que era mejor seguir corriendo a toa prisa pa llegar así cuanto antes al mataero que era adonde llevábamos las ovejas. Veníamos de un cortijillo que había junto al pueblo, al lao de la carretera de Fuente Obejuna, y ya no estaba la cosa pa echarse atrás. Delante de mí iba un carnicero algo mayor, y te puedo decir que, aunque yo corría más que él, no quería adelantarlo por vergüenza y por respeto. El carnicero tiraba de un carnero y no sé cómo el animal no reventó con la jodía carrera que le dimos.

Este triste recuerdo, junto al de su primera comunión rodeado de falangistas en Peñarroya, son los dos detalles más duros de la guerra que ha mantenido Digno en su memoria. Luego, añade que cuándo volvieron de la misma hallaron derruida su casa del Viñón y que había en los contornos una indecible soledad que, si respirabas, se te adentraba en los pulmones y te secaba el espíritu y la sangre. Eso es lo que cuenta Digno, de otro modo, del final de la guerra y del reencuentro tan dramático que tuvo con el paisaje de su infancia.

Se le humedecen los ojos y carraspea; luego mira a su hijo y a su esposa con tristeza, pensativo y oscuro, como si les demandara un trocito de luz para derrotar las sombras que aún siguen quemando la paz de sus recuerdos. Digno se halla perdido dentro de un glaciar y su alma tirita en los bordes de la nieve. Su mujer rompe el frío y cuenta historias de preguerra, cuando flotaba el amor de la república y ella acudía a la escuela ilusionada, disfrutando un periodo feliz de libertades que iba luego a quebrarse con el Alzamiento Nacional. Cuando éste ocurrió, ella huyó con su familia y encontró un refugio cálido en Chillón, pueblo minero muy próximo a Almadén, que había quedado inmerso en la zona roja. La estancia de Eufrasia en Chillón fue placentera; al menos vivió muy lejos de los bombardeos que tuvieron lugar en Villanueva del Duque. En Chillón, Eufrasia y los suyos estuvieron bien; hallaron no sólo comida y alojamiento, sino el amor y el cariño de una gente que, después de un puñado de años, ella aún recuerda con mucha emoción y melancolía.

En Villanueva del Duque, mientras tanto, desde que se inició la guerra civil hasta muy poco antes de que terminara, hubo cruentas batallas y violentos bombardeos. El pueblo quedó sumergido entre dos fuegos, entre el frente rojo y el frente nacional. Tras el duro conflicto sobrevivió una casa (Villa Numancia, también Casa del Ronco) que, hasta hace unos años, mantuvo en sus paredes las violentas y horribles señales de la guerra: muchísimas huellas de proyectiles y de balazos. En la enorme pared de la citada estancia, año tras año, al entrar la primavera, decenas de pájaros, gorriones y estorninos, llenaban los huecos de sus cicatrices con el plumón sedoso de sus nidos, inundando de silbos alegres la casona.

En aquel edificio umbroso, malherido, trabajó mi padre de niño durante un tiempo —no había cumplido aún catorce años— vendiendo piezas de tela, o de retales, y ordenando paquetes que había en la tienda de tejidos ubicada, antes de la guerra, en la planta baja. Mientras mi padre andaba en esa tienda, coincidiendo en los bucles de un tiempo caprichoso, Digno pasaba su infancia en el Viñón y vivía muy feliz sin haber venido al pueblo. La vez primera que lo hizo, según cuenta, entró a Villanueva del Duque con su madre agarrado a su falda, buscando en ella protección, temiendo que alguien pudiese hacerle daño.

—Vinimos desde el Viñón subíos en la burra y, al entrar por fin en el pueblo me asusté; yo lo veía to mu grande, exagerao, y tenía mucho miedo a perderme en cualquier sitio. Me acuerdo mu bien de que cuando entrábamos a una tienda yo miraba pa tos los rincones mosqueao y me agarraba a la enagua de mi madre, sin dejar de mirar ni un momento pa toas partes: yo tenía mucho miedo a que alguien pudiera hacerme daño. Sé que paece mentira que fue así, y ahora, cuando me acuerdo, me da risa, pero aquel día las pasé bastante putas, que me volví cagaíto pal Viñón. De verdad que no te engaño. To eso es cierto.

los primeros zapatos

Por el camino que cruza el Lentiscar, una vez superada la antigua vía del tren, el chaparral se espesa, se armoniza, y se va ennobleciendo, a la vez, todo el paisaje con la violácea espesura de las jaras, los olorosos tomillos y los cantuesos que tienden en la primavera su lienzo alegre sobre la morosidad de las colinas. Cuando entra el invierno, de diciembre al mes de marzo, en las siembras jugosas que hay al lado del camino, inmensas bandadas de grullas (a veces hay miles) dan muy buena cuenta de semillas y bellotas. Y, en la hora crepuscular, alzan el vuelo y, abriendo sus alas, ennegrecen todo el cielo que, allá, detrás de las sierras del poniente, adquiere un delicadísimo tono salmón que supura en los ojos de la lejanía.

Hace ya varias décadas, para viajar a Peñasblancas, mi abuelo Pepe cogía el automotor en la estación del Soldado, o en la que se ubicaba entre Villanueva del Duque y Alcaracejos. Viajé con él varias veces en aquel tren y fue para mí una experiencia inolvidable: el campo se deslizaba ante mis ojos levemente paralizado por la luz que el sol dejaba en la copas de las jaras, y las perdices corrían junto al tren con inmensas bandadas de pollos diminutos que hacían las delicias de los viajeros más atentos, que echaban su vista tras la humilde ventanilla para observar fijamente el campo que, ante ellos, cruzaba lento, dulcemente, en una visión de cinemascope.

Subidos en el tren cruzábamos el Lentiscar, y mi abuelo solía mirar hacia el lado derecho para contemplar la casa de su propiedad, que erguía su silueta entre las encinas centenarias. Al pasar por la Barreonda el automotor resoplaba cansino con la seriedad de un buey apaleado en el frío por su amo. En ese punto, mi abuelo miraba el reloj con el fin de poder calcular lo que nos quedaba para desembarcar en nuestro destino. Minutos después, llegado el tren a la estación, con mucha elegancia saludaba al revisor, daba los buenos días a algún paisano, y, al instante, nos dirigíamos hacia el camino que llegaba hasta la casita de la Sierra.

El camino nacía junto a otro que iba hacia el Viñón, por el que, décadas antes, Digno Sánchez bajaba subido en la burra a Villanueva. Este umbrío sendero se abría entre espesuras de madroñas, jarales, jaguarzos y cantuesos. Antes de la Guerra, por ese camino del Viñón, Digno Sánchez estrenó los primeros zapatos de su vida y corrió loco de alegría de un lado a otro. Imagino, al mirar sus ojos, lo ocurrido aquella mañana gélida de marzo —él no puede olvidar la fecha del milagro—, cuando el corazón escarchado del paisaje se fundía con los

espinos florecidos y las ramas frondosas, níveas, de los almendros.

—Yo no había conocido hasta entonces los zapatos

—me confiesa ahora Digno, guarecido en su emoción—. Por entonces sólo utilizábamos las albarcas, y eso muy pocas veces, no te creas, que lo normal es que fuéramos descalzos pateando toas las veredas de la sierra. Por eso cuando llegó mi madre a casa con el par de zapatos no podía creérmelo. Y tanta alegría me dio que me puse a correr con toítas mis fuerzas por el camino de un sitio a otro, y depués de tanto correr, me paraba en seco pa mirar si las suelas se habían ya desgastao. Y, al ver que seguían lo mismo, empezaba a reír y me entraba, de pronto, una felicidad que por mucho que quiera no sabría explicarte. De caminar descalcito por la sierra, tenía los pies doloríos, encallaítos, y agrietaos de tanto frío como aguantaba. Había muchas veces que, cuando andaba por el monte, se me clavaban las púas de los piruétanos y mi madre tenía que sacármelas de los pies con muchísimo apuro, y sentía tanto dolor que me ponía a chillar como un verraco. Casi siempre tenía alguna espina hundía en el pie. Por eso celebré tanto lo de los zapatos y me puse a correr con ellos como un bobo. Me acuerdo que aquella noche me eché en la cama y enseguía me dormí. Estaba contento y rendiíto del palizón de carreras que me di. Pocas veces en mi vida he tenío tanta alegría y me he sentío tan feliz como ese día. Nunca podré olvidar esos zapatos.

Los vecinos de los Pedroches, antes de la guerra, y unos años después también, cuando iban al campo solían usar albarcas de amplias suelas por cuyos extremos entraba el agua de la lluvia y salía a su antojo, sin hallar ni una barrera. Hasta bien avanzada la década de los 50 la gente común (pastores y labriegos) no empezó a usar los zapatos regularmente. No había mucho dinero y un par de zapatos, por entonces, para alguien muy pobre era un artículo de lujo. En este sentido, Digno Sánchez me confiesa que cuando venía de la Sierra a ver la novia traía unos zapatos viejos de mucha suela que llegaron a dejarle atollado sobre el barro de la carretera aún sin alquitranar, que iba desde mi pueblo a Peñarroya, cuando apretaba la lluvia en el trayecto. Aún así, a pesar de las dificultades y los inconvenientes de aquel brutal paseo (el tramo que había entre Villanueva y el Viñón), Digno perseveró con gran firmeza y no hubo semana que no bajara desde el monte a ver a la novia que vivía en Villanueva. Eufrasia —sus ojos son pozos de cielo— se sonríe cuando su marido hurga en la historia que les retrotrae a sus años de noviazgo:

—Me casé —dice Digno— en 1951, y llevaba dos años hablando con mi mujer. Yo tenía ya cumplidos los veintisiete años y, no se me

olvidará, el día de la boda. Pero hasta entonces pasé bastantes apuros. Lo primero que me costó fue pedir la entrada, que mi suegro era buena persona, eso es verdad, pero el jodío era bastante serio y a mí me costaba mucho pedir permiso pa poder entrar a su casa a ver la novia. Un día le eché ganas y fui capaz de entrar a verlo. Le dije, bastante nervioso, con vergüenza, que pa mí era bonito poder casarme con su hija y que yo estaba allí para pedir la entrada en serio. Y me acuerdo mu bien que mi suegro fue y me dijo que eso se lo comentara a su mujer y que lo que ella dijese es lo que se haría. Y, al final, tuve suerte porque mi suegra dijo sí, y entonces vi el cielo abierto y, en un segundo, se me quitaron los nervios que llevaba. A partir de entonces bajaba al pueblo más tranquilo, mucho más ilusionao, y siempre venía aprisa, y, cuando llovía, esta es la verdad, me ponía hasta las trancas de barro los zapatos. De manera que antes de acercarme a ca la novia iba corriendo a mi casa del Toleo y empezaba a limpiar con un trapo mis zapatos hasta que quedaban al final como un espejo. Así que en esas estuve mucho tiempo, bajando hasta el pueblo desde el Viñón frecuentemente hasta que ya, por fin, pude casarme.

la visita de los rojos

La memoria de Digno es una caja de sorpresas: en ella conviven momentos muy felices con otros mucho más tristes y desgraciados, todo ello saltando grandes espacios temporales, como en un revoltillo gris, veloz e hipnótico. Los recuerdos son como pétalos dormidos que cuelgan del viejo rosal de la memoria y, a veces, la luz los deforma cuando caen en las frías baldosas de la realidad, convirtiéndolos en meras sombras fantasmales de lo que fueron antaño en su raíz. Hay recuerdos que crecen en la luz del corazón en vez de hacerlo en la estancia del cerebro, y se quedan dormidos, hibernando, durante años, sin que la voluntad abra sus puertas para que estos al final salgan al exterior. Hablando con Digno tengo esa sensación: pienso que él siempre esconde algún recuerdo que no quiere comunicarme por pudor o, tal vez, por miedo, porque en sus recuerdos hay muchas púas y espinas de aulaga o de escaramujo sin extraer de un trozo de su vida anclado en un tiempo extremadamente inhóspito.

Cuando uno dialoga con alguien como Digno, un hombre mayor que ya ha vivido tanto y tiene, además, tantísima experiencia, los recuerdos se escurren como libélulas en un lago de aguas fangosas, espesas y movedizas. Las personas que tienen el tiempo en sus espaldas y, además, superaron años muy difíciles, hablan casi siempre de un modo atropellado y se saltan algunos fragmentos de su vida en su afán de mostrar la cara mejor de su experiencia, escondiendo con ello así la más traumática.

En el olvido no cabe la consciencia; uno debe olvidar no premeditadamente, sino de una manera inconsciente, involuntaria. Sé que Digno ha olvidado no por su propia voluntad, sino que ha sido el tiempo el que ha borrado de su vida difícil los momentos más agrestes. No esperaba, es verdad, otra cosa de él que no fuese oír de sus labios ya agrietados por la voz del silencio historias de los maquis. Al haber vivido en la sierra tantos años, hundido en el corazón de la posguerra, tuvo que haberse encontrado alguna vez con cualquiera de aquellos hombres perseguidos que en Villanueva del Duque llamaban rojos y, en más de una casa, comparaban con el diablo.

Hasta bien avanzada la década de los 40, en los más inhóspitos montes de mi pueblo, resistieron como pudieron varios maquis. Los montes no eran seguros para nadie: ni para los nacionales, ni para los rojos. Nadie caminaba tranquilo por la sierra. Aún se hablaba, recuerdo, cuando era yo un chaval, de aquellos hombres áridos y violentos, desharrapados, tercos, embrutecidos, que, unos años antes –

según decían los viejos—, habían recorrido la sierra abandonada sembrando el terror, el miedo y el silencio. Unos años más tarde, conocí el otro discurso, la otra cara de la moneda, la de los vencidos, y empecé a entender por fin la realidad más certera y plural de los de la Sierra, que era como en mi tierra llamaban a los maquis: unos hombres humildes, rebeldes, libertarios, que, después de la guerra civil, se echaron al monte para salvar como fuese su pellejo. Digno cuenta que se los topó un par de veces; la primera no tuvo, explica, mucha transcendencia. La segunda, no obstante, fue algo más traumática, aunque tampoco dejó una herida en él que el paso del tiempo no cicatrizase. Aun así lo recuerda con mucha nitidez, como si hubiera ocurrido hace unas semanas.

—Los de la Sierra bajaron dos veces al Viñón —dice emocionado —, por lo menos que yo sepa. La primera vez cogieron a mi hermano Juanito que, en aquel momento, no estaba en nuestra casa, y después lo trajeron y lo primero que le hicieron, y eso lo vi yo, fue quitarle los zapatos, y mi madre, la pobre, les dijo que no se los robasen, porque él no tenía más zapatos que aquel par. Y no olvidaré que los rojos contestaron que mi madre, si ella quería, podía ir al pueblo a comprar, si tenía dinero, otros zapatos, pero que ellos no podían hacerlo aunque quisieran, porque si bajaban al pueblo los mataban. Así que al final se fueron como habían venío, sin hacernos daño ninguno, tranquilamente, pero con los zapatos de mi hermano que, a partir de aquel día, andó otra vez descalzo.

Digno parece dormido en sus recuerdos; pero, de pronto, me mira y me estremezco. Noto en su mirada cansada plomo hirviendo y un dolor casi dulce que acaba enhebrando el aire oscuro que, a través del pasillo en penumbra, entra al comedor y se queda temblando sobre las cabezas de las cuatro personas sentadas aquí, en la estancia. Una radio antiquísima y un canario anaranjado nos vigilan desde dos puntos del comedor y, ahora, son de algún modo imágenes poéticas rescatadas de un tiempo ocre que no existe, pero permanece, no obstante, disecado en este rincón puro y virginal que nos funde en una sustancia indestructible: la sustancia de la pobreza, un tono límpido que comunica la línea de las almas que respiraron la luz de un mismo espacio. En la casa de Digno ahora mismo, en este instante, siento como si regresara a ese universo diminuto y frágil, íntimo y rural, que aún permanece en la casa transformada en una emoción hilada por imágenes que el corazón sólo puede percibir. Digno también lo transmite en sus palabras, en la mirada agreste, pero tierna, que me ofrece adherida al flujo de su voz ebria de montes y pájaros de arcilla. Al hablarme del maquis es como si un viento derruido, oloroso a jaras y a zarzas florecidas, atravesara mi piel y me transportase hasta un

tiempo lejano que yo no conocí y, al pie de mis ojos, vuelve a resucitar con los mismos olores y sonidos del ayer.

—La otra vez que bajaron del monte fue un día de Santiago —recobra Digno de nuevo su relato—, y esa vez fue peor, pues se fueron con mi padre y lo subieron al castillo del Viñón. Y mi madre, nerviosa, salió enseguía detrás suya, y le echó valor, que se enfrentó a los mismos rojos y les dijo que qué hacían allí con su marido y que tenían que soltarlo cuanto antes, porque a ellos mi padre no les había hecho ningún daño. La pobre, al final, volvió del castillo sin su hombre y se puso en casa a llorar desesperá. Pero la cosa al final no quedó ahí, ya que, poco después, los rojos bajaron con mi padre y se fueron pasando de casa en casa a coger prisioneros. Después nos llamaron a tos los familiares y nos reunieron debajo de una encina pa pedirnos tan sólo algo pa comer, pues según nos dijeron estaban muertecitos de hambre. Y al final sí es verdad que no nos hicieron daño alguno; además, sacaron tabaco y lo ofrecieron a quienes tuvieran ganas de fumar. Luego alguien nos dijo que aquel tabaco era robao a unos pobres desgraciaíllos como nosotros que habían asaltao poco antes en el Cuartanero.

Cuando acaba esta historia de maquis y sobresaltos, Digno respira cansado, toma aire para iluminar un instante sus pulmones, y dirige la conversación hacia otro asunto. Comienza a contarme recuerdos de las Morras, el pozo de mina donde trabajó casi ocho años, cuando su primer hijo, Juanín, era pequeño. Después, ya iniciada la década de los 60, las minas fueron cerradas sin remedio dejando en el paro a decenas de mineros que hubieron de alzar el vuelo uno tras otro (los que no murieron al final de silicosis) y buscar trabajo en distintos puntos del país o de otros lejanos, como Bélgica o Alemania. Con el pozo de mina también se cerraron muchas casas. Una de las primeras fue la de Digno; un día de septiembre, después de la feria de Hinojosa, la familia salió del pueblo a buscar trabajo. Aquel éxodo épico, gris, crepuscular, de la familia de Digno es recordado por Juanín, el hijo mayor, mientras su padre se adentra en la cocinilla cabizbajo dispuesto a aviar la cena de la noche.

Digno pide disculpas y cede a su hijo la palabra:

—Salimos del pueblo en 1966 —me confiesa Juanín, con voz de pedernal—; yo tenía trece años, y lo recuerdo claramente, como si hubiera ocurrío ayer por la tarde. El viaje se me hizo larguísimo y pesao. Lo primero que hicimos fue coger el automotor que nos llevó desde el pueblo a Puertollano. Luego allí cogimos otro tren a Ciudad Real. Y en Ciudad Real otro hasta Madrid. Yo estaba hasta el gorro ya

de tanto viaje; pero ahí no acabó la cosa, aún había otro tren que nos iba a llevar de Madrid hasta Ponferrada, que era un pueblo de los más grandes de León. Y, al final, desde allí nos dirigimos hacia Toreno en un tren minero que no dejaba de traquetear, y, a mí por lo menos, me dejó hechecito polvo, con los huesos molíos. Jamás lo olvidaré. Aquel viaje a León se me hizo eterno.

Dice Eufrasia, la esposa de Digno, que en Toreno los vecinos eran extraordinarios y muy afables. La mirada de Eufrasia se pierde en la penumbra de la casa anillada por un vapor celeste. Su espíritu bulle en una afable lejanía recogiendo recuerdos, ojos, pasos, voces que aletean como tábanos dentro de un espacio abonado por el carbón de la ternura. Digno, entre tanto, sigue en la cocina, preparando la cena, y Juanín, que está a mi lado, confiesa que allí, en Toreno, aunque hacía frío, las casas estaban muy bien acondicionadas y tenían casi todas el suelo de madera, mientras que, en nuestro pueblo, era de terrazo, o en su caso estaba empedrado de cuarcitas que brillaban como diamantes en la penumbra de las siestas de junio en la sosegada estancia.

las campanas fantasmas

Juanín sigue hilando estampas de Toreno y aparece la nieve como un cristalino salmo envolviendo las calles, blanqueando las colinas, cubriendo el camino por el que iban los mineros, a la hora del amanecer, hacia su destino con el alma encogida y los ojos aún enlunados.

—Recuerdo el río Sil, que pasaba junto al pueblo y era muy bonito, sobre to en la primavera, y también me acuerdo mu bien de don Nicasio, que era el cura del pueblo, un tío mu campechano que visitaba las casas con frecuencia y se hablaba con toa la gente, con viejos y niños. Por entonces, la vida en Toreno era sencilla. En las casas se estaba mu bien, no pasabas frío porque toas tenían su cocina de carbón y su agua caliente, que aquí no se conocía. Y aunque hubiera nevao, el frío ni lo notabas; había muchas veces que, en mitad del mismo invierno, podías estar en la casa en manga de camisa y nunca se te ponía piel de gallina. Y si no pregúntaselo a mi hermano Francisco, que ese sí que tiene recuerdos de Toreno, porque, como tú sabes, estuvo allí de monaguillo y mienta muchísimo al cura, don Nicasio.

Francisco, ahora mismo, no se encuentra en casa; se fue, antes de yo llegar, a Hinojosa del Duque y, hasta el momento, aún no ha regresado. Francisco, el tío Quico (así le llamamos en Villanueva), es un hombre jovial, dicharachero y bondadoso, con el que resulta un placer charlar sin prisas del asunto que sea: él se adapta a cualquier tema, por muy extraña que sea la conversación, y encima lo hace de un modo natural, como el musgo se adhiere al tronco de algún árbol sin mirar si es un chopo, un olmo, o un eucalipto.

El tío Quico, al que yo apodé el chache Ismael, fue monaguillo en la iglesia de Toreno y, al volver de León, también lo fue en la de mi pueblo. Pero no fue en el templo parroquial de Villanueva donde Quico aprendió su oficio de monaguillo, sino en el ya mencionado de Toreno cuando era pequeño, apenas tenía diez años.

Mientras estoy conversando con Juanín, su hermano Francisco, el tío Quizo entra a la casa. Acaba de volver de Hinojosa del Duque y, tras saludarme con delicadeza, enseguida pega la hebra con nosotros. Le preguntó, de entrada, por la iglesia de Toreno y él describe aquel templo con mucha precisión, como si hubiera estado allí hace unos días y siguiera sumido bajo el silencio de la nieve que caía en aquellos inviernos interminables.

Francisco, de espíritu humilde y franciscano, recuerda la casa del cura don Nicasio y, en su parloteo chispeante y muy jovial, traza una imagen del cura casi poética: lo presenta paseando por el espacio del corral de su casa sagrada, bajo un palio de cerezos y un viejo nogal, frondoso y legendario, que convocaba a los pájaros del pueblo a la hora de la atardecida entre la nieve. También habla Francisco de cuando el cura le decía que subiera a la torre a dar los toques de campana.

—Un domingo —dice Francisco, sonriendo, como si rozara aquel tiempo con los labios—, me mandó don Nicasio a que diera los tres toques de misa y yo, como siempre, me fui tan campante pa la iglesia, poquito después de tomarme el desayuno. Aquel día yo recuerdo que hacía frío pa rabiar, porque había nevao y las calles del pueblo estaban blancas y, además de to esto, mu resbaladizas. El caso es que fui y abrí la iglesia igual que siempre y, como era miedoso, iba con recelo, porque a esa hora estaba casi a oscuras y yo, sin ni siquiera encender la luz, enfilé la escalera que subía hasta la torre, mirando asustao pa toitos los rincones, por si las moscas llegaba a pasar algo. Y claro, lógicamente, no había nadie, pero, cuando estaba ya subío en la torre, empezaron a repicar solas las campanas, como si las moviera el mismo diantre. Sólo puedo decirte que enseguía me santigüé y salí echando leches, corriendo para abajo, y las campanas repica que repica, que no había quien las parase a las mu putas. Aquel día me pude morir del joío susto. Yo creía que iban a cogerme por detrás, mientras andaba bajando la escalera, pues toa la iglesia estaba casi a oscuras.

—Y al final ¿qué ocurrió? ¿Quién tocaba las campanas? —le pregunto impaciente, mordido por la intriga.

—Pos qué iba a pasar —responde muy resuelto el amigo Francisco, como si estuviera ahora alojado de nuevo en la holla de aquel tiempo y aún no hubiese escapado de aquel día dominical donde la luz de la nieve era tan tierna—. Pues que el cura solito había inventao una cosa extraña hecha con unas poleas y una soga que iba hasta la torre desde la ventana de su cuarto, porque su casa estaba pegá a la iglesia. La soga, me acuerdo, pasaba encimita de su huerto, por entre los cerezos y el nogal. Pero a mí no me había dicho el cura na del tema y, por esa razón, me pareció mu extraño que las campanas ese día tocaran solas. No veas el mosqueo que cogí subío en la torre. Al final, me enteré de pura casualidad, cuando fui de la iglesia corriendo a ver al cura y le conté asustaíto lo ocurrío. Entonces yo vi, mosqueao, que él se reía y me dijo, enseguía, que entrara a su dormitorio pa que viera el artilugio que había montao. Y a mí, cuando

vi el invento, se me fue el susto. Pero el rato de miedo aquel no hay quien me lo quite, que a partir de aquel día subía a la torre con recelo, aunque yo comprendía que en el campanario no había nadie.

Francisco, el tío Quico, recuerda con ternura la imagen de don Nicasio, aquel cura santo que platicaba a menudo con los mineros y entraba en sus casas, preocupándose a diario por su situación a veces quebradiza. Francisco describe una imagen insólita del cura, una estampa ceñida a las líricas nieves del invierno en la que el párroco baja a un pozo de mina con la bota de vino puesta en bandolera para allí compartir unos tragos con los mineros y animarles a llevar con luz la oscuridad de su oficio muy duro y mal pagado por entonces. El tío Quico comenta que cualquier cura rural, o en su caso también de ciudad, pues da lo mismo, debería ser sencillo, altruista, generoso, e imitad a Jesús, como hizo don Nicasio.

Él relata la última vez que lo vio en vida, hace ya mucho tiempo, cuando hizo la mili en León, un día que obtuvo permiso y fue a Toreno con la única idea de darle una sorpresa y pasar con él un rato inolvidable, recuperando instantes ya vividos.

—Estaba mu viejo —dice emocionado—, y apenas llegué a su casa ni me conoció. Se me quedó mirando confundido, deseando saber quién era, pues recuerdo que yo llevaba bigote y había cambiao. Hacía veinte años que a mí no me veía. De manera que lo que hice fue contarle la anécdota que ocurrió con las campanas y el susto que yo me llevé de monaguillo. Y entonces ya sí, enseguía, me reconoció y se puso a llorar de emoción, pues me apreciaba, lo mismo que yo a él también, porque era un santo y he conocío pocos curas como él. No puedo olvidar las palabras que me dijo: «Tú eres Francisquito, el hijo de la Andaluza... Te veo mu cambiao. ¡Cómo ha pasado el tiempo!» Me dio un abrazo de padre, me apretó, y se nos saltaron las lágrimas, porque los dos nos teníamos cariño. Don Nicasio, ya digo, fue un cura extraordinario.

Es la última imagen que el tío Quico guarda de aquel hombre que tanto influyó en su vida cuando niño. No obstante, aun así, se atreve a regalarme la última anécdota o vivencia singular, un refrán que él conserva intacto y cristalino dentro de su interior, bajo el resguardo de una nostalgia atada a aquel rincón anclado en el frío de un pueblecito de León, marcado por el silencio de la nieve y la tos lejana y febril de los mineros.

—Cuando yo era un chiquillo, la gente de Torerno

—comenta Francisco— tenía costumbre de decir cada vez que a uno le apetecía echar un trago y tomar una copa con los camaradas que «a las doce de la noche quien no ha bebío, viene el diantre a por él y dice éste es mío». Así que en mis años de plena juventud, cuando bebía bastante —ahora ya no bebo—, lo decía entre mis amigos, nos mirábamos y nos echábamos un trago pa el coleto. Eso era frecuente en nuestras noches de parranda, cuando mis amigos y yo íbamos de marcha. Ahora uno es mayor y no está para esos trotes, pues llega una edad que toca cuidarse.

Cuando termina Francisco de narrar su jugosa experiencia, la casa, sumergida en un silencio poroso y cristalino, adquiere de pronto la atmósfera romántica que tenía en otro tiempo, al final de los 60, cuando Digno y los suyos volvieron de Toreno e instalaron de nuevo su vida laboriosa en Villanueva del Duque para siempre. El ambiente se tiñe un instante, de repente, con el amable aroma del picón, de un calor familiar que hace retrotraernos a una edad singular de jilgueros y olmos lánguidos. Juanín remueve el brasero con morosidad y un leve humillo grisáceo de melancolía atraviesa las enagüillas de la mesa y se adentra en mis ojos despacio, con fruición, endulzando mi sangre con su peculiar perfume. Me escondo en mí mismo y toco la luz de aquella edad: el corral soleado, la cuadra, la cocinilla, la escalera que iba a la cámara, los chineros...

Son apenas cinco segundos de silencio; pero a mí me parecen una eternidad, pues me hallo abstraído del mundo en ese instante. Pero la voz de Juanín, que entra en acción, zarandea mi ánimo y me extrae de mi aislamiento devolviendo mi mente al presente en un segundo, cambiando el discurso hacia otro ángulo emotivo:

—Entonces pasábamos penas —dice serio— y había mucha escasez. Esa es la verdad. Por supuesto que es la verdad. Nadie lo duda. Pero los vecinos estábamos unidos y la gente era más familiar, mucho más sencilla. Hoy to es mu distinto. Cada persona va a lo suyo y ya los vecinos no nos unimos como entonces, ni tampoco nos visitamos como antes.

Es una visión negativa del tiempo actual; la constatación de que hemos olvidado el lado auténtico de la vida honda y cordial de hace unas décadas. Juanín lo ha descrito con mucha sencillez, poniendo el dedo en la llaga del asunto. Él está convencido de que hemos perdido las raíces; pero luego, por otro lado, también añade que hoy tenemos de todo, que la economía nos ha igualado, y que los obreros viven mejor que en los años 60, y eso, como él asegura rotundamente, empezó a ocurrir en España hace veinte años, cuando Felipe González

llegó al poder e inició la transformación de la economía de un país que aún sufría el estigma del franquismo. Juanín me comenta que la vida en Villanueva en los años 60 estaba exenta de comodidades, algo de lo que ya nadie parece acordarse.

—Yo recuerdo —dice— que aquí, en mi casa, igual que en otras, como en la de la Bibiana, por ejemplo, había sólo una bombilla en el pasillo y con esa única luz tenías que apañarte, que pa ir a una habitación de la misma casa tenías que alumbrarte con un trocillo de vela. Tampoco había cuarto de baño y pa orinar o hacer tus necesidades ibas a la cuadra, y no había tampoco siquiera agua corriente, que tenías que apañarte con el agua de los pozos, si no ibas a la Aguada, que, como tú sabes bien, era un grifo al que iba la gente con sus cántaros pa llenarlos del agua que venía del Horcajo. La vida ha cambiao muchísimo en tos estos años; hoy te paras a pensarlo y parece mentira la transformación que ha tenío nuestro pueblo, igual que la de otro cualquiera de esta zona. Y eso, aunque muchos no quieran reconocerlo, se lo debemos to a Felipe González.

Los ojos azules, serenos, suavísimos, de Eufrasia, se encienden con las palabras de su hijo y, sin decir nada, asienten, confirmando sin resquicios, de un modo rotundo, lo expresado por Juanín. Ella habla finalmente y apostilla lo de la labor positiva del PSOE, aclarando que aquí, en el norte de Andalucía, se vive mejor ahora mismo que hace unas décadas, porque los gobernantes socialistas se han preocupado bastante de los pobres y han arreglado la red de carreteras y han creado hospitales y muchas infraestructuras que, según dice Eufrasia, han hecho la vida más cómoda.

—Hoy vivimos los pobres mejor que nunca —afirma eufórica—. Y eso debes ponerlo, porque es la verdad, que tú has conocío lo dura que ha sío nuestra vida cuando Franco. Que mi pobre marío, na más venirse de León, tuvo que agarrarse a muchísimos trabajos pa sacarnos adelante y, luego, cayó enfermo y le quedó una paga miserable que no nos llegaba a na; eran tres mil pesetas pa mantener solamente a mis cuatro hijos. Gracias que mi Juanín y mi Francisquito, mis dos hijos grandes, se fueron en verano a los hoteles y, luego, cuando volvían, iban a la vendimia, que si no yo no sé que hubiera sío de nuestra casa. Y esa es la verdad, que hemos pasao bastantes penas, pero, Gracias a Dios, ganaron un día los socialistas y la cosa cambió, vaya si cambió, pues los pobres vivimos mejor que nunca ahora.

la gata en el saco

Digno sale de la cocinilla con la cena y me invita a que participe en el banquete, sencillo y frugal: pisto con sardinas. Le digo que se lo agradezco de corazón; añado también que ha llegado el momento de marcharme y le pido disculpas por las molestias que haya causado en esta larga entrevista de casi dos horas. Antes de irme, Juanín nuevamente pega la hebra y me explica que no estaría mal poner en mi libro la racha malísima que están sufriendo los vaqueros en la zona norte de Córdoba, aquí, en los Pedroches, debido al asunto de las malditas vacas locas. Desde hace unos años, según me explica con detalle, el sector del vacuno ha venido cayendo en un declive económico preocupante. El vaquero culpa también a los intermediarios: «Hacen mucho daño a los ganaderos y a los agricultores, porque hoy los productos del campo, las carnes y la leche, no se pagan al precio que se deberían pagar. Uno vende la carne y la leche baratísimas y, después, la ves por ahí, en los supermercaos, a un precio increíble, altísimo y desorbitao. Y lo peor de to es que los políticos no hacen na, y no hay nadie que pare el ritmo de los precios y ponga las cosas en su sitio, como Dios manda. Pienso que no hay derecho a que un ganadero o un agricultor se pase la vida hecho polvo, sacrificao, pa que luego un niño bonito, el intermediario, se aproveche y saque taja de lo que él no ha sudao. Al final, ocurre lo mismo que en otros sectores: los más desgraciaos, los trabajadores, por hache o por be, somos los que perdemos».

Digno Sánchez apostilla las palabras de su hijo y comenta también que no hay derecho a que se les explote. Ellos tienen la vaqueriza, que cuida Juanín, y saben lo sacrificado que es el oficio, porque hoy cuidar vacas en la comarca de los Pedroches tiene algunas ventajas, sí es verdad, pero también bastantes inconvenientes. Este último asunto tratado, el de las vacas, ha dejado en el aire un halo triste y pesimista; pero Digno, que es muy sensible, se da cuenta, y, en una pirueta verbal, vuelve a sus recuerdos y evoca, saltando en el tiempo, una amable anécdota que hace referencia al amor que él sentía por los gatos: animales de compañía fieles y tiernos, muy valorados en las casas de la época. Ahora mismo, en su vaqueriza hay varios de ellos.

—A mí siempre me han gustao mucho los gatos

—comenta Digno en un tono sereno, mucho más distendido que un momento antes—, pero no siempre he podío domesticarlos. Ahí en la vaqueriza, como habrás visto, tenemos unos cuantos perros y unos

gatillos. Los perros cuidan mu bien pa que nadie se acerque y los gatos dan buena cuenta de las ratas y de cualquier ratón que acudan a comer pienso. Los gatos son animales más bien ariscos, aunque si los empiezas a criar de chicos, haces con ellos después to lo que quieras. Pero eso no pasa siempre; son mu joíos. Me acuerdo de que una vez, hace muchos años, vine al pueblo desde el Viñón a por una gata que me tenía prepará mi hermano Prudencio, y el caso es que él me había dicho que era mansa, pero claro me la tenía escondía en un saco y el animalito estaba mu asustao, porque es mu seguro que le faltaría el aire. El caso es que cogí el saco y, subío en la burra, tomé despacito la carretera de Peñarroya, pero, a sólo un par de kilómetros del pueblo, más o menos por la laguna del Quesar, el saco empezó a moverse y a dar brincos. Entonces la joía burra se asustó y yo me eché al suelo enseguía, antes que me tumbase. El saco se abrió y, como la burra iba corriendo, la gata se auñó a la barriga del animal y no se soltaba y la burra echaba leches corre que te corre, y yo iba al laíto suyo, sin quererla soltar, ¡cualquiera era el guapo que la soltaba en aquel momento! Si soltaba la burra, podía darla por perdía. De manera que en esas estuve un trecho largo, hasta que, al fin, la gata se soltó y salió jopeando hasta perderse en la dehesa. Que, a partir de aquel día, no le volvimos a ver el humo. Pero ¡qué tarde me dio la gata puta!

Uno piensa, ahora, a qué sitio iría el animal. ¿Se hundiría en la honda dehesa para siempre y acabaría asilvestrándose o ayuntándose con algún ejemplar montés hosco y arisco de los muchos que había, por entonces, en esos pagos? ¿Volvería cansada quizá, tras la estampida, a la casa de donde había salido antes? No podemos saberlo; la vida de entonces era muy dura para los gatos y, también, para sus dueños; aunque los gatos, al menos, eran más libres y podían elegir sin miedo su destino. En cambio a los hombres no les quedaba otro remedio, al menos en los pueblos, que ceñirse a aquel ambiente, donde no había otro futuro que el silencio y el de una vida habitada por la niebla y las leyes de un Régimen oscuro, autoritario. Digno Sánchez supo amoldarse a la realidad y quemó su amargura en el fuego de las carboneras que alzaban su símbolo —un rastro de humo sepulcral— en la dehesa infinita e indomable. Ató siempre su vida a la huella del carbón —tanto vegetal, en los años que hizo carboneras, como mineral, cuando bajó al pozo de mina con los ojos de Eufrasia clavados en el pensamiento—. Hoy recuerda los días umbríos y neblinosos como quien recuerda una vieja enfermedad que, aunque dejó una muesca en otro tiempo, es recordada como una antigua anécdota, exenta ya de sombras y amarguras. Él sabe extraer del carbón la claridad —porque hay luz también dentro de lo negro— y derramarla en los días que ahora evoca con la alegría de un niño

abandonado en un paisaje cubierto por la bruma que es horadada, de golpe, por el sol, abriendo en su entorno un ancho espacio azul.

Dejo un adiós flotando en el comedor y el silencio

rebota como una bala en las paredes. Me despido de Eufrasia, de Digno, de Juanín, y toco una luz invisible, candeal, en la casa besada por los labios del invierno: es la luz infinita, tierna, de unos ojos —los de Digno Sánchez—, que nacen de lo oscuro, de los rostros manchados, sucios, de los carboneros cuando, en las atardecidas del otoño, bajaban del encinar y yo los veía sentado junto a la cruz de la Dehesa, mientras se aproximaban despacito hacia el pueblo sumido en un fulgor crepuscular. A mis espaldas, en la línea de las cerros, temblaban las últimas brasas de la tarde, y pasaban por el camino que bajaba, entre almendros y olivos, al pie del san Gregorio, como hebras de sombra, cansados, los mineros, acabando otro día, otras horas fatigosas, llevando en los ojos, como los carboneros, un tenue destello de amor, de dignidad, que a pesar del tiempo vivido, aún no he olvidado.

Capítulo IV

LA VOZ DE LA LLUVIA

la cruz del cerrillo

El silencio adquiere un bífido temblor de puertas cerradas y ventanas vespertinas que, rayando el crepúsculo, descorren sus visillos para expiar el trasiego de las sombras que, antes de oscurecer, cruzan despacio la calle vacía de niños y golondrinas. Antes por estas fechas, cuando marzo, se rezaba en las casas el triduo a san José. Ahora ya nadie reza como entonces ni se dialoga, tampoco, alegremente en torno a la mesa camilla con brasero, porque el televisor no lo permite. Hoy las conversaciones familiares han sido sustituidas en el invierno, lo mismo que en la primavera o el otoño —no tanto en verano—, por los programas de la tele.

La soledad de la calle ahora es total; no se ve ni un alma, como dirían los antiguos. Se aspira un agraz desaliento en las estancias, el tedio cruzando como un perro los pasillos. Unos ojos te observan desde algún sobrio rincón y tú no los ves, pero sabes que ahí están, a unos pasos de ti, como dos pozos profundos cubiertos por la sobriedad de la penumbra que siempre antecede al anochecer.

Siento un aliento invisible tras mi nuca y alguien anda por mi corazón, mientras camino por una calle empedrada y solitaria, donde ahora bosteza el mundo, se recoge, y la luz se ahorca en la orilla de las casas, en la serenidad de los tejados por los que los gatos pasean su arisco celo. En esta calle tan cálida y antigua, me dejo llevar por la luz y evoco rostros, siluetas lejanas, instantáneas diluidas en la nebulosa azul de la memoria, que emergen del frío y avanzan junto a mí, llevándome de la mano, en poco tiempo, a una feliz dimensión desconocida donde el tiempo no existe y el silencio es luz. Creo ver, ahora, a Andrea, encorvada sobre su dulzura con un canastillo naranja bajo el brazo, y a Eleuteria, portando un saquillo de picón seguida por su marido subido en un asno; también veo a mi tocayo Alejandro, un hortelano que mataba el tiempo tomando un pitarra al mediodía en la bodega de Emilio o el bar de Juanón.

Siento voces, sonrisas, manos humildes que me llevan sin tocar el suelo siquiera, en leve vuelo, hasta la cruz antigua del Cerrillo, y aquí, rodeado por un sagrado coro de ánimas, hablo con los recuerdos y los espíritus que proyectan en mi corazón lo que fue antaño el cotidiano trasiego de una vida donde la infancia crujía en las plazuelas como una peonza arrastrada por la luz que quedaba en el aire antes del anochecer.

El rugido de un coche me devuelve a la realidad; iba fuera de mí,

abstraído, por la calle, y la pálida luz que aún veía hace un momento ha sido fagocitada por los montes que parpadean ya débiles, cansados, en la lengua violeta de la lejanía. Ahora la noche ha ocupado el hueco breve que la tarde muerta ha dejado en las aceras y en las grietas musgosas y sucias de los adoquines. Voy buscando a María Josefa, una amable anciana con la que he conversado en muchísimas ocasiones y, ahora, quiero encontrar para que me transmita los secretos y las muchas leyendas que ella guarda en su memoria, una memoria habitada por la lluvia y la humedad errática del frío.

María Josefa Español es la voz de la lluvia; ella sabe

—son muchos los años que ha vivido— que en las nubes se esconden las voces de los muertos, la sonrisa del viento, el llanto de los niños que, antes de nacer, en el puro vientre de sus madres, ya tenían sed de agua y, por eso, la pedían. Las nubes esconden la piel muerta del tiempo.

Ahora mismo no llueve en la calle y ni una nube flota sobre las casas de este barrio. La cruz del Cerrillo me observa fatigada, mientras deambulo y paso a un metro de ella, como un ser de piedra con ojos vespertinos. Hace ahora unos meses, a primeros de septiembre, las mujeres del barrio la vistieron engalanándola como hace ya tiempo, décadas, se hacía, sentándose displicentes, como entonces, con sus sillas de anea rodeando el monumento para cantarle a Jesús de Nazaret. Es hermoso observar como aún se mantienen tradiciones y se abrazan muy fuerte el pasado, el presente y el futuro. El tiempo no pasa por este barrio obrero, donde duele la ausencia de los vecinos que se fueron y aún rezan las viejas (la juventud no suele hacerlo), en los comedores y cocinas de las casas, como antaño, pidiendo al Señor por los difuntos.

En el barrio del Cerrillo, a pesar de todo, hay también soledad: muchísimas casas están vacías y se han ido muriendo los hortelanos y los pastores, pero nadie ha venido a ocupar su hueco cálido. Hoy la juventud no piensa como antes y los viejos oficios se van perdiendo y desgastando. Los jóvenes de ahora huyen del sacrificio y buscan oficios de más comodidad.

Cuando encuentro a María Josefa, hablamos de eso, de lo que todo ha cambiado últimamente, de las muchas dificultades y las penurias que la juventud otrora campesina hubo de soportar hace muchas décadas para ir tejiendo, aun a contracorriente, la consoladora urdimbre de un futuro donde no hubiera hambre, incultura o analfabetismo. María Josefa lo sabe por experiencia: ella hubo de

soportar muchas desgracias y tuvo prohibido el acceso a la cultura cuando era muy joven; algo que nunca olvida.

—Soy mu vieja —me dice— y he vivido muchos años, voy a cumplir ya pronto los 95, el 19 de agosto es cuando los cumplo. Sé mu bien lo que es pasar penas y calamidades, porque yo he sufrío muchísimo desde niña.

Para certificar su confesión, hilvana estos versos con mucho desparpajo y los echa en el aire para sembrar la luz en medio de la oscuridad que flota ahí fuera:

Al nacer perdí a mi madre;

no la pude conocer:

ella se fue a descansar

y yo vine a padecer.

Los besos que da una madre

son dulces como el panal,

y los míos son espinas

y las tengo bien clavás.

Si tengo su parecer,

yo no lo puedo afirmar;

como no la conocí,

yo no sé cómo será.

La voz de María Josefa es como una nube que arrastra en su tono gotas de amargura; sin embargo, no está mojada de dolor: es como si en su acento cavernoso no cupiera otra cosa que una agraz resignación, una mansa reverberación de entrañamiento. En los versos que ha dicho así lo manifiesta. Uno se siente absorbido de repente por esta voz de naftalina y barro que te libra del frío feroz de su relato como un cobertor de fieltro en la intemperie.

—Mi madre, la pobrecita, murió mu joven —me va confesando—, al poco de nacer yo, y ¿sabes por qué?, pues por culpa de la comadrona que no le hizo caso a lo que le había dicho el médico poco

antes: que nadie tocara a mi madre en unas horas, porque después de parirme, la pobrecilla, no terminó de echar las secundinas y eso es mu delicao y muy peligroso. Y el médico luego les dijo a mis abuelos, que si estaban de acuerdo y le daban su permiso podía llevar a presidio a la comadrona, por haberse cargao a mi madre cuando el parto. Pero mis abuelos no lo vieron bien y le dijeron que no moviera nada, porque ellos habían perdío a su mejor prenda y, aunque la comadrona fuese a la cárcel, ya nadie iba a devolverles a su hija viva.

María Josefa me mira emocionada, buscando en mi rostro un gesto comprensivo que le haga más fácil, quizá más digerible, el mal rato que está pasando mientras narra uno de los trances más duros de su vida, una experiencia inicial, según me cuenta, siempre uncida a la muerte trágica de su madre, que tuvo lugar por un error humano.

—¿Y sabes qué fue lo más grave? —me pregunta envuelta en un chal de incertidumbres—. Pues que después descubrieron mis abuelos, cuando movieron a mi madre pa amortajarla, que debajito la cama había un riñón que le habían sacao con las secundinas. ¡Qué animal no sería aquella maldita comadrona! Así que imagínate tú a mis pobres abuelos cuando, al final, se toparon con el pastel... ¡Pobrecita mi madre! ¡Cuánto dolor tuvo que sufrir pa irse pal otro mundo siendo joven! ¡Cuánto me gustaría haberla conocío!

Al acabar de narrar el suceso umbrío, la mujer me comenta, con el ánimo aún turbado, cómo fue alimentada a posteriori con los pechos de varias vecinas de su barrio: «hasta que crecí —me dice— y salí palante». Después, se envuelve otra vez en un chal de brumas, y me cuenta cómo su padre, a los pocos años de quedarse viudo (ella tenía sólo dos) se casó de nuevo:

—Mi padre volvió a casarse por vez segunda, y mi madrastra, Fermina, fue buena conmigo, tanto como una madre; te confieso que jamás tuve de ella en mi vida ni una queja, porque en tos los momentos me trató como a una hija. Yo crié a mis hermanos, que tuve ocho en total, y, a los diez añitos, me llevaron a vivir a la sierra. Antes estuvo mi padre en las minas de Terreras y, además, trabajó haciendo cargas de leña. Pero, como te he dicho, nos fuimos a la sierra, a lo de don Marcial, y me acuerdo bien que por la noche, allí, en el campo, yo cosía muchísimo alumbrá por un candil, porque entonces no había luz ninguna ni quien lo ha dicho. Pero no era eso sólo; también ayudaba en otras cosas, y además de coser a mí me gustaba preparar queso. El queso se hacía con unas empleítas que eran de esparto, en las que se iba envolviendo la leche cuajá y después se redondeaba con paciencia. Luego el queso empezó a hacerse ya con moldes de lata, que eran unos

moldes con muchos agujerillos que tenían dos ojales; por uno de ellos salía el suero y se le iba apretando hasta desmoronarlo. Después se apretaba también el segundo ojal y se le ponía la llave, como se decía, pa ir ya redondeándolo y dándole forma. Hacer queso pa mí era un trabajo entretenío, pero sí que es verdad que me gusta hacerlo.

Actualmente los quesos que se consumen en Los Pedroches, ya no se fabrican de modo artesanal; salvo raras excepciones, se hacen con más medios y técnicas más avanzadas que las de antes. Hace muy pocos años visité unas instalaciones de la Junta de Andalucía en Hinojosa del Duque, un pueblo muy hermoso con un gran historial agrario, en las que se hacía el queso casi de modo artesanal, pero utilizando modernas maquinarias, todo bien controlado, con leche pasteurizada, garantizando así la calidad y la seguridad total del producto. Hay algunas pequeñas fábricas familiares dentro de la comarca que se dedican a hacer queso de oveja, pero se ha perdido la imagen cálida, ancestral, de aquel tío del Queso que iba lento por las calles pregonando a diario su excepcional producto, un queso manchego rico y sustancioso. Hemos de asumir que aquel era otro tiempo, con algunas cosas bastante positivas, pero también con sus fallos y sus carencias.

Entonces había ovejas en los llanos y en los montes, vigiladas de cerca, esto sí, por un pastor, cruzando de un lado a otro en libertad, sin ninguna alambrada que se lo impidiera. Hoy ya no quedan ovejas que no estén cercadas por muros, alambradas o paredes. Tampoco corren los lobos hoy por la sierra como entonces, hace ya muchas décadas, lo hacían, cuando ufanos cruzaban desde los montes de Santa Eufemia y de Sierra Madrona, ya en la provincia de Ciudad Real, a través de la ancha dehesa, hacia las espesuras y los montes fragosos de la sierra villaduqueña, donde solían criar ya en primavera, entre mayo y junio, según aseguraban los más entendidos y viejos de la zona. Por entonces eran muy frecuentes las batidas que se daban contra los lobos a lo largo del año, sobre todo cuando las lobas andaban criando y tenían en las capucheras a sus lobeznos; en ese tiempo eran más vulnerables y, en consecuencia, se les hacía más daño. Mi hermano Manolo, cinco años mayor que yo, recuerda muy bien, y así me lo ha dicho alguna vez, el último lobo cazado en nuestras sierras, a comienzos de la década de los 60, cuando aún funcionaban las minas de las Morras y del pueblo aún nadie había emigrado.

Mi hermano quiso escribir aquel recuerdo en una revista de feria hace unos años; ya había entrevistado, previamente, a la persona que le había dado muerte a la alimaña. Había anotado, decía, punto por punto, los entresijos del lance venatorio; pero luego, según parece,

perdió la cinta donde el cazador narraba los pormenores que había conllevado aquella hazaña reseñable: la muerte del último lobo de la sierra que se extiende entre los términos municipales de Belmez, Peñarroya, Villanueva del Duque y Espiel.

Según cuenta mi hermano, la fiera alimaña, hecha un guiñapo, fue paseada en carrillo por todo el pueblo y los niños, en gran comitiva, vociferaban y daban gloriosos vivas al cazador que había conseguido la descomunal proeza.

En Villanueva del Duque, en Alcaracejos, y en otros pueblos del Valle de los Pedroches hubo un tiempo (desde el final de la guerra civil hasta ya comenzada la década de los 60) en el que se pagó bien la captura de lobos. En aquellos años, en plena década de los 60, María Josefa Español ya vivía en el pueblo, en compañía de sus hijos y de su marido, aunque éste murió muy pronto por desgracia, en 1964, «de la patá de un caballo, una tarde de feria». Antes de aquel año, los lobos habían sido exterminados, pero su leyenda, como la de los maquis, aún seguía enredada en el aire oscurecido de muchas conversaciones casi clandestinas donde el miedo latía como el corazón de un pájaro guarecido en su nido una noche de tormenta. Cuando yo era pequeño, se seguía hablando de los lobos, pero ya se veían como una imagen fantasmal que galopaba en el viento cristalino que soplaba del Sur, del lado de la sierra, anunciando la lluvia que, siempre llegaba, de ese sitio. En los días de mi niñez, ya no había lobos, pero en la juventud de mi entrevistada sí es verdad que había muchos en el monte, a centenares.

—Cuando yo vivía en la sierra, antes de casarme, había muchos cortijos y casillas llenas de gente. Entonces había muchos lobos por to el término —dice María Josefa— y los hombres iban bien armaos con sus escopetas en busca de las loberas y las covachas pa matar a las lobas juntitas con sus crías. A mi padre le dio una escopeta Pedro Salao, que era en aquel tiempo el amo del cortijo, pa que con ella pudiera defenderse. Eso fue mucho tiempo antes de la Guerra, y me acuerdo que la Severa, una buena mujer que estaba mu bien casá con Pedro Salao, había escondío poco antes tos los cartuchos pa que así su marío no pasara ni un peligro. Esa fue la escopeta que después le dio a mi padre, aunque por suerte nunca llegó a usarla él.

el bosque animado

En la serranía de Villanueva del Duque la vegetación es típicamente mediterránea: madroñas, quejigos, jaras, lentiscos, tomillos, jagüarzos, alcornoques, chaparros, pinos y álamos, se conjugan en una espesura no agobiante, sino más bien delicada y placentera, que se tiende sobre unos montes de no mucha altura y de un perfil muy suave, no escabroso. La sierra villaduqueña es poco agreste, y sus cerros son bajos, nada espectaculares; es una prolongación de la dehesa que se eleva hacia el Sur en las estribaciones de Sierra Morena y conforma un paisaje puro e incontaminado, aunque algunos chalets están ocupando, por desgracia, el lugar donde antaño se alzaban casas hoy derruidas que, no obstante, tenían un perfil mucho más sobrio y armonizaban con el medio ambiente soldándose al monte de un modo natural.

Es una espesura que abriga en su manto al jabalí, al ciervo y al gato montés, al tejón y al zorro, a la astuta gineta y al esquivo meloncillo. Hasta hace no muchos años, los furtivos recorrían los montes poniendo lazos, trampas y cepos, dando muerte a especies que hoy se encuentran protegidas, pero que no lo estuvieron en otro tiempo y llegaron al punto de verse casi exterminadas. En cuanto a las aves frecuentes en estos pagos, están la paloma torcaz, la perdiz roja, la becada, la tórtola, y, sobre todo, ya en invierno, cuando comienza el frío, los zorzales que, al anochecer, inundan los montes con sus vuelos hilvanando de azules siseos el aire grávido.

Cuando yo era pequeño, en torno a los días de Navidad, ya entrada la recolección de la aceituna, iba con mi hermano al cerro Malazarza y, más de una vez, al pie de algún olivo, o al lado de un tronco o entre los arbustos, veía algún zorzal ya cuajado por la escarcha y con la cabeza atrapada bajo el cepo. Era mucha la gente que dedicaba su tiempo libre a cazar pajarillos y zorzales con las trampas; sin embargo, en la actualidad, esta vieja costumbre está siendo muy perseguida por la ley, ya que, aunque puedan cazarse con escopeta, no está permitido cazar zorzales con los cepos. La razón es sencilla, pues con las trampas y con los cepos no sólo se cazan zorzales o estorninos, más o menos del mismo tamaño, sino que, también, por otro lado, a la vez se capturan pequeños petirrojos y otros pájaros insectívoros protegidos, que son muy beneficiosos para el campo.

Algunos de mis amigos (como por ejemplo, Joaquín Sánchez, el hijo menor de Segismundo) vivían en la sierra la mayor parte del año y sólo venían al pueblo algún domingo, en la Navidad, y durante las

fiestas del verano. Era lo normal en la década de los 60. Varias décadas antes de esto, María Josefa acostumbraba a venir dos veces al año: una, para carnaval, la otra, para la feria, que se celebra en el pueblo a mitad de agosto. La distancia entre el pueblo y la sierra aunque no inmensa (oscilaba entre los doce o catorce kilómetros), debido al trayecto de sendas pedregosas, estrechas veredas y caminos embarrados, suponía en aquel tiempo una barrera infranqueable. Además, era lento el medio de transporte que, en aquella época, utilizaban los serreños: el carro tirado de yuntas o la borriquilla.

—Yo venía de la sierra al pueblo ca medio año —confiesa María Josefa—, y estaba soñando que pasaran los días pa que llegara ese momento. Me acuerdo que me venía con mi madrina y cuando ya estaba llegando a San Gregorio, después de empinar la cuesta de la ermita, ya sentía las casas blanquear allí debajito y era como ver a Dios bajar del cielo, de la tremenda alegría que me daba.

La casita donde se alojaba estaba en la umbría, en un paraje boscoso, de mucha espesura, donde hilvana la sierra gemidos vegetales y crecen las zarzas, las madreselvas y los helechos junto al murmullo beige de los regatos y de los arroyuelos que bajan de las peñas formando en invierno cauces tumultuosos. Hablo de un bosque ameno, una lírica fraga (parecida a la de Cecebre, la que inspiró al escritor gallego Fernández Flórez cuando escribió su novela El bosque animado) donde convivían antaño, en armonía, junto a la flora y la fauna, los porqueros, los pastores, los carboneros y los labriegos, formando un paisaje humano muy genuino, en el que vecinos y vecinas intercambiaban con mucha frecuencia productos de consumo (leche, huevos, carne, aceite, miel...) y solían ayudarse también si era preciso, conformando así una armónica familia donde la amistad era un vínculo de sangre.

Las casas y edificaciones de la sierra, por lo general, no eran muy espaciosas: un pequeño pasillo que (algunas veces) moría en el corral separaba, a un lado y a otro, la cocinilla —lugar donde se levantaba la chimenea— de un par de habitacioncillas, a veces tres, que solían tener el techo de cañizo y, en algunos casos, los menos, abovedado, junto al pajar y la cuadra diminuta con un pesebre instalado para las bestias, las cuales no se dejaban nunca al raso (sobre todo en invierno) por el temor que había a los lobos. Bajo la chimenea, sobre una piedra de granito, en la temporada invernal se hacía candela y, además, se ubicaban de un lado a otro largos palos en los que colgaban chacinas de la matanza para que el humo de jara las curase.

Las familias de los serreños, por lo común, solían ser numerosas:

de cinco hijos en adelante. Y todos solían trabajar desde muy niños ayudando en los quehaceres de la casa; era muy frecuente dejar al mayor de los hermanos, sobre todo si se trataba de una hembra, al cuidado casi exclusivo de la prole; tarea que compartía con la madre. Así estas muchachas se hacían mujeres antes de tiempo y maduraban quizá demasiado aprisa. Ese fue el caso, entre otros, de María Josefa.

—Yo es verdad que fui la mayor de mis hermanos y tenía que cuidar de mi casa y de tos ellos. Además trabajaba to el día como una negra en lo que mi padre mandase, que iba a destajo, y me cruzaba la sierra de punta a punta pa ir a coger aceitunas a donde él dijese; otras veces, echaba una mano arrancando monte, sacando del suelo raíces de madroña, de lentisco, y de brezo, con las que hacíamos el carbón. El carbón de brezo era bien pagao por los herreros, que era el que más usaban pa sus fraguas. Este carbón se hacía en un hogarín bien cerrao de piedras, que mi padre sabía hacer y a mí me enseñó también por ese tiempo. Había que ir poniendo toas las raíces mu juntitas, pegaítas unas con otras, toas de pie. Después se le abría una puerta al hogarín y por ella se le metían dos arbulagas y una de tomillo y, enseguía, se le encendía pa que la carbonera ardiera cuanto antes. Mi padre sabía mu bien, por experiencia, cuándo se hacían las raíces del brezo ascuas, y entonces cogía una pala y echaba tierra, de un montón que él ya había preparao, sobre la carbonera. Y luego de echar la tierra iba apisonándola con bastante cuidao, despacito y sin prisa ninguna, pa que el carbón de brezo fuera haciéndose.

En la hermosa adaptación cinematográfica de El bosque animado, de Wenceslao Fernández Flórez, destacaba el papel entrañable de Pilara, una niña que andaba afanada en mil quehaceres ayudando a su madre y a otra mujer que era una usurera. El ambiente rural de aquella película extraordinaria traslada mi espíritu a la atmósfera hechizada que aún se respira en la sierra villaduqueña cuando uno camina entre las casas derruidas devoradas por la maleza y el silencio. Ahora, mientras dialogo con María Josefa, la imagino de niña trabajando fieramente, atravesando la sierra de punta a punta durante la recolección de la aceituna. María Josefa sufrió mucho de niña, pero supo crecerse siempre en la adversidad y, al final, su carácter alegre y optimista le hubo de ayudar también a superar los momentos más duros vividos en ese tiempo; su mejor arma, sin duda, es el optimismo. Parece increíble que esta mujer que hay frente a mí hundida en la sombra, desvalida en los escombros de su edad avanzada, como un ave entre las nubes, zarandeada y rota por la lluvia, no guarde en su corazón odio ninguno por las penurias sufridas de pequeña.

—Tuve que trabajar mucho de niña y ayudé, como he dicho, en la

casa cuanto pude —me espeta en un tono añil maravilloso—; pero nunca sufrí por mí, sino por los otros, por mis hermanillos más chicos y por mi madre. Mi madre Fermina fue pa mí una santa. ¡Cuánta necesidad tuvo que pasar! Y a la pobrecilla jamás la vi quejarse. Por entonces, la verdad, aunque trabajábamos, había muchas veces que escaseaba la comida, porque había muchísimas bocas que alimentar: con mis padres y conmigo éramos once de familia y había que buscar la comida por donde fuera. Cuando estábamos allí, en la sierra, nos apañábamos con cualquier cosilla pequeña que cogiésemos. Luego, mi madre también se acercaba al pueblo y compraba comida en ca la Rosa, de Olivares. Casi siempre solía traernos pan y sardinas. Con el pan solía preparar unas migas mu buenas; y con las sardinas lo primero que hacía era destriparlas y luego las iba ensartando por los ojos con un alambrillo mu fino. Y, cuando acababa, formaba un cordón y las colgaba del jumero pa que así se ajumaran y se secaran a la candela. Después, al ir a almorzar, las repartía; a mi padre siempre le tocaba un par de ellas, y otras veces eran tres, acompañás siempre de un torrezno; nosotras, mis hermanas y yo, solíamos poner una cabeza de ajos junto a la candela, pa comernos después algún diente con las migas. Y con eso poquillo teníamos que apañarnos y, además, después, lo sudábamos mu pronto y la comía al ratillo se nos bajaba, que mi hermano se iba a cuidar de las ovejas y yo a los cochinos. Me acuerdo que entonces era invierno y que hacía frío; pero ni mi hermano ni yo por aquel tiempo teníamos dinero pa comprarnos calcetines y pa no congelarnos cortábamos trozos de una manta y con eso nos envolvíamos bien los pies, atándolos siempre mu fuerte con una cuerda, pa que no se perdiesen cuando camináse mos.

La dejo que hable y se explaye; no la distraigo. Sus palabras son piedras que arrastran el barro de los montes, piedras llenas de luto que vienen de un tiempo ya vencido y ella levanta, no obstante, muy hábilmente, del lago fangoso y cruel de la memoria y lo pone de pie, delante de mis ojos, para que yo conozca con detalle el lado más hosco y umbrío de aquel mundo. María Josefa habita un bosque desolado, un bosque de sombras del que aún no ha regresado, una fraga encendida por el silbo de los montes y por el bostezo ronco de los árboles cuando son degollados por el sol gris del otoño cayendo en la sombra de los peñascales. La pobreza lejana asoma desnuda entre sus labios y María Josefa la toma con ternura y la acuna en sus manos de arcilla y pedernal para darle arrumacos y mecerla entre susurros de adelfas y espinos mecidos por el viento. Ella avanza despacio por el monte, sin zapatos, y yo acojo en mi alma su brutal melancolía, una tristeza humilde, lenta y húmeda, que se clava, al final, como un arpón de musgo, sin poder evitarlo, en la carne de mi alma.

—Yo no tuve zapatos —dice María Josefa, y me acuerdo de Digno Sánchez, y de la experiencia que supuso para él cubrir sus pies desnudos con los zapatos primeros de su vida—. Hasta que no cumplí diecisiete años no pudieron comprarme mis padres los primeros. En aquellos años no tenía zapatos, que yo sepa al menos, más que la gente rica. Como digo, yo pude tenerlos de mocita y el día que me los puse me parecía un sueño. Me acuerdo que me los hizo un hombre de El Viso que venía, por entonces, al pueblo y los fabricaba ca vez que había alguien que se lo encargase. Nunca podré olvidar, por más que quiera, aquellos zapatos primeros de mi vida que los tuve nuevos hasta el día de mi boda; y con ellos, precisamente, me casé. Los zapatos por aquel tiempo eran un lujo.

Quizá esos zapatos primeros, tan sencillos, que ella conservó hasta el día de su boda fueron los que la alejaron de la sierra, de aquel bosque animado de brezo y de lentiscos que se recostaba sobre la lejanía, entre los peñascales y las montañas, como un delicado abrigo de gamuza mordido en los días de invierno por la niebla y la blancura solemne de la escarcha. María Josefa un día se casó al fin, y acabó independizándose de sus padres; a partir de aquel día no volvería a ofrecerles cuentas, porque sólo tendría que entenderse con su marido. Al final puso olvido en sus recuerdos más amargos y tiñó su tristeza de oro y purpurina. María Josefa es así; sencilla, alegre, pero, a la vez, está llena del sigilo que siembra en sus ojos la melancolía del aire. Ella guarda en el alma el silbido de los trenes que partían del pueblo minero hacia la sierra, y en ellos sigue subida desde entonces, asomada a la lluvia que lava el encinar, aferrada a la luz de los días que no vuelven, pero que aún permanecen en el espíritu como si nunca la hubieran abandonado.

el don de las cabañuelas

En la primera mitad de los 60, llovió en los Pedroches de una manera torrencial, como nunca ha vuelto a llover en muchísimo tiempo, aunque últimamente hayan venido otoños húmedos después de una larga década de sequía que, según los más agoreros, sería eterna. Sin embargo, no hay sol que, al final, no sea cubierto, más temprano o más tarde, por un manto gris de nubes, ni tampoco hay sequía, por grande que ésta sea, que acabe durando más de ochenta años, pues, como dijo el poeta, todo pasa y, además, nada es eterno —añado yo—; de modo que las colinas de esta tierra, después de muchísimos años sin mojarse, cambiaron su eterno amarillo sepulcral por un hermoso temblor mullido y verde. Y las nubes volvieron, cuando las teníamos ya olvidadas, a derramar su orla cristalina, su voz diamantina, en pueblos, montes, bosques y valles.

La gente mayor dice que antes llovía más o que, al menos, lo hacía de un modo más constante; hubo más de un invierno en el que tanto llegó a llover que se malogró la recogida de la aceituna, pues los caminos quedaron intransitables y no había ningún carro que se atreviese a entrar en la sierra, por el lógico miedo a quedarse allí atollado. La terrible humedad paralizaba muchas veces el ritmo del pueblo, los ritos cotidianos, y ni siquiera los niños del lugar podíamos salir a la calle alegremente a jugar al trompo, la mocha o las canicas. El pueblo vivía hacia dentro con la borrasca y las habitaciones y los pasillos de las casas se llenaban, con la humedad, de un moho viscoso que, en más de dos niños, produjo neumonía.

La lluvia solía llegar sin avisar, lo mismo que el frío, y siempre lo hacía por el suroeste, la zona del Lentiscar y del Malacate, asomando su hocico oscuro y boreal tras los paredones decrépitos y ruinosos de la ermita de San Gregorio, derramando su humor virulento en las calles y los tejados como si fuese un diluvio universal que, cuando duraba quince o veinte días, parecía que ya nunca iba a abandonarnos.

Primero era el viento que empezaba a tintinear a la hora del anochecer en las bombillas prendidas en las esquinas y se erizaba en las hojas del emparrado del corral, donde aún rezumaba el último aliento del verano. Como he dicho, el viento empezaba a remover las postreras señales que había dejado la canícula: los racimos ya secos en una esquina del corral, los canalones llenos de avisperos que temblaban como corazones de hojalata... Después, se inundaban las calles de un aroma de arcilla mojada y pámpanos podridos que en el

alma se hundía como una lezna húmeda, preludiando un paisaje de charcos y katiuskas, de paredes musgosas, paraguas, e impermeables. Anudados a la lluvia venían los días de escuela, y sabías que decenas de charcos en el ejido te acabarían cercenando la esperanza de jugar al bolindre o al trompo en el recreo, porque el ejido, al lado del colegio, se inundaba de barro y, aunque llevaras katiuskas, si jugabas allí terminabas hecho un desastre. No quedaba, por tanto, otro remedio para un niño que esperar, resignado, a que las nubes se alejaran, y esto ocurría después de varios meses.

María Josefa Español sabe de lluvias y, según me dice, poco antes de la guerra cayó tanta agua en todos estos contornos que muchísimas casas de la sierra, hechas de adobe, terminaron hundiéndose y desmoronándose en semanas. También sucedió poco después de su final. Por entonces la lluvia fue abundante en esta zona. En los años recientes, no obstante, es muy distinto y la lluvia escasea mucho más de lo deseado. Pero antes de que los arroyos se secaran y el cielo adquiriera ese brillo pedregoso que en zonas desérticas se hunde y eterniza, aquí en los Pedroches hubo inviernos intemporales y llovió densamente y se desbocaron los arroyos arrasando a su paso cercados, huertecillos, incluso las pilas de algunos lavaderos. Este último dato, lo de las pilas de lavar, tuvo sus consecuencias negativas, pues las lavanderas tuvieron que quedarse en casa sin poder salir a lavar durante un tiempo. Las casas de entonces no tenían comodidades; no había agua caliente, aún no existían calentadores, y además, por supuesto, se desconocían las lavadoras. Las mujeres del pueblo hacían su colada en los lavaderos humildes de la Zarza, ubicados a más de un kilómetro de casa, junto al antiguo camino de Santiago. Las recuerdo cargadas de ropa, con sus paneras —dulces nubes marrones— flotando sobre sus cabezas. Llegaban al corte y echaban mano de un caldero para sacar el agua de un pozo hondísimo habitado, recuerdo, de tritones y salamandras. Después, llenaban las pilas de granito, sacaban la ropa sucia de las paneras y se ponían a lavar mientras canturreaban alguna canción de Juanito Valderrama o Antonio Molina. Muchas décadas antes de la escena que relato, cuando aún no había sucedido la guerra civil, María Josefa Español vivía en la sierra y lavaba la ropa en las aguas frías de un arroyo, entre una espesura de adelfas y de zarzas.

—Yo lavaba muchísima ropa por entonces, aunque era una niña y vivía en plena sierra, justamente en el cortijo de don Marcial —explica con un sorprendente desparpajo—, tenía que lavarla en un regatillo de agua clara que pasaba justito enfrente de la casa. En verano, con el buen tiempo, no había pega, que daba mucho gustito refrescarse, pero lo malo ocurría en el invierno, cuando tanto llovía y hacía frío pa

rabiar; entonces, es cuando costaba lavar ropa. Ya ves si yo pasaría frío lavando que más de una vez, antes de la Navidad, cuando tanto escarchaba, tenía que echar mano a una piedra y romper la capa de hielo que había en el arroyo si es que quería lavar allí la ropa. Y las manos enseguía se me quedaban congelaítas, pero había que seguir y aprovechar bien la faena. Yo salía tempranito del cortijo con la ropa y, como te he dicho, apenas rompía la capa de hielo, me ponía a lavar mu deprisa, aligerando, que después, enseguía, cuando acababa de lavar, no podía entretenerme y me marchaba a coger aceitunas. Allí estaba casi to el día, pero por la tarde, antes de que oscureciera en to aquel monte, volvía nerviosita corriendo de los olivos, hacía una candela, aclaraba la ropa ya lavá y la dejaba tendiíta en unas matas pa que al otro día mi madre, por la mañana, se pudiera acercar tranqulita a recogerla.

Uno piensa en el frío, en los mordiscos de la escarcha aferrada a la tierra en aquellos blancos amaneceres de mitad de diciembre, mientras la madre de María Josefa recogía la ropa colgada en los arbustos y el monte exhalaba un vapor de naftalina: el leve fulgor del rocío evaporándose. Quizá de algún modo, a pesar de su dureza, aquel mundo tenía unas briznas de ternura dentro de su sencillez vulgar, poética que sus habitantes a veces saboreaban sin ser conscientes siquiera de este hecho. No hacía falta saber leer para ser feliz; la gente sabía leer sencillamente en la piel de los campos y en las líneas misteriosas, señales secretas, que el cielo derramaba fuese invierno o verano sobre las montañas púrpuras. Los pastores miraban el cerco de la luna para ver si la lluvia o el frío estaban cerca, y adivinaban el tiempo que iba a hacer según brillaban los astros en la espesura y sobre las rocas enormes de la sierra. También se solían orientar por la Vía Láctea, esa vereda suave y misteriosa de polvo estelar que, en las noches cristalinas de julio o de agosto, escribe en el espacio una línea de plata que refulge tibiamente sobre el profundo silencio de los montes.

La gente del campo hallaba en el espacio las respuestas más útiles, sabias y necesarias. María Josefa Español, aunque no estuvo jamás en la escuela y no sabe escribir, sin haber estudiado Física o Astronomía sabe leer lo que dicta el universo.

—A mí no me da vergüenza reconocer que no sé leer ni escribir —me dice airada—, porque algunos se creen que, por el hecho de haber estudiao, son más listos que nadie y tenemos que adorarlos. Yo, por desgracia, no pude ir a la escuela, ni he tenío en mi vida una tiza entre los deos. Cuando otros más ricos que yo iban a la escuela, yo estaba eslomá trabajando por esos campos. Pero, ojo, tampoco nunca

he tenío complejos, porque nadie ha podío engañarme con sus listezas. Si yo hubiera sabío leer y escribir un poquillo, no hubiera debío molestar a ninguna persona pa que me escribiera las cartas o los papeles. Pero he tenío que pasar muchas fatigas; tanto que, cuando perdí a mi pobre marío, me enteré que tenía derecho a una poca pensión y cogí a Chascajabas, que era un hombre servicial, pa que escribiera una carta con mi nombre al ministro Girón. Y ¿sabes lo que ocurrió?, pos que me contestó la mujer del ministro y me dijo en la carta que debía acercarme a Córdoba pa que se lo dijese a un abogao que era de su confianza. Y allí me encajé, sin darle a nadie explicaciones, porque lo sabía sólo el Chascajabas, que es quien me había leído aquella carta.

—Y qué fue lo que ocurrió —digo intrigado—. ¿Pudo arreglar al final lo de la pensión?

—Eso ya da lo mismo, y no tiene mucha importancia. Lo peor del asunto es que yo había perdío a mi marío y me había quedao con tres niños y había que cuidarlos. Si mi pobre Elías no hubiera muerto de aquella forma...

—Y de qué manera murió, ¿puede usted contarlo?

—Cómo no, hijo mío. No tengo nada que esconder; el pobrecillo tuvo mu mala suerte y una muerte mu mala también, de mucho dolor. Porque el pobre murió de la patada de un caballo. Fue una tarde de feria, y yo no podía ni imaginarme que ocurriese lo que ocurrió. No quiero acordarme, pero las cosas pasan porque sí, porque están de pasar, y no hay que darle vueltas, que Dios nos tiene guardaos a tos un destino y mi marío murió mu malamente. Él iba con una mula y cruzó un caballo que se puso nervioso y lanzó una patá al aire, con tan mala fortuna que fue a pegársela a mi marío, en toa la barriga, y lo dejó reventaíto, como el médico, Emilio Sújar, me dijo a mí, que el hombre insistió en que debían llevarlo a Córdoba en una ambulancia y corriendo, a toíta prisa. Pero Córdoba estaba mu lejos por entonces y nadie hizo caso al médico; y mi hombre pasó una noche malísima, mu dura, y a mí me decía que no podía ni mear del dolor tan fuerte que tenía en toa la barriga. Y vino Lerín, el practicante, a ponerle inyecciones, y les puso una cuantas pero el dolor no se apagaba. Al final, la ambulancia vino al otro día, cuando el asunto no tenía remedio.

María Josefa, de pronto, se entristece y, con disimulo, pasa la mano por sus ojos. En la semipenumbra de la estancia, donde ella me está confesando ahora su vida, entreveo en su mirada un cerco de

humo vespertino y el temblor vertical de una lluvia imperceptible. Hunde la vista en el suelo, y se aísla al poco, durante unos segundos que parecen congelarse. Luego la eleva de nuevo y me contempla como si estuviera delante de un espíritu que acabase de materializarse ante sus ojos y no pudiera ver nadie más que ella.

Me habla y es como si el viento se enroscase entre sus palabras de nieve, y, sin embargo, al escucharla, no siento ningún frío, sino un rumor muy cálido, ancestral, un murmullo sagrado que viene de otra edad, de un tiempo perdido entre los escombros de la niebla y la raíz más dulce del invierno. Asoma a sus labios el don de las cabañuelas, el arte de adivinar la sequía y la lluvia, y me entrega, sin yo pedírselo siquiera, las claves secretas de su conocimiento, una sabiduría que no está en los libros, pues pertenece al lenguaje de los campos, a un idioma aprendido en la Naturaleza que le habla en silencio a quien de verdad la ama y en ningún lugar ni momento la traiciona.

—Yo no te sé decir quién me lo enseñó —me espeta de pronto la sabia de la lluvia—, pero sí que te digo que to lo que yo sé lo fui aprendiendo despacio, poco a poco, de pararme a mirar cosas que otros nunca miran. Por ejemplo, yo puedo anunciar qué tiempo hará a lo largo del año según las cabañuelas. Y hay detalles que, de verdad, son mu curiosos. Las cabañuelas se ven en el mes de agosto; el día primero del mes corresponde a enero, el segundo día, a febrero, y así uno tras otro, hasta que llegas al número 13, que es el día en que se lee to el tiempo del año. A partir de ese día, se empieza del revés y se van contando los meses para atrás, el 14 es diciembre, el 15, noviembre, el 16, octubre, y así vas siguiendo hasta que los meses se terminan. El caso es que debes fijarte en los amaneceres de los días que se corresponden con ca mes, y el cielo te dice, según halla sol o marañas, como va a ser el tiempo que hará en el mes que el día te indica. Y las cabañuelas nunca se equivocan. Es la forma más clara de predecir cómo será el año. Aunque existen también otras formas de adivinarlo: una de ellas coincide con el día de san Juan, que no se te olvide. Esa fecha es muy especial.

—Y ¿qué es lo que ocurre en el día de san Juan?

—Pues ocurre que cuando despiertes por la mañana, cuando ya haya salío to el sol, te vas al campo, al sitio que quieras (yo voy, por ejemplo, a la era Empedrá), y levantas una piedra de allí que te parezca. Y si ves que debajo de ella chorrea agüilla, tú di que el año que viene va a ser lluvioso, pero sí la piedra está seca por debajo es señal de que el año vendrá con mucha sequía. Y tú estate tranquilo, y te lo puedo garantizar, que las señales del campo no te engañan. Yo lo

he comprobao año tras año, muchas veces, y ya voy camino del siglo aunque no lo parezca.

—Y además de las piedras, María Josefa, y de las cabañuelas, ¿no hay otras señales que nos indiquen qué tiempo va a hacer?

—Claro que las hay, hijo mío, claro que sí. Tú fíjate, por ejemplo, alguna vez, la tarde que quieras, en ver de qué sitio sopla el viento, y, según del sitio que venga, así hará el tiempo, y lloverá, hará calor, o hará mucho frío. El viento que trae la lluvia es el de San Gregorio; cuándo el aire sopla de lo alto la Laera, de donde queda la ermita de San Gregorio, ese no se equivoca y trae mucha agua. Pero si viene del lao de la Virgen de Guía y sopla del norte, el frío está asegurao, y abrígate bien y echa mano de la bufanda, si no quieres pasar más frío que un perro chico. El aire no falla, hijo mío. No se equivoca. Y por último quiero decirte otra señal que yo tengo observá también y resulta cierta. Y es que el día de san Juan, mu temprano, antes que el sol salga, te subes a un cerro donde veas to el horizonte y te quedas esperando a que se despunte el sol y, enseguida, saque su primera luz. Y si, cuando el sol sale, ves que está mu rojo, eso quiere decir que el año entrante va a ser frío, pero si lo que ves junto a ese sol es un aro mu grande, un roalillo de vapor, es que va a ser un año cargao de lluvias.

—¿Y no hay más señales ya? ¿Esas son las únicas? —le pregunto asombrado, hipnotizado gratamente ante su diamantina perorata.

—Pues claro que hay más, y algunas rarísimas. Fíjate, por ejemplo —me dice la sabia ya entregada, como si me regalara sin pedírselo un misterioso secreto pedagógico que a nadie le debe contar, pues lo copiaría—, si tú ves al pasar por el campo que los animales, las borregas o las cabras, no paran de retozar y corren nerviosas de un lao para otro, eso quiere decir que viene un gran temporal, porque las ovejas nerviosas traen la lluvia.

Es verdad lo de las ovejas; según los pastores, cuando éstas se muestran díscolas y retozonas preludian con su actitud una gran borrasca. He oído decir también, por otro lado, que el aire de San Gregorio arrastra lluvia y el de la Virgen de Guía, turbio y hosco, despeja los cielos de nubes, arrastra mucho frío dejando en la atmósfera un halo cristalino que aclara los montes de la lejanía, haciéndolo todo más nítido y liviano, como si el campo fuese de cristal y hubiese sido esculpido por un ángel. Esos días tan fríos, azules, luminosos, da gusto dejar que los ojos se te ensanchen y el aire balsámico oxigene el corazón.

la oración de las culebrillas

En el salón donde estamos conversando, hace ya cuatro décadas, había una cuadra pequeña y, justamente en el sitio que ahora ocupo, quedaba el pesebre. Frente a él, por el oeste, separado por una pared vieja de adobe, estaban los ponederos de las gallinas. Hacia el lado sur, lindando con la cuadra, había una leñera y encima de ella, entrado abril, cantaban los gallos con una fuerza indescriptible, como si el cielo entrara por sus picos y, tras revolverlo un instante en sus entrañas, una vez digerido lo volvieran a expulsar llenando el amanecer de un oro azul. Evoco los gallos subidos en la leñera, y el corral amarillo, la pila, el pozo eterno, los objetos agrícolas, los útiles de labranza, pues mi abuelo materno, José Andrada, era labrador y tenía aquel espacio siempre lleno de cacharros y utensilios agrícolas; objetos campesinos que, aunque otrora formaran parte de este mundo, hace ya algunos años no existen dentro de él.

A veces no somos parte de la realidad, sino el puro recuerdo de lo que antaño tal vez fuimos o, en la distancia, creemos que fue así. Yo no sería nada hoy sin mi memoria, y mi memoria está aquí entre estas paredes ahora transformadas en un discreto comedor que, antes, en el mismo espacio fueron adobe, barro abrazado a piedras de granito, y sintieron el vaho caliente de las bestias y el cacareo infeliz de las gallinas en el aire violeta del anochecer. ¡Cómo se aleja el tiempo y nos deshace, deshollinando la luz de nuestro origen, el resplandor sutil de la niñez!

El viento ahora suena en las casas derruidas y las sombras se corren y se desplazan lentamente por las paredes de mi corazón. Ahora miro a María Josefa y la contemplo de una manera distinta a hace un instante. En estos momentos ella es una médium, un viejo y celeste cordón umbilical que me une a un espacio etéreo ya perdido. Yo le digo que me hable, que me cuente hermosas historias que ella conoció cuando yo aún no había nacido y era el mundo rural una fusión de hierba y barro, un abrazo de casas de adobe y de colinas, un camino profundo que se alimentaba del silencio y del crujido ocre de los carros que cruzaban los campos lentamente hacia la sierra cuando la noche no había muerto aún. María Josefa pisó muchos caminos y holló con sus pies descalzos campos rudos para llegar a entender una realidad demasiado áspera y bronca, pero dulce por su modo de uncirse a la madre Naturaleza. Ella lo aprendió todo cuando niña, y hoy, además de saber leer las nubes y adivinarle el camino a la tormenta, sabe también deshacer el mal de ojo y sanar y rezar, como nadie, las culebrillas: un herpes agresivo que traza líneas por la piel y

que si acaba juntando los extremos (la cola, o el rabo, con la punta de la cabeza), según oí cuando niño a un hombre anciano, puede suponer la muerte del enfermo, aunque yo no conozca ni un caso en este sentido. A veces, en el pueblo exageran estos asuntos, digo en baja voz, sibilinamente, con idea de que María Josefa entré al trapo. Y enseguida la estratagema surte efecto:

—No creas que se exageran tanto las cosas —me responde ella, al instante, contrariada—, que sé de alguna persona que la acoquinó por no haberse tomao mu en serio lo de la culebrilla. Si se dejan crecer y no se les reza como se debe, las culebrillas resultan peligrosas. Yo aprendí a curarlas de joven, hace ya muchos años, y me acuerdo que me lo enseñó una mujer mayor, que vivía por entonces en la casa que ha comprao, no hace mucho tiempo, la nieta de mi Eugenia. Yo acudí a visitarla pa ver si curaba a mi Francisco, y aquella mujer lo curó en mu poco tiempo. Me acuerdo que yo me fijé con to detalle en lo que había que rezarle a las culebrillas. Y de entonces hasta hoy son muchas las que he rezao. Pa rezarlas hay que conocer bien la oración y to el mundo no vale, ni tampoco puede hacerlo.

No me explica, al final, qué es lo que dice la oración que cura las culebrilas en un santiamén. María Josefa insiste en que no es fácil, como tampoco es fácil deshacer, según confiesa, el mal de ojo a una persona. Me relata un caso reciente de los que curó y, por lo que dice, el mal de ojo es algo serio.

—Yo no voy pregonando que curo el mal de ojo —me advierte, antes de adentrarse en el relato—, pues es sin decirlo y to el mundo sabe que lo hago, contrimás si fuera por ahí cacareándolo. A mi casa han venío vecinas y gente extraña, algunas de fuera del pueblo, de mil sitios. Me acuerdo de un caso que tuve hace poco tiempo. Un día me llegó una vecina mu preocupá, una muchacha mu joven con su niño, porque el pobre angelito estaba descolorío y andaba mu flojo porque no comía naíta. No se me olvida que apenas lo vi entrar, en cuanto le vi al chiquillo las ojeras, me quedé espantá. Yo había salío de la cocina y me topé con el niño frente a frente, y le dije a la madre qué como habían esperao tanto, pues si se descuidan un poco solamente lo hubiera tenío mu difícil la criaturita. Enseguía noté que tenía el mal de ojo, y así se lo dije a la madre pa que lo supiera. Luego le comenté que no se asustara, porque el niño iba a estar mejor en pocos días, cuando yo empezara a tratarlo con mis rezos. Entonces cogí el candil con su aceitillo y lo encendí despacito con un mixto. Al niño lo puse a mi lao, bien sentaíto, y, en primer lugar, le eché sus bendiciones. Cogí enseguía, también, un vasillo de agua y eché unas gotillas de aceite encima el agua pa ver si se deshacían y se esbarajustaban o si se

quedaban arriba toas juntitas. Al final de to, recé mis oraciones pa que la criaturita se curase. Y en no muchos días el nene estaba como nuevo, corriendo de un lao pa otro por la calle y comiendo con mucho apetito y muchas ganas lo que mu pocos días antes le asqueaba.

—¿Pero eso del mal de ojo es verdad? —le pregunto expectante, interesándome, con el fin de que siga desembuchando—. ¿Cómo puede saber si lo tiene o no una persona?

—Nada más mirar a alguien sé si lo tiene —me dispara la buena mujer algo contrariada por haber levantado antes una leve duda—. Además sé enseguía si va a tardar mucho en curarse. La cosa no es fácil, pero si alguien te lo enseña y tú tienes poder pa curar, to va estupendo. Aunque pa esto no sirve toa la gente. Cualquier mujer que cure el mal de ojo se debe llamar María. Eso es mu importante. También tiene que aprenderse las oraciones que se rezan echando en el agua las gotas de aceite. Y estas oraciones tienen que aprenderse pa que hagan su efecto el Día de la Ascensión, en la hora santa, que ocurre al mediodía. El Día de la Ascensión es un día tan sagrao, fíjate lo que digo, que hasta los pájaros están quietos y no mueven siquiera los huevos dentro del nío. Ese día no ves ni volar una golondrina cuando llega la hora santa, a las doce en puntito.

Al hilo de lo que relata esta mujer, uno va recordando costumbres de otros días. Era todo sagrado entonces; un halo mágico envolvía la luz de mi barrio al anochecer, cuando los enemiguillos —los murciélagos— inundaban el aire de un luto sepulcral y los ojos fosforescentes del diantre se entreveían flotando entre las esquinas, según nos decía a los amigos el chache Quico. Resultaba curioso ver cómo coexistían las manifestaciones religiosas y las puramente esotéricas o paranormales. A mí me asombraba observar a las ancianas comentando en corrillo, o alrededor de una fogata, historias de almas en pena o aparecidos que volvían al mundo para cumplir viejas promesas, y, poco después, a otro día, verlas asistir a rezar el sagrado rosario devotamente.

Las mujeres villaduqueñas eran muy religiosas. La vida de entonces tenía un sentido transcendente y, a veces, se obraba pensando en la otra vida. Y había quien mezclaba la religión con el ocultismo: las creencias supersticiosas tenían un lugar bastante fundamental en aquella cultura. Aún sigue curando María Josefa, como entonces, además de las culebrillas el mal de ojo. Y, al pedirle más detalles sobre el asunto, ella vuelve a contarme algunos aspectos sorprendentes para aquellas personas profanas en la materia.

—Hay muchísima gente que nunca ha creído en el mal de ojo; pero peor para ellos. No están obligaos —me espeta la curandera, en tono afable—. Ca uno que crea en lo que quiera, es lo que yo digo; pero el mal de ojo es algo que está ahí y puedo decir que le toca a quien le toca. Yo tengo experiencia en curarlo y siempre lo hago con un vaso de agua y el aceite de un candil —noto ahora en su voz una gran serenidad que, hace sólo un momento, apenas percibía—. Te lo voy a explicar despacio pa que te enteres. Quiero que no se te olvide y que lo recuerdes porque sé que cuando me vaya al otro mundo, ya nadie podrá curar con mi receta. Te lo voy a contar; pero luego no preguntes —ahora se sonríe—, ni vuelvas a darme la tabarra. Yo te cuento estas cosas porque te conozco bien y confío en ti mucho, más de lo que crees. Y es que hay mucha gente que se ríe de estos asuntos y hacen como que creen; pero yo sé que no, que a mis años no me la pegan ni con queso. Bueno, pues, como te digo, antes de na, cuando tienes el vaso de agua con el candil, tienes que mojar el deo corazón en el aceitillo y echar solamente tres gotas sobre el agua. A continuación, dices la bendición: en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y te quedas mirando a ver lo que hacen las gotas de aceite. Si en un momentillo se pierden y se deshacen en mitad del agua, eso es mala seña, pues significa que hay mucho mal de ojo y esa persona va a pasarlo mal; pero si las gotillas se mantienen y se ponen arrejuntaítas encima el agua, eso quiere decir que no tiene mal de ojo y que puede dormir tranquila, sin tener miedo, porque nadie le puede hacer daño de esa forma.

—¿Y cómo echan las personas el mal de ojo? —le vuelvo a inquirir en un tono de extrañeza—. ¿Lo hacen por hacer daño simplemente?

—Hay un poco de to y no siempre ves lo mismo. Hay gente mu mala que echa el mal de ojo con la sencilla idea de hacer daño, y porque también le gusta fastidiar. Pero hay veces que no, hay personas que lo echan más de una vez sin saber ni sospechar que lo han echao. Normalmente lo hace gente con entrecejo, pero hay muchos casos que no, y lo echa cualquiera que se quede prendao, por ejemplo, de un animal, de una planta, o de un niño chico, inocentemente, y se enamora tanto de esas cosas que hace secarse la planta sin querer o que el niño se debilite y las pase negras. Si no se le cura pronto está en peligro de que el asunto acabe complicándose. Con el asunto éste no se juega. Se da el caso de gente que sabe que lo echa y un día, por ejemplo, lo pasan a un niño sin querer, y pa no hacerle daño le dan en la nalga un pellizquillo con el fin de que llore y se le pierda el mal de ojo. Hay muchísimas cosas más sobre este asunto, pero no tengo más ganas de hablar de eso. Lo que yo te digo hoy a ti es que Dios nos

guarde y nos libre siempre de estos temas.

la recitadora de versos

No hace mucho tiempo, quizá ni siquiera siete años, cuando vivía todavía Ponciano Quebrajo —un hombre entrañable de alma socialista —, María Josefa Español, llena de optimismo, disfrutaba a su modo de una tercera juventud (para ella no existe la llamada tercera edad), y, derrochando gracia y desparpajo, se echaba a las calles y plazas villaduqueñas recitando letrillas vestida de carnaval, suscitando la hilaridad entre los vecinos que se desternillaban con sus canciones. Se solía vestir en el Hogar del Pensionista junto a otras personas mayores, y, con su carácter, inyectaba alegría al carnaval villaduqueño que, unos años antes, había comenzado a languidecer y estaba corriendo el peligro de perderse. Pero gracias a ella y al presidente de los Pensionistas, Ponciano Quebrajo, y a otros mayores villaduqueños, el carnaval adquirió en sólo unos años el carácter jovial de antes de la Guerra, un arcano sabor bien recibido por los más jóvenes quienes, a partir de entonces, se animaron y formaron comparsas, murgas, chirigotas, resucitando la fiesta de las catacumbas y devolviéndole así su olor perdido: su atmósfera humilde más populachera.

Por otro lado, además de haber creado en los últimos años letras de carnaval, a lo largo de su vida hiló poesías que hablan de la tierra, del paisaje villaduqueño, de los sueños, de la familia, de la religión, y de otros asuntos cálidos y sencillos. He tenido la suerte de leer algunos de ellos y debo decir que tienen calidad. Sorprende que una persona sin estudios, que no ha pisado la escuela en toda su vida, pueda componer poemas de cierta extensión, unos versos de tanta fluidez, tan musicales. Algo que dice mucho, por sí solo, de la honda intuición que tiene María Josefa cuando expresa en sólo unos versos su estado de ánimo; lo que demuestra también, por otra parte, que el arte de hacer poesías no tiene que ver con la preparación académica de una persona, sino más bien con su hondura emocional y con un sentido del ritmo y de la música verdaderamente genético, no adquirido. En relación con esto, debo hablar de los poemas que he visto desde siempre colgados en las paredes de la ermita (llevan en ese lugar más de tres décadas): versos que fueron escritos por personas que, en muchísimos casos, eran analfabetas pero habían pergeñado, no obstante, unas poesías dotadas de una emoción conmovedora.

Me impresionaba mucho, cuando niño, ver allí esas poesías junto a los exvotos. Para mí resultaba traumático observar los bracitos de cera, las trenzas, las poesías, las fotografías en sepia y otras reliquias que parecían flotar como ectoplasmas en la leve penumbra del recinto

sacro. Era como si en aquel batiburrillo de figuritas de cera y ofrendas humildes uno pudiera encontrar la secreta puerta que comunica directa al más allá, y, detrás de esa puerta, te esperasen los difuntos que tuvieron en su vida algún defecto físico (los cojos, los mancos, los ciegos, los paralíticos) para sólo pedirte que rezaras por sus almas. En algunos momentos, me sentía paralizado, agobiado por la angostura de las sombras que en el sagrado templo titilaban ante el pequeño y débil resplandor de aquellas mariposillas con aceite ubicadas estratégicamente en los rincones. Y recuerdo muy bien la sensación de traspasar la barrera existente entre el azul del exterior (casi siempre era en mayo o junio cuando iba) y el silencio viscoso y umbrío del recinto que parecía dilatarse y abombarse cuando mis pasos, casi de puntillas, lo traspasaban despacio y con respeto. Aquel silencio era gélido, granate, y se te quedaba en las sienes resonando.

No recuerdo muy bien —hace demasiado tiempo—, si en aquella pared había versos de María Josefa. Quizá colgó algún poema, no lo sé, acompañado también de algún exvoto, porque tenía motivos para hacerlo; logró superar dos trances muy difíciles dentro de su familia sin quebrarse y venirse a bajo: además de perder a su esposo un día de estío, vio como se le moría su hijo Máximo, cuando empezaba a vivir, a los 7 años, sin que nada pudieran hacer por él los médicos. María Josefa evoca aquella muerte con cierto amargor, pero sin perder el ánimo, aceptando, según me acaba confesando, la voluntad de Dios, porque es creyente.

Es curioso, de todas maneras, y me sorprende, la forma en la que ella describe al hijo muerto. Antes de nada, resalta, misteriosa, el halo esotérico, extraño, que lo envolvía, pues fueron muchos los signos que indicaron la extraordinaria intuición y la sabiduría que, hasta el día de su muerte, destacaron en el chiquillo, hijo tercero suyo, que ella evoca con una conmovedora devoción, como si estuviera rozándolo con los dedos: unos dedos de yedra, de nieve y de alcanfor.

—Cuando murió mi Máximo sentí como si me hubieran sacao las entrañas —confiesa, de entrada, en un tono doliente—. Era un chiquillo santo y tenía un don que de no haberse muerto yo no sé qué habría ocurrío... A mi Máximo le pasaban cosas mu raras que es mejor no decir delante de ciertas personas, porque ellas no creen en eso y lo toman a guasa. Te diré, de primeras, que mi hijo antes de nacer lloró dentro de mi barriga un par de veces, y eso puedo jurarlo. Es la verdad. Y antes de ese caso ya se habían dao otros casos iguales en mi familia, que a una abuela mía también le pasó algo mu curioso; pues resulta que tuvo un hijo y se le murió a los dieciocho meses el angelito, pero, según le dijeron algunos médicos, de haber vivío más años, si hubiera crecío, hubiera sío un hombre mu sabio; por eso murió, porque su inteligencia era tan grande que nunca podría haber llegao a desarrollarla.

—¿Y por qué no la desarrolló? ¿Qué problema tuvo? —le pregunto azorado, aun buscando un tono neutro que de alguna manera evite incomodarla.

—No tuvo ningún problema en realidad, pero lo que le ocurrió antes de nacer, me pone el vello de punta al recordarlo —María Josefa duda, carraspea, mira al suelo un instante y, luego, clava sus pupilas como dos faros en la niebla de mi rostro, para proseguir con su perorata—. Pues según me contó mi abuela en una ocasión, el hijo que iba a tener, antes de que naciera, le pidió desde dentro de la barriga

torta y agua; una de esas veces mi abuela estaba cociendo pan y se asustó mucho cuando notó lo que ocurría. Se quedó temblando al principio, muerta de miedo, pero luego enseguía cogió un cacho de la torta y se lo comió pa taparle al niño el hambre. Y ni siquiera le dijo a su marío lo que le había pasao, ¡cómo iba a hacerlo!, porque no quería que su hijo perdiera la gracia, que esos detalles una tiene que callárselos y no decírselos a nadie de la familia, si quiere después que su hijo salga sabio. Porque estando yo embarazá del que se me murió, también me pasó lo mismo que a mi abuela. Me acuerdo que estaba sentá junto a mi marío, en el portal de mi casa, los dos tranquilitos; él estaba cosiendo unos anterrollos pa las bestias y yo estaba afaná remendando unos pantalones, cuando va y me dice de pronto, como asustao: «Rubia, ¿tú no has escuchao una cosa rara?», y yo le dije que no, que perdiera cuidao, que habrían sío los gatos que andaban maullando en los tejaos o que, a lo mejor, se me había ido un peo sin darme cuenta; y él, entonces, empezó a reírse con el detalle y me dijo: «¡Rubia, hay que ver, mujer, qué cosas tienes! ¡Qué gana de guasa tienes siempre!». Y el caso fue que aquel día él se calló, pero luego otra noche, que estábamos acostaos, el niño volvió a llorar dentro de mi barriga, y mi marío otra vez se despertó y volvió a relatarme que estaba oyendo algo mu raro. Él no podía imaginarse que era el niño y, por eso, no sospechaba. Así que volví a pagarla con los gatos y le dije a mi hombre que se levantara despacito y fuera a mirar el ventano de la bodega, porque a lo mejor a mí se me había olvidao cerrarlo y algún gato podía haber entrao a jincarle el diente a los tocinos salaos o a los jamones que teníamos recién colgaos de la matanza. De forma que él fue a la bodega a ver qué había, pero volvió enseguiíta preocupao y me dijo que no, que no había podío ser un gato, y que estaba seguro, porque el ventano estaba bien cerrao. Entonces, volvió a preguntarme qué es lo que ocurría, y yo no hice caso, me hice la desentendía y me di la vuelta en la cama pa no oírlo. Así que ya ves, mi marío nunca supo que había llorao nuestro hijo en mis entrañas.

Cuando ella deja de hablar, un silencio atroz (un silencio que duele y arde en las pupilas), deja caer su peso en el comedor donde estamos hablando de sombras y lejanías. Es como si nos halláramos en otro sitio, en otro lugar distinto al que estamos ahora, en un bosque de niebla donde los troncos de los árboles lloran en la oscuridad pausadamente como niños nonatos dentro del invierno. Hay flotando en el aire un aroma espeso de orfandad. Siento dentro de mí un murmullo de hojas y ramas ocres movidas morosamente por el frío, y percibo, a la vez, un cosquilleo espiritual, como si un ser inocente me rozase y me tranquilizase con su aliento. Durante varios segundos experimento dentro de mí una extraña sensación. Los muebles estiran

sus músculos de soledad y parecen gemir, mientras tiritan las paredes y un blando murmullo brota de los cuadros. En el exterior suenan los pasos de la escarcha. Y se apaga la luz; tal vez es casualidad, pero la luz se va y, en un segundo, es como si la vida se acabase y la densa oscuridad que hay en la calle hubiera invadido la estancia de repente y estuviera mirándonos con ojos inquisidores, suplicándonos que recemos por los muertos. Y la voz de María Josefa —una salmodia producida por un instrumento melancólico— raja el profundo silencio del local e invoca la luz, un leve resplandor, para adentrarse en las cuevas de su espíritu sorteando las zarzas y aulagas con su ánimo y evitar, de ese modo, la desolación.

—Mi hijo murió —me dice— a los siete años, y yo lo pasé muy mal. No quiero acordarme. Hay que vivir las cosas pa entenderlas. Yo he querío, y quiero muchísimo a mis tres hijos, pero el que se me murió, mi pobre Máximo, era otra cosa, era un niño diferente. Te he dicho que algunos niños tienen gracia; bueno, pues lo de mi Máximo iba por ahí. Me acuerdo de un día, poquito antes de morir, que mi hijo me dijo una cosa espeluznante. Mi marío se había ido a la sierra a trabajar y se había llevao con él a mis dos hijos grandes, y mi Máximo se quedó solo, conmigo en el pueblo. Aquel año llovió muchísimo por toas partes; estaban los campos y los caminos empantanaos, que hasta un manaero brotó dentro mi casa y el agua se paseaba por entre las piedras. Yo me había ido a la cama esa noche toa hechita polvo y me quedé dormía en pocos segundos. Dormí de un tirón, pero luego, al levantarme, noté cómo el suelo de mi habitación se había mojao, y, enseguía, pensé que se habría derramao el orinal, pero vi que no, que no había sío del orinal, pero como en casa no había más que una luz, salí al pasillo pa ver lo que pasaba. Y fue cuando vi que el agua salía del empedrao y corría por toa la casa de puerta a puerta. Yo me puse nerviosa y corrí enseguía a ver a mi hijo, y, apenas pasé al domitorio, lo vi serio, y me preguntó si su padre y sus hermanos iban a venir de la sierra pa llevárselo. Yo le dije que sí, que iban a volver al día siguiente, y que estuviera tranquilo y descansara; pero el angelito volvió a mirarme con tristeza, y me dijo mu serio: «¿Mañana, me ha dicho usté? ¿Mañana me ha dicho...? Pues pa cuando ellos vuelvan ya no los voy a necesitar. Pero usté no sufrá por mí, no se preocupe, que si no vienen antes del campo da lo mismo». Y yo me puse a llorar y le dije hecha polvo: «!Ay, mi hijo de mis entrañas!, ¿por qué dices eso?». Y él volvió a decirme otra vez, tranquilamente, como una persona mayor, con conocimiento: «Usté, mama, no llore y hágase la fuerte. No sufra por mí, pero cuando vuelva papa con los chaches no los voy a necesitar ya. Se lo aseguro».

La veo emocionada, como instalada en el más allá, en algún

ignoto lugar lejano, frío, que no puedo alcanzar con mi pensamiento porque es un lugar invisible que está en ella, en su alma zurcida por vientos huracanados que acaba amansando al final con su carácter, de una ternura difícil de igualar. María Josefa tiembla, se transforma, la voz se le llena de arrugas, de vaguadas, y la luz, que ha vuelto a la estancia hace unos segundos, parece tintarse de un suave tono añil que se me mete en la sangre y me da ánimo como un susurro extraño, ultraterreno, que acaba alumbrando las sombras que hay en mí.

Siento un escalofrío. ¿Qué me ocurre? Recuerdo imágenes de la película El sexto sentido; me imagino al hijito de María Josefa mirándome con los ojos de aquel niño que tenía la facultad de ver espíritus y las almas atormentadas de los muertos. María Josefa transmite vibraciones que parecen venir de rincones que no existen, de dimensiones sobrenaturales. Vuelve a hablar de su hijo Máximo de nuevo y en el comedor brota un efluvio de otro mundo que está, sin estar, presente en éste nuestro.

—Aquel día —prosigue— mi hijo estuvo desganao. Esa misma tarde llegó a la casa mi tía Isaac y se sentó en una silla al laíto suyo. Ella enseguía notó que algo no iba bien porque mi hijo le dijo na más verla: «Tita, cuida mucho de mi madre. No dejes en ningún momento que esté sola. Cuida siempre de ella. No la olvides», y mi tía Isaac le dijo la pobre, sorprendía, que por qué le decía esas cosas tan apenao si él sabía que venía a visitarme toas las tardes pa charlar conmigo y darme compañía. Y él se quedó mirándola mu triste. Luego, al momento, me dijo que me acercara y me pidió también que lo besara: «Deme usté un beso, mama, y no llore nunca. No se ponga uste triste, ni llore, que la quiero». Y entonces fui, le di un beso y me miró de una manera distinta a la de otras veces; después, echaíto en su cama, ya más tranquilo, rodeó su cabeza pal lao de la pared, cerró sus ojitos, y yo le cerré la boca, y se fue con Dios pa siempre. Así murió, así fue como la muerte me lo arrebató.

Al pronunciar la palabra oscura, gris, cruje un mueble del comedor, ¿es casualidad?, y la atmósfera adquiere el tinte fantasmal de los caserones viejos desahuciados donde yo, cuando niño, jugaba al escondite rodeado de sombras y murmullos inexplicables. Muchas veces, al pensarlo, vuelvo a sobrecogerme y a sentir un amargo pellizco en mi interior. Todo esto me viene a la mente, en este instante, después de escuchar el relato de María Josefa que, aún, sigue evocando el dolor del hijo muerto rodeada de sombras e hipnóticos zarzales.

—Mi Máximo tenía facultad pa la videncia —me dice en un tono

oscuro, crepuscular, a tono con el ambiente de la hora—. No sé si tú lo creerás, pero es así. Yo no te engaño. Es la pura realidad. A mí me dijo una vez, antes de caer malo, unas cosas que te ponían el vello de punta. Yo veía en mi niño cosas de mucho misterio. Y después de morirse, le di a mi cabeza muchas vueltas. El día del entierro no sé me olvidará; el ataúd lo pusimos sobre la mesa. Y toas las vecinas de la calle lo rodearon y a mí me decían que yo no debía de llorar, porque los niños al morir se van al cielo y que Dios es mu justo, y que si se había llevao a mi niño era porque en el cielo lo necesitaba. Y yo le decía que sí, y se lo agradecía, y que, gracias a Dios, me quedaban otros dos hijos, pero que mi pobre Máximo era especial, completamente distinto a sus hermanos, y que si Dios le hubiera dao más vida hubiese llegao a ser sabio, un gran talento, porque había recibío una gracia especial. Y me acuerdo mu bien que, apenas acabé de hablar, la Frasca Carretas se levantó muy emocioná y me dijo, muy seria, que yo tenía toa la razón, porque ella eso de la gracia lo había comprobao, ya que le había ocurrío con mi muchacho una cosa mu rara que no sabía cómo decírmela. Y la cosa había sucedío hacía mucho tiempo, cuando mi niño no había cumplío tres años.

Se detiene y me mira. Otra vez vuelvo a sentir una vibración misteriosa recorriéndome. Y le digo que siga, que me cuente cuanto antes el final de la historia, porque estoy sobrecogido, esperando ansioso el final de su relato, envuelto en la intriga de su narración.

—Pues aquella mujer, la Frasca de Carretas, me dijo lo que ahora te empezaré a contar, sin quitar, de verdad, ni un punto ni una coma, pues no se me ha olvidado nada —dice, al fin, y en sus ojos brota de golpe un resplandor que, a pesar de intentarlo, no sé descifrar—. «Pensé comentártelo antes, María Josefa, pero no fui capaz de decírtelo... Ahora da igual, ya tu hijo está muerto, pero creo que él era un ángel; porque a mí, por lo menos, me lo demostró hace tiempo, siendo un monigote que no tenía ni tres añillos. El día que te cuento estaban jugando a los bolindres tus dos hijos más grandes con los Remigios ahí, en la esquina, y tu niño pequeño, el angelito, estaba sentao, to hechito un gurruño, al laíto la pared. Bueno, pues yo pasé y les pregunté a los nenes más grandes si alguno había visto un borreguillo que yo había perdío la misma tarde de antes y andaba morrita buscándolo por tos laos; y enseguía tus grandes me contestaron enfurruñaos que ellos no sabían na y que los dejara, que no habían visto borrego ni bicho alguno. Y entonces tu Máximo fue y, de sopetón, me soltó, la criatura, sin que le preguntase, con mucho respeto y educación: '¿Un borrego mu chiquitito ha dicho usté? ¿Un borrego que tiene en la frente una mancha marrón? Pos acerquesé usté al lejío de ca Virutas, y allí, frente al corralón de Pedro

Quebuscas, donde hay dos troncos de álamos cortaos...; acerquese usté y lo verá allí acostaíto, en mitad de los troncos, resguardaíto contra el frío, porque ha estao toa la noche comiendo en el cercao y está hinchaíto de yerba el animal'. Y yo —prosigue la Frasca— me quedé fría cuando me acerqué al sitio donde dijo y, apenas llegué, vi a mi borreguillo allí. La verdad es que me pareció casi imposible que un niño tan chico, sin retirarse de su casa, hubiera acertao dónde estaba mi borrego, en un sitio donde él jamás pudo haber estao. Aquello me pareció cosa de brujería. Entonces yo misma pensé que era un ángel y, quizá por eso, el Señor se lo ha llevao, lo necesitaba en su gloria. Es una lástima. No sabes, María Josefa, cuánto lo siento. Debes tener mucha resignación».

La noche se cierra como una bóveda de amianto en torno a las casas y los corrales de mi pueblo. En la calle sigue espesándose la escarcha y llega hasta el comedor, donde aún seguimos, pasos amortiguados, bisbiseos. La risa delgada, en la calle, de una niña inunda la atmósfera de una tímida alegría que, en estos momentos tristes, se agradece. María Josefa a mi lado sigue hablando, y en su voz de lluvia gravitan los recuerdos. Se parece físicamente a Chavela Vargas: el mismo cabello, la piel arrugada por la ternura, los ojos profundos y dulces como almendras bañadas por un licor de asombro y dudas. Y uno ve, paradójicamente, en su mirada, de dulce aridez, una sobria fortaleza que desconcierta y serena al mismo tiempo.

—Me tengo que ir, se hace tarde, a ca mi hijo —me dice muy seria segando la conversación, que se ha prolongado más de lo previsto—; podría seguir contándote más cosas, pero me tengo que marchar.

Despido a María Josefa conmovido, traspasado por una emoción inexpresable, a la puerta de casa. La noche ya ha caído y de la ladera baja un viento frío que huele a ceniza, a lluvia y al temblor del novilunio abriéndose en las malvas del horizonte hundido en la dehesa, entre retamas, álamos y encinas. Hay un ocre silencio en la mansa oscuridad. Mientras María Josefa Español se va alejando, cuando la veo torcer por una esquina en dirección a casa de su hijo, mi alma comienza a llenarse de cuestiones que no tienen respuesta. La anciana se aleja y mi corazón se queda perdido en la lluvia de la incertidumbre que, en este momento, inunda mis entrañas. Las preguntas se abren como bosques inexplorables.

¿Qué será de nosotros, los que vivimos en este ambiente, cuando desaparezcan estas personas portadoras de un modo de vida natural que a los jóvenes del presente no interesa? ¿Quiénes recordarán de

aquí a unos años el sonido del viento anunciando en la ladera la llegada inminente y sedosa de la lluvia? ¿Quién rezará la oración del mal de ojo y curará culebrillas o sanará huesos? ¿No seremos más pobres en el plano cultural, y menos humanos, cuando a nuestro alrededor no existan ya, por desgracia, estas personas con el corazón curtido por la lluvia y el silbo feliz del aire en las charnecas?

No queda esperanza; salgo a pasear por despejarme un poco. Ya no llueve. Gime el viento derruido en las acacias del paseo que conduce, entre charcos de barro, hasta la ermita recientemente cercada por una verja. Saliendo del pueblo medito y voy sintiendo en mi derredor pasos, cuchicheos. Pero miro a un lado y a otro, y no veo nadie. Las voces y los pasos están dentro de mí. En estos instantes soy lo que en mí queda de lo que antaño fui en este paisaje. Han querido cambiarme, pero no lo han conseguido. Sigo avanzando sin prisa hacia la ermita y oigo dentro de mí tenderse una oración. Nos han alambrado el alma y, aun así, la memoria debe seguir volando libre por las laderas insondables del recuerdo y los montes más altos de la lejanía, buscando huellas, señales, pasos, signos que nos sigan unciendo a aquel mundo perdido, pero anclado, no obstante, a la pura sencillez de las casas de adobe, de paja y de torvisco. Un purísimo espacio que aún sigue estando ahí, donde todo pervive absorto y en silencio, entre las ruinas malvas del amor.

Capítulo V

EL LABRADOR DE LA MELANCOLÍA

los surcos de la ladera

Detrás del Chorrillo y de los huertecillos familiares, conformando una estampa rural hermosa e idílica, gatean los olivos como una cuadrilla de labriegos encorvados por la inclinación de la ladera y el manotazo de un viento oscuro, hostil. Coronando el cerro, flota la ermita de San Gregorio, envuelta por el temblor fosforescente de las guedejas de lluvia que la azotan al comienzo de este aguerrido anochecer.

Miro a mi alrededor; hay charcos y nubes que la oscuridad de la noche va engullendo. Desde la puerta mojada de mi hogar reconozco ahora el llanto sutil de las retamas y el crujido del barro hundido en las veredas que alfombran las inmediaciones del Chorrillo como venillas oscuras de un buey muerto. El musgo habita en la luz de las farolas que acarician mi calle. Huele a humo de encina. Vuelvo a mirar despacio la ladera, antes de que la oscuridad la devore, y recuerdo los surcos que en ella abrieron, hace ya años, centenares de arados tirados por bestias mansurronas, mulos romos y burdéganos apacibles, que conducían los labriegos del lugar con suma paciencia en las tardes otoñales, dibujando una estampa bucólica y feliz.

Eso fue en otro tiempo; hoy la ladera de mi pueblo apenas soporta un puñado de retamas y un manojo de chaparrillos pudorosos que crecen desordenados entre las lindes, pegados a la sombra de algún muro o pared. Todo se ha transformado: la ladera, pintada por un resplandor de agua y berilio, dormita en el noble silencio de los justos y ya ni siquiera la pisan los chavales como solíamos hacerlo hace unas décadas, cuando, en los días jubilosos de carnaval y en los preludios luctuosos de cuaresma, buscábamos por la pendiente florecida campanitas, narcisos y varitas de San José, que ofrecíamos después a las niñas con ternura, como prueba inocente de una tímida atracción.

Eso ya no ocurre, por suerte o por desgracia. Los niños de hoy viven dentro de las casas; los de entonces no le temíamos ni a la lluvia. Ahora, mientras camino por el Toleo, una de las calles más líricas de mi pueblo, me viene la imagen de mi primo Bernardino sentado con otros chicos de ese barrio en la acogedora tienda de tejidos que mi padre tenía en la plaza del Verdinal, justamente a unos pasos del pozo y del pilón donde bebían las bestias de labranza, minutos antes del anochecer, cuando volvían cansadas de los campos. En las tardes de lluvia, a la hora del crepúsculo, hartos de jugar al trompo o a las canicas, completamente mojados, tiritando, nos guarecíamos en la tienda de tejidos y mi padre, que en gloria esté, nos

relataba anécdotas y chascarrillos de su infancia.

Mi padre cerraba la tienda al anochecer, o quizá algo más tarde, y entonces la vida se enclaustraba en los alrededores del pozo Verdinal. Luego acudía a tomarse una cerveza o algún chato de vino en la taberna de Emilio Urbano. El ameno local era en mi pueblo por entonces un centro neurálgico donde a diario confluían no sólo hortelanos y humildes labradores sino, también, comerciantes, picapedreros, pelliqueros, barberos, tratantes de ganado, sogueros, esquiladores, y otras gentes de oficios comunes en aquel tiempo difícil que, lógicamente, hoy no existen ya, pero ayer conformaron el paisaje de esos años, el genuino ambiente rural de los 60, cuando empezaba a brotar la emigración como una maldita plaga virulenta que, en sólo una década, dejó a mi pueblo roto, sin alegría en sus calles y caminos.

el embrujo de marifé

La bodega de Emilio era un rincón acogedor incluso para un chaval de ocho o diez años, que era la edad que entonces yo tendría, cuando iba a buscar a mi padre para avisarle de que lo esperábamos en casa para almorzar y, si era de noche, para empezar la cena. Lo malo es que cuando yo iba de emisario más de una vez me paraba a cuchichear y me entretenía un rato con mi padre y otros vecinos que había en el garito. Precisamente, fue allí, en aquel espacio, donde tuve la suerte de conocer un día a Cirilo; televisaban, recuerdo, aquella tarde una gran corrida en la que toreaba el Cordobés, y Cirilo estaba sentado junto a mi padre. Recuerdo con claridad que había tormenta, y recuerdo también el bar lleno de gente. Fuera, el cielo gris plomo estaba lleno de ágiles y vertiginosas serpentinas que se hundían sobre la dehesa a cada instante, dejando un fulgor sulfúreo sobre el barrio. No sabría decir ahora mismo, aunque quisiera, en qué momento exacto se fue la luz —hablo de 1968—, pero sí recuerdo bien que el Cordobés en aquel preciso instante entraba a matar y yo estaba sentado en el suelo, entusiasmado por el bullicio que reinaba en el ambiente.

Estábamos todos observando al Cordobés cuando parpadeó el televisor y un estruendo brutal, como un cañonazo enorme, irrumpió en el local y vibraron las ventanas. El rayo cayó a no muchos metros de mi casa, en un corralillo, y mató varias gallinas que se habían refugiado encima de unos leños. Los hombres que contemplaban la corrida se quedaron mudos del susto, mas Cirilo se levantó tranquilo de su silla y recuerdo con nitidez que dijo esto: «Señores, no se preocupen ni se asusten; más perdimos cuando Marifé se resfrió y no pudo actuar en la feria de Pozoblanco». Entonces fue aquello una risotada estratosférica inundando el local, un jolgorio indescriptible, y la gente con ello se olvidó de la corrida, aceptando el destino fatal de aquella hora que la tormenta había emborronado. Mi padre salió circunspecto del local y abrió nuevamente la tienda de tejidos (a la puerta ya le esperaban varias clientas), mientras la tormenta fue desvaneciéndose igual que esos sueños umbríos que nos cercan y se evaporan de pronto, en un instante, cuando el amanecer sin previo aviso irrumpe en el aire de nuestro dormitorio.

Nunca olvidaré la frase de Cirilo en aquella tarde lejana de tormenta. Luego, llegué a conocerle bastante bien y puedo decir, sin miedo a equivocarme, que es uno de los labradores más genuinos y representativos de aquel tiempo. Ante todo, destaca en él su bonhomía: es un hombre sencillo, alegre, acogedor, que aún lleva

escondido en los ojos el resplandor que deja el viento del norte en las colinas a finales de abril, cuando cae sobre la siembra de trigo o cebada una lluvia muy delgada que se va alternando a ratos con el sol, evocando unos versos célebres de Machado: Desgarrada la nube,/el arco iris flotando ya en el cielo/y, en un fanal de lluvia y sol,/el campo envuelto.

Cuando miro a Cirilo evoco los días del arado hundiendo su reja en la luz de la dehesa. Buceando en mi espíritu alcanzo aquella edad en la que el aire bailaba con las sombras cuando el arado, guiado por su mano, iba sajando la tierra adormecida mientras en el aire trinaban las alondras y el sol corría a esconderse entre los chopos y en el profundo misterio de la sierra donde el verano nunca atardecía. La voz de Cirilo tenía un tono acogedor (después de muchísimos años, aún lo posee) y envolvía a los vecinos por su agradabilidad y, sobre todo, por su campechanía. En los surcos de su alma no cabían las tristezas. Él siempre solía estar alegre (como ahora) y bromeaba, recuerdo, con mi padre y todos los contertulios de la Bodega, conocedores, por regla general, de la gran afición de Cirilo por el cante: era ya por entonces un empedernido seguidor, y aún lo sigue siendo, de Marifé de Triana, a la que él califica como Reina de la Copla.

—Con Marifé —me dice— no hay quien se iguale; ni Rocío Jurado, ni la Pantoja, ni Perlita. Marifé es la más grande, niño, que lo sepas, y seguirá siéndolo siempre mientras viva, porque no ha nacío en España, ni nacerá, una cantaora con una voz como la suya. Ni siquiera Dolores Abril en sus tiempos mejores ha sabío cantar lo bien que Marifé, ni Dios que lo quiso, niño. Tú hazme caso. Marifé de Triana siempre es la mejor, por lo menos pa mí. Ella es la reina de la copla.

La afición por la copla y por el cante aflamencado le viene a Cirilo de atrás, de hace tiempo. Él quizá no sepa decir la fecha exacta, pero yo sí recuerdo que en los primeros años 60, cuando no existían aún los radiocasetes, su inquebrantable amigo Emilio Urbano había colocado un moderno tocadiscos en la cocinilla que había en la taberna, donde Cirilo se adentraba, una vez regresaba de sus faenas agrícolas, para escuchar las canciones de su diva, la que, según decía, le liberaba de las penas y los sinsabores que sufría en el campo. El labrador se quedaba hipnotizado y le daba, según decían, una orden clara, que, mientras estuviese escuchando a Marifé, no se acercase nadie a molestarle.

—Me quedaba clipsao escuchando a Marifé. La madre que la parió y ¡cómo cantaba! Ya ves tú si lo haría de bien, y lo sigue

haciendo, que yo me podía tirar to el día escuchándola, sin hacer otra cosa y sin descansar ni un rato. A mí sus canciones me tocaban el corazón. Mi buen amigo Emilio lo sabía bien, y ya podían tirar bombas en la bodega y liar mucho ruido los que jugaban allí a las cartas, que yo estaba en lo mío, escuchando a Marifé y a mí lo que otros hicieran me daba igual, porque yo me centraba oyendo el tocadiscos, y no había quien entrase pa molestarme a la cocinilla.

Sigue lloviendo afuera. Hace unos minutos, antes de entrar a la casa de Cirilo, cuando crucé por la Calle del Hospital, sentí que la voz de mi padre me llamaba y me envolvía en su aroma de tabaco; pero mi padre murió hace mucho tiempo y en la calle no había ni un alma hace un instante: estaba yo solo, arropado por el viento que silbaba en los viejos corrales y las paredes como un mendigo acosado por la ausencia. Me sentí, de repente, desprotegido y frágil, rodeado por un silencio inabarcable que sólo atenuaba el monótono repique que grababa la lluvia en los adoquines de la calle por la que nadie pasaba caminando.

Me pregunto, a veces, cómo es que puedo soportar tanta soledad, tantísima desolación, sin que mi ánimo frágil no se quiebre ni se me inunde el alma de cansancio. La respuesta es sencilla: pues dentro de esa soledad, que hace sólo un momento intentaba estrangularme, respira la lejanía de mi infancia, y los lugares que piso, ahora mojados, están llenos de una sutil felicidad y de un sol que no habrá de extinguirse mientras viva, porque flota en su luz la esencia de un ayer que dentro de mí nunca ha envejecido y, por muchos motivos, aún sigue presente.

el viento de la guerra

Ahora escucho a Cirilo y en la textura de su voz apreso la bella urdimbre de la edad en la que él regresaba del campo oscureciendo y, después de asearse y cambiarse de indumentaria, se dirigía contento a la Bodega para allí conversar un momento con sus camaradas y, luego, escuchar la voz de Marifé, cuando al fin lo dejaban solo en la cocinilla. Ahora estoy junto a él y siento que rozo aquellos días y que, dentro de mí, suenan las voces de los muertos, de aquellos que hace ya décadas se ausentaron, pero aún permanecen desdibujados entre esta lluvia en la que observo sus rostros desvaídos, sus siluetas ateridas como cárabos en la nieve. La voz de Cirilo suena igual que en aquel tiempo, mantiene la misma pureza, el mismo tono, y, al escucharla de nuevo, me hago niño, y me adentra en las cuevas del tiempo y guía mis pasos, como un candilillo humilde y tembloroso que iluminase el ángulo más viejo del material que guardo en mi memoria. Y es curioso como, de repente, entre él y yo se produce una extraña ósmosis de barro y su nostalgia me empapa de emociones, de situaciones mecidas en su experiencia que yo siento mías al verlas brotar de entre sus labios como balas perdidas que el viento extrae de un tiempo insomne.

En la voz de Cirilo estalla el frío de la guerra y dentro de mí siento el fulgor de un bosque bajo la furia añil de los relámpagos.

—No todo en mi vida —dice— fue alegría. Lo que pasa es que los recuerdos peores los lleno de tierra y cieno pa olvidarlos. Pero los días de la guerra están ahí y no los puedo olvidar tan fácilmente. Lo que más me duele de to lo que he vivío es que vi a mi madre muriéndose de pena cuando mi padre tuvo que huir del pueblo y cruzó por el frente a la zona de Peñarroya. La pobre, aquello no pudo soportarlo y, como te he dicho, murió de la tristeza unos meses después, de pensar sencillamente que no se podía reunir con su marido. Yo quedé mu solo y me crió mi tía Sanjuán, hasta que me recogieron mis abuelos y, después, me llevaron con mi padre a Peñarroya. Pero lo peor de to es que yo era chico, y he querío recordar cómo era la cara de mi madre, pero, aunque lo he intentao, nunca lo he conseguío, porque cuando murió yo tenía seis años.

—Y allí en Peñarroya —inquiero—, ¿cómo te fue?

—Pues, la verdad, al principio mal, y pasé muchísima hambre. Yo era mu chico y mi padre no podía darme na de comer porque en aquel lugar no había alimento. Pa que puedas darte cuenta y hacerte una

idea de lo que allí tuvimos que sufrir, te voy a contar solamente dos detalles. El primero es que solía ir acompañao de otros nenes de mi edad a la puerta falsa del almacén de los Machucas, que era una nave mu grande donde había frutas, y siempre nos peleábamos por las podrías y las más desgraciás que allí tiraban los operarios. Las solían echar detrás de una pared, y nosotros, ya digo, nos las comíamos como mantequilla, porque entonces no había otra cosa que echarse a la boca.

Cirilo se detiene, ahogado por la emoción, y se queda mirándome triste, fijamente, como si con sus ojos me entregase un extracto del zumo de pena que él bebió para que, de ese modo, yo pueda probar el sabor podrido y ácido de aquel tiempo. Me duelen sus ojos tanto o más que sus palabras y, por ello, le digo que siga, que cuente aún más, para así compartir con él su desaliento.

—¿Y el segundo detalle, Cirilo? —le pregunto—. ¿En qué consistió? ¿También fue por entonces?

—Bueno, lo de este detalle pasó luego, no mucho tiempo después, ocho o nueve meses, y ya, por entonces, no vivíamos en Peñarroya, sino al lao de unas minas, cerca de Belmez. De toas las maneras, pa mí este detalle es más gracioso, y apenas que te lo diga vas a entenderlo. Resulta que íbamos un grupo de nenes chicos, a los que yo sabía capitanear, a robar carbón al laíto de la mina. ¿Y tú sabes cómo pensábamos la jugada?, pues juntándonos tos en dos grupos diferentes, porque de esa manera podíamos engañar con triquiñuelas al guardián del carbón, que tenía mu mala leche. Estaba el carbón to amontonao al lao de la mina, pero cualquiera era el guapo que se acercaba. Y a mí entonces se me ocurrió formar dos bandos; y en ca uno de ellos había de cuatro a seis chiquillos. Así yo tiraba con la mitad de la cuadrilla derechitos a la puerta donde estaba el almacén, con la idea de que el guardia saliera a por nosotros. Y, mientras que el hombre corría en busca nuestra, los del otro grupo se entraban tranquilitos y llenaban corriendo ocho o diez cubos de carbón antes de que volviera allí el guardián. Y, a la vez siguiente, ya nos tocaba al otro grupo. Y así un día tras otro, siempre engañábamos al guarda. ¿Y sabes qué es lo que hacíamos con el carbón? —me mira, ahora sí, sonriendo con malicia—, pues vendérselo a las mujeres por las calles, y cada caldero nos lo pagaban a perra gorda. Después, con el poco dinero que cogíamos, casi toas las veces, nos comprábamos algarrobas y ese era el poquillo alimento que comíamos, porque no había otra cosa que echarse a la boca por entonces.

Cuando escucho a Cirilo narrar la anécdota anterior, me acuerdo

de la novela de Frank McCourt, Las cenizas de Ángela, y evoco una imagen del relato en la que el protagonista y otros niños van recogiendo migajas de carbón en un decorado sucio y neblinoso de la Irlanda más pobre, humilde y desahuciada. Es la misma historia un millón de veces repetida: el hambre se ceba siempre con los frágiles, con aquellas personas que no pueden defenderse, y despierta el ingenio y la astucia de los niños que acaban hallando en la más densa penumbra un pasadizo de luz para escapar. Con el paso del tiempo, los sucesos más brumosos, muchísimas veces, pierden su gris tonalidad al ser recordados por aquel que los vivió y sufrió en la edad de la inocencia. En la infancia de Cirilo, durante la guerra, hubo momentos muy duros, exasperantes, situaciones difíciles que ahora él, desde el abismo que abre la lejanía de esos años, evoca ante mí sin resquemor alguno, alegre y sonriendo, sin arrugar la voz, como si aquel dolor y aquella angustia, aquella miseria terca e insostenible, por arte de magia, se hubieran transformado en situaciones de menos oscuridad.

—Cuando acabaron por fin los bombardeos —cuenta feliz, después de resoplar y soltar todo el nerviosismo que lo embarga—, yo tenía, me acuerdo mu bien, ya nueve años, y sentí una alegría que no es fácil decir. El final de la guerra a mí me pilló en Villaviciosa y lo que mejor recuerdo de aquel día son tos los gritos y los vivas de la gente, y que había tambores sonando por las calles. Recuerdo que habíamos salío ya de la escuela que estaba justo enfrentito de la iglesia, y había tanto jolgorio y tantas risas por tos sitios que los muchachos no nos lo creíamos porque hacía mucho tiempo que la gente estaba triste, sin ganas de risa ni bromas. Así era la guerra; mu dura y mu peligrosa pa to el mundo. Pensé muchas veces que nunca se iba a terminar. Pero sí se acabó; vaya si acabó. Aquel día, por fin, fue verdad, podías creértelo.

la huella de un maestro

Cuando volvió de la guerra, me relata que, al entrar con su gente en Villanueva del Duque, encontraron al pueblo distinto, irreconocible; estaba ruinoso, con las casas semihundidas y con los tejados mordidos por las bombas y por el violento granizo de las balas. Él tenía nueve años y, aún no era capaz de trabajar, y, por eso, su padre lo puso en el colegio para que así aprendiese las cuatro reglas, a sumar y a restar, porque ya sabía leer y, en cuanto a escribir, también se defendía. Por entonces, su padre compró dos buenas yuntas que le habrían de servir en las tareas de labranza, faenas en la que Cirilo, años después, cuando aún era niño, se adiestraría ejemplarmente ayudando con ello a la economía de una casa que costó levantar, según comenta, Dios y ayuda.

—Mi padre había sío toa su vida un labrador y, por eso, al volver de la guerra, al poquito tiempo, se compró un par de bestias y se echó al campo a trabajar. A mí me metió, enseguía, en la escuela de Curro, que era buen maestro y no abusaba de los palos, esa es la verdad, aunque era mu respetuoso. Pero poco después me llevó a la escuela de don Antonio, que llamábamos Manco, que aquel sí arreaba de verdad, en na que te despistases en cualquier cuenta, pero, por otro lao, era un buen maestro. Yo aprendí enseguiíta con él a sumar y a restar, pero siempre, como te he dicho, a fuerza palos. Que el maestro aquel no se andaba con chiquitas y, como faltaras a clase alguna vez sin haberlo justificao, por ir de tunea, tenías mu negra la cosa; porque don Antonio, cuando salían tos los nenes de la escuela y se hacía de noche, mandaba a tu casa a un compañero pa preguntarle a tu padre ónde habías ido. Si no habías mentío y tu padre acababa confirmando que habías ido con él a ayudarle a cualquier sitio, no había miedo ninguno y don Antonio no te daba; pero si tu padre, al contrario, le decía que te habías pasao to el día de tunea, entonces sí se te venía un buen escarmiento, porque, al día siguiente, naíta más entrar al colegio, el maestro te sacudía una buena pelfa y, después, te cogía y te colocaba de rodillas enfrentito de la pared, y allí te tenía más de dos horas castigao, hasta que tos salíamos de la escuela. Llegabas a casa con las rodillas hechitas polvo y sin ganas ninguna de irte otro día de tunea. ¡Cualquiera era el guapo que engañaba a don Antonio! A mí me duelen los huesos de acordarme. Ah, y encima la escuela no era gratis; costaba, me acuerdo, dos pesetas a la semana, y si tú echas la cuenta, que éramos más de cincuenta críos, ya verás lo que don Antonio ganaba al mes allá por el año 1944. Salía con un sueldo de cuatrocientas pesetas o más, y eso que, por entonces, según se decía, apenas ganaban dinero los maestros.

No llegué a conocer a don Antonio, el Manco, afamado maestro en los años difíciles de posguerra, porque cuando nací, en 1957, el ilustre pedagogo ya había muerto. Todo lo que sé de él (no son muchas cosas), unas pocas anécdotas, algunas muy divertidas, se las he oído contar a hombres setentones que, en los años de infancia, fueron alumnos suyos y estuvieron bajo su batuta pedagógica. La opinión general es que fue un maestro excepcional, a pesar de su oscuro método educativo (palo y tentetieso) empleado a diario sin pudor, quizá porque, por entonces, en los años 40, que un maestro pegase a un alumno era lo corriente; aunque a mí, ahora en día, me parezca abominable.

Analizando hoy los pros y los contras, la labor pedagógica de don Antonio en aquel tiempo resultó positiva, ya que libró a muchos chiquillos de un analfabetismo brutal y endémico: enseñó, como he dicho, las cuatro reglas matemáticas y a leer y a escribir sin faltas, correctamente. Hay que entender su método educativo dentro del rudo contexto. No sorprende por eso que mucha gente consultada se deshaga en elogios hacia aquel maestro adusto que hizo del viejo dicho «la letra con sangre entra» un modélico emblema que justificaba, en parte, el trato diario con chicos cerriles, sueltos, asilvestrados, que amaban el campo y la libertad de las dehesas, sin mostrar ningún interés por aprender en una posguerra dura y represiva donde el concepto actual de educación no sólo no se conocía, ni se imaginaba.

Veinte años más tarde, a mitad de los 60, los maestros del pueblo (unos mucho más que otros) seguían aferrados a aquel pedagógico sistema donde la vara de olivo, chopo o mimbre, sustituía, a veces con frecuencia, a un trato más humanizado con el alumno. Al maestro de entonces, más que respeto se le tenía miedo. Yo mismo probé en mis carnes tabletazos, pescozones sonoros, o capirotazos épicos, cuando no supe decir bien la lección o equivoqué un ejercicio de aritmética. Sin embargo, es verdad que no estoy traumatizado (o, a lo peor, sí lo estoy inconscientemente); pienso, muy al contrario, que aquel áspero modo de educar hizo que me refugiara en mi fantasía y me evadiera allí mismo, en mitad de la clase, ante las mismas narices del maestro, de la húmeda atmósfera que enrarecía aquella estancia donde nos apelotonábamos los alumnos (del año 64 al 66), chiquillos de edades distintas que, no obstante, estábamos obligados a estudiar juntos la misma lección y recitársela al maestro con alegría y con énfasis, cacareando. Dicho todo esto, he de reconocer que el maestro que tuve entonces, don Cándido Rodríguez, para mí fue, ante todo, un excelente pedagogo que me enseñó con afecto a amar las letras y, sin duda, influyó de un modo muy esencial en que me dedicase, décadas más

tarde, a la escritura febril de la poesía con muchísima fe y un entusiasmo inquebrantable.

Recuerdo el olor marrón de las carteras, el tacto rugoso, frágil, de los lápices, la tiza gastada en la piel de la pizarra, mientras que fuera de clase diluviaba y la luz agrisada, plana, del ejido se tendía en los charcos como una delgada mariposa que, cubierta de frío, empezaba a tiritar y se abrazaba a los pétalos del viento: un viento que se deshojaba cuarteado en las ventanas de clase y pronunciaba quejumbrosos murmullos en las decrépitas paredes de los corrales que había junto a la escuela. Casi todos los niños llevábamos puestas katiuskas y, al salir al recreo, después de degustar deprisa nuestra ración de leche americana, jugábamos a las batallas medievales y luchábamos en plan salvaje en el ejido, con gruesos palos y tablas de madera, golpeándonos con ardor hasta hacernos sangre.

Todo esto ocurría a mitad de los 60, cuando mi amigo Cirilo, el labrador, estaba recién casado y araba los surcos de una tierra asistida por una lánguida orfandad, porque ya en esos años el pueblo empezó a quedarse solo y a perder, gota a gota, la savia económica de las minas. Dos décadas antes, cuando las minas aún funcionaban, Cirilo ya había cumplido quince años y manejaba las yuntas de su padre como un experto labriego. Se afanaba y araba con ellas, con gran desenvoltura, los cercados que eran propiedad de su familia. Cirilo recuerda aquel tiempo con cariño.

—Aguanté en la escuela bastante, cuanto pude

—comenta con un cierto deje melancólico—, pero, poco a poco, fui haciéndome mayor, y mi padre un día llegó y me preguntó que si yo deseaba estudiar cualquier carrera que lo pensara mu bien y se lo dijese, porque estaba dispuesto a vender alguna finca con tal de que yo estudiara y pudiera ser en el día de mañana un hombre de provecho. Pero yo, la verdad, no tuve agallas pa engañarlo y le dije, casi sin pensarlo, que ni hablar, que yo no quería ver los libros ni en pintura y que a mí me tiraba muchísimo más el campo, porque era en lo que de chico me había criao. De manera que así se lo dije, y me entendió, que ni una vez sola volvió a repetirme lo de los estudios. Me entregó las yuntas, me enseñó a manejar el arao y me dijo: «ahí tienes el corte; a navegar». Y hasta el día de hoy jamás me arrepentí. Yo estoy bien seguro de que elegí el mejor camino. Los libros pa mí no se han hecho. Lo mío es el campo.

Lo dice con una pasmosa seguridad. Él disfruta en el campo, en su tierra; ese es su mundo. Hay que amar el paisaje, el cielo, los caminos,

los cercados y las eras que hay cerca de este pueblo, como lo hace este humilde labrador, este hombre sencillo que hay ahora frente a mí en esta pequeña y sencilla habitación donde caben las nubes, todos los paisajes, todos los montes y los ríos, todo el cielo, cuando él dibuja y relata, emocionado, sus primeras faenas agrícolas siendo un chaval, en un trozo de tierra que era de su padre y él laboraba con ánimo y soltura.

—La primera vez que yo aré fue a mis trece años

—dice de un modo solemne, con cierto orgullo—. El arao era de hierro y apenas podía tenerlo en pie. Pero mi padre tenía dos yuntas buenas y eso, es verdad, me fue de mucha ayuda para cumplir con jolgura la faena. Al final, yo tiré palante y no acabé mal. Ahí, a mis trece años, empezó esto. A partir de aquel día, al lao de mi padre aprendí a rejacar, que consiste en abrir unos surcos entre la cebá pa quitar los yerbajos y hacer que la siembra así respiré. Y aprendí por entonces, también, a segar la cebá, lo mismo que el trigo, la avena o las lentejas, siempre con la hoz, que, por entonces, se hacía a mano, pues las máquinas cosechadoras no existían y tardaron en llegar aquí bastantes años. El trabajo en el campo, como te digo, era duro; se trabajaba to el día, de sol a sol. Luego, vinieron las máquinas y los tractores, pero hasta que esto llegó pasamos mucho. Por poner un ejemplo, pa que entiendas lo que digo, como entonces no se utilizaban los herbicidas había que quitar las yerbas de los sembraos con un escardillo, armándose de paciencia, o, si no, rejacando despacio toa la siembra, y eso sí que era durísimo de verdad, porque había que echar en hacerlo muchísimos días hasta conseguir dejar limpio el cercao. Trabajar entonces en el campo era durísimo.

la tecnificación agrícola

Hoy los labriegos, ayudados por las máquinas y por los modernos tractores con cabina, se libran de penalidades y fatigas que, en otro tiempo, hubieron de soportar. Recuerdo la imagen clásica del labrador, a mediados de octubre, en torno a la fiesta del Pilar, arando las suaves colinas de la dehesa con una pareja de yuntas, dos mulos romos, mientras las avefrías y las cogujadas seguían en desordenada procesión la línea mullida que el arado abría en la tierra, aromada por los murmullos del silencio en el violáceo y hondo atardecer y por el aliento gris del encinar encendido a esa hora de un purpúreo resplandor. Tenían la costumbre algunos labradores —yo llegué a presenciarlo, recuerdo, alguna vez— de enterrar varias trampas en los surcos recién abiertos con el fin de ir cazando algunos pajarillos de los que iban siguiendo los pasos de las yuntas, mientras un pálido humillo iba brotando de la tierra y, entre los surcos jugosos de humedad, laboraban tímidamente las lombrices, buscando la protección del suelo umbrío que el arado minaba con ánimo y soltura.

La tarea de arar, no obstante, era difícil y sobre todo en exceso fatigosa, no sólo para el labrador, sino, al mismo tiempo, para la yunta de bestias laboriosas que finalizaban después de varias horas de cruzar la finca de un ángulo hacia otro, sudorosas y cansadas, casi desfallecidas. Cirilo relata las penas y dificultades que suponía faenar con el arado, sobre todo cuando el labrador era un chavalillo en los años del hambre, al inicio de la posguerra.

—Cuando yo empecé a arar era todavía un chaval

—dice en un tono jovial, muy satisfecho— y, como a mi lao muchas veces no había nadie, me las tenía que apañar con mil apuros pa ponerle a las bestias el ubio en el pescuezo. El ubio al que yo me refiero era de madera, pero de una madera pesá y, cuando llovía, se empapaban los anterrollos y, de esa forma, ¿quién era el valiente que echaba a las bestias el aparejo? Te puedo decir que las pasaba más bien putas. La faena no había hecho entonces más que empezar, porque después, como era un muchachillo, tenía que entender y saber llevar las bestias pa echarlas pa un lao o pa otro con el cabestro. Y eso no puede aprenderse en cuatro días, que la cosa tenía mandangas. Te lo juro. Pero, de toas las maneras, aunque al principio las pasara negras y tuviese malos ratos, hay una cosa que sí puedo decirte, y es que he sío mu feliz trabajando en mi labor. En el campo yo he disfrutao desde mu chico. Y no me arrepiento de haber sío un labraor y haber dedicao toa mi vida a ese trabajo. Yo tuve mis bestias y mi

carro hasta hace poco. No hará veinte años que vendí mi carro, porque empecé a trabajar, por entonces, en los pinos y allí me tiré una larga temporá, trabajando al servicio de ICONA quince años. En aquel trabajo, al final, yo hice de to: estuve, lo mismo, plantando pinos que de aguaor, incluso también trabajé temporás de ranchero; yo siempre supe adaptarme a lo que me mandasen. Estuve en los pinos enganchao bastante tiempo, pero, al final lo dejé, por varios temas, y, entonces, me fui al cortijo de mi mujer y eché unas ovejas pa ver si la cosa funcionaba. Y claro que funcionó; yo le puse empeño. Así, poco a poco, sin darme cuenta ni siquiera, fui haciéndome de un rebañillo bastante curioso, y terminé juntando noventa ovejas. Como tú puedes ver, no me faltó entretenimiento. Lo peor de la vida es que uno se llegue a sentir aburrío y no sepa adaptarse y disfrutar con un trabajo. Yo, gracias a Dios, nunca he tenío de esos problemas.

—¿Y ahora qué haces, Cirilo? —le pregunto—. ¿Te entretienes en algo? ¿Sales al campo con frecuencia?

—Claro que me entretengo, ¿Cómo no? ¿Qué iba a hacer yo metío en casa, cruzao de brazos? Ahora, pa no aburrirme tengo un huertecillo y, los días que no voy al huerto a cavuchear algo, me entretengo cuidando las ovejas de mi cuñao Pepe. La cuestión es no estar parao. Hace ya algunos años, como te he dicho antes, eché unas borreguillas, pero las vendí luego al jubilarme. A partir de entonces, sopitas de caldo y mu buen vino; al cumplir los sesenta y cinco uno debe cuidarse. En los últimos años, me entretengo con mi huerto. No me faltan cebollas, ajos, jabuchas, tomates, pimientos... Luego tengo también algunos melocotoneros que este año pasao estuvieron tos cargaos de fruta, y también tengo matas de fresa y otros frutales que dan bastante cosecha entre julio y agosto. Cosa que a nosotros dos nos viene mu bien (está hablando de él y de su mujer, María Josefa) porque echamos en conserva muchísimos botes de melocotón pa que uno menee el bigote durante to el año. Además con las pocas conservas y las verduras, aunque parezca que no, algo sí se ahorra.

María Josefa, la esposa de Cirilo, asiente con la cabeza y me confirma que la ayuda del huerto a diario es un desahogo y se nota en la economía familiar, pero que, aún así, la vida está carísima y todo se ha puesto a un precio desorbitado. Comenta que la comida en los años 60 era, en proporción, mucho más barata que la de hoy, aunque los sueldos fuesen también más bajos y hubiera más estrecheces de tipo económico. Por otro lado, ella afirma rotundamente que en una casa cualquiera de las de entonces se comía a diario muchísimas legumbres (lentejas, habichuelas, garbanzos, incluso habas), alimentos cárnicos derivados del cerdo ibérico (morcilla, chorizo, tocino, salchichón...),

además de huevos, patatas, y algunas frutas que el campo iba produciendo según la estación y no había que adquirir en la tienda de comestibles, ya que el agricultor las tenía muy a mano. Era aquella una economía de subsistencia y en cualquier familia normal de agricultores (o de ganaderos, que para el caso daba igual) los gastos en manutención solían ser mínimos; era en ropa quizá donde más dinero se gastaba: los pantalones de pana y los chalecos, aunque se remendaban con frecuencia, al final terminaban raídos, desgastados, porque el trabajo en el campo era tan duro que llevaba consigo desgarros en la ropa que, al final, ni la aguja y el hilo solventaban.

la afición taurina

A un tiro de piedra de la casa de Cirilo, justo enfrente de la que yo habité de niño, estaba el bar de Juanón (antes de Caracana), y, a mitad de los años 60, cuando mayo alegraba los trigos y las durísimas tormentas llenaban de culebrillas el cielo de ámbar, muchos labradores y vecinos de mi barrio se juntaban en el garito a echar un trago y para saborear ante el televisor las famosas corridas del Cordobés, el Pireo y el Viti. El bar de Juanón, tranquilo normalmente, en aquellas taurinas tardes televisivas se cubría de una delicada luz de albero que, en la pantalla gris del artilugio, reverberaba ingrávida, festiva, como un amarillo zumo fraternal que amansaba los ojos de los televidentes. Entre aquellos espectadores estaba Cirilo, muy aficionado siempre a la tauromaquia.

—Yo veía las corridas del Cordobés en el bar de Juanón, o en la bodega de Emilio, según cuadrase. Unos años antes de eso, las veía en otros laos. La primera televisión que vino al pueblo —comenta Cirilo — la trajo Julián el del Banco y la puso en el bar que entonces atendía Manolo, el Caliente. Eso fue, más o menos, en 1961, y me acuerdo mu bien que muchísimas tardes de verano, si televisaban una corrida del Cordobés se jodían las parvas, las trillas y lo que fuese, y se venía toa la gente de las eras pa ver la corrida, y el bar se ponía a tentebonete.

No recuerdo muy bien la llegada de aquella televisión, pero, según mi primo Bernardino (que reside en Alacuas, un pueblo de Valencia), aquel fue un día memorable y transcendente; hace dos o tres noches me lo refirió precisamente, mientras los dos conversábamos por teléfono. Dijo que un grupo de más de veinte niños estuvieron mirando como se alzaba una antena altísima sobre el perfil umbrío del tejado. Según Bernardino, el primer programa que vio allí, en el televisor del bar de Julián, fue la boda real de Fabiola y Balduino.

Algunos meses después llegaron al pueblo más televisores, casi todos ellos ubicados en tabernas y bares, y, en menos de un lustro quizá, la televisión hizo su irrupción en bastantes hogares villaduqueños. Fueron, por supuesto, hogares privilegiados, porque el precio del televisor era aún prohibitivo para una familia normal, de categoría media.

Aunque al principio ocurrió con lentitud, al final los televisores inundaron el pueblo, y era rara la casa donde no se hallaba uno en el centro del comedor y, en ciertos casos, aunque menos frecuentes, en

un rincón de la cocina, siempre que ésta, claro, fuese amplia y se hallara distante de la chimenea. A comienzos de los 70 la caja tonta, en su primera versión de blanco y negro, ya era en todas las casas un miembro más, un hijo bobo, y unos años más tarde, llegó por fin la tele en color que, después, con el tiempo, desbancaría a las primitivas: aquellos pesados armatostes en blanco y negro que quedaron obsoletos en menos de una década.

La televisión en color era todo un prodigio. La primera que yo recuerdo llegó al bar de Antonio —que unos años antes había sido de Juanón—, ubicado en el corazón del Verdinal, y allí pude ver, absolutamente hipnotizado, los inolvidables programas de naturaleza del malogrado Rodríguez de la Fuente. En el bar de Antonio ocurrió lo mismo que en el de Julián había sucedido tres o cuatro lustros antes: el local se llenaba, con mucha frecuencia, de clientes deseosos de ver alguna corrida de toros o un partido de fútbol jugado por la selección, el Real Madrid, el Atleti o el Barcelona (en la tele en color el balón refulgía sobre el césped como bola de luz en un campo de esmeraldas). Además de asistir a ver las disputas futbolísticas, los vecinos acudían al bar de Antonio a disfrutar los prodigiosos espectáculos taurinos en los que si no toreaba ya el Cordobés, sí, en cambio, lo seguía haciendo, Curro Romero que, entre los contertulios del local, tenía un buen manojo de fieles seguidores. Cirilo, curiosamente, era uno de ellos, porque, además del fútbol y el buen cante, su otra pasión, ya dije, era los toros: no existía ni una sola plaza en los Pedroches a la que en alguna ocasión no hubiera ido con motivo de alguna feria o fecha insigne; este labrador siempre amó las festolinas.

—La jarana y la fiesta me gustan más que a un tonto un lápiz —me dice con una sonrisa entre los labios—. Y eso desde mu chico. Me gusta el jolgorio, y, sobre to, disfruto con los toros. Hoy cuesta muchísimo ver una buena corrida y, además, las entradas se han puesto por las nubes; pero hace cincuenta años o algo así, ver los toros en Belmez, por ejemplo, o en Pozoblanco, en proporción con hoy, era más barato y eran mejores corridas que las de ahora. Yo, en cualquier ocasión que podía y tenía dinero, me escapaba pa ver los toros a Pozoblanco. Nos solíamos juntar la pandilla de amiguetes, cuatro, cinco o seis, y nos echábamos a la carretera pa andarnos el trayecto que había desde el pueblo a Pozoblanco; éramos tos mu jóvenes, sí que es verdad, pero también nos chupábamos de ida y vuelta veintitantos kilómetros, y yendo pallá toavía era peor, porque nos caía la solanera encima. De vuelta pal pueblo, era de noche y refrescaba. Aquello sí que era afición y no lo de hoy, que pa ir a la feria toa la gente coge el coche. En aquel entonces, la cosa era distinta. A mí me

han gustao las ferias siempre mucho y me he perdío mu poquitas. Te lo juro. Había mucha diferencia entre antes y ahora. Me acuerdo que en 1951 fui a la feria Hinojosa con otros cuantos compañeros pa ver un teatro donde cantaba Marifé, y llevaba na menos que veinte duros en el bolsillo pa invitar, cuando se terciara, lo que pidieran, porque en esa ocasión yo tenía billetes. Total, que fuimos allí y nos hartamos de to, y te puedo decir que volví a a casa con dinero y no fui capaz de gastármelo to en la feria; pero es que la vida era mucho más barata, porque una cerveza costaba seis reales y una copa de vino Montilla, cincuenta céntimos. Las entradas al teatro pa ver la actuación de Marifé, que las pague yo, costó ca una de ellas tres pesetas. Así que echa tú la cuenta, y a ver que sacas: fueron cuatro entradas, juntitas valieron doce pesetas, y luego los cuatro bebimos lo que quisimos: un montón de cervezas y bastantes copas de vino. También nos comimos unas tapas de lechón y, después, antes de venirnos, pagué el taxi, que, según me quiero acordar, me costó un duro. ¿Tú te puedes creer que no me gasté las cien pesetas con la noche tan buena de feria que nos dimos? Claro que aquella noche había perras frescas, que si yo te contara a ti de donde salieron no te lo ibas a creer; te lo aseguro, pues poco antes de eso yo me encontraba sin un duro, a la cuarta pregunta, pero luego pasó algo y aquel día de la feria, por suerte, fue otra cosa. Si te digo lo que pasó no te lo crees.

Se hace de rogar, mira sonriendo a su mujer, y espera que yo le pregunté por el milagro de los veinte duros que dieron para tanto una noche de feria en Hinojosa del Duque, allá por el 1951, más de un lustro antes de que yo viniera el mundo. Cirilo se esconde en las brumas del silencio y, durante un periodo de ocho o diez segundos, la estancia se inunda de una extraña expectación que roza el humor, la broma y la ternura, porque miro a mi entrevistado de soslayo y percibo que está aguantándose la risa.

Ebrio de curiosidad, casi impaciente, le pregunto, al fin, por la procedencia del dinero que sacó aquella noche para ir a la feria de Hinojosa. Entonces, como si esperase una señal, tan solo un pequeño gesto por mi parte, Cirilo reacciona y emerge al fin de su burbuja para relatarme la curiosa historia que explica de dónde sacó los veinte duros. La historia, brillante, casi parece truculenta, pero él me promete y me jura que es real, y tal como fue, sonriendo, me la dice:

—¡Parece mentira! ¡Ha pasao ya tanto tiempo! Yo, por entonces, estaba siempre en blanca, que mi padre me daba un duro ca domingo. Y eso que yo había cumplío los veintiún años y era ya un hombrecete con toas las de la ley; pero es lo que había: un duro, no había más, y con ese dinero tenía que apañarme pa ir al cine y pa echar luego una

cervecilla con los amiguetes. Total, que la cosa estaba más bien negra, pero resulta que vino Dios a verme, porque, por entonces, en la misma feria de Hinojosa mi padre, que en paz descanse, vendió un mulo, y de aquella venta sacó siete mil pesetas. Él me lo había comentao mientras comíamos; pero no confesó dónde había puesto los billetes. Yo sabía que a la Caja de Ahorros no había ido; de manera que aquel dinero estaba en casa, pero ¡cualquiera daba con el sitio! De toas las maneras, yo estaba seguro de encontrarlo. Así que esperé, con mucho disimulo, a que mi padre saliera del garito, pa ponerme a buscar los billetes como un loco. Y donde miré primero fue en el arcón que teníamos puesto en esta misma habitancioncilla, y, después, viendo que no estaba, miré en los chineros, en la mesa del aparador, y en las vitrinas... Pero, na; al final yo no daba con el tesoro. Ya estaba cansao de revolver y buscar por la casa, y me vino una chispa; me acordé, entonces, de la cámara. Era el único sitio que me quedaba por buscar, y allí que me fui, decidío a lo que saliese. Y efectivamente, allí tropecé con los billetes; ¿pero sabes dónde los había metío mi padre? —me pregunta nervioso, con los ojos extraviados.

—No tengo ni idea, Cirilo —le respondo—. Por mucho que quiera no puedo imaginármelo.

—Pues se había entretenío en guardarlos en un cencerro —me dice sonriendo, mirándome feliz—, en una cencerra vieja sin lengüeta. Pero yo di con ellos; tenías los billetes bien liaítos, como si creyera que allí nadie iba a encontrarlos. Bueno, pues los encontré y se me abrió el alma, porque supe enseguía que iban a ser mi salvación y, a partir de entonces, me iba a pegar la buena vida y no iba a faltarme un duro en el bolsillo. Por eso pa que mi padre no supiera que yo había encontrao el tesoro del cencerro, pellizqué los billetes, que eran de veinte duros y llevaban pintá la morena de la copla, pa que así mi padre creyese, si me cogía, que habían sío las ratas las que se habían comío el dinero.

El final de la historia, es que, después de algunos meses, cuando ya había compartido con sus socios, en juergas nocturnas, más de dos mil pesetas, su padre escuchó casualmente en algún bar que su hijo andaba sobrado de billetes. Y aquello al buen hombre le hubo de sorprender, sabedor del escaso dinero que él le daba de domingo en domingo, lo justo para tomarse unas cervezas; por ello, lo que hizo primero al entrar en casa fue llamar a careo a su vástago para que le explicase en qué mina de oro se había tropezado con el filón que le estaba haciendo vivir con tanto exceso. Y el melancólico y joven labrador acabó confesando a su padre su pecado, dando fin con ello a los días de vacas gordas, iniciando un periodo de vacas más raquíticas.

días de fútbol, tardes de cirios y noches de saxofones

A finales del año 1947, en pleno apogeo de la mina de las Morras, en Villanueva del Duque vivían muchas almas y no sólo había un cine espléndido y un teatro por el que solían pasar cantantes famosos, sino que había, también, bailes de moda a los que solía acudir la juventud, y bares modernos, y hasta un casino para ricos. La gente salía de paseo y se divertía, siempre dentro del límite que imponía la posguerra. Al llegar el 14 de agosto, año tras año, comenzaba la anhelada feria de Agosto y, además de un inmenso rodeo de ganado —que se ubicaba siempre en el ejido—, por la noche había baile en la plaza del Ayuntamiento, en la famosa terraza de Inocente, y adornaban el día carreras de cintas impresionantes, y partidos de fútbol en los que el equipo municipal se enfrentaba a otros de mucha altura deportiva, como, por ejemplo, el Peñarroya o el Pozoblanco, los dos pueblos más grandes del norte de la provincia.

Pese a la mucha afición que existía por el fútbol, no gozaba aún el pueblo de un campo de deportes debidamente vallado como Dios manda, y los grandes partidos (también ocurría con los chicos) se solían jugar en un sitio llano del ejido, donde ahora se halla el polideportivo municipal. Y resulta curioso que en aquel tiempo de posguerra, cuando había una afición futbolística extraordinaria (la mayor que hubo nunca aquí, en Villanueva del Duque), no existiera siquiera un campo de fútbol bien vallado. Ahora, sin embargo, con instalaciones deportivas bastante decentes y bien acondicionadas para un pueblo pequeño de mil seiscientos habitantes, la afición futbolística brilla por su ausencia: el equipo de fútbol masculino de cadetes hace ya algunos años que terminó de disolverse por la horrible desgana que tenían los jugadores; ahora queda tan sólo un equipo femenino que juega un torneo provincial de fútbol-7.

Así son las cosas; hasta no hace muchos lustros el «Villanueva del Duque Club Deportivo» gozó en la comarca de una fama bien merecida, ya que formó una cantera de jugadores que, a finales de los sesenta y años después, le zurró la badana a equipos de fútbol más prestigiosos, militantes algunos en regionales preferentes e, incluso, hasta en la Tercera División.

Y dos décadas antes, en plena posguerra, según Cirilo el asunto del fútbol era aún mucho más limpio y, aunque entonces no había automóviles para viajar, la afición iba con su equipo a otros pueblos vecinos en un desgarbado camión que renqueaba en las cuestas como si fuera a descuajeringarse. Ahí, en esos detalles simples, tan

minúsculos, residía la enorme grandeza de un deporte que en los últimos tiempos ha perdido la pureza y el pundonor que ayer le distinguían.

—Había por entonces en el pueblo mucha afición

—afirma Cirilo—, y eso que no había como hoy posibilidades, porque te estoy hablando de antes del 50. Y, cuando el equipo jugaba en otro pueblo, allá que nos íbamos un grupo de aficionaos, casi más de treinta, amontonaítos en el remolque del camión de Mairena. No quiero ni acordarme. Allí íbamos tos apretaos como borregos, y, cuando llovía, nos poníamos empapaítos, porque íbamos con el techo al descubierto, y la gente empezaba a cantar cuando llovía, y, aunque te mojabas, seguías con ganas de cachondeo. Me acuerdo mu bien que al pobre de Mairena le pagaba ca uno seis reales por el viaje, y solíamos ir algunas veces a pueblos mu largos, como Peñarroya, Belmez o Fuente Obejuna. Una vez recuerdo que, después de acabar el partido, me parece que fue en Espiel, alguien dijo que, en vez de venirnos a Villanueva, nos quedásemos a un baile que había allí en un local. Me acuerdo que era en la planta de arriba. Bueno, pues lo comentamos los amigos y, al final, a la mayoría le pareció bien, de modo que nos quedamos. Pero hubo un problema: y es que habían colocao a un portero malasombra que no te dejaba pasar al salón del baile si no ibas bien arreglao y con tu corbata. Y el problema es que casi nadie la llevaba; me parece que la tenían tan sólo tres. Uno de ellos, me acuerdo mu bien, era Emilio Urbano, y quizá fuese él quien tuvo la idea de que, al principio, pasaran los tres con corbata como si na y después las echaran por una ventana desde arriba pa que nos las pusiéramos los de abajo; y así lo hicimos al final, que los que subían las iban echando abajo y las cogían otros que, luego, cuando subían, volvían a echarlas. Y de esa manera pasamos, al final, to el mundo al baile, y me acuerdo mu bien que costaba dos pesetas. Al final, volvimos al pueblo canturreando, más contentos que na, en el camioncillo de Mairena, que era un tío formidable, alegre y campechano, servicial como poca gente he conocío. Aquellos sí que eran tiempos de alegría... La gente se divertía a la sana fe, sin hacer daño a nadie, aunque la picardía no faltaba, y es verdad que se disfrutaba de mil maneras, aprovechando to lo que se presentase. Lo que más valoro de entonces es el compañerismo. Tos íbamos a una, y no como hoy suele ocurrir, que ca uno se busca la vida a su manera, sin contar, como entonces ocurría, con el de al lao.

Cirilo recuerda los bailes de los 50, cuando en las cálidas ferias del mes de agosto, en la amena terraza del casino de Inocente, o en la del Califa, tocaban los Piratas, que era un grupo del pueblo

capitaneado por el Gallo, un hombre excelente que lleva años viviendo en Madrid pero que vuelve al pueblo con cierta frecuencia. «Los bailes de entonces —me dice, al final, Cirilo— no tienen naíta que ver con los de hoy; entonces no se cantaba tanto chau, chau como cantan ahora cuatro pelusos indocumentaos. Los bailes de aquella época eran bonitos porque to era a base de saxofones y de trompetas. Entonces se solía hacer baile algunos domingos, pero los bailes más grandes eran cuando las bodas, en los que se juntaban tos los familiares y los amigos cercanos a los dos novios. Cuando no era en la boda, el baile solía costar seis reales y casi toas las piezas eran pasodobles».

En las décadas de los 50 y los 60, en Villanueva del Duque no hubo una feria que no llegara a pasar por el cine Avenida algún cantaor famoso de los de entonces, casi siempre excelsas figuras de la copla, cuando en lugares remotos del planeta, en lejanos países, ya triunfaban el rock y el pop que no llegarían a los pueblos de esta zona hasta mucho después, mediados los 60, al ponerse de moda los románticos guateques donde nunca faltaba un humilde pinchadiscos al que le tocaba bailar con la más fea, cuando le sustituía en el puesto un compañero tras irse a su casa las más guapas del baile. Así eran los guateques de los 60; pero antes de eso llegaron al pueblo cantaores y también cantaoras de prestigio nacional, y el cine Avenida, en su terraza de verano, se llenaba de un público fiel, enfervorecido, que aplaudía a rabiar las actuaciones de sus ídolos, como cuenta Cirilo en un tono solemne, emocionado.

—Por entonces —me dice—, las ferias del pueblo eran exagerás, bastante más divertías que las de hoy. Ahora quedamos en el pueblo cuatro gatos, pero entonces venían por la feria a actuar al pueblo las primeras figuras de la canción española. Yo te puedo contar que pasaron entonces por nuestro pueblo gente tan importante como, por ejemplo: Antonio Molina, Rafael Farina, la niña la Puebla, Adelfa Soto, Perlita de Huelva, la niña Antequera, Manolo Escobar, y otros cantaores, porque sólo faltaron, que yo me acuerde en este momento, Dolores Abril y Juanito Valderrama. Los demás, las primera figuras, pasaron toas. Entonces las minas daban mucha vida al pueblo, y hasta que se cerraron las de las Morras no empezó la gente a marcharse de sus casas. Hoy, como te he dicho, quedamos en el pueblo cuatro gatos. Yo, sin ir más lejos, tengo a mis hijos fuera de aquí, que mi mayor, Felipe, está en Madrid, y mi hijo chico, Santiago, vive en Valencia. Las minas le daban al pueblo mucha alegría. Al cerrarse las minas el pueblo se vino abajo.

Nuevamente las minas como símbolo de sombra, de riqueza perdida, de vidas derrumbadas. La economía esencial de Villanueva

por entonces giraba en torno al mundo minero. María Josefa, la esposa de Cirilo, me dice que las mujeres del Soldado —el poblado minero que había próximo a las Morras— se acercaban al pueblo «a dejarse los dineros que habían ganao sus maríos en comida y en ropa». También cuenta que se acercaban algunas a comprar a su casa productos de la tierra:

—A mi casa venían muchas mujeres del Soldao pa comprar el avío y se llevaban muchas cosas; lo que más nos compraban eran lentejas y garbanzos, pero también nos solían comprar otras cosas, sobre to aceitunas aliñás. Les gustaban mucho, y me acuerdo que había una mujer que nos decía que no le echáramos nunca en el bote ajos, porque el ajo ocupaba el sitio de las aceitunas y ella no quería verlos ni en pintura. Mis hermanas y yo les dábamos gusto, por supuesto, porque eran toas ellas unas buenísimas clientas. Y quieras que no, las compras suyas venían bien y ayudaban a la economía familiar.

Mi padre decía que en el poblado de El Soldado había un largo paseo escoltado de plátanos silvestres por el que las parejas solían pasear a la hora del atardecer de los días festivos. Era dicho lugar un sitio muy atractivo, de aroma romántico, que, en los años de posguerra, todavía conservaba el aura de otros días, pero que, poco a poco, fue agostándose, hasta que, finalmente, los árboles se secaron y el lugar adquirió un aspecto tenebroso. Cuando yo era un chiquillo, hace cuatro o cinco décadas, en El Soldado aún quedaba algo de vida: cuatro o cinco familias que habitaban en el paraje. Después, sin embargo, esa gente se marchó y la zona quedó absolutamente despoblada. Hoy día son pocos los que cruzan por allí, entre las casas caídas y el silencio de las retamas, los tilos y los zarzales. A veces, da miedo adentrarse en el poblado y llegar de puntillas, bajo el bosque de eucaliptos, hasta la estación donde el tiempo sigue intacto, varado en el mismo día que la cruzó el último tren de camino a Pueblonuevo.

¿A dónde llevaron el alma de esos trenes? ¿En qué cementerio enterraron sus silbidos? Nada queda de entonces, de los novios que subían desde el pequeño andén de la estación en el tren que les acercaría a Pozoblanco donde se harían el retrato de su boda. Los novios de entonces... Cuánta melancolía desgrana Cirilo evocando aquellos años. Él habla de María Josefa con ternura, y ella, a su vez, recuerda con nitidez el día lejanísimo en que ambos se conocieron. Se le llena la voz de tímidos crepúsculos y el amor, como un tiritar de regaliz, le humedece los ojos debajo de las gafas.

—El día primerito que mi marío se me acercó, no me pilló de

sorpresa, ni mucho menos. Yo ya estaba avisá de que él andaba pretendiéndome, pues me lo había advertío la María del Saure. Así que una noche que iba al rosario de la iglesia, porque en mi casa hemos sío tos mu cristianos, al cruzar, como de costumbre, las Cuatro Esquinas, yo sentí detrás mía un charabasqueo. Pero no le hice caso al asunto y seguí palante. Yo estaba casi segura de que era él el que me venía siguiendo mu cerquita. Y, al llegar a la iglesia, y meterme pa dentro ya noté que él también entraba despacio detrás mía, pero tampoco le hablé ni dije na. Luego, me acuerdo que, al rato, dijo el cura que íbamos a salir en la procesión con el Santísimo pa llevarle la comunión a algunos enfermos. A esa procesión le llamábamos su Majestad, y salía toa la gente con un cirio en la mano de la iglesia, y to el mundo que se iba encontrando por la calle debía arrodillarse ante la imagen del Señor. Había mucho respeto y toas las personas así lo hacían. La procesión, poco a poco, seguía su rumbo hasta que llegaba a la casa del enfermo y el cura pasaba a darle la comunión. Aquella era una tradición bastante bonita que ha terminao perdiéndose en el pueblo como también otras muchas tradiciones, porque hoy a la juventud no le interesan. Sin embargo, la gente de entonces era distinta y respetaba mucho las costumbres. Pero me he ido a otro asunto, yo estaba hablándote de esa noche porque me siguió Cirilo en la procesión, sin decirme ni pío, hasta que otra vez volvimos y entramos a la iglesia los dos por separao. Me acuerdo mu bien de que esa fue la vez primera que mi marío se acercó hasta mí, pero no se atrevió a decirme na. Entonces las cosas de novios eran mu serias, y no tenían na que ver con lo de hoy.

Me cuenta María Josefa, en un tono tierno, cómo llegó su novio a pedir la entrada una noche en que el padre de ella había vuelto del campo, de la casa que entonces tenía en el Cuartanero, con un calderillo en la mano lleno de huevos:

—A Cirilo me acuerdo que le dio mucha vergüenza, pero se las apañó, le echó valor y, al final, le dijo a mi padre a lo que iba, que quería salir conmigo y que iba en serio, porque tenía intención de que nos casáramos.

Añade Cirilo también, por otro lado, que las relaciones de novios en aquel tiempo no tenían nada que ver con las de ahora:

—Aquello —comenta— no era vida ni quien lo crió, porque apenas se oscurecía por las calles, antes de que se encendieran las esquinas, si uno estaba al lao de su novia por el paseo ésta enseguía se asustaba, tomaba miedo, y empezaba a decir que ya era hora de irse a casa, porque si no su padre iba a enfadarse y, a otro día, no la iba a

dejar dar una vuelta. Aquello sí que era respeto y no lo de ahora, que hoy cualquier mocosa sale a las once de la noche y vuelve a su casa a las tantas de la madrugá. Eso por entonces no podía ni imaginarse, pero hoy, sin embargo, lo vemos mu corriente. Y a mí me parece que ni tanto ni tan calvo; pues yo no veo bien lo uno ni lo otro. Yo pienso que toas las cosas no hay que exagerarlas y siempre debemos buscar el punto medio. Pero eso la gente joven hoy no lo entiende.

Y María Josefa insiste rematando:

—Las niñas de hoy tenían que haber vivío aquel tiempo. Los padres de entonces no se andaban con chiquitas. Mi padre era serio y yo le tenía un respeto grande; lo mismo que mis hermanas, más grandes que yo, mi Francisca y mi Bibiana. Él nos solía decir a las tres hermanas que no se nos ocurriese acudir al baile. Lo que más le gustaba era que fuésemos a la iglesia a escuchar la misa o a la hora del rosario, pero el asunto del baile no le hacía gracia. Y nosotras, al final, teníamos que obedecerlo, porque no nos quedaba otra. Así era la vida.

lección de gastronomía

Así era la vida, dulce y áspera a la vez; como puede serlo ahora mismo en el mundo rural: todo lo que hemos perdido por un lado (respeto, ternura, amor a las raíces) lo hemos ganado por otro en comodidad, en más libertad, o en avances tecnológicos que nos hacen la vida más fácil y llevadera. Esto último tiene, no obstante, sus defectos y es que, junto a estos avances de orden técnico han llegado absurdas costumbres de los yanquis (los verdaderos amos del planeta) que nos afectan en cuestiones tan distintas como, por ejemplo, la música, la moda, y, más que nadie, en la gastronomía. Hoy los jóvenes sobre todo, y algunos mayores, toman comida basura diariamente (pizzas, hamburguesas, grasienta bollería..) olvidando las viejas recetas de la abuela basadas en platos jugosos y suculentos como, por ejemplo, el rin–ran, las cachorreñas, el ajopapa o la sopa de picadillo, además de una variadísima repostería que, en la actualidad, se empieza a comercializar gracias a varias empresas de la zona que se han especializado en la elaboración de los dulces más ricos y típicos de la comarca: borrachuelos, rosquillas, hojuelas o pestiños.

Por otro lado, el peso de la gastronomía que durante décadas singularizo esta zona estaba basada en los productos del cerdo ibérico. María Josefa, la esposa de Cirilo, dice que en cualquier casa de Villanueva no faltaban jamás los productos del cochino: morcilla, chorizo, jamón, lomo de orza... Hoy recuerda aquellos sabores y habla de entonces como si saboreara el tiempo ido y se les quedaran prendidas entre sus dientes unas débiles briznas de morcilla aderezada con el sagrado perfume del orégano y el tocino del cerdo mezclado con la calabaza.

—La comida de antes era más sana que la de hoy —me dice con una jugosa rotundidad, como si necesitara certificar una realidad que, hoy por hoy, nadie cuestiona, salvo aquellos y aquellas que no vivieron aquella edad y han sido captados por los reclamos publicitarios de las grandes cadenas de comida norteamericana—. Entonces no se conocían las porquerías que hoy compramos en la tienda y luego nos comemos. Yo hasta hace mu poco no había visto nunca una hamburguesa. Lo que se comía a diario en nuestra casa era, por la mañana, unas migas y torreznos, y después, por el mediodía, lentejas o garbanzos, y ya por la noche cualquier cosilla de la matanza o una sopa de ajo, que estaba mu rica y sabía a gloria. De toas las maneras lo que se comía con más frecuencia era cualquier cosilla de la matanza, bien fuera chorizo, morcilla, salchichón, y sobre to los torreznos, que estaban riquísimos.

—¿Y de postre, María Josefa, qué comíais?

—le pregunto intuyendo lo que ella va a responderme—. ¿Solíais comer frutas como los kiwis o los mangos, u otras por el estilo de las que hoy se venden en los supermercados o tiendas de comestibles?

—Eso no se conocía en aquellos años; además tampoco había entonces tanto dinero. El postre de antes era a base de frutas del tiempo, y bien comías uvas, peras, ciruelas, sandías, lo que fuese, pero que estaban dentro de su época. Durante los meses del frío no había frutas y por eso, durante ese tiempo, no las catabas. Tenías que esperarte a los días del verano. Tampoco se conocían esas pamplinas que hoy están tan de moda, los yogures y los petusís. Lo que sí me acuerdo es que en mi casa por lo menos, por aquellos años, hacíamos mucho pan de higo, y hoy, no sé por qué, no lo come casi nadie. Pero te puedo decir que estaba buenísimo. Lo primero que hacíamos era secar los higos en su tiempo; cuando ya estaban secos, cocíamos las plantas y las hierbas del campo, el hinojo, el tomillo, con cáscaras de naranja, que le daban al pan de higo un sabor riquísimo. Cogíamos también a los higos ya bien sequitos y los triturábamos con la máquina de la matanza. Luego se colaban los aliños del cocitorio y se amasaban bien con los higos molíos, hasta que se convertía to en una pasta. Entonces, hacíamos tortas con la masa ayudándonos con los moldes de los quesos. Y salía un pan de higo que era pa rechupetearse. A mi casa venían las mujeres del Soldao y te pagaban por él lo que pidieras, porque le gustaba muchísimo a esas familias. Y, como te he dicho antes, también se llevaban garrafas de aceite, aceitunas, garbanzos, y otras cosillas, to lo que les gustara de nuestra cosecha. Así, de ese modo, sacábamos un dinerillo. Esas ventas ayudaban siempre en la economía.

Todo esto que narra María Josefa en tono alegre ocurrió en unos años durísimos de posguerra. Sin embargo, aún más duro fue el conocido «año del hambre», aunque en realidad no fue uno, sino dos: veinticuatro meses de hambruna y escasez que, según me cuenta Cirilo apesadumbrado, resultaron calamitosos para el pueblo, Villanueva del Duque, muy castigado por la guerra.

—Yo viví —me dice— aquellos dos años por desgracia, y te puedo decir que me pongo malo de acordarme, porque no he visto otra cosa en mucho tiempo que fuera tan dura y tan mala como aquella. To esto pasó entre el 44 y el 45, y la culpa la tuvo que los dos años fueron mu secos. No llovío naíta y ni siquiera se pudo sembrar. A las bestias, las pobres, se les hinchaban las barrigas y morían muertecitas de hambre. No quiero acordarme. Yo era ya un chavalote y me acuerdo de mi

padre y de lo triste que estaba el pobrecillo por no haber podío sembrar cebá ni lentejas, ni ninguna otra cosa, porque la tierra estaba seca. Sin embargo, pudimos salir de aquel infierno y, fijaté bien al final lo que son las cosas, al año siguiente, 1946, se hartó el campo de agua, llovió muchísimo en toas partes. Me acuerdo que la cosecha fue exagerá, y ya ves tú si aquel año sería bueno que sembrabas las habas, las cortabas, y volvían a salir, de segunda vez, con muchísima más fuerza. Fue un año, gracias a Dios, bueno pa el campo. Y éste si sigue así, llueve que te llueve, va a traer también una cosecha de las grandes. Pero, al fin y al cabo, hoy la cosa ya no es como antes, hoy no podría venir ningún año del hambre, porque hoy se produce en España una gran riqueza y, gracias a Dios, está bien la economía; si no, acuérdate de lo que pasó hace algunos años, que vinieron unos cuantos seguíos de mucha sequía. Hoy, gracias a Dios, otro año del hambre es mu difícil, porque hoy sobra de to y vivimos cien veces mejor que antes vivíamos. Entonces sobrevivimos de puro milagro, pero algunos cayeron y se fueron al otro mundo. Dios los tenga en su gloria, es verdad, a los pobrecillos.

Mientras habla Cirilo van durmiéndose en su voz ecos, nombres y huellas de labriegos que no están desde hace ya tiempo entre nosotros. Él recuerda las dificultades, la pobreza, la escasez de ayudas y subvenciones al mundo agrario, cuando hace unas décadas pagaba de contribución tanto o más que hoy paga, y entonces la vida era menos cara, pero al agricultor se le hacía cuesta arriba.

—Hoy el agricultor vive mejor que nunca, porque no arriesga tanto como entonces se arriesgaba —dice en un tono firme, convincente—. Hoy cualquiera siembra con las subvenciones que se dan, y, a veces, no se recoge lo sembrao porque te cubre la espalda la subvención. Hace treinta o cuarenta años no era así. Entonces, si te descuidabas algunas veces, te acababa comiendo la contribución, que se solía llevar casi media paga. Hoy eso no llega a darse, gracias a Dios. Ser labraor entonces era mucho más duro y se pasaban más calamidades.

la mujer segadora

Su esposa, después de asentir con la cabeza, me dice que sí, que su marido tiene razón, y que, gracias a Dios, hoy el campo es más rentable y se saca de él más dinero que hace décadas. La vida del labrador de los Pedroches (una tierra muy pobre, oscura y marginada) en los años cuarenta llegaba a ser durísima. La mujer de Cirilo lo sabe de primera mano, pues llegó a trabajar en las tareas agrícolas esenciales (arar, sembrar, segar, aventar, recoger) que su padre solía encomendar a ella y sus hermanas; porque en casa de María Josefa, salvo su padre, no había ningún hombre y ellas tenían el sagrado deber de atender las tierras heredadas de sus ancestros. Así se entendía la vida en aquellos años, aunque hoy nos choque y resulte extravagante.

—Yo te puedo contar lo que era segar con una hoz, en la mitad de la siesta, sudando a chorros —dice la mujer de Cirilo conmovida, y noto en su voz un dolor agrio de siglos, una luz muy oscura que procede de aquel tiempo donde el machismo todo lo enturbiaba—. Como en mi casa éramos tres hermanas, teníamos que segar y hacer los trabajos de los hombres, como trillar, aventar, o sembrar los cercaos. Aquello era duro, durísimo de verdad, y eso que a mí, como era la más chica, mi padre me tenía puesta en el colegio, porque le ilusionaba que algún día acabara metiéndome a monja, era su ilusión, y por eso me consideraba un poquillo más que a mis dos hermanas, que eran las mayores. Así que los días entre semana no iba a segar, y se iban solitas mi Bibiana y mi Francisca; pero, al llegar el sábado, no me escapaba, y me pasaba lo mismo con el domingo. Lo primero que hacíamos ese día, mis hermanas y yo, era ir a misa temprana y a continuación, apenas salíamos de misa, nos cambiábamos y salíamos las tres caminando pa las Morras, y al llegar al corte segábamos como negras. Yo no sé ni siquiera como pudimos resistirlo. El sol nos quemaba los brazos y toa la piel. Pero nos lo tomábamos con paciencia y, en más de un momento, también con alegría. Era nuestro deber, y, por eso, obedecíamos. No quedaba otra. Había que conformarse.

Cirilo apostilla lo que dice su mujer expresando la luz de aquellos días calurosos ceñidos a la eterna fatiga de la siega y al temblor de las yuntas tirando de los carros cargados de haces de cebada y trigo. Dibuja el calor, la brisa de las eras ya al atardecer, a la hora de aventar. Luego cambia de pronto el tema de la conversación y de la canícula vuela hacia la escarcha. Donde antes había sol pone lluvia áspera, donde trigo segado, ahora pone olivos. Oyendo a Cirilo uno

queda hipnotizado por su verborrea fácil y su gracejo.

—Lo más duro del campo —dice— no era el sol, cuando uno tenía que acercarse pa la era con idea de aventar apenas se moviera el aire. No, lo más duro no era el calor. Pa mí lo más duro llegaba en la aceituna, cuando tenías que irte pa la sierra y veías los caminos empapaítos de agua. Te hablo de hace por lo menos medio siglo. El pueblo en diciembre se quedaba sin un alma. Los carros cargaos de gente y suministro salían pa la sierra y allí pasábamos una temporá, hasta que recogíamos las aceitunas. Y no te creas tú que era entonces como ahora; ni muchísimo menos, porque antes no había coches y, como solía llover tanto en los inviernos, los carros había veces que se atollaban en los caminos empapaítos de agua hasta las uñas. Luego, una vez allí, al llegar a la sierra, limpiabas la casa un poquillo y a descansar, que del pueblo hasta allí se echaban más de tres horas. Y había quien tenía casilla, pero otros no, y, pa dormir y quedarse allí en la sierra, mientras duraba el tiempo de la aceituna, tenías que buscar la casilla de algún vecino, porque hacía mucho frío y no podías dormir al raso. Aquello era duro; cuando volvías a la casilla, con el cuerpo molío, hartito de trabajar, tenías que coger y alumbrarte con un candil, y, una vez que cenabas, tenías que dormir dentro del pajar, en una jarda de paja, al lao las bestias. Y, después, tempranito otra vez volvías al tajo. Así muchos días, hasta que la aceituna se acababa. No era ni mucho menos como es hoy, que la gente va y viene a la sierra tos los días. Además, las casillas de hoy no están como antes, que antes los cortijillos estában mu mal acondicionaos y uno iba a la sierra sólo a pasar calamidades y muchísimas penas. Eso es lo que había.

La casa parece enclaustrada en un adiós que no termina de abrirse paso en mi alma: es el adiós boreal de un tiempo agrícola al que la melancolía sumió en olvidos que no pueden ser violados por la ausencia. Hoy no se ve ningún carro en estas calles; uno de los últimos vivos fue el de Palomo, un carro sencillo con ruedas de madera y un ubio oxidado por el beso de la lluvia sobre el que jugaban los niños de mi barrio y, en los atardeceres del verano, se solían sentar algunos de los vecinos, entre ellos mi padre, para charlar y pegar la hebra comentando anécdotas y vivencias de otros tiempos. Ese era el ambiente del barrio donde hoy vivo; ubicado en la calle Mora Figueroa, a un tiro de piedra del Ayuntamiento. Allí, junto al carro modesto de Palomo, en las noches purísimas, blancas, del verano, los vecinos tejían tertulias luminosas. Luego, se fueron muriendo poco a poco, uno tras de otro, entre ellos mi propio padre, y el que no terminó sus días en la localidad, se fue con su hijo y sus nietos a Barcelona. El barrio se quedó solo, en su orfandad de carros agrícolas vencidos por el viento, como ahora se quedan solos frente a mí, Cirilo

y María Josefa, derramados como espigas de trigo o cebada en un arcón donde se amontonan todos sus recuerdos. El matrimonio tiene a sus hijos fuera, lejos de su casa, y día tras día los añoran.

—Aquí estamos mu solos —dice Cirilo en un susurro—, pero ¿y dónde podemos ir nosotros dos que estemos más tranquilitos que en nuestra casa? Ya somos mayores; la vida se pasa en cuatro días. Mi Felipe, en Madrid, mi Santiago está en Valencia; ellos tienen ya hecho un futuro. Eso es ley de vida, y yo no me hago a pasar muchos días con ellos. Me canso enseguía. A mí me gusta vivir en el pueblo. Muchas veces me acuerdo, es verdad, de cuando joven, de la noche que vi a Marifé en la feria Hinojosa. Me parece imposible que haya pasao ya tanto tiempo. Pero me acuerdo de su actuación como el primer día, como la misma noche que allí estuve y la reina de la canción cantó toas sus coplas, que me las sé de memoria, te lo juro, y si tú quieres ahora mismo te las nombro. ¿Quieres que te repita to el repertorio?

Le digo que sí, que sí a él le apetece referirlo, a mí no me importa escuchar el repertorio, aunque no sea la vez primera que lo oigo. Y Cirilo se lanza, se pone nervioso, carraspea, mira a su mujer, sonríe, luego tose, se remueve en la silla de enea, y, al fin, desgrana la letanía que él escuchó hace tiempo, más de medio siglo, en un teatro de Hinojosa extasiado ante su cantaora predilecta.

—Recuerdo perfectamente el repertorio —declara orgulloso por haber vencido al tiempo con un puñado de títulos románticos— y te voy a decir toas las canciones una tras otra y, además, te diré toas las palabras del presentador, que no me he olvidao ni una sola. Vamos allá, a ver cómo sale: «Vean, escuchen y admiren a la genial figura de la cansión, Marifé de Triana, en su gran espectáculo La Emperaora, con Clavel y Amargura, Torre de arena, Balance de mi querer, España mía, Bulerías de digo, digo, Yo no sé querer, Es mi cante una bandera, Cantiña del algarrobo y Antonio el Romance». Eh, ¿qué te ha parecío? ¡Ahí queda eso, moreno! ¡Esas eran toas las cansiones del repertorio que hizo Marifé en la feria de Hinojosa, en el año 1951!

Se apaga la noche, como una radio con interferencias que la lluvia arrincona en un lugar donde no hay nadie y no existe nada que no sea ya el silencio. Ahora mismo, al salir de la casa del labrador, llueve con una lentísima tristura que me traslada a los días de mi niñez. Cirilo se asoma al postigo y me dice adiós y es como si en su voz tan cristalina, en un instante habitada por el agua, navegaran sombras, velas parpadeando, caminos abandonados entre zarzales, crujidos de carros volviendo de la sierra, jáquimas y candiles

soñolientos, chavales con ojos velados por el frío y con el crepúsculo hundido entre las sienes. Miro ahora sin prisa, un instante, hacia la izquierda y veo conmovido la entrada a la Peñalá, la estrecha calleja donde mi primo Bernardino, hace cuarenta años, tenía su hogar: una casa pequeña, humilde, tan sutil como un portal de Belén de cal y musgo arrinconado en los brazos de diciembre. Y unos treinta o cuarenta metros más allá de la Peñalá, a mitad de la calle Toledo, permanecen las casas antiguas donde antaño, en aquellos años violáceos de escasez, recién cerradas las minas de las Morras, vivieron los Remañoños, los Canijos, los Peles, y otros muchachos de mi tiempo que emigraron cuando el pueblo entró en declive buscando cobijo en Madrid o en Barcelona.

¡Cuánta soledad y cuánto silencio hay en la calle! Al cruzar junto a la plazoleta del Verdinal, veo el resplandor amarillo del bar de Antonio reflejándose débil en las paredes abandonadas. El pozo del Verdinal dormita envuelto por la lluvia paciente que está cayendo en este barrio tan huérfano ahora de bestias y de niños. Cierro los ojos con fuerza y me detengo en mitad de la calle, intentando rescatar el vapor de los años antiguos, las carreras y las voces de niños que, antaño, fueron mis amigos y el turbión de los años los llevó a ciudades muertas.

Abro los ojos, vuelvo a caminar, y una silueta oscura a mis espaldas me llama y me dice, nerviosa, que me acerque: «¿No necesitas fotos pa mi historia?», vuela una pregunta hilvanada por las nubes. Entre el plomizo siseo de la lluvia, adivino la voz, la celeste humanidad del labrador de la Melancolía. Entonces, me vuelvo y me acerco hasta la acera. Y, al mirar hacia la Peñalá, enseguida observo que viene hacia mí Cirilo Arévalo Salado, como un vago dibujo cercado por el viento que difumina la noche abandonada dentro y fuera de mí, amorosa, cristalina, envuelta en la lluvia que ahora moja un universo pequeño y rural del ya no queda nada.

Capítulo VI

EL SENDERO DE LAS LAVANDERAS

la luz de la zarza

Detrás de la lluvia y el viento lúgubre de invierno, existe un camino bañado por la luz donde el cielo no pasa y permanece aletargado como un lagarto ocelado entre las piedras y las paredes viejas de granito que chorrean humedad y olores de otros años. A uno y a otro lado, se multiplican las señales de un mundo agrario lejano e insepulto: aventadoras mordidas por el óxido, arados de herrumbre, cosechadoras de madera donde crecen los hongos, arados sin dientes y trillos pútridos, decoran la tierra del silencio y el olvido, exaltando los tonos ocres, azafranados sobre el color sereno de la hierba. En lo hondo, donde el camino se deshace como un terrón de harina en el crepúsculo, se elevan los chopos desnudos de la Bozuela, acentuando aún más la herida del invierno.

Hay rincones campestres donde no entra la amargura. Hoy, esta tarde gélida de marzo, vuelvo a pisar el sendero de las Lavanderas y llego a las inmediaciones de la Zarza para mostrarle el paisaje a un viejo amigo, Saturnino Muñoz, un hombre puro y machadiano, como yo enamorado del paisaje de esta tierra aromada de chopos, pájaros y encinas, cruzada por una hermosa luz agrícola que se posa sobre las paredes en esta hora como un milagro tierno e indescriptible. La tierra está en calma, suspensa en un silencio que todo lo cubre con su claridad angélica. Paradójicamente, las pilas antiguas de granito —donde antaño las lavanderas hacían sus coladas— hoy se encuentran cercadas por las zarzas y las ortigas. Todo está caído; la fuente se encuentra bien cerrada por un encofrado absurdo de hormigón y el arroyo, que en aquel tiempo corría limpio, hoy baja muy sucio, oscuro y contaminado por las aguas malsanas de las alcantarillas. Y, aún así, permanece en el campo esa alegría que uno puede encontrar en minúsculos detalles: el triguero encendido de amor sobre una higuera, las ovejas pastando a sólo unos metros del tejar donde, en otro tiempo, se horneaban los ladrillos, los cerdos ibéricos corriendo en un trote perezoso junto a un gran edificio con techo de uralita...

Los pequeños detalles campestres de la Zarza mantienen el halo de una edad antigua. En este momento, en las paredes del camino, cerca ya de los lavaderos comunales, observo junto a Saturnino las capucheras donde, en otro tiempo, habitaban los lagartos. También, contemplamos los huertos que, otras veces, aliviaron la economía familiar de varios hogares del pueblo con cosechas exageradas de frutas y hortalizas. Hoy muchísimos de ellos se encuentran abandonados y cubiertos de malvas, ortigas y cenizos. Por el camino, a un paso de nosotros, pasan dos pastores persiguiendo a varias ovejas

que, hace apenas un minuto, se han escapado del redil y tratan de recoger infructuosamente, pues los animales huyen en estampida.

Las ovejas se pierden por el camino polvoriento y nosotros nos encaminamos de vuelta a casa. Cruzamos junto a los morales de Bibillo y la luz de la tarde, enredada entre sus ramas, es un gusano alargado de azafrán que muerde el paisaje y lo va tornando umbrío. A la entrada del pueblo, junto a la cruz de la Dehesa, conversan unos viejos al socaire de la pared: tienen la misma expresión de los que, antaño, estuvieron sentados en el sitio que están ellos. Todo sigue lo mismo en este íntimo paisaje que mantiene en formol los recuerdos más azules. Sólo falta el donoso pasar por el camino de las lavanderas cargadas con sus cestos y las paneras flotando en sus cabezas para hacerme sentir que toco aquellos días.

A la puerta de casa, Saturnino se despide con un abrazo serio, fraternal. Me dice que va a regalarme alguna foto de las que esta tarde ha hecho en el lugar donde lavaban antaño las mujeres. También me promete que regresará otro día para acercarse conmigo a la Bozuela, arboleda encendida de collalbas y oropéndolas, tanto en otoño como en primavera. Algún día me acercaré con Saturnino para que fotografíe dicho sitio. Ahora me adentró en mi casa, algo cansado y, al mismo tiempo, feliz. Lo reconozco. Sopla el viento a mis espaldas, y una luz tenue, purpúrea, apaga los campos y agoniza en la dehesa, difuminando veredas y caminos.

la luz de la encrucijada

Once horas después, la luz regresa envuelta en brumas y asoma en los campos como una tímida campánula tiñendo de un oro cansado el horizonte, donde se ayuntan los montes de Almadén y las sierras feroces de Peñalsordo y Zarza Capilla. En ese horizonte, allá en la lejanía, donde confluyen y se besan tres regiones (Castilla la Mancha, Andalucía y Extremadura) la levísima bruma se hace gasa de cristal y todo se transparenta a través de ella. Cuando yo era pequeño y miraba lo lejano creía firmemente que cada provincia era de un color, e imaginaba las tierras de Badajoz de color naranja y las de Ciudad Real en un tono malva, tal como venían en el mapa del colegio. Pero un día crucé la frontera del río Zújar, subido en el SEAT Seiscientos de mi padre, y me llevé una sorpresa formidable cuando vi que la tierra extremeña, al salir de Córdoba, mantenía el mismo color que el del paisaje que un segundo antes dejaba a mis espaldas. Aquel viaje me hizo comprender que la tierra es la misma y no tiene fronteras, a pesar de que el hombre intente fraccionarla y dividirla en porciones caprichosas, separando las razas, los dioses y las creencias.

De momento, en esta mañana soleada, el azul de los montes me hace creer en la humanidad y en la unión de las razas. Viajo en el coche lentamente y el aire purísimo, limpio, huele a Dios. Detrás de mi asiento, va sentada una mujer, Francisca Sánchez–Tirado Toledano, que conoce muy bien el olor de lo sencillo y la luz de la ropa tendida en el «verdeo» sobre las piedras dóciles de mayo. Ella es natural de Chillón, un pueblo minero situado a escasos kilómetros de Almadén, derramado en un monte suave, acogedor, escoltado de sierras y roquedos de caliza. Antaño, en las cercanías de su pueblo, conoció cuando joven, como otras chicas de su edad y mujeres mayores, el afán de lavar ropa al pie de las fuentes, en los lavaderos comunales. En alguna ocasión ha hablado conmigo de ese asunto y, hoy, volveremos a hacerlo. De momento, viajamos en el coche, camino del Viñón y, a lo lejos, la sierra es un lavadero comunal donde los pájaros mojan su aleteo. Francisca evoca su infancia y su voz limpia se anuda al viento que labra la espesura y en el coche penetra por una de las ventanillas que mi hija pequeña ha abierto hace un instante.

—Me recuerda este campo a las sierras de Chillón

—relata Francisca, lejos de su pueblo—, aunque a mí me parece que en esta tierra hay más encinas.

Chillón, pueblo en el que nació hace siete décadas, queda prácticamente al pie de los Pedroches, a un tiro de piedra de Santa Eufemia, un núcleo urbano situado a pocos kilómetros de la linde que separa a Castilla—la Mancha de Andalucía. Hace ya muchos años, Chillón, pese a pertenecer por su situación geográfica a Ciudad Real, estuvo hermanado a la provincia de Córdoba. Hay algunos legajos antiguos que así lo atestiguan. Pero eso es historia lejana; en el presente, Chillón es un bello pueblo de la Mancha, aunque mantenga costumbres similares a las de cualquier municipio de esta zona. Su gastronomía, con levísimas variaciones, se asemeja, sin ir más lejos, a la de mi pueblo. En ambos lugares, durante los años de posguerra, la gente vivió de un modo similar. Durante el conflicto civil, por cuestiones políticas, tras haber huido de casa con lo puesto, más de cuatro familias humildes de mi pueblo fueron acogidas en hogares de Chillón, dándoles un buen cobijo, casa y pan, hasta después de la trágica contienda.

Hablo con Francisca Sánchez–Tirado de la cuestión y ella, que era una niña por entonces, evoca ese tiempo tan duro y miserable —sobre todo para las familias más humildes— en un tono cordial que quita hierro, de algún modo, a la densa penumbra social de aquellos días.

—Yo nací en Chillón, unos años antes de la guerra, en el año 1931 —relata despacio, auscultando su memoria y extrayendo un fulgor diamantino a sus recuerdos—. Soy la mayor de una familia de ocho hermanos. De mi infancia te puedo decir que fue bonita, porque gracias a Dios en mi casa, aunque fuéramos pobres, no nos faltó casi nunca pa comer y teníamos siempre de lo que daba el tiempo, así que jamás nos faltó pa el gasto. Yo me quiero acordar que, entonces, teníamos unas gallinas, y no nos faltaban huevos o un poco de carne, y teníamos también unas cuantas cabras que daban leche, con la que hacíamos después muy buenos quesos. Así que, por ese lao, no podíamos quejarnos, que otros pobrecillos estaban muchísimo peor. Pero lo malo llegó cuando la guerra. A mi padre se lo llevaron un día pa el frente y dejó antes guardaos en la cámara sacos de harina... Me acuerdo muy bien, que ya avanzá la noche, mi madre y mi abuela Sinforosa se juntaban y, con mucho sigilo, hacían un pan grandecete, lo echaban en una sartén que no tenía rabo, y, cuando ya recogían la candela, le ponían encima unas ascuas y así lo dejaban pa que se fuera haciendo durante la noche. Luego, por la mañana, al levantarnos, encontrábamos el pan crujiente y en su punto; y nos lo teníamos que comer dentro de casa pa que nadie nos viese, pues si no te espapilabas te lo quitaban apenas lo veían. Y, con ti con eso, teniendo aquel cuidado, una vez hubo alguien, no sé quién, que se chivó y vinieron a requisarnos las sacas de harina, que, según yo me acuerdo, se las llevaron casi toas y, al final, quizá nos dejaran sólo una.

—¿Fue dura la guerra, Francisca, allí, en Chillón? —le pregunto en el coche, mientras conduzco hacia la sierra por un caminillo que se abre entre jaguarzos y jaras pringosas que abullona el mediodía.

—Yo me supongo que fue como en tos sitios —me responde serena—. Las guerras no son buenas nunca, ni pa unos ni pa otros. Mi padre dejó en mi casa antes de irse al frente muchísimas cosas y, cuando regresó de nuevo, se llevó la sorpresa de que ya no había ninguna. Yo recuerdo mu bien, aunque hace de esto mucho tiempo, que él tenía una yegua hermosísima preñá, una mula y una potrilla, mu resalá, pero un día llegó un militar con muchos galones y se llevó toas las bestias porque quiso. Eso fue una ocasión, que otra vez vino otro jefe con muchas estrellas acompañao de soldaos la Quinta el Saco, y se quedaron en mi casa tos a dormir; me acuerdo que aquella vez fue de madrugá y que estaba lloviendo muchísimo en la calle cuando aporrearon la puerta pa que abriéramos. Por entonces, nosotros habíamos matao un guarro y habíamos colgao la matanza en la chimenea. De manera que, cuando llegó toa aquella gente, tuvimos temor de que también la requisaran, pero se la enseñamos enseguía a su mando, y éste les dijo mu serio a los soldaos que a nadie se le

ocurriera tocar aquello, y en aquella ocasión si es verdad que lo respetaron, porque aquel capitán del ejército, o lo que fuese, y tos los soldaos se veía que eran buenos, y no se llevaron na de nuestra casa, lo que nos pareció que era mentira.

Francisca me cuenta otros hechos de la guerra y el aire deja en su voz un dolor frío, como de escarcha mordida por la luna. Mientras tanto, hemos llegado ya a la sierra. La casa de campo en la que estamos es agradable; es propiedad de Manoli y de Juanín, un matrimonio amigo de mi pueblo. A no muchos metros de ésta, en el Viñón, hay un puñado de casas arracimadas en torno a la sombra de un grupo de olmos jóvenes y de media docena de hercúleos eucaliptos. Muchas de estas casas se encuentran derrumbadas, comidas por los hierbajos y las ortigas. Pero en la de Juan y Manoli, recién construida —se edificó hace apenas cinco años—, se respira alegría en esta mañana azul de marzo, aunque mi interlocutora hace un instante se halla puesto triste evocando el tiempo de la guerra. Esa leve tristeza es atenuada, sin embargo, por el jolgorio que Almudena y Juli (las hijas de los anfitriones) han organizado al lado del sendero, saltando como jilgueros danzarines rodeadas por una espesura de lentiscos que gatea desde el camino monte arriba como si fueran sonámbulos soldados en busca de un sitio donde refugiarse. Las risas y los gritos endulzan el aire matinal devorando, al instante, las sombras de la casa ubicada en la verde espesura de la sierra, en un bello enclave desde el que se observa, en lontananza, los lívidos montes de la Mancha y Extremadura: las sierras de Guadalmez y de Peñalsordo.

la huerta de zarcero

Derramado lo mismo que un sueño en la colina, Chillón es un pueblo de aire melancólico; un manojo de calles derechas y empinadas lo surcan de un lado a otro componiendo la forma genuina, cálida y certera, de un corazón dibujado por un ángel. El pueblo, a lo lejos, es una constelación de cuarzo coronada en su centro por la espadaña cenital de una iglesia que, históricamente, fue un castillo y aún desprende de su arquitectura un olor épico.

A Chillón lo rodean, por el sur, varias montañas, mientras por el norte se extiende una llanura que, en la lejanía, a varios kilómetros del pueblo, es mordida por peñascales y montes abruptos de fecunda maleza, jarales y jaguarzos, donde se encuentra la finca el Arrubiel, un enclave bellísimo de connotaciones mágicas. Casi todo el paisaje es quebrado y montaraz, pero, en las inmediaciones de la casas, en las tierras que lindan con la localidad, hay cercados de hierba mullida, huertos plácidos, y un ejido apacible donde, ya hace varias décadas, pastaban decenas de mulos y borriquillos, y, recientemente —hace un lustro o poco más—, se ubicó un hermoso y moderno polideportivo al que acuden los chilloneros diariamente a practicar su deporte preferido. El pueblo, en la última década, se ha transformado; aunque aún permanezca en su actual fisonomía la señal de un pasado minero recentísimo.

Uno ve en los alrededores de Chillón huertos familiares, fuentes, pozos sin brocal, norias derruidas, veneros de agua ocre, albercas cercadas por el olvido y la maleza, en las que, hace unas décadas, lavaban las mujeres y los niños solían bañarse durante la siesta. Las mejores albercas para asuntos de lavar, según dice Francisca, eran las de la huerta de Zarcero, que se hallaba a un par de kilómetros de Chillón, junto al carreterín que va al Peralejo, uno de los enclaves más bellos de la zona. Pero había otros lugares a los que acudían las lavanderas, ya que el término municipal es muy rico en agua y el paisaje es muy húmedo, sobre todo en dirección sur, donde se salpican huertos y manantiales. A más de uno de éstos acudió Francisca de pequeña.

—Yo comencé a lavar mu jovencilla —afirma solemne—. Me acuerdo bien de entonces, de cuando fui a lavar las primeras veces. Como era la más mayor de mis hermanos, me tenía que emplear desde chica en muchas cosas. Era mi obligación; no había otro remedio. Mi madre, la pobre, bastante tenía con tos mis hermanos. Yo solía ir a lavar la ropa, por entonces, con mi tía Bastiana; quizá no tuviera ni

once añillos. Ella me enseñó a restregar bien las remudas, que otras veces eran telas distintas a las de hoy, y casi toas, me acuerdo, eran de liencete. Por entonces, los hombres sudaban muchísimo segando, porque los pobres tenían que hacerlo a mano, y ensuciaban la ropa poniendo negritas las costuras. Había que emplearse en restregar bien las camisas pa que quedaran limpias y espercochás. Entonces no había detergentes ni quien lo vio; pa lavar se usaba sólo jabón de sosa, un cepillo pa restregar, además de las manos, y había que tener cuidao con restregar, pues si te pasabas la ropa se rompía. A mí me enseñó mu bien mi tía Bastiana, que estaba siempre pendiente y encima mía, diciéndome cómo tenía que hacer las cosas. Me acuerdo que, cuando tuve doce añitos, ya empecé a ir solita al lavadero por mi cuenta; a mí, siempre la gente me echaba más edad. Yo no aparentaba los años que tenía.

Por entonces, cualquier lavandera que se iniciaba en esta tarea doméstica a una edad infantil siempre era supervisada por las mayores y, en muchísimos casos, le dejaban el mejor sitio donde poder lavar cómodamente. A los lavaderos acudían mujeres de varias edades. Recuerdo en la hora del atardecer a las lavanderas volviendo de su tarea con las paneras llenas de ropa limpia, y a sus hijas, u otras niñas del barrio, con el calderillo bajo el brazo y un cantarillo flotando sobre sus cabezas. El camino la Zarza era una fiesta en la atardecida, junto a la dehesa, por la que los niños del pueblo correteábamos.

En Chillón solían acercarse las mujeres a llenar los cántaros en la afamada fuente el Barco, donde brotaba un agua suave y fina que era muy utilizada en los pucheros y en las ollas para cocer los garbanzos y las lentejas. Aún sigue brotando el agua, ya verdinegra, de la fuente citada; pero nadie la recoge en aquellos cuencos hermosísimos de arcilla donde el agua sabía al silencio de la luz que bajaba del monte y penetraba en los veneros para transformarse así en milagro líquido que calmaba la sed del cuerpo y del espíritu. Sigue aún más de un cántaro adornando las cocinas de algunas casas antiguas de Chillón, pero ahora lo hacen como objeto decorativo y se encuentran vacíos, muertos, clausurados, con sus almas de arcilla llenas de telarañas. Es el paso brutal del tiempo, la zancada de las horas veloces cubriéndonos la carne. Pero en este momento, en este preciso instante, la voz de Francisca trae el sonido de las norias, el rumor florecido del agua en los chortales, la piel de las ovas flotando en las albercas. El azul de los montes se adhiere a su relato tiñendo su voz de una peculiar nostalgia.

—Como antes te dije —reafirma en su discurso—, al principio iba a lavar junto a mi tía, pero luego empecé a ir a la huerta de Zarcero,

porque allí no tenías que llevarte la panera y eso pa las lavanderas era un adelanto. La huerta tenía una alberca que era grande, y habían preparao en su orilla treinta y dos piedras bastante aparentes donde restregar la ropa. De modo que allí lavar era mucho más cómodo y costaba menos trabajo que en otros sitios, sobre to, como he dicho, por no llevarte la panera y no tener que cargar con ella a casa. Yo me acuerdo mu bien que, cuando llegaban las mujeres, ca una cogía enseguía el lao de su piedra, enjabonaba su ropa, la esponjaba, y se ponía a lavar tranquilamente. El agua de aquella alberca era finísima y también mu limpia, pues estaba entrando y saliendo por un lao y por otro. Pero lo mejor, como te he dicho, era la comodidad de salir de casa y no tener que cargar con la panera; y tampoco necesitabas llevar caldero ya que el agua no había que sacarla de pozo ninguno, porque siempre estaba la alberca rebosandito.

—¿Y cuánto solía tardar en lavar la ropa? —le pregunto a Francisca mientras un golpe de luz, cilantro y vainilla irrumpe en la estancia casi umbrosa, donde el sol pasa de puntillas y en silencio. Es el aire que ha abierto un ventano de par en par y ha despertado las sombras de la casa, impregnándolo todo de una tímida alegría que, al rozar la penumbra, vuela como un cárabo.

—Lo de lavar la ropa tenía miga y llevaba su tiempo —dice la lavandera—. Ten en cuenta que aquello no era llegar y topar; porque el asunto también tenía su gracia. Me acuerdo que utilizábamos tres aguas. La primera servía pa que la ropa se enjabonase. Después, con el agua segunda, cogías la ropa y la restregabas bien dándole un japoteo. Con el agua tercera, lo que hacías era aclararla y ya se quedaba limpita pa tenderla. ¡Ah!, se me había olvidao que a lo primero, después de que se le daba el primer agua, cogías la ropa y la ponías a verdear, que era tenderla al sol, y ¿sabes por qué?, pues porque antes las telas eran de hilo y no de tergal, como suelen ser ahora, y al ponerlas al sol enseguía se blanqueaban. Con las telas de hoy, pasa lo contrario, que si las pones al sol demasiao rato acaban amarilleándose y se estropean. Eso pende en que los tejidos que hoy usamos no tienen nada que ver con los de entonces. Hoy to es mu distinto; lo de antes era más sacrificao. Ahora metes en la lavadora un montón de jerséis y, al momento, los tienes limpios, y salen ya secos, pero antes tenías que tirarte muchas horas, hiciera frío o calor, en los lavaderos.

Escucho a Francisca hablar de ropa limpia y es como si naciera un sol antiguo y llenara de luz y armonía sus palabras. Frente a ella, mi corazón es una pared donde se cuelga la ropa blanqueada. De repente me habitan miles de preguntas. ¿En qué ignoto rincón se habrán podrido los calderos que sacaban el agua para remojar el lienzo y la muselina suave de las sábanas? ¿Junto a qué manantial murieron las paneras? Aquel tiempo no está, pero Francisca, al invocarlo, lo resucita limpio ante mis ojos y me lo entrega dócil, como el trino de un jilguerillo posado en las adelfas. Nuevamente me lleva a la huerta de Zarcero.

—En aquella huerta —me dice complaciente— algunas mañanas acudían tantas mujeres, que tenías que pedir la vez pa coger sitio. Pero lo más normal es que nos juntáramos en torno a unas veinte, y así cogía to el mundo. Nos costaba lavar cincuenta céntimos de entonces, y pa algunas personas aquello era muchísimo. La tierra era de unos ricos de Chillón; y tenían de encargao en la huerta a un abuelete, que, no se me olvida, se llamaba Desiderio. Era un hombre mayor bastante agradable y campechano, y se portaba mu bien con toas nosotras, porque siempre acudía si tenías algún problema.

Hay un tono de fresca y rotunda humanidad, un sencillo rumor de agua reconfortante, en las palabras fluidas de Francisca. Habla como si latiese en su interior una luz desvalida, un lejano amanecer con murmullos de mirlos que sepultó el silencio. Ella zurce recuerdos y estampas de otros días para que los jóvenes conozcan su memoria y atrapen el suave fulgor de lo perdido, las señales profundas de una cultura centenaria modelada en el barro del sacrificio y el esfuerzo. Atraviesa su voz una brisa solidaria que pone el vello de punta, mas conforta; una voz modelada en la fe de las albercas y el corazón cautivo de los chopos. La voz de Francisca es limpia y huele a nieve.

—Lavar era duro —confiesa—; no era fácil, que había algunas mañanas que la alberca estaba helada y tenías que romper el hielo con una piedra, y las manos se te quedaban congelaítas. Y eso que yo lavaba, al fin y al cabo, la ropa de casa, como a la mayoría les ocurría, pero había lavanderas que iban allí un día tras de otro para lavar la ropa de los pudientes, ganando además cuatro perras por su trabajo. Pa aquellas personas la vida era mu negra; solían ser mujeres viudas sin pensión que tenían pa comer lo que sacaban de lavar. Aquellas, las pobrecillas, no descansaban y pasaban los meses, día tras día, en el lavadero. Me acuerdo de un día que una de aquellas lavanderas tanto restregó los calzoncillos de un pudiente que, al final, le terminó haciendo unos agujerillos. Y na más se dio cuenta la pobre del suceso

se puso a llorar como una condenaíta, pero las demás enseguía la consolamos, y también le dijimos que no tenía importancia alguna y que inventara un achaque o lo que fuese. Entonces se le ocurrió, no se me olvida, que le iba a decir al dueño de los calzoncillos que los agujerillos eran mordeduras de langostos, y fíjate tú las cosas, que poco después, a la hora o así de aquello, estando tranquilas, pasó por allí la mujer del de los calzoncillos y no olvidaré que la lavandera empezó a dar voces y a decir que hacía un día malísimo pa lavar porque había aparecío una plaga de langostos que estaban mordiendo las sábanas y toa la ropa. Yo no sé lo que pensaría aquella mujer, la dueña de los calzoncillos, pero nosotras nos partimos de risa con el acuerdo de la otra. Y ya no te sé decir qué pasó después, pero no se me olvida lo de los calzoncillos, y el acuerdo de echarles la culpa a los langostos.

jabón de sosa

La anécdota de los langostos y los calzoncillos abre un espacio breve de silencio. Francisca me dice que desea salir afuera para oxigenar un poco sus recuerdos. Yo también la acompaño. Deseo ya estirar las piernas y respirar la luz que, desde aquí, a través de un ventano, observo escrita en la espesura de jaras y espinos que gatean cerro arriba, buscando los peñascales de la cumbre, donde quedan —dicen— las ruinas de un castillo que en la guerra civil sirvió de fortaleza, o de efímero bunker, a un nido de ametralladoras.

He salido a la puerta y he visto las nubes que se abrían y sacaban tripas azules de su vientre. La casa de campo, abrigada en la espesura, parece la imagen de un cuento troquelado de los que mi madre compraba en mi niñez, cuando viajaba a Córdoba con mi abuela para pasar la consulta de algún médico, y me solía regalar por mi cumpleaños. Las niñas que, hace unos minutos, correteaban como liebres nerviosas delante de la estancia se han acercado al borde del camino y se han puesto a jugar con un baloncillo desinflado. Francisca les aconseja que no se alejen. Las nubes parecen trotar sobre los peñascales y el azul acaba ganándoles la batalla y las va empujando despacio hacia el poniente. El cielo parece lavado por un sol de sangre y limón, un sol desesperanzado que vomita sobre los montes su estulticia. Francisca levanta los ojos y mira al cielo. Le pregunto en qué piensa. Y ella, al instante, me responde:

—Pienso en las fatiguitas de otras veces, en cuando teníamos que ir con las paneras desde la casa al huerto, siendo niñas. ¡Parece mentira el tiempo que ha pasao! Muchas veces me acuerdo de cuando íbamos a lavar, sobre to lo recuerdo ca vez que hago jabón. Porque yo sigo haciéndolo ahora igual que antes, que como el jabón casero no existe otro. Todavía hay muchísima gente que lo hace igual, lo mismito que entonces, con aceite, sosa y agua. Se coge el aceite sucio y se mezcla bien con la medía de sosa correspondiente, después se echa to en el agua de un lebrillo y, al mezclarse to junto, se empieza a mover poquito a poco, sin dejarlo de hacer, hasta que acabe de cuajarse. Luego lo dejas unas horas pa que se endurezca y, al final, vas cortando los trozos según quieras. Y ya tienes jabón pa usarlo en lo que te parezca. A mí, la verdad, me gusta mucho el jabón de sosa porque es un jabón mu higiénico, mu sano, y vale, además, pa usarse en lo que quieras, porque to lo escamocha y lo deja mu relimpio.

En el corral de Francisca, allí, en Chillón, casi nunca falta, es verdad, jabón de sosa; lo tiene guardado en barreños y en lebrillos,

resguardados del frío bajo un techo de uralita. El jabón de sosa es la luz de lo perdido, la clave de un mapa fundido entre la niebla que es abierto, al anochecer, por los labriegos que regresan del campo heridos por la brisa del oscurecer y apaleados por el sueño. El olor del jabón, la lluvia, el barro, el musgo, son símbolos fermentados por el viento que traspasa y se adentra en las casas abandonadas como un cuchillo de nieve silenciosa. Señales de un mundo ya desvanecido pero que en Francisca vive como antes: ella conoce el perfume de lo arcano y el olor del jabón de sosa en los pilones, en los albañales profundos de una edad donde la memoria nunca se desagua. Es una mujer pegada a la tradición que conoce, a la perfección, los entresijos de una cultura perdida, milenaria, con raíces profundas, fundidas en un folclore que lo abarca todo: la música y el baile, la religión cristiana, lo esotérico, la vestimenta y la gastronomía, la medicina de la Naturaleza. Ella es como un habitáculo de amor donde se citan los nombres de otro tiempo: la acedera, el bieldo, el trillo, el escardillo, el costal, la pila, el pozo, y el arrope.

la casa encendida

A veces, parece que el tiempo se deforma, se encoge y se estira, viene y va, no se detiene. La voz de Francisca, ahora mismo, lo moldea, lo esconde, suavísimamente, entre sus labios, en las palabras que dice, en sus silencios. Recuerdo una vez, ya hace años (más de veinte), que estuve con ella en la antigua casa donde fue niña. Sus padres, que son los abuelos de mi mujer, me recibieron lo mismo que a un hijo pródigo, como si les perteneciera desde siempre y hubiera salido de allí, de aquella casa, muchos años atrás, un tiempo insondable y desmedido que ellos guardaban dormido en sus entrañas y en el arcón azul de sus pupilas. Aquellos ancianos me acogieron con amor. Igual que Francisca, eran sencillos, generosos; yo era la vez segunda, o la tercera, que visitaba Chillón —aún estaba soltero—, pero recuerdo muy bien, con nitidez, lo que mi alma sintió en aquella estancia: un sentimiento agradable de pertenencia a aquella familia tierna, hospitalaria, que me entregaba un cariño excepcional, todo lo que materialmente poseía.

Hoy podría jurar que sentí en aquel instante como si ya hubiera estado alguna vez en aquella casa que, antes, desconocía y, no obstante, me resultaba familiar, pues me ataba a su espacio una extraña pertenencia, aun sabiendo que no la había pisado nunca. Me hallaba sumido en una paradoja: todo lo recordaba desde el olvido. Hay lugares que, apenas llegas y entras en ellos, parece que los reconoces y que son tuyos, aunque nunca hubieras estado en ese sitio de una manera sólida y tangible. Eso es lo que yo sentí allí aquel día.

El edificio guardaba, y guarda aún, el aroma lejano de las estancias perfumadas por una indolencia rústica y campestre. Había algo de lobreguez en sus habitaciones, pero, a la vez, también de mansedumbre, y una acogedora paz ultraterrena que a mí, en aquellos momentos, me absorbía. Muchas veces he vuelto a sentir en aquella casa ese halo especial, no sé cómo decirlo: una especie de cosquilleo maravilloso que me hacía tocar el hechizo de otros mundos; sin embargo, en una ocasión sí tuve miedo, pues lo que me ocurrió era tan absurdo que no tenía de entrada explicación y no se atenía a ningún principio lógico. Fue una noche de invierno de hace ya dieciséis años; mi mujer y mi hija mayor —muy pequeña entonces—, habían ido aquel día con Francisca a Ciudad Real y yo había bajado a la casa de los abuelos para estar con ellos y darles compañía.

Mariano y Juliana, así se llamaban los ancianos, eran dos personas muy amables y cariñosas, de una sencillez cálida, exquisita.

Estar a su lado era un verdadero gozo. Esa noche, recuerdo, estuvimos conversando después de la cena y me marché luego a descansar, algo ya cansado, a una habitación sombría que carecía de ventanas al exterior, lo que le daba un cierto aroma lúgubre. Yo me hallaba esa noche bastante impresionado por los muchos relatos que había escuchado a los abuelos mientras estuvimos charlando tras la cena; no sé si ese hecho influiría en lo que ocurrió poco después de haberme ido a la cama, pero puedo jurar que el espanto que viví ocurrió en realidad y no lo imaginé, pues, mientras lo estaba viviendo, hubo un instante en que me pellizqué con tanta fuerza el brazo que sentí un gran dolor y noté que no dormía. Además yo tenía los ojos bien abiertos.

La habitación tenía una luz muy débil, una frágil bombilla de veinticinco vatios que había que encender saliendo de la cama, ya que el interruptor estaba fuera de la estancia. Yo me hallaba sumido en un sueño muy profundo, cuando me despertaron unos murmullos, bisbiseos muy diáfanos dentro de la habitación, y, enseguida, escuché que alguien decía mi nombre. Fue muy desagradable: di un salto de la cama y me quedé sentado unos instantes, ciertamente asustado, en un borde del colchón. Después, pregunté quién andaba allí, pero nada: una bofetada de silencio me golpeó en el rostro y los oídos. Llamé a los abuelos, pero no me respondieron. Apagué la luz y, de nuevo, intenté dormirme. Sin embargo, a los cinco minutos, o cosa así, de nuevo volvió a sonar la extraña voz pronunciando mi nombre en la oscuridad absoluta. Volví a pellizcarme, ahora con más fuerza, y aún sentí más dolor, pero aquella voz terrible volvió a repetir mi nombre varias veces, quizá más de seis. Yo estaba muy asustado; no me importa decirlo: muerto de terror, porque aquella voz no era la de los abuelos —que yo conocía, además, perfectamente—, pues tenía un acento terroso, gutural, como si brotara de dentro de la tierra y saliese al aire a través de un viejo embudo de hojalata oxidada. Era una voz lúgubre.

Me asusté de verdad. La habitación seguía aún a oscuras: yo estaba paralizado en mitad de la cama y no era capaz de acercarme a encender la luz. Me abrigué la cabeza, la hundí bajo la almohada, y recé interiormente para que se evaporase aquella voz que, pocos minutos antes, había escuchado, acompañada de extraños bisbiseos, absolutamente despierto y muy consciente. No sé cuánto tiempo pasó hasta que, ya al fin, conseguí dormirme, porque el tiempo quedó inmóvil, pero se me hicieron eternos los minutos o acaso las horas. Ya no sabría decirlo.

A la mañana siguiente, en el desayuno, les pregunté mosqueado a

los abuelos si uno de ellos me había llamado la noche de antes. Pero ambos dijeron que habían dormido como troncos y habían pasado la noche de un tirón, lo cual aumentó mi intranquilidad. No quise, no obstante, contarle la experiencia con idea de que no me tomaran por chiflado y dijesen que lo que yo creí escuchar había sido fruto de alguna pesadilla. Pero hoy puedo asegurar que no fue un sueño; han pasado dieciséis años y, con frecuencia, sigo preguntándome qué era aquella voz, de dónde venía y quién la pronunciaba. Lo malo es que hoy aún sigo sin respuesta.

Ahora, aquí, en este campo, en el centro del Viñón (el lugar donde estamos hablando de estos temas), mientras que en la casa de Juan y de Manoli empieza a posarse el vapor del mediodía, hablo con Francisca de estos asuntos misteriosos —más de una vez le he contado mi experiencia— y ella dice que cree en la existencia de otros mundos y, también, en que hay vida luego de la muerte. Además me lo dice sin pestañear, en un tono sereno, absolutamente convencida:

—Yo sí creo que hay Dios y, también, que hay otras vidas y que to no se acaba aquí cuando morimos. Además, más vale creerlo que no verlo. Y pa que veas que yo creo en estas cosas, te voy a contar el suceso que viví hace ya muchos años, cuando era una mocinglona. Ca vez que me acuerdo mi piel se pone de gallina. Yo no tendría siquiera trece añillos, y no se me olvida que ese día estaba cosiendo con una amiga en la puerta de la calle. Estábamos ya recogiendo la costura, cuando sentimos a alguien llorar cerca, a unos metros de donde estábamos nosotras. Era como si a la persona que lloraba y chillaba desesperá dentro su casa, se le hubiera muerto allí mismo un familiar o le estuviera ocurriendo una desgracia. Y mi amiga y yo dejamos la costura y echamos a correr pa ver lo que ocurría. La persona que fuese no paraba de llorar y de gritar mu asustá pidiendo ayuda, y pa allá que nos fuimos las dos, mi amiga y yo, pero a sólo unos cuantos pasos de una casa, vimos que un hombre que venía del campo se asomó al postigo y corrió to espeluznao. Entonces fuimos las dos y nos asomamos, y lo que allí vi nunca lo podré olvidar, y es que había una luz roja encendía en toa la casa y las paredes estaban iluminás, como si fuese la casa ese momento una discoteca de esas tan de moda, con toas las paredes encendías de colorao. Eso fue lo que vi y así es como lo cuento, que entonces no había discotecas en ningún sitio, ni quien lo fundó. Y además lo peor es que oíamos chillar a alguien en mitad del pasillo pidiendo ayuda, pero aquella luz roja no nos dejaba ver quien era. Así que mi amiga y yo, muertas de miedo, nos volvimos corriendo otra vez pa nuestra casa y esa noche no les contamos na a las madres.

—¿Y luego, al final, supo qué había ocurrido y por qué aquella casa se encontraba así, encendida?

—Claro que me enteré, y también to el pueblo. Pues resulta que aquella mujer —dice Francisca— ya llevaba unos días viendo a su marido que llevaba, por lo que decían, un tiempo muerto. Según ella se le presentaba con frecuencia y, además, lo veía como si estuviera enmarcao en un retrato. Y la pobre mujer se lo confió a su suegra; pero ésta no le atendió ni le hizo caso. Hasta que ya pasó un tiempo y la misma suegra empezó a ver también a su hijo fallecido, y le dijo a la nuera que había que hacer algo cuanto antes, porque iba a volverse loca si no lo hacían. Y la nuera le respondió que se aguantara, porque a ella hasta entonces no le había prestao atención, y ahora le tocaba a ella el rato malo. Al final, según se escuchó decir en el pueblo, lo que estaba pasando es que el hombre había hecho una promesa, pero que se había muerto sin cumplirla y por eso seguía apareciéndosele a su mujer. Hasta que le dijeron una misa en la parroquia. Y aquello sí fue mu sonao allí, en Chillón, porque por lo visto la mujer y su misma suegra, cuando estuvieron dentro de la iglesia, una cayó pa un lao, y otra pa el otro, y no despertaron hasta que acabó la misa. A partir de aquel día, el muerto al fin descansó en paz y no volvió a aparecérsele a la familia, pero lo que vi yo en aquella casa por mucho que viva no podré olvidarlo nunca.

secretos de cocina

Las palabras de Francisca vuelan ingrávidas como petirrojos mecidos por el aire y cambian de dirección, saltan serenas de un lado hacia otro, buscando refugio en la espesura de madroñas y zarzales que hay junto al sendero. Hace sólo un instante, hilaba el ambiente ese murmullo, penumbroso e infeliz que hay en los velatorios cuando se vela el cadáver de un anciano y la gente acepta la muerte y la razona comentando que el caso ya era ley de vida. La voz de Francisca viste de ceniza el aire encendido, celeste, de esta hora, mientras comenta algún tema esotérico. No obstante, enseguida, sin que apenas me dé cuenta, su voz se transforma, cambia de conversación y empieza a charlar de cuando vendía comestibles en una tienda pequeña allí, en su casa, y de cómo, unos años después de aquel negocio, abrieron un bar en el centro de su casa, donde acababa un larguísimo pasillo que atravesaba la estancia en línea recta.

—Dejemos a los muertos en paz —dice de pronto—. Yo, como sabes, creo en toas esas cosas; pero es bueno que hablemos también de otros asuntos, como, por ejemplo, de que en mi casa hubo una tienda, que tú conociste, y luego pusimos una taberna al final del pasillo, porque la tienda iba muy bien y decidimos un día ampliar el negocio. El tema empezó porque vendíamos comestibles y, después, nos pusimos a vender vino y aguardiente, que entonces, recuerdo yo, venían en garrafas. Y esto coincidió con que hubo una orden por entonces pa cerrar las tiendas a las siete la tarde, y, como la gente venía de noche a por el vino, vimos que no quedaba otra solución que abrir una poca taberna pa venderlo; de manera que un día avisamos a los albañiles y hablamos con ellos de hacer cuanto antes una reforma pa levantar en casa un poco bar. Pero había un problema pa mí bastante gordo, y es que no me gustaba fregar suelos donde estuvieran escupiendo los borrachos. Y me acuerdo que comentó uno de los albañiles que ya no era preciso fregar de rodillas, porque hacía pocos días, en el economato de Almadén, su misma mujer había tropezao con un invento que limpiaba los suelos sin tenerse que agachar, y aquel invento moderno era la fregona. Así que cogí, me acerqué al economato y me traje un par de fregonas pa mi casa. Te puedo decir que aquello era una santa cosa. Creo que fue la primera fregona de Chillón. Acabamos la obra al final, abrimos el bar, y yo me las campaneaba estupendamente con aquel invento que a mí me vino de perillas. Yo salía fregando mi casa de atrás palante, por to el pasillo, a la calle, y algunas vecinas me decían que vaya cacharro me había agenciao, pero, a los no muchos días después de aquello, empezó a llenarse to el barrio de fregonas. Y yo seguí mi limpieza de la taberna

con aquel invento estupendo, pues desde entonces no volví a fregar más el suelo de rodillas. Y aquello fue un santo invento, no lo dudes.

Francisca comenta que la taberna era un buen negocio pero que, también, era muy sacrificada y había que echarle al día muchísimas horas. Ella, que siempre fue buena cocinera —yo diría que excelente —, se especializó en poner unas tapas que nadie sabía darle un punto tan exquisito; en este sentido puedo dar fe de lo que hablo, porque, en ningún local de la comarca (tanto de los Pedroches o el Valle de Alcudia) he vuelto a probar unas tapas como las suyas.

Al bar acudían muchos clientes de mil sitios, de muchísimos pueblos próximos a Chillón, para degustar las exquisiteces culinarias del entrañable local, llamado «El Túnel» por las profundidades del pasillo que cruzaba la casa y desembocaba en la taberna, la última pieza del cálido edificio. Excelentes las tapas de pescada y bacalao emborrados, por cierto, en una sustanciosa masa cuyos condimentos, genuinos, delicados, sólo conocía Francisca, nadie más; no en balde era ella quien los cocinaba y a nadie jamás dijo nunca su secreto; ni siquiera a su hija, con quien estoy casado y cocina muy bien, lo mismo que su madre.

—En el bar iban bien las tapas de pescada; pero también vendíamos muchos callos —añade orgullosa, con satisfacción—, y preparaba pa ello muchos quilos, azafates enteritos de callos que, al poquito, se comían los clientes que acudían de toas partes, incluso algunos vecinos de la calle se llevaban a su casa raciones pa cenar. La verdad es que los callos tenían mucho trabajo, había que cocerlos bien y escamondarlos, luego se troceaban con cuidaito y se preparaban tos sus condimentos, pues había que echar los ingredientes bien medíos pa que tuvieran sabor en su punto justo. Pero yo le sabía tomar bien la medía y los ingredientes eran secretos de la cocinera, y a nadie iba yo a decírselo pa que me copiasen.

—¿Y qué otras tapas vendíais en la taberna?

—Pues vendíamos también muchas de pájaros fritos. Los zorzales, me acuerdo, y los mirlos, eran a tres duros, y los pajarillos chicos, a cinco pesetas. En invierno las tapas de pájaro eran un negocio. Ten en cuenta que de esto ya hace muchísimo tiempo, casi treinta años, que hoy ya esos pájaros no se cazan; pero, entonces, cuando mi marido se iba a arar siempre le gustaba llevarse ocho o diez trampas, y, mientras iba echando el surco de un lao a otro, iba poniendo las trampas en una orilla, y, apenas daba la vuelta, haciendo otro surco, iba cogiendo los pájaros caídos, y volvía a poner las trampas en el surco nuevo. Yo no

sé cómo se las podía apañar así; pero sí es verdad que se daba buena maña. Me acuerdo que un día se fue después de comer a terminar un piquillo de cercao y se llevó, como siempre, ocho o diez trampas. Bueno, pues, cuando volvió al anochecer, traía un saco to lleno de pajarillos, que me parece que fueron un centenar. Estuvimos pelando pájaros toa la familia, que mi padre y mi madre, que en paz estén, también ayudaron y, entre tos, tardamos en pelarlos un par de horas. Los pájaros eran fáciles de cocinar, después de tenerlos abiertos y de lavarlos, les echabas espolvoreaos unos granos de sal y te ponías a freírlos churrusquitos, sobre to los más chicos que eran los más solicitaos.

La charla discurre por cauces culinarios, por amenos senderos de la gastronomía, y Francisca me cuenta las muchas hierbas de los campos que, en su opinión, resultan sabrosísimas, una vez que han sido bien condimentadas. Ahora, que están protegidas todas las hierbas —hasta, según me parece, las ortigas—, uno debe pensarse mucho echarse al campo y coger acederas, collejas o achicorias, por si acaso llegan los guardias del seprona, que están encargados de velar por la Naturaleza. Pero en otro tiempo, cuando no existían alambradas y los campos eran libres como pájaros en el viento, las chilloneras salían de sus casas a buscar cardillos, achicorias y collejas; Francisca fue siempre una experta en cocinar las hierbas citadas dignificando la acritud de sus montaraces sabores asilvestrados. Yo puedo dar fe de que las achicorias cocinadas, condimentadas en su punto, son más jugosas y mucho más exquisitas que las espinacas, por poner un ejemplo, o que las coles o las acelgas. Todo está en saberles dar su punto exacto; cosa que consiguen las buenas cocineras. Y Francisca Sánchez–Tirado Toledano tiene una mano excelente para la cocina.

la finca el peralejo

En los alrededores de Chillón, hay un paisaje agreste y montaraz, una alargada cadena de montañas que enlaza, por el oriente, con Almadén y, más lejos aún, con el perfil de Sierra Madrona, donde aún sobreviven a contracorriente, según he oído decir, varios lobos ibéricos. Al comienzo de esta cadena de montañas, a tres o cuatro kilómetros del pueblo, se eleva la ermita de la Virgen del Castillo, señora y excelsa patrona de Chillón, que se erige en solemne vigía de un paisaje adornado de suaves montañas y vallecillos que se pierden entre Andalucía y Extremadura, en las sierras de Santa Eufemia y Peñalsordo, este último pueblo ya en el Valle de la Serena, mientras que el primero queda en los Pedroches. A caballo entre ambas provincias, junto a Guadalmez, hay un rincón atractivo y singular que yo he recorrido a pie más de una vez junto a Francisca y su hija, mi mujer, cuando la recolección de la aceituna. Recuerdo el sonido del viento en la espesura, un viento cansado, triste, derruido, que acentuaba el silencio del lugar y evocaba la vida que allí hubo en otros días, cuando los cabrerillos y los pastores surcaban los caminillos de la sierra con el sol del estío escrito en sus espaldas. En ese lugar insólito, agreste y lírico, Francisca pasó un verano con Rafael, su adorable marido, a mitad de los cincuenta, cuando su hijo Daniel aún no tenía un año y su hija pequeña, Paqui, aún no había venido al mundo.

—Un verano me fui a pasarlo al Peralejo —me cuenta Francisca, y se le enciende la mirada—, porque por entonces mi marido no daba abasto con lo de la huerta y tenía mucho trajín. De manera que, pa evitar su desacarreo, que iba al campo y venía un par de veces diariamente, ya por fin decidí acompañarlo al Peralejo y pasar con mi niño y él allí to el verano, porque él, entre ir y venir del campo al pueblo, perdía más de cuatro horas cada día. Así que se lo solté y él no lo vio mal. Y cogí a mi Daniel, que era, entonces, mu chiquito, cargamos en la mula la cama con la cuna, cuatro cachivaches, media docena de gallinas, y nos fuimos los tres a la huerta del Peralejo. Me acuerdo de aquello como si hubiese pasao ayer. Lo primero que hice, na más llegar y entrar a la casa, fue preparar y limpiar la habitación; luego puse la cama y la cuna mu juntitas. Y allí nos quedamos los tres a pasar el verano. Yo hasta esa ocasión no había dormío nunca en el campo, pero, al final, me hice a estar allí y me adapté mu bien, porque mi hombre en aquella huerta sembró de to lo vivo, y no nos faltaba de na en ningún momento; teníamos allí pa comer to lo que quisiésemos: cebollas, tomates, pimientos, pepinos, ajos... Y como pusimos gallinas por otro lao, no nos faltaban los huevos, y tampoco la leche, porque

vivían mu cerquita unos pastores, frente a nuestra casa, mismamente en un cerro de enfrente. De manera que ¿qué más podíamos pedir? Aquella temporailla en el Peralejo la pasé yo mu bien y no podré olvidarla nunca.

—Y ¿cómo ve, ahora, Francisca, la vida en el campo? —le pregunto, mientras me levanto de la silla y me acerco a cerrar un ventano que ha abierto el aire.

—No tiene siquiera punto de comparación —dice con vehemencia —. En la vida de entonces había más alegría, y los campos tenían más gentes. Hoy están solos. Cuando yo pasé aquel verano en el Peralejo, con Rafael, mi marido, y mi hijo Daniel, aquellos campos estaban llenitos de gente. Enfrentito de donde teníamos la casa, en mitad del monte, había un par de casas de pastores de Guadalmez, y pa un lao y pa otro no faltaban más casillas. Me acuerdo mu bien que algunos días venían las pastoras a lavar a la alberca de nuestra huerta su ropa sucia y se acercaban a verme, y a ver a mi niño, y charlaba con ellas; así que me daban muchísima compaña. Mi marido, cada tres días, bajaba a Almadén a vender con la mula la fruta de la huerta, y de allí me traía bacalao, pescao fresquito, y algún quilillo de arroz, porque de lo demás sobraba en la huerta, que habíamos sembrao de to: garbanzos, ajos, pimientos, lechugas, tomates..., de to lo vivo. Así que en la sierra se vivía estupendamente. El pan también lo amasábamos por allí y con un pan mu grande tenías pa unos pocos días.

la dulzura del arrope

Hay un lago de azúcar en la lejanía del paisaje. La tarde se va descolgando de los cerros con la serenidad de un equilibrista que se sabe el oficio aprendido hace ya siglos. En la casa, levísimas gasas de humo y sombra van comenzando a cubrir nuestro diálogo. Las niñas que, hace unos minutos estaban fuera, ya se han recogido como las golondrinas en un alero, y una paz de ceniza, honda, suave y fértil, nos va cubriendo despacio con sus alas. Miro, por última vez, la lejanía, tiendo mi vista en la carne del horizonte, antes de que oscurezca y la luces malvas cubran todo el tapiz de la serranía; veo los montes aún azules, lejanos, de Santa Eufemia, tendidos hacia el norte, como bisontes adormecidos, y, algo más a la izquierda, las sierras grisáceas y desvaídas, de Chillón, Guadalmez, Capilla y Peñalsordo. Con mis ojos abarco la mágica encrucijada en la que se unen tres tierras fronterizas. En el oeste mordido por el sol, dócilmente flotan las sierras de Cabeza del Buey, bello pueblo pacense que se oculta tras los montes, y, más a la izquierda, las cimas umbrías del Helechal (pueblo de mi buen amigo Justo Vila), y de la Benquerencia, ya cansadas, como dos delicadas colmenas de alcanfor teñidas por la lejanía de un sol grávido. Es un paisaje hondo, embriagador, que se cose como una caricia en la mirada. Pero la luz se va volviendo roja y el paisaje se va deshaciendo muy despacio como un grumo de nata cocida y, nuevamente, entro a la casa de Juan y de Manoli para hablar con Francisca de los días que se fueron. Ahora ella me habla de abejas y de colmenas y una luz fría de arrope va tiñendo la penumbra.

—Lo de la miel y el arrope tiene historia. Mi marido puso unos corchos en la cerca la Venta, cuando eran mu chicos mi Paqui y mi Daniel —me dice feliz, traspasada por el aire que huele a romero e hiniesta aquí, en la casa—. Se las había dao mi padre por entonces; pero un día llegó de la Venta preocupao y me dijo que se las había tirao quien fuese y que quería cambiarlas pa otro sitio. Y a la otra mañana, mu tempranito, fue a por ellas, las cargó en la mula y se las llevó pal Peralejo. Así fue como comenzamos con las abejas. Poco a poco, nos fuimos haciendo de colmenas, hasta que un día tuvimos más de veinte. En los años primeros las colmenas eran de corcho pero empezaron a picarse con el tiempo y un día mi marido pensó que había que hacer algo y se decidió a prepararlas de otra forma. Y se puso a hacer colmenas con resillas, y las hizo mu bien, las preparó con tejadillo. A partir de entonces ya no tuvimos los problemas que había con los corchos, que con el tiempo iban picándose. Llegamos a tener, me acuerdo, bastantes colmenas. Las castrábamos por entonces una vez al año; muchas veces con mi marido iba mi hijo, y, aunque era mu

chico, siempre le ayudaba. Madrugaban mucho y salían temprano pal Peralejo, y, después de castrar, traían bastantes garrafas de miel; porque las colmenas dan fruto si están atendías, y mi marido estaba encima de ellas. Y también es verdad que dejaban dinerillo. Puedo asegurarte que se costeaban.

—¿Y era trabajoso, Francisca, lo de las colmenas?

—Claro que era trabajoso —me responde—. Lo primero de to eran las picauras de las abejas; pero eso se superaba con el tiempo. Lo principal pa castrarlas era echar humo; y, después de sacar la miel de sus panales, se lavaba la cera bien con agua caliente. Pero antes de hacer la cera, lo que se hacía era echar los panales de miel en una pila y con una pica de hierro se iban picando. Enseguía iba saliendo un chorrito de miel limpia por un agujero chico de la pila. Entonces la miel la echábamos en unas ollas con las asas mu grandes; pero eso fue a lo primero, que después acabamos echándolas en unos bidones, porque tenían bastante capacidad y le cogían muchísimos más quilos. La miel dejaba dinero, que un bote de miel valía cuatrocientas pesetas por entonces, pero también tenía su trabajillo. La miel solíamos venderla a to el que venía, y me acuerdo una vez que se presentaron de Alicante unos hombres con un camión pa llevarse miel que iban a utilizar en una fábrica de magdalenas. Vinieron los tíos con unos cacharros mu aparentes y se llevaron con ellos un bidón grandísimo. Aquella miel era rica y mu natural, y venían a buscarla clientes de toas partes.

La tarde se ha hundido ya tras la dehesa y en los árboles del Viñón queda una luz como de miel diluida con almendras. Cruje el silencio en la bóveda celeste y las primeras estrellas, tan distantes, arañan la soledad de las montañas que han perdido su tono malva y azucarado. Mi mujer me dice que vaya terminando, porque la noche avanza a grandes zancadas; pero no tengo prisa. El tiempo parece adormecido en las piedras que brillan al pie de las madroñas. El crepúsculo tiembla y arde en los peñascales. Mientras tanto, yo sigo al lado de Francisca y le hago preguntas acerca del arrope, aquel mítico y dulce alimento que, hace décadas, los niños villaduqueños degustábamos en las bellísimas tardes del estío.

—El arrope se hacía después de sacar la miel —me explica

Francisca—, y era mu entretenío y trabajoso. Hoy nadie lo quiere hacer por esa causa, porque tiene trabajo y es mu delicao. Antes, una no le temía a ningún esfuerzo. Se hacía una vez que habías sacao la miel, cuando la cera ya estaba escurría. Yo la lavaba despacio en un

barreño con el agua caliente, y el agua que iba soltando un color amielao se colaba despacio y se iba echando en una caldera. Luego, esa misma cera volvía a lavarse en un agua segunda y la cera quedaba del to limpia y, entonces, ya estaba lista pa venderse. Pero quedaba el trabajo del arrope. Yo siempre lo hacía de noche, al irse el sol; así las abejas que andaban danzando por allí y que venían al olorcillo de la miel, después del anochecer se iban marchando. Ponía una caldera grande en el corral y echaba una buena lumbre pa que cociese el agua que iba saliendo al lavar la cera.

—Pero ¿cómo se hacía, al final? ¿Llevaba aliños?

—Claro que llevaba —me dice—. ¡Cómo no! Yo primero cocía unas muñequillas de matalauva con unos cachillos de cáscaras de naranja; ¡ah!, y también le ponía canela en rama. Después le echaba el aliño que había preparao y dejaba que aquello cociera un buen ratillo. Y, una vez que el agüilla iba tomando un color oscuro, cuando toavía no estaba del to espesa, le tenía preparaos unos cachos de calabaza, que, antes de to esto, había metío en agua de cal. Entonces esos trozos, ya limpios y escaldaos, los iba yo echando en la caldera del arrope, y otra vez dejaba que aquello volviera a cocer, hasta que comprendía que la calabaza estaba hecha; entonces apartabas del fuego la caldera y dejabas ya que el arrope se enfriase. Y te puedo decir que quedaba un buen producto. Y a mí me da pena que ahora ya no lo haga nadie, aunque entiendo que es algo de muchísimo trabajo y que pa hacerlo hay que tener paciencia.

—¿Y quién le enseñó, Francisca, a hacer el arrope?

—A mí me enseñó a prepararlo mi tía Bernalda —dice muy satisfecha y complaciente—. Llegó un día que tenía la caldera en el corral y ella me fue diciendo, paso a paso, lo que tenía que hacer pa hacerlo bien, justamente en su punto. También me enseñó la medía de los ingredientes. A mí nunca se me ha echao el arrope a perder, porque es delicao y hay que saber darle su punto, porque si no lo haces se florece y a los cuatro días no hay quien se lo coma.

—¿Qué quiere decir, Francisca, lo de florecerse?

—Eso suele ocurrir si el arrope se hace mal y, después de apartarlo de la candela, queda aguilla. Si no se hace bien, el arrope se empieza a poner mohoso y, a los cuatro días, ya se ha estropeao. To el secreto se centra en saberlo apartar a tiempo, porque si no al final no queda bien y el aguilla que hay termina floreciendo. De esa manera no hay quien se lo coma. Y, después de tanto trabajo, da mucha pena.

Porque el arrope, otros años, cuando lo hacía, me acuerdo que estaba más caro que la miel. El bote valía cuatrocientas cincuenta pesetas, y el de la miel sólamente cuatrocientas. Y eso puede entenderse, porque el arrope tenía más trabajo. Había veces que yo me pasaba mucho tiempo, desde que comenzaba a anochecer hasta las cuatro o las cinco de la madrugá plantá en mi corral, con la olla del arrope y el fuego de la candela siempre vivo. La juventud de hoy día no tiene paciencia y no se preocupan tampoco por lo antiguo. Yo sé que el arrope, como otras costumbres, se ha perdío, y no hay quien lo quiera hacer. Eso es lo que hay.

Como trozos muy blandos de calabaza en el poniente, las nubes se tienden frágiles, deshilachadas. El viento las mueve en el arrope de la umbría. Todo queda mudo: la sierra, el viento, los pájaros... Por el camino hacia el pueblo, hacia el oeste, queda la vieja estación de Peñas Blancas. En su andén fantasmal se espesan los tomillos y, entre las paredes ruinosas, flotan voces, lejanas sonrisas de antiguos caminantes. El camino se acaba adentrando en la dehesa y, después, desemboca en la carretera de Pueblonuevo.

A menos de cinco kilómetros de Villanueva, al lado derecho del asfalto humedecido, espejea la antigua laguna del Lentiscar como un alma de vidrio borneada por los patos, frecuentísimos en estos parajes invernales. Antes de entrar al pueblo, hacia el oeste, se diluye el viejo camino de las Lavanderas, el sendero que lleva a la fuente de la Zarza. Algo tiembla en mi sangre al mirarlo de soslayo con la extraña melancolía del desertor de un tiempo perdido, ya irrecuperable, que, a pesar de todo, no pierde la fe y sigue empeñado en recuperar su hálito. Miro como un discípulo del viento al contraluz ceniza de la tarde, e imagino enlutadas siluetas, lavanderas, que vienen por el caminillo de la Zarza en dirección a la Cruz de la Dehesa, donde el niño que, antaño, fui sigue aún sentado.

Capítulo VII

LOS OJOS DEL EMIGRANTE

la lechera de fátima

A medio kilómetro del camino de las Lavanderas, paralelo al sinuoso trayecto que describe, saliendo del pueblo hacia el norte por el Traslado, se encuentra el sendero que lleva al Cerro de los Pozos; hasta hace unos años estaba casi intransitable, pero en la actualidad se halla en buen estado, debido a la intervención de varias máquinas que envió no hace mucho la Mancomunidad para allanar los baches que había antes. Ahora, a pesar de las lluvias torrenciales que han caído en los últimos días en todo el término, no hay charcos visibles junto al cerro de los Pozos y, donde los carros antaño se atollaban con relativa frecuencia, el terreno es firme y apenas se pueden ver bolsas de barro a lo largo de todo el trayecto del camino.

El paisaje es de cuarzo en este rojo atardecer: las alondras, las cogujadas y los trigueros, que tanto cantaban aquí hace pocos días, cuando crucé caminando este lugar hacia la vaqueriza de Digno Sánchez, en esta hora fría parecen dormitar, seguramente encogidos entre los hierbajos, esperando la noche que ya se adivina hacia el oeste como un bandera plomiza y desflecada. No se escucha ni un alma, ahora mismo, en estos pagos. No obstante, en la cumbre del cerro de los Pozos, ubicado al lado derecho del sendero, se encuentra el casuto de Antonio «Barberucho», un hombre sensible de alma diamantina que, hace ya cuatro décadas, cuando él era un chavalín que aún no había cumplido el servicio militar, forzado por la situación, emigró a Alemania, comenzando con ello un peregrinaje arduo que le llevó a ejercer varios oficios, todos ellos desarrollados con afán y, sobre todo, con mucha inspiración.

El viento comienza soplar de la dehesa y arrastra rebaños de nubes asalmonadas. El oscurecer está próximo. En el aire hay un resplandor de guindas con anís. Al bajar del coche surge un triguero de la hierba, a unos metros de mí, y se pierde volando entre las sombras. El casuto de Barberucho queda a unos metros. Abro el portón humilde de la huerta y me acerco despacio, al socaire de una pared, hasta el sencillo habitáculo de mi amigo. Al adentrarme en la estancia, me golpea un aroma rural, profundamente arcano, que envuelve el pequeño edificio que, hace años, fuera vaqueriza y, hoy, criadero de conejos, a los que Antonio cuida con gran mimo. Él me espera tranquilo, aposentado en el sillón que utilizó muchos años en su barbería: es un sillón de madera oscura, sobrio, que perteneció a Pedro el de las Avellanas. Barberucho me dice que a ese sillón le guarda afecto y que son muchos los recuerdos que a él le unen. Pero también mantiene otros recuerdos anteriores aún a su época en la

barbería.

Mientras el cielo comienza a bostezar y a tenderse como un mastín en los cercados, Antonio cava en el huerto de su memoria y arranca momentos claves de su infancia con la clarividencia de esos ciegos que reconocen los muebles de una casa que ha permanecido cerrada muchos años por el calor genuino que desprenden. Antonio cierra los ojos unos segundos y me devuelve intacto su pasado, como un ciego asomado a un balcón de profecías.

—Me acuerdo —me dice— de cuando vendía pan con mi madre; íbamos por las calles con una borrica negra. Yo no tendría cumplíos más de ocho años. Era poco después de habernos venío de la sierra, y, a la edad que te he dicho, yo había guardao muchos cochinos y, también, un rebaño de muchísimas ovejas. Éramos siete hermanos, seis hembras y yo, que era el hermano más chico, y yo recuerdo que aquellos años en la sierra fueron negros. Lo mejor que hicimos de to fue venirnos al pueblo. Mi madre me puso, al venir, en la escuela las Monjas pa aprender la doctrina y prepararme pa la comunión. Poco tiempo después, me llevó a la escuela del Chascas, y más tarde acabé en la del cojo Fátima, que era el tío más comilón que vi en mi vida. A mí me mandaba a su casa a por una lechera, de esas de casi un litro, llenita café, y, cuando se la traía, él se preparaba, la migaba mu tranquilito con medio pan y se la manducaba en dos minutos. Aquel hombre comía muchísimo, más que un mulo. No he vuelto a ver otro caso en toa mi vida. Y no te exagero, que aquella lechera era bien grande y rebosandito hasta arriba, a tente bonete. Pero Fátima no dejaba ni una miajita, que la rebañaba mu bien el cacho cabrito.

Corría, por entonces, el dicho popular de «pasas más hambre que un maestro de escuela», y el dicho, hasta cierto punto, era verídico, pues los maestros, por regla general, no ganaban, ni mucho menos, un sueldo digno que les permitiera vivir con cierta holgura; había algunos casos, como, por ejemplo, el de don José (apodado Fátima por una anécdota curiosa) en los que llegaba a rozarse lo grotesco. El maestro, en muchísimos casos, más que vivir, lograba sobrevivir a duras penas con las cuatro monedas que le daban sus alumnos, cuando aún no cobraban siquiera del Estado. Esa situación de pobreza insostenible, ahora contemplada desde esta era consumista, ciertamente parece imposible de creer; hoy cualquier maestro vive con dignidad y goza de un sueldo económico merecido, aunque, por otro lado, el ambiente social tampoco le es demasiado favorable, porque se ha perdido el respeto y la admiración que le tenían, otras veces, los alumnos. Antes a los maestros se les respetaba, incluso se les temía en algunos casos, aunque pasaran dificultades económicas. Aquella fama, tan cierta

como real, de que el maestro vivía precariamente, la llegué a conocer yo mismo hace unas décadas, cuando un maestro de escuela solía ganar un sueldo mensual de menos de mil duros: dinero que siempre solía quedarse corto en la manutención de una familia. Esto daba lugar a situaciones tragicómicas como las que vivieron algunos alumnos con el maestro Fátima en la posguerra, cuando éste sacaba gozoso a la chiquillería para ir de excursión por los campos villaduqueños.

Según supe en su día por un amigo de confianza, don José, apodado Fátima, en una ocasión llevó a sus alumnos a dar el paseo vespertino por los alrededores del Lanchar, donde se extiende una armónica alameda, en aquellos años romántica y sublime. El caso fue que el maestro, antes de nada, avisó a sus pupilos aquel día por la mañana, a la hora de clase, que no olvidasen el bocadillo, ya que el paseo así lo requería, pues caminarían más de ocho kilómetros. No hubo ni un solo alumno que no llevase el tentempié: los veintitantos muchachos, después de almorzar, salieron de casa con su avituallamiento.

La historia empezó al poquito de llegar la tarde citada a la romántica arboleda, cuando el maestro les dijo a sus alumnos que podían divertirse y correr tras los jilgueros y demás pajarillos que había en aquellos pagos, y también podían buscar ranas en el arroyo, una vez que dejaran sus tiernos bocadillos junto al tronco de un chopo viejo, carcomido, que había a pocos metros de la carretera: «Corred hijos míos, corred, y estirad los huesos», dicen que dijo el Carpanta pedagogo mientras se recostaba sobre el tronco, al lado de las merendillas para vigilarlas. Y esperó a que los niños se alejaran del lugar para dar buena cuenta de los veintitantos bocadillos que ellos le habían confiado ingenuamente, y, según confesó un alumno aventajado, cuando el maestro llamó a la concurrencia para iniciar el camino de regreso, aún seguía aposentado en el mismo sitio del principio, junto al tronco del olmo que había a unos metros del asfalto.

La tarde ya comenzaba a desangrarse sobre las tenues colinas de Fuente la Lancha y los petirrojos, los mirlos y las collabas desgranaban su silbo de seda entre los chopos. Fue en ese momento cuando el maestro carpantil ordenó a sus alumnos que tomaran sus bocadillos; pero fue grande la sorpresa de los niños al comprobar que se habían volatilizado mientras ellos anduvieron corriendo por el bosque.

—Don José, ¿dónde está el bocadillo de chorizo que mi madre me ha echao pa comer la merendilla? —dicen que dijo uno de los niños. Y

los otros, unidos en un coro floreado, repitieron la misma pregunta demandando la situación del avituallamiento, del cual, por lo que se vio, no había ni rastro.

Lo mejor fue la hermosa respuesta del maestro, una respuesta ingeniosa, casi mística, que luego quedó como dicho popular cada vez que alguien nombraba a don José y lo enmarcaba en aquellas circunstancias.

—No tengáis ningún miedo —dijo tranquilo el pedagogo—, que os voy a decir ahora mismo dónde están. Pero tenéis que creerme, hijitos míos, pues es que ha ocurrío un milagro, un gran milagro, y mientras andabais corriendo por ahí, ha bajao la Virgen de Fátima del Cielo y ha metío en su manto tos vuestros bocadillos y se los ha llevao pa dárselos a los negritos, que los pobrecitos no tienen pa comer. Todos tenéis que aprender a sacrificaros. Lo que ha pasao aquí hace unos minutos os juro por el Señor que ha sío un milagro. Debemos de rezar y estar alegres porque la Virgen de Fátima nos quiere y a todos, y a todas, nos protege con su manto.

Los niños, imagino, debieron quedar atónitos, y algunos de ellos no se atrevieron a confesar, al llegar a su casa, lo que les había ocurrido; pero sí hubo valientes que lo contaron como fue, y al pobre maestro Carpanta, curiosamente, nadie le recriminó su trapacería, conocida en el pueblo el hambre que pasaba. Los padres debieron tener lástima de él y se tomaron la anécdota a choteo. En cambio, a partir de aquella aparición (por supuesto, irreal, además de extravagante) don José fue apodado Fátima por sus alumnos, y así le llamaron todos los vecinos de Villanueva del Duque hasta su muerte, la cual sucedió después que el maestro carpantil sufriese hambrunas frecuentes e insoportables debido a la solitaria de sus tripas. No obstante, el maestro Fátima era un buen hombre, según me confiesa Antonio Barberucho.

—Fátima era un hombre bueno, aunque mu comilón, pero enseñaba bien las cuatro reglas. Yo fui, como he dicho, a su escuela una temporá. Por aquella edad yo aprendía, en mis ratos libres, a pelar con Galo, y don José iba a la barbería; pero Galo, que era más bueno que un cacho pan, no le solía cobrar por el pelao, ni por el afeitao, que también iba a afeitarse. Lo único que le pedía era que me enseñara y que me corrigiera mu bien las cuentas. Y te puedo decir que cuando Fátima cumplía Galo le hacía un pelao de los mejores, pero cuando el maestro le fallaba y el barbero veía las cuentas sin corregir, le decía a don José que le pagase su pelao por no haber cumplío el trato que habían hecho. A mí me gustaba que don José

fuera a pelarse, porque alguna vez me tocaba pelarlo a mí, y yo después chuleaba con mis amigos, porque ¿dónde se ha visto que un niño pele a su maestro? Así era entonces la vida en nuestro pueblo. Y es verdad que a veces me acuerdo de esas cosas, y empiezo a partirme de risa yo solito. Recuerdo cuando pelaba a don José, aunque yo era mu chico, en la barbería de Galo, un sitio donde pasé ratos mu buenos que si te contará darían pa escribir un libro.

el aroma del pan

Frente al garito humilde de Galo el Barbero (un casuto pequeño, de un par de habitaciones: una era la barbería, la otra, el dormitorio) se ubicaba el solemne convento de las Monjas, donde casi todos los niños de mi pueblo (al menos la generación de los 60) aprendimos a leer y a escribir correctamente. Mantengo el recuerdo diáfano, muy prístino, de Sor Bernarda enseñándome las letras y los primeros números de la cartilla: la luz penetrando en la clase casi umbría por una pequeña ventana que daba a un patio donde el invierno empezaba ya en septiembre. Yo tendría por entonces no más de cinco años, pero mantengo intactos en mi interior sonidos, colores, aromas de la escuela: un aroma mohoso pero, al mismo tiempo, fértil, de papel garabateado por la emoción que en mis ojos centelleaba al reconocer los primeros números, las letras pudorosas que iban adentrándose dóciles en mis sentidos, mostrándome el mundo, la silueta de las horas, la mágica geografía de los cuentos que ya no necesitaba oír en la radio, porque empezaba a entenderlos por mí mismo cuando los deletreaba en la cartilla donde la monja nos daba de leer. Estuve asistiendo a la escuela de las Monjas hasta los siete años, un domingo de mayo en el que tomé mi primera comunión con los niños nacidos en 1957.

Una década antes, a mitad de los cincuenta, Antonio García Cabrera «Barberucho» asistió más de un año al mismo colegio en que yo estuve, donde se le adoctrinó en las buenas costumbres de una moral estricta y religiosa, como a todos los niños de aquella patria insomne, acaudillada, en su dimensión centrípeta, por las cuerdas del miedo y la represión. Él recuerda de entonces una anécdota genial, un hecho nada común, realmente insólito, que relata no obstante con naturalidad, sin darle más importancia que la que tuvo, como si en las circunstancias que pasó hubiera sido normal que fuese así.

—Yo había estao viviendo en la sierra muchos años y cuando llegué al colegio iba asustao —me confiesa ahora, sentado en un sillón que lo transfigura y lo ubica en otro tiempo—. Mi madre, la pobre, me decía y me machacaba que había que aprender de to lo que me diesen, y yo puse toíto mi empeño en hacer caso, pero ella no se esperaba lo que iba a hacer, no se podía imaginar que iba a liarla.

—Pero a qué te refieres —le digo— con lo de liarla. ¿Liaste alguna trastada en el colegio?

—Yo qué iba a liar, ni a liar. No tuve culpa. Lo que pasa es que

entonces estábamos asilvestrados, porque lo que ocurrió cuesta creerlo. Pues resulta que fui un domingo a escuchar misa, y, al entrar a la iglesia, como estaba bien crecío, me acerqué con otros muchachos a confesar, pero el cura, que era el pobrecillo don José Elías, se ve que no se dio cuenta de mi edad, y, poco después, me acerqué al altar despacio, callaíto y mu serio, como un niño Jesús, y comulgué, en un plis plas, con otros nenes. También es verdad que me sabía tos los rezos, el Padrenuestro, la Salve, el Yo Pecaor, pero había comulgao sin decirle naíta a nadie, que ni siquiera mi madre se enteró hasta un par de días antes de mi primera comunión, cuando ella me estaba acabando de hacer el traje. Y yo se lo dije de pura casualidad, que ya no iba a hacer mi primera comunión, sino la segunda, y era la verdad, pero, por lo que vi, no le dio risa. De modo que me llevé una buena pelfa, porque mi madre se puso condená y lo primerito que dijo es que iba a matarme, y qué cómo había sío capaz de hacer aquello, de haber comulgao antes de la comunión y sin que se diera siquiera cuenta el cura. Y yo le dije que el cura lo sabía, porque don José Elías era quien me había confesao. Ella quiso pegarme y eché a correr por toa la casa, pero, al final, me enganchó y me dio una pelfa que no olvidaré en mucho tiempo; y escarmenté. ¡Vaya si escarmenté! Se me quitaron las ganas de comulgar sin pedirle permiso al cura ni a mi madre.

Antonio no olvida lo de su primera comunión y habla de Dios casi de puntillas, con respeto, como si estuviese sentado en su niñez y en sus ojos azules siguieran inmersos, como antes, los cielos limpísimos y hondos de un verano que en Villanueva del Duque era de tiza, cuando él, a muy corta edad, ya trabajaba en el hermoso oficio de barbero:

—Empecé de barbero por mi cuenta siendo un niño

—me dice orgulloso, sin pizca de amargura—. Lo primero que hice, después de aprender con Galo, fue alquilar un pequeño cuartucho en ca Bambolla —y me señala el ejido con su índice, como un triste Colón que descubriese de repente la lejanísima tierra de la infancia—, pero, luego, me fui dando cuenta que no era rentable. Yo tenía trece añillos y, aunque ya sabía pelar, debo decir que no era trigo limpio, porque tenía poca formalidad y me pasaba to el día de cachondeo, pensando en el juego, como decía mi madre. El caso es que no me faltaba trabajillo, pero, al final de mes, no salían las cuentas. Y eso que no eran baratos los pelaos: el pelao Alfonsino costaba dos pesetas, el afeitao lo cobraba yo a seis reales, y el pelao a lo mocho, que era el que más se solía hacer, valía diez reales de entonces, que sí era dinero. Y no vayas tú a pensar que no había clientes: era rara la tarde que no acudía un puñao de nenes pa que los pelara a lo mocho y algún hombre mayor pa pelarlo a lo Alfonsino.

Pero yo disfrutaba más pelando a lo mocho. Ese era el pelao más corriente, el más bonito: le metías al chaval la maquinilla por un lao y le salía por el otro en dos segundos, pero le tenías que dejar una chispa flequillo pa que le adornara un poco la cabeza. ¿Tú no has visto esas fotos antiguas, de las de antes, donde están los nenes en la escuela pelaos a lo mocho? Bueno, pues de esos pelaos nunca faltaban, pero de tos los que hacía, y eran bastantes, por ca uno que hiciese le daba a Bambolla dos reales, que servían como alquiler de la habitación. Pero yo, la verdad sea dicha, era un chaval y tenía el negocio dejao y desatendío. Me escapaba a cualquier momento de la barbería pa irme a jugar al Lejío con otros nenes, y la gente llegaba y veía cerrao el garito, hasta que un día ya mi madre se cabreó, porque a ella la gente no paraba de contárselo. Al final, llamó a un albañil de su confianza y allí, en nuestra casa, hizo la barbería, con idea de tenerme más cerca y controlao. A partir de entonces, los juegos se acabaron.

La madre de Antonio, Belén, era una mujer de un carácter muy dulce y siempre estaba laborando en la sierra, en su casa, o en su panadería; ella sola —enviudó a una edad bastante joven— supo sacar adelante a siete hijos (un varón y seis hembras) en unos años muy difíciles, donde los más humildes, los obreros, tenían que extraer oxígeno de la pobreza y sufrir agujetas de nieve en los pulmones para sacar adelante cualquier casa donde no cabían nunca las comodidades. Belén, como digo, fue una mujer trabajadora, una de esas madres modélicas y valientes que saben sacar agua fresca del dolor y aventar en la noche cosechas de amargura para amanecer cargada de alegría; la recuerdo muy bien, embutida en un delantal —o un mandilillo cosido por el tiempo— en su despacho de pan, ya al mediodía, cuando yo iba a comprar diligente el pan de canje con un vale rectangular de papel suave que mi madre me había pedido que entregara sin preguntar nada a Belén, la panadera. La llamaba y ella surgía inmediatamente de la casa en penumbra y me recibía sonriendo, con esa sonrisa tierna, franca, suave, que tienen los que han vivido en la escasez y, al final, han salido fortalecidos de ella. Recuerdo sus manos ásperas, sencillas, pero tiernas como golondrinas de verano, y su voz cristalina, como un discreto manantial que borraba la frágil penumbra de la casa y esparcía monedas de sol por los rincones.

Hoy recuerdo a Belén Cabrera, en paz descanse, y la veo reflejada en los ojos de su hijo, en la mirada sencilla de este hombre, Antonio García, que ahora sufre junto a mí evocando los días felices junto a ella: aquellos días vestidos de alcanfor que envolvían la tibia pobreza de una calle que, en aquellos años, aún no estaba adoquinada y, al llegar el invierno, solía alfombrarse con los charcos y los múltiples

excrementos de las bestias y de las cabras que Eugenio Sallavera (mi amigo cabrero que murió hace poco tiempo) iba recogiendo a diario de casa en casa para llevarlas luego a la dehesa, por el caminillo azul del Puente Juncoso, donde el sol de verano nunca oscurecía. Recuerdo aquel tiempo, el pan que sabía a gloria y el aceite bendito y el azúcar de las merendillas. Antonio García «Barberucho» habla del pan como de un milagro escondido en la nostalgia.

—El pan que vendíamos no era como el de hoy; era un pan más crujiente y más bueno, más esponjoso —dice Barberucho, saboreando las palabras, inyectándole el ámbar de la lejanía—. En los años cincuenta, solíamos vender el pan de canje; y se le llamaba así porque se canjeaba por un kilo de trigo o de harina, según las veces. El pan, por entonces, en 1959, valía siete cincuenta, los más grandes, y el chico, un duro. Y me acuerdo mu bien que al día vendíamos muchos panes, sobre to de canje, aunque no faltaban chicos. Entonces no se conocían siquiera las vienas y otros tipos de pan que suelen venderse hoy día.

El olor de aquel pan me arrastra y lleva suspendido, en un vuelo invisible, hasta la casa de mi infancia y, deambulo sin prisa, por todos los rincones, entre las sombras arcillosas del pasillo hasta llegar al lugar de la cocina y, luego, al salir, cruzando el comedor, me adentro en silencio en la tienda de tejidos donde la luz baña el mostrador entre mazos de tela de felpa y muselina. Toco el vientre del tiempo, rasco en sus costillas, pellizco en la gélida piel fría de aquellos años y el aroma del pan, junto al de los tejidos, dan consistencia y sentido a mi memoria, proyectando esa edad sencilla, campesina, hacia ésta de ahora más sofisticada aunque siga viviendo casi en el mismo espacio.

He estado muy dentro de mí varios segundos y Antonio García ha respetado mi silencio. Ahora llega su turno y a él le toca bucear y extraer las piedras perdidas de su tiempo, los recuerdos más hondos, cubiertos por la herrumbre y la cáscara fría de un invierno huero y huérfano donde la luz danzaba con la escarcha. Sin miedo ninguno, baja al tiempo con fruición, y vuelve a encender las palabras más lejanas, las que perdió, u olvidó, cuando era niño y, ahora, descubre de nuevo y trae ante mí, como un delicado tesoro de zafiros que en la oscuridad de esta estancia resplandecen. Habla de cuando alternaba con paciencia la venta del pan con las idas y venidas a la barbería de Galo, hasta que un día se independizó por fin de su maestro. Pero, antes de independizarse, junto a Galo aprendió, entre otras cosas, a buscar setas de álamo.

—Galo era —me dice— el barbero mejor que he conocío, pero

tenía un defecto la criatura, y era que le gustaba mucho el vino, de manera que se achispaba con frecuencia. Y si estaba borracho ya no podías contar con él, porque ya no era el mismo, y hasta el carácter se le agriaba. Pero a mí por lo menos, aunque se achispase alguna vez, me demostró que era un tipo noble. Yo le debo a él mucho de lo que sé, porque además de enseñarme a pelar y a afeitar, me enseñó a buscar setas, y en eso no había quien le ganara. Había algunas tardes que me solía llevar con él; esos días ya me avisaba por la mañana, antes de irme a almorzar, que volviera con la talega, porque aquella tarde iba a cerrar la barbería y nos íbamos a ir al Lanchar pa buscar setas. Y raro era el día que no volvíamos a nuestra casa con la talega llenita a tente bonete. Íbamos casi siempre al arroyo Lanchar, y de allí nos pasábamos hasta el arroyo de las Cruces. Galo me iba diciendo a ca momento, sin yo preguntarle, cómo se distinguían las setas malas de las buenas, y estate tranquilo que él jamás se equivocaba, aunque estuviera esa tarde con la chispa. Él sabía buscar mu bien las setas de álamo, que nacían, y nacen, en los troncos podríos, en las toconeras. Esas son las setas mejores, y están exquisitas. Les llamamos en el pueblo setas de botón, cuando son chiquininas, y crecen siempre arracimás, pero luego, cuando son grandes, se van blanqueando, aunque muchas de ellas siguen siendo marrones. Luego están también las setas de abanico, que de esas salían muchísimas en la Bozuela, y existen también los esponjes, de jara o de álamo, que asaítos con poca sal están fantásticos. Yo aprendí to esto cuando tenía mu pocos años. Así que ya ves si aprendí en la Barbería con el pobre Galo, que fue pa mí más que un maestro.

parábolas de la mili y de alemania

A comienzos de los sesenta, al clausurarse el pozo afamado de la mina de las Morras, Villanueva del Duque empezó a arrugar su ánimo y numerosas familias del lugar cogieron los bártulos y enseres de sus casas, para salir en busca de otros lares. Se cerraron comercios, tiendas, barberías, y de los diez barberos que había antes, sólo quedaron Ramón, Barberucho y Esteban. Barberucho aguantó poco tiempo; ya estaba cansado de esperar en su casa a los clientes que no llegaban y un día le anunció a su madre, entristecido, que cerraba el garito y hacía las maletas para irse a un país frío y lejano, aunque muy próspero.

—Cuando me fui a Alemania la vez primera tenía dieciocho años recién cumplíos —confiesa en un tono de cierto desaliento—, y aquello supuso pa mí un paso mu duro, porque yo era casi un muchacho analfabeto y salir de mi casa me dio una pena grande, pero toavía fue mucho peor cuando ya estuve allí, porque estaba to el día acordándome de mi gente y de las calles del pueblo y mis amigos. Eso hay que vivirlo, Alejandro, pa entenderlo. Si no estás allí, como yo, casi un muchachillo, lejos de tu tierra y con un idioma mu difícil, no te puedes hacer una idea de lo que es eso. De toas las maneras, lo peor pa mí fue el habla, porque yo no podía entenderme con palabras, de ninguna manera, y tenía que hacerlo con señales. Luego estaba también el puta frío; nevaba muchísimo y, cuando salías a la calle, te quedabas en un par de segundos congelao. Y gracias a Dios que estabas to el día trabajando, que si no no había quien pusiera un pie en la calle. Aquello era casi imposible de aguantar. Al llegar a la residencia donde nos quedábamos, yo solito tenía que hacerme la comida y me tenía, también, que lavar la ropa; así que no tenía tiempo ni pa escribir cartas, y cuando llegaba alguna de los míos me sentía mu mal, me entraba una pena exagerá y se me caían lagrimones como puños. La verdad es que eso hay que vivirlo pa entenderlo. También es verdad que en Alemania había dinero, pero había que trabajar muchísimo pa ganarlo. Era una vida durísima y mu negra.

—¿Y cuánto estuviste trabajando allí?

—La primera vez que me fui —responde triste— estuve casi dos años, y me vine, al final, porque tenía pendiente hacer la mili. ¡Y sin tenerla que hacer, que esa sí es gorda, porque por ley me tenía que haber librao, al ser el único hijo de madre viuda! Pero bueno, yo estaba hablándote de Alemania, y la primera vez que estuve trabajé sufriendo muchísimo en una fábrica de alambre, que era un trabajo

mu duro y arriesgao. Trabajábamos fuerte; había tres turnos día tras día: de 6 a 2, de 2 a 10, y de 10 a 6. El horario de turnos te lo cambiaban de toas formas, y nunca acababa de hacerse el cuerpo al horario. El sueldo tampoco era mucho en proporción a como estaba la vida en Alemania; por entonces, el marco valía catorce pesetas, y yo venía cobrando de sueldo al mes unos cuatrocientos marcos más o menos.

—¿Y aguantaste en aquel trabajo mucho tiempo? —le pregunto, mientras Barberucho se levanta y me dice que está terminando de oscurecer y se había olvidado de echarle comida a los conejos.

Mi pregunta queda en el aire unos minutos.

Salgo con él sin prisas al exterior. El campo a esa hora es una lámina de zinc que se llena de asfalto y humo en la lejanía, donde titilan nerviosas, con pudor, las primeras luces del pueblo, a un tiro de piedra del melancólico cerro de los Pozos. Las nubes ya han terminado de cubrir las grietas añiles de un cielo que en lontananza se unce a la dehesa como una bóveda de hulla. Un aire muy frío, arisco, asilvestrado, mueve las ramas desnudas de los árboles y trae, del sureste, un olor a tierra húmeda, a caminos llenos de charcos, a madreselvas. Mientras tanto, Antonio regresa del garito donde tiene enjaulados a una veintena de conejos. Al entrar al casuto vuelvo a espetarle con la pregunta que le había formulado unos minutos antes.

—Al final —me responde— vine a la fuerza de Alemania. Tuve que volver por el asunto de la mili, cuando estaba empezando ya casi a aclimatarme. Y aquello al final trastocó mis ilusiones. La mili la terminé en El Higuerón, pero el campamento lo hice en el CIR Cuatro, al laíto de Obejo, y allí también las pasé putas, porque en la mili de entonces apretaban mucho. Allí nos quedábamos en unos barracones, y, si en invierno pasabas mucho frío, en el verano no había quien aguantase el calor tan cabrón que hacía en el campamento. No se me olvidará nunca mientras viva, cuando llegaba la hora de comer, porque el rancho lo solían dar según tocase: una semana dentro del comedor, y la otra tocaba debajo los chaparros. Y allí tenías a tos los quintos arrebujaítos, metiendo y sacando cuchara en lo que pusiesen: unas veces garbanzos, algotras, patatas, otras, lentejas... Pero casi siempre, es verdad, había poca chicha y lo que sobraba era agua, mucha agua, porque los garbanzos nadaban en la perola, y carne ninguna, o mu poca algunas veces. ¡Madre mía, bendita! ¡Cuánta hambre pasé allí! Eso si que eran penas y no las que hoy pasan los soldaos; aunque hoy ya, gracias a Dios, la mili es pagá y los que la hacen son profesionales. Entonces hacer la mili era cosa de hombres,

según nos decían a nosotros los mayores. En el campamento, a la hora de comer, cuando te tocaba debajo los chaparros, si es que ese día le daba por llover, allí nos tenías tapando la perola y metiendo cuchara to lo rápido que podías. La comida solían ponerla bien calentita y había que estar siempre alerta y comer rápido si no te querías quedar, al final, a dos velas. Ca vez que me acuerdo ahora me parto de risa, pero entonces a mí no me hacía ni pizca de gracia. La mili de aquellos años era durísima.

Hace ya algunos años leí fascinado Ardor guerrero, un libro excelente de Antonio Muñoz Molina, novelista de prosa cálida y muy tersa, que me hizo evocar el ambiente de la mili, y, lo mismo que a mí, supongo que a mucha gente, sobre todo a aquellos lectores que vivieron, lo mismo que yo, la mili en hoscas circunstancias. Resulta curioso el concepto que, hace décadas, había en el país acerca de la mili, donde los mayores, los padres y los abuelos, solían animar al novísimo reclutón, con lindezas tan sutiles y emotivas como, por ejemplo: «Hay que hacer la mili pa ver mundo», «uno va a la mili pa hacerse un hombre de verdad» o «en la mili conoces amigos pa toa la vida». Yo, que estuve en la mili, no me hice ningún hombre —pues ya lo era antes—, ni disfruté de un viaje; la hice en Córdoba: ciudad que ya conocía de cabo a rabo. Por último, no sólo no aprendí a vivir durante aquel cautiverio insoportable, sino que pude morirme de tristeza, y no hice ni un solo amigo inquebrantable, porque, al menos, donde yo estuve escaseaban: sólo vi gente insolidaria y resabiada que se aprovechaba siempre de los más débiles. La mili en el antiguo cuartel de Lepanto —donde yo la sufrí— era idéntica a un infierno. En el caso de Barberucho, por fortuna, según me confiesa, la mili fue más blanda, sobre todo cuando lo destinaron al Higuerón: un pequeño cuartel militar, próximo a Córdoba. Aún así, también me relata con detalle la anécdota que le ocurrió durante su servicio, cuando un militar le dio un susto de muerte que, al final, gracias a Dios, acabaría en broma:

—A mí me pasó un buen chasco en El Higuerón

—dice Barberucho paladeando sus palabras—. Que entonces las cosas no estaban como hoy, que había mucho miedo y muchísima disciplina en la relación del soldao y sus superiores. Por menos de na te soplaban un par de tortas y encima tenías que aguantarte y estar firme, si no querías que te echaran al calabozo. Yo la pude liar una vez bastante gorda. Vine al pueblo, me acuerdo, con un permiso de fin de semana, cuando ya me quedaba mu poco pa licenciarme. Esa noche del sábado nos juntamos tos los amigos y, como uno de ellos iba a casarse días después, nos pusimos a echar serenatas por to el pueblo. Y

después de acabar, a las tantas de la noche, nos metimos a beber en el bar de «Caracana», en el sitio mismito donde está ahora el bar de Antonio. El caso fue que estábamos alegretes, y, entre unos y otros, nos dio por coger al cano Melona, un pobre hombre del pueblo solterón, y le dimos a beber de una garrafilla de aguardiente; pero el cacho cabrito no se veía jarto, no paraba, y se terminó bebiendo más de un litro. Así que cogió una pea de campeonato. Lo poníamos de pie y, enseguía, se doblaba y se caía al suelo hecho un gurruño. Nosotros, al final, con la idea de refrescarlo, lo sacamos del bar y lo subimos al carromato que, entonces, tenía Camacho pa ir a picón. Y allí tienes a mi Cano, derramaíto en el carrillo to lo largo que era, paseando por to el pueblo, hasta que mis compañeros lo bajaron, y él, que seguía achispaíto igual que antes, con la cara y el cuerpo negritos del picón, empezó a decirnos que no lo lleváramos a su casa, porque su madre se iba a disgustar mucho. Y, al final, no se nos ocurrió una idea mejor que echarlo en la pila que había al lao del pozo Verdinal, y allí se quedó quietecito y entre sueños como un niño Jesús, borrachito hasta los topes, que no tenía ya ni fuerza pa moverse.

—¿Y cómo acabó la historia? ¿Llegó él solo a casa?

—¿Llegar él sólito a su casa como estaba? El asunto acabó de otra forma mu distinta —me responde el barbero—. No quiero ni acordarme. Al final se lió un buen barullo sin esperarlo, y es que, después de dejarlo metío en la pila, cuando nos rodeábamos ya pa irnos, nos pilló en el renuncio la madre del Cano Melona y ¡a ver tú qué hacías...! Cualquiera se paraba. Así que salimos corriendo echando leches, que eso fue lo que hicimos tos, y la madre del Cano nos dijo de to menos bonitos, que de hijos de la gran puta no bajaba. Pero lo malo del caso vino luego. Al lunes siguiente, me fui pal Higuerón y a los pocos días ya no me acordaba del tema, hasta que llegó un sargento que me conocía, porque solía pelarlo con frecuencia, y me dijo mu serio que me fuera preparando, porque iba a tener un careo con el comandante pa que yo le explicase el follón que había liao la noche del fin de semana que fui al pueblo. Así que, a puntito ya de licenciarme, me cagué to de miedo, pues me temía to lo peor y ya me veía metío en el calabozo o en la prisión militar de algún castillo; así que el asunto se puso delicao. Yo pasé unos minutos que a nadie se los deseo y me marché asustao a mi dormitorio. Y, al ratillo de aquello, me entraron ganas de mear y, al irme pal váter, vi que venía derecho a mí, bastante deprisa, un policía militar y yo dije ya está, este viene corriendo en busca mía, de manera que lo recibí con las manos juntitas, pensando que iba a ponerme las esposas; pero el hombre me dijo que qué cojones me pasaba, que si estaba tonto o borracho, o las dos cosas, y que lo dejara tranquilo ir a mear porque tenía rebosando

la vejiga y lo único que quería es llegar al retrete. Entonces, me vi más tranquilo, y, poco después, cuando vino el sargento en mi busca y lo vi serio, ya le dije que hiciera conmigo lo que fuese, pero que lo que hicieran fuese pronto. Le dije además que si iba a venir ya el comandante y me iba a mandar derechito al calabozo; pero, entonces, el cabrón del sargento empezó a reírse y me dijo que yo era un recluta ignorantón. ¿Recluta yo, mi sargento?, le contesté, y ¿por qué dice eso? ¿No van a meterme en el calabozo? Y fue cuando ya me soltó que era una broma, y que me quedara tranquilo de una vez, porque lo que me había dicho del fin de semana se lo había relatado a él uno de nuestro pueblo, sobrino de un capitán de Artillería, en el bar de oficiales mientras tomaban unas cervezas. Así que era to una broma, gracias a Dios, y el cabrón del sargento lo había preparao pa meterme miedo. Entonces me vi más tranquilo. ¡Me cago en diez! ¡Menudo susto me dio el peazo cabrito! ¡Me veía ya encerrao en un castillo militar! Y así era la mili de entonces. Uno estaba ignorante; había mucho miedo y estabas siempre acojonao. Y nunca te terminabas de espabilar.

Ha empezado a llover de repente, sin avisar. Las gotas de lluvia tamborilean en la uralita descascarillada y antigua del tejado. La noche cerrada ha caído sobre el campo y Antonio ha encendido la luz, una tibia bombilla a la que, enseguida, se acercan varias polillas que, en breves segundos, son satélites en su órbita. Antonio no quiere hablar más de la mili y en sus ojos azules, tranquilos como lagos, aparece otra vez la nieve de Alemania. Y, si en la mili pasó momentos duros, fueron aún más difíciles de soportar —según me dice— los que hubo de vivir luego de emigrante, lejos de su patria, de su casa y su familia en un país extranjero, frío y lejano.

—De Alemania recuerdo tristezas y fatiguitas, muchísimas penas. Pa que te voy a contar. En la fábrica mía habíamos gentes de toas partes: yugoslavos, italianos, rumanos, turcos, algunos griegos... Había de toas partes gente, y pa entenderte las pasabas bien putas, que el asunto no era fácil. Yo era, por aquel entonces, un muchachillo; ya ves tú si era joven que allí me tallaron y, al final, tuve que venirme pa hacer la mili. Pero luego volví otra vez, unos años más tarde; y en esta ocasión estuve más cerca, al lao de Sttugar, casi en el mismo límite con Suiza. Me metí a trabajar en una empresa de albañilería y estuvieron conmigo otros hombres de aquí, del pueblo. ¡Esa segunda vez sí que fue dura! Resistí mucho tiempo solo, casi dos años, aunque estaba casao y había nacío ya mi Belén, mi hija mayor, que sólo tenía cuatro meses. Estuve año y medio sin poder venir a casa, y los pasé de un tirón, con muchísima pena, y no me importa decir que lloré bastante, porque no me olvidaba de mi mujer y mi niña chica. Luego,

cuando ya pude encontrar vivienda, vine al pueblo a por ellas y me las llevé a vivir conmigo. Estuvimos viviendo en un piso casi de juguete, que medía, más o menos, unos veinte metros cuadraos. No se me olvidará lo que había en el piso: la cama de matrimonio, la cuna mi hija, una mesa, un sofá, cinco sillas, la taza del váter, y una poquilla cocina pa defendernos. En el piso apenas podíamos rodearnos. Bueno, pues fuimos capaces de resistir y pasar más de un año viviendo en aquel cuchitril. Yo tenía una jornada mu dura de doce horas; de las doce del mediodía a las doce la noche, pasando apuritos, en una fábrisa de yesos. ¡No sé cómo pude aguantar tantas calamidades! Ahora, cuando me acuerdo, parece imposible. Pero sí fue verdad; vaya si fue verdad. Me chupé en Alemania trabajando un puñao de años. Y no me he podío olvidar toavía del frío, que lo tengo metío en el fondo de mis huesos.

la música de las bodas

A lo largo de 1966 fueron muchos los villaduqueños sin trabajo que agarraron la vieja maleta con tela de cuadros y tomaron un tren que los condujo a otros países. España, en aquellos años, estaba aislada. Estábamos solos, en un desgraciado furgón de cola, apartados del mundo, en las antípodas del progreso, y Alemania era para los niños de mi pueblo un paraíso de nieve muy lejano en el que los perros se ataban con longanizas y los montes eran de merengue o de vainilla. Alemania era en el horizonte de los pobres como un sueño imposible, un auténtico El Dorado con imponentes fábricas donde se ganaba, en apenas dos meses, el sueldo aquí de todo un año.

Los emigrantes se iban sin un duro, con los pantalones llenitos de remiendos, pero, al regresar, venían mejor vestidos, con otro color en el rostro, y a veces traían libidinosas revistas pornográficas que enseñaban a sus amigotes con cierto orgullo en las habitaciones secretas de los bares, donde nunca podían llegar los alguaciles, ni el cura del pueblo o los miembros de la Benemérita para hacer caer todo el peso de la ley sobre aquellos que disfrutaran de tales revistas —auténticos atentados contra la moral—, prohibidísimas aquí, en nuestro país, en aquellos años.

Era en el tiempo dulce de las bodas, cuando las niñas jugaban con cintillos y danzaban sobre las plazas saltarinas con vestidos bordados por los crepúsculos de invierno. Seguían muriendo algunos mineros de silicosis y muchas casas del puedo iban cerrándose segadas por la pobreza y la desidia. Había muchos huérfanos y sólo quedaba la alegría de las bodas antiguas, los convites familiares, y aquellos bailes románticos, sedosos, que se celebraban siempre al anochecer en el salón de algún bar o algún casino que gozara de un mínimo espacio confortable donde cupiesen los músicos y los invitados. Barberucho fue músico semiprofesional y amenizó muchos bailes de la época, antes de 1966, año en el que emigró a buscar trabajo a una ciudad lejanísima de Alemania, porque no podía subsistir con sus conciertos. Y, si en España su vida no fue fácil, más difícil aún lo tuvo en Alemania. Ahora evoca aquel tiempo con cierto desconsuelo, pero en su acento no falta un humor cáustico: el arma con el que los pobres matan penas y, a galope tendido, huyen del desaliento.

—Antes de que se vinieran pa Alemania a vivir conmigo mi mujer y mi hija mayor, aguanté viviendo con otros compañeros —me confiesa muy triste—. Vivíamos en una especie de residencia y me acuerdo que estaban conmigo dos o tres más: mi cuñao Manolo, en

gloria esté, que era un peazo de pan, otro de no sé dónde, y un solterón de Badajoz, que el mu cabronazo ni se acordaba de su tierra. Sin embargo, a mí me dolían los recuerdos, y me impresionaban las cartas de mi mujer, que, al leerlas, me hacían llorar como un descosío, sobre to cuando me nombraba a mi Belencilla, mi hija mayor, que tenía mu pocos meses. Pero bueno, el ambiente tampoco era tan triste —cambia el tono de voz, y sus ojos azules se transforman, chispean como jilguerillos enamorados—, que había algunos momentos en que no faltaba el cachondeo. Yo, al salir del trabajo, en los ratos libres que tenía, le cortaba el pelo a tos mis compadres de la Residencia, y mi Cuñao Manolo me animaba y bromeaba también mucho conmigo. Me acuerdo que había un pobrecillo ignorantón, que tenía menos dientes el cabrón que una pava enferma, y mi cuñao Manolo, que era un cachondo, una vez llegó con unos dátiles recién compraos, y aquel pobre infeliz, que no había visto aquello en su puta vida (tampoco lo habíamos visto nosotros antes), empezó a preguntar que qué leche fruto era aquel tan raro; y mi cuñao, mu serio, fue y le dijo que aquello tan negro era como una especie de patatas que se criaban sólo en Alemania, y que a él se las había dao un agricultor que estaba sacándolas entonces con un tractor en una finquilla que había al lao la residencia. Y se puso tan serio mi cuñao al decírselo que el simplón que no tenía dientes le hizo caso y se presentó el infeliz ante el agricultor pa pedirle unas pocas patatas de aquellas negras que un poquillo antes le había regalao a mi cuñao Manolo. A to esto nosotros lo estábamos viendo por una ventana y nos dolía la barriga de tanto reírnos, que hay que ser ignorante pa tragarse aquella broma. Pero aquel pobre hombre sin dientes se lo creyó. Así era la vida entonces. Había mucha ignorancia, y uno salía de su pueblo hecho un chaval, sin haber visto el mundo siquiera por un abujero. Es verdad que salíamos del pueblo ignorantones, sin saber las penas tan grandes que vendrían, porque en el fondo éramos unos desgraciados.

A Barberucho le vence la emoción y en sus ojos acuosos flota el fulgor de la lejanía como el buril de una estrella sobre un charco. No sé si la noche está fuera o dentro de él, porque escucho el cri-cri de los grillos y el lamento de los sapos en celo a un paso de la estancia, y es como si el paisaje negro, amargo, habitara dentro de Antonio, estuviera en él, como están los astros lejanos y ya sin luz engarzados en la bóveda oscura del espacio, iluminándolo desde su inexistencia. Antonio me mira con la sencillez de los humildes, con la ternura insólita de esos hombres que han sufrido el exilio aceptándolo sin miedo. Todo en él resulta, a veces, paradójico, y él salta sobre sus recuerdos, los apaga, pero luego, al instante, vuelve a darles brillo con el suave betún de su melancolía. Y acabo sabiendo —aunque ya lo

había intuido— que Barberucho es un hombre melancólico que se agarra a la música, a las canciones de otros días, para recuperar los días marchitos en los que él fue feliz tocando con los Piratas: un grupo de música de Villanueva del Duque que amenizó en los 60 muchas bodas y algunos bailes de feria inolvidables.

—Empecé a aprender música cuando era un muchachillo —dice Antonio García Cabrera emocionado—. Ya en el cincuenta y nueve iba a Pozoblanco con Fermín, el del bar Ladrillo, los dos mu jóvenes. Y eso sí que era pa nosotros un sacrificio, porque había que chuparse al día veintitantos kilómetros, y la carretera estaba además sin alquitranar que, en na que llovía un poquillo, se embarrizaba. Recuerdo que íbamos los jueves y los domingos, y en el viaje echábamos más de una hora. Aprendimos la música que enseñaba el método Eslava, y yo elegí de instrumento el saxofón, que ha sío toa la vida lo que a mí más me ha gustao. Me costaban las clases cincuenta pesetas al mes, que yo siempre las sacaba de la barbería. Por entonces no habían cerrao toavía las minas y había en Villanueva del Duque mucha gente; y de toa esa gente había muchos hombres pa pelar, así que no tenía tiempo pa aburrirme. El pueblo llegó a tener seis mil personas, y contándome a mí había entonces diez barberos. Pero luego, al cerrar la mina de las Morras, empezó a emigrar mucha gente pa otros laos y el negocio de la barbería fue decayendo. Yo era un músico ya en el año 1960, cuando me metí a tocar con los Piratas. Por entonces no había una boda a la que no fuéramos, y, una vez con otra, sacábamos un sueldecillo. Aunque tampoco te creas que era tanto. Pa vivir sólo de eso no daba; te lo aseguro. Por eso, al final, tuve que irme pa Alemania.

—Antonio —le digo— ¿y los bailes antiguos cómo eran? ¿Se parecían en algo a los de ahora?

—¡Ni muchísimo menos! ¡No compares! ¡Aquellos sí que eran bailes de verdad! Entonces en ninguna boda faltaba el baile. También es verdad que había más gente en nuestro pueblo y eso, quieras que no, al final se notaba. En el conjunto que hicimos, «Los Piratas», me acuerdo que estábamos gente de varios pueblos: de aquí, de este pueblo, éramos el Gallo, Fermín y yo; Rafael el Cucas era de Alcaracejos, y quedaba el Colorín, que era de Santa Eufemia. En aquellos años, hasta que no me fui a Alemania, es verdad que tocamos en bodas y otros sitios. Empezamos cobrando veinte duros por ca boda, después subimos a doscientas, y luego a trescientas. Yo era un muchachillo con poco más de dieciséis años, pero me las apañaba con el saxofón; el Gallo era el que tocaba la batería, Fermín, la trompeta, igual que el Cucas, que era un fenómeno, y el Colorín y yo éramos los

saxofonistas. Parece mentira lo bien que lo pasábamos animando las bodas en el baile y haciendo verbenas. Uno se vuelve más joven al recordarlo.

—¿Cómo recuerdas las bodas de aquel tiempo?

—Las bodas de entonces se celebraban con alegría, de una forma mu diferente a como hoy se hacen. No quiero decir que las bodas hoy no sean alegres, pero no se parecen naíta a las de entonces. La cosa empezaba, como ahora, yendo a la iglesia y, después de salir, iba toa la gente a casa el novio. Y allí se daba el convite o el refresco. Se sentaba to el mundo por los pasillos y las habitaciones y se iban pasando unas ruedas de dulces en una bandeja. Ca uno cogía lo que iba pareciéndole, y me acuerdo que muchas viejas tenían la costumbre de llevarse un pañuelo y guardar varios dulces pa su casa. Entonces to se pillaba a más deseo; hoy la gente tiene de to y no le hace caso. Terminaba el convite, y la gente cogía y se iba al baile; la noche anterior a la boda eran las serenatas. En las bodas de aquellos tiempos había mucha música. A nosotros los músicos nos pagaban por to junto, por el baile, por la serenata y por ir por las calles.

Las bodas antiguas se fueron despojando, al pasar los días, de toda su parafernalia, cuando llegó a los pueblos la modernidad de los tocadiscos y los convites en los salones. En Villanueva del Duque ocurrió el cambio en los años primeros de la década de los 70, cuando el bar de Antonio, en el corazón del Verdinal, fue ampliado y se reformó su planta alta, donde se hizo un salón coqueto, acogedor, que, después, con los años, fue quizá empequeñeciéndose al desorbitarse las listas de invitados, cuando de un centenar, más o menos, de personas —que era la asistencia normal a una boda antigua—, pasaron a un número de trescientos o cuatrocientos.

Antes las bodas del pueblo desprendían un halo muy íntimo, sencillo y familiar; las de hoy, sin embargo, han adquirido un olor social, en muchísimos casos frío y desangelado. Han cambiado los tiempos y, con ello, las costumbres. A los jóvenes de hoy la música de pasodobles y la copla española les huele a naftalina. Sin embargo, Antonio no olvida los instantes en los que tocaba dichoso aquellas piezas, que aún le ponen el vello de punta al recordarlas:

—De entonces recuerdo canciones mu bonitas, temas mu románticos que interpretábamos los Piratas y estaban de moda al principio de los 60; por ejemplo, recuerdo Reloj no marques las horas, Muñequita linda, Angelitos negros, Brigitte Bardot y Una ventana en el cielo. Nosotros tocábamos siempre esas canciones, pero también le

dábamos al pasodoble, como, por ejemplo, España Cañí, El Porompompero, Islas Canarias... Entonces sólo se bailaba el agarrao y no se empezó a bailar suelto hasta años después, cuando llegó la música yé-yé y se pusieron de moda los guateques. Los Piratas empezamos también a tocar La Yenka, el baile de El twist y otras músicas marchosas, pero en nuestro conjunto no había vocalista; éramos cinco músicos y lo que la gente más pedía eran los pasodobles y los temas románticos. La gente lo que quería era el baile agarrao.

—¿Echas de menos, Antonio, aquellos bailes? —le pregunto, aun teniendo muy clara su respuesta.

—Claro que los echo —dice—. ¡Cómo no! Y ahora quizá más que nunca; ya voy pa viejo. ¡Cómo no voy a acordarme de aquellos días! La juventud se va y ya nunca vuelve, y a uno sólo le queda un puñaíllo de recuerdos y de buenos momentos pasaos entre las fatigas. A mí me gustaban mucho las bodas de antes y toas las costumbres que hoy día ya se han perdío. Y no sólo era el baile; en la boda había otras cosas. A mí la costumbre que más me emocionaba era cuando por la tarde, después del baile, íbamos tos los músicos por las calles de Villanueva, acompañando al novio y los padrinos, pa recoger las mozas de casa en casa. Las mozas iban toas a la merienda con su cubierto y, después de comer, otra vez volvían al baile, y así hasta mucho después de oscurecer, hasta ya entrá la noche. Aquello era bonito. En las bodas de entonces se lo pasaba bien la gente. Hoy quizá hay más dinero, pero no existe el amor, ni el cariño, ni la alegría que había entonces. En las bodas de antes había muchísima alegría y la gente reía y bailaba sin cansarse.

los días del esquilo

Como si hubiera emitido un veredicto, Barberucho ha expresado lo que piensa de las bodas, y, ahora, con acogedora majestuosidad, se levanta del viejo sillón de barbería y se asoma a la puerta abierta del casuto sobre el que la noche deshoja su tristeza: la oscuridad cruje en las paredes y se pega a la hierba como un delicado hojaldre. Lo noto cansado, herido de recordar tanto, pero aún tengo que formularle otras preguntas sobre uno de los oficios que más ejerció: el de esquilador, un trabajo sucio y duro, según dicen los que practicaron esta labor tan ligada al calor, al zumbido de las moscas, y a los olores embriagantes del mes de mayo, fecha en la que se esquilaba al ganado ovino. Recuerdo cuando yo era un niño de once años y, por el torturado camino de la dehesa, me acercaba con los pastores de mi abuelo hasta el Lentiscar, donde pastaban las ovejas que, bajo la horrible canícula de la siesta, habían sido esquiladas en las cuadras y el corral donde ahora se ubica la casa donde vivo.

Quizá estuvo, aunque no lo recuerdo en este instante, en alguno de aquellos esquilos Barberucho: por entonces, él había regresado de Alemania. Sí recuerdo, en cambio, muy bien a otros esquiladores, entre los que destaco a Rafael Quintana; zapatero agradable y adalid de la alegría, dueño de un humor tierno, extraordinario. Evoco, en este momento, a Rafael: afanado en el esquileo de alguna oveja, apostado junto a los ponederos de las gallinas, en el amplio corral de mi abuelo Pepe Andrada. Recuerdo el olor pegajoso de la lana enredado en el áspero hedor de los excrementos de los animales apilados en el corral o en la cuadra umbría y llena de telarañas. Era duro el esquilo visto desde fuera; pero aún mucho más duro y sucio habría de ser desde dentro. Era impresionante el ánimo del esquilador, que se pasaba en cuclillas todo el día, desde que el alba rayaba hasta el anochecer, amarrado al cuerpo seboso de una oveja que se iba multiplicando durante la jornada en docenas y docenas de hermanas casi clónicas, a las que aquellos hombres, muy hábilmente, habrían de quitar un vellón de lana suave, muy sedosa al tacto, aunque sudada y maloliente.

Las ovejas salían al sol ya sin su abrigo y se les notaba más gráciles y ligeras: eran varios los quilos de lana que perdían. Después, al final de la tarde, corrían en tropel, conducidas por los pastores, hacia el Lentiscar, la finca que era propiedad de mi abuelo Pepe. A mí me gustaba ir al lado de los pastores y de un enorme mastín, llamado Olivero, que aún tenía por entonces en el cuello una carlanca, aunque ya no quedaba ni un lobo en nuestra sierra. Le pregunto ahora a

Antonio si él recuerda a aquel mastín, pero él dice que no, que no logra recordarlo. Él no quiere realmente acordarse de aquel tiempo oloroso a sebo de oveja y lana sucia.

—De los esquilos —afirma— es mejor no hablar, porque era un trabajo mu duro y sacrificao. To lo que yo te diga de aquello es poco. Esquilando pasabas muchísimas fatigas. Yo empecé a esquilar cuando no tenía once años, y entonces yo era un chaval más flaco que un lápiz; me veía negrito pa manejarme con las ovejas. No tenía apenas fuerza y las ovejas pesan mucho, que pa ligarlas cuesta un sacrificio. A mí me enseñó a esquilar, nunca lo olvidaré, porque yo era un canijo, Francisco el Villaralto, y el manijero era Hilario «Pata Palo», que en paz descansen los dos, los pobrecillos. También estaba conmigo Pablo Notario, que era buena pieza y le gustaba el cachondeo, porque, aunque fuesen mu duros los esquilos, y uno echara la hiel mientras estaba trabajando, en algunos momentos también se bromeaba. Pero ¡madre del alma! ¡Cuántas fatiguitas! Había que esquilar día tras día muchas ovejas. Pero lo mejor de to era el compañerismo, que los esquilaores estábamos mu uníos, y también es verdad que nunca faltaba el cachondeo, como cuando a Gorucho le robaron la merienda y le metieron un gato en la talega. Aquel día Gorucho, que era el tío más feo del mundo, en lugar de cabrearse con tos nosotros, metió como pudo la mano, sacó al gato, y, al tenerlo en el aire, le preguntó si era gato a gata, y después lo tiró enseguía a tomar viento. Pero peor le pasó a Rafael Quintana, que otro día se la liaron toavía más gorda. Aquello pasó en el cortijo de Roberto, y le metieron un lagarto en la fiambrera. Y a aquel pobrecillo le daban pánico los bichos, sobre to las culebras, los lagartos y las lagartijas, que na más ver una se ponía to descompuesto. En aquella ocasión él iba mu tranquilito y, al abrir la fiambrera y toparse allí con el lagarto, tiró asustao la fiambrera y salió echando leches, que estuvo perdío por el campo un largo rato. Y ya no comió ni abrió el pico en toito el día, y, al llegar al pueblo, no dijo siquiera buenas noches cuando se despidió pa irse a su casa. La verdad es que se lo tomó bastante mal. Yo pensé que no iba a volver con la cuadrilla, a esquilar con nosotros; pero él era extraordinario y, al otro día de la broma, ni se acordaba, se le había pasao to el cabrero y seguía lo mismo, con sus ganas de cachondeo, igual que siempre. Rafael Quintana era un tío fenomenal, de los que hoy ya no se encuentran. Te lo aseguro.

Me emociona escuchar las palabras de Barberucho recordando a Quintana. Subido en sus recuerdos, me dejo llevar por ellos hasta tocar la delicada luz de los esquilos. Cuánto admiro a estos hombres sencillos, campechanos, que tienen la voz del sol dentro del pecho y el sonido del viento escrito en la mirada. Resulta admirable ver cómo del

dolor, del sacrificio más duro, del cansancio, extraían los esquiladores un optimismo que, contemplado ahora, en la distancia, parece irreal, absurdo y anacrónico. Eran hombres fornidos, vacunados contra el cansancio, que utilizaban el arte del humor, los chistes, las bromas, para olvidarse de lo oscuro, de la dureza terrible del esquileo: una labor oscura y mal pagada, por aquellos años difíciles, en los Pedroches. Barberucho me cuenta en qué consistía el esquileo:

—Lo de esquilar es un arte, hay que saber. Esquilar una oveja llevaba un largo rato; no era llegar y topar como algunos creen. Ten en cuenta que, antes de na, tienes el calor, porque las ovejas se esquilan ya entrao mayo, y por esas fechas te comen ya las moscas. De toas las maneras, había que echarle muchas ganas. Al día te solías esquilar de veinte a treinta; unas veces era alguna más, y algotras menos. Y la cosa tenía su truco, no te creas, porque había que tener cuidao de no hacer cortes pa que la lana saliera siempre limpia. Primero cogías la oveja y la legabas, y, una vez, que tenía las patas bien atás, ya podías empezar a pegar tijeretazos, teniendo cuidao pa que el vellón saliera junto y la lana no terminara corticheándose. Cuando se le cortaba a cualquier oveja, se pedía enseguía moreno, que era un mejunje que se le echaba encima de la herida; el moreno se hacía con hollín mezclao con Zotal, y también solía echársele polvos pa los chaparros, con el fin de que hiciera en la herida de desinfectante. Al final, por mucho cuidao que uno pusiera, terminaban sufriendo siempre los animalitos. Pero también sufríamos los esquilaores con aquella calor que no había quien la soportara, y además terminaba doliéndote to el cuerpo de estar arringado to el día, encima una oveja. ¡Podían darle por el saco....! ¡En mitad de la siesta, chorreando sudor por to el cuerpo y tiraos en cualquier parte, entre las cagarrutas y los orines! De verdad que de aquello no quiero ni acordarme.

—Pero algo tendría de positivo, digo yo, ¿o es que no había nada bueno en el esquilo?

—Ya dije que lo mejor era el compañerismo y gracias a eso, a lo bien que nos llevábamos, encontrábamos fuerzas tos pa tirar palante. El esquilo se abría cuando se empezaba a ver y no terminaba hasta que oscurecía. Sólo parabas un rato pa comer y, al poquillo, seguías otra vez con la rutina. Trabajabas siempre a destajo y te pagaban según las ovejas que esquilases en la jornada. Por ca borrega te daban un par de pesetas, cuando yo comencé a esquilar, y era la costumbre de que ca vez que un esquilo se acababa, le tocaba al aprendiz pagar el vino, casi siempre una arroba, que iba a emplearse en la corrobla. Y lo sé porque a mí me tocó el día que empecé. Al terminar los esquilos

había costumbre de comprar algunas cosillas pa comer, casi siempre solía ser lechón, pero, algotras veces, comprábamos queso, chorizo, o lo que pintase. Y pa que tú veas si había compañerismo que, cuando yo entré de aprendiz, a mis once años, mi madre, la pobre, se encontraba ese día en Madrid acompañando a una de mis hermanas que esa misma mañana se iba a operar de una cadera, y tos los esquilaores de la cuadrilla se pusieron de acuerdo pa darme a mí el mismo dinero que ellos ganaron ese día de jornal, sesenta pesetas, que a mí no me correspondían, porque yo había esquilao en to el día mu pocas ovejas, pero ellos entendieron que había en mi casa necesidad. Y eso no puedo olvidarlo mientras viva. Lo mejor del esquilo pa mí era el compañerismo y la mucha hermandad que había entre los esquilaores.

Se levanta, ya sí, de una manera definitiva, del viejo sillón de Pedro, el de las Avellanas, y lo hace con la displicencia de un discípulo que evoca en el gesto la ausencia del maestro. La noche penetra en la estancia por un postiguillo y deja sombras chinescas tras la bombilla en torno a la cual aún giran polillas de oro. El viento hilvana afuera una letanía quejumbrosa de olvidos, de ausencias, de añoranzas, y lame el espíritu gris de las paredes mordidas de musgo y líquenes voraces. Antonio me mira y hallo en sus ojos de emigrante el temblor de la nieve en los bosques de Alemania; pero, al mismo tiempo, hallo el calor febril de mayo y la música desangelada de las bodas en el salón de un bar que hoy ya no existe sino en la lejanía de mi recuerdo. Entra en mi pecho un turbión de sensaciones. Creo oír dentro de mí, por un instante, un saxofón muy dulce taladrando la noche invernal, esta noche traspasada por el susurro blanco de un autillo que permanece escondido en un arbusto o en el tocón ya podrido de algún árbol. El sonido del saxofón suena en mi espíritu, pero el canto del ave nocturna late fuera, aunque la noche oscura, musical, lo introduzca en las galerías de mi sangre.

Los sonidos se funden. Salimos. Subimos al coche: el camino es como una cinta de vapor en la que se sumergen las luces de Villanueva. De regreso, miro a Barberucho de soslayo; después le pregunto si le apetece echar un trago en el bar de Antonio por celebrar nuestro reencuentro. Me responde que sí, que tiene ganas de endulzar los malos recuerdos con una copa de oro tinto. Al entrar en el pueblo, la soledad es un animal con los ojos de piedra y, de un zarpazo, nos engulle. ¿Dónde está la gente a esta hora? No hay nadie en las calles. El pueblo desierto da miedo. El rumor del invierno late en los corralones deshabitados.

Llego con Barberucho a la plaza del Verdinal, y el fulgor que

brota feliz del bar de Antonio, ante el peso de tanta tristeza, exhala vida, el pálpito débil de un pueblo solitario, el rumor de los trabajadores que, a esta hora (nueve de la noche), beben despacio sus cervezas o sus copas acodados en un rincón de la barra. Tomo asiento con Barberucho y pedimos algo para aliñar las palabras que hilvanamos.

Veo de refilón la plaza del Verdinal, la casa donde viví mis años primeros. A través de la lluvia que ha comenzado a lagrimear imagino la frágil silueta de mi padre flotando en la puerta de la tienda de tejidos. Aparto mis ojos y echo la llave al corazón, para que no sufra más rozando estampas, retales de un tiempo roto por el frío. Barberucho me sigue hablando de otros años, pero ya no lo escucho; me aíslo, y, por un instante, no soy yo quien bebe una copa de pitarra acodado en un bar que ya estaba aquí hace tiempo, antes de yo nacer, cuando a él llegaban los mineros a beberse unos vasos de pitarra o de manchego para luchar contra el silencio y la fatiga. Ahora ya no soy yo junto a esta plaza silenciosa. No puedo reconocerme en el presente, porque, aquí, en este sitio, vivo sumido en el pasado. Me despido de Barberucho. Salgo del bar. La noche camina en mi alma, como un niño. En la plaza del Verdinal, la lluvia arde, atando murmullos e imágenes derruidas.

Capítulo VIII

la huerta de «cartones»

El silencio se echa sobre los flancos del asfalto como un perro cansado y molido por la canícula. De Villanueva del Duque a Alcaracejos hay un trayecto de apenas tres kilómetros y el paisaje es ameno, lánguido y amable; a un lado y a otro se extienden campos de cebada, pequeños cercados, familiares vaquerías, y algún que otro chalets de moderna construcción que quita al paisaje su innegable hechizo agrícola, concediéndole un tono urbano, menos íntimo.

Por la carretera, en esta tarde soleada, a la altura de los Ventorros —un puñado de casas— caminan dos prostitutas delgadas, rubias, que desprenden un halo infinito de tristeza. A unos trescientos metros o poco más del lugar donde están, a orilla de la carretera, se ubica el prostíbulo al que se dirigen. Al cruzar a su lado una de ellas me saluda con un gesto obsceno. Miro hacia otra parte. Sigo mi camino y ellas quedan detrás mía, incrustadas en los ojos del retrovisor, como siluetas efímeras, rasgadas por el verdor del paisaje soñoliento. A la entrada de Alcaracejos, vibra el aire y escribe sobre las mimosas ya marchitas, en los flancos de la carretera, un gris murmullo que penetra en mi coche por la ventanilla abierta.

Sin saber por qué, miro a mi alrededor y el pueblo que veo, abierto, azul, cosmopolita, no recuerda a aquel otro sumido en la posguerra, ceñido a la oscura cintura del franquismo, cuando aún existían viejas rivalidades entre los mojinos (vecinos de Alcaracejos) y los cuervos (así nos llaman a los villaduqueños) que, más de una vez, dirimían sus diferencias mediante apedreos feroces y brutales, en los que, con cierta frecuencia, solía haber bajas: chavales descalabrados en el combate. Los niños de entonces estábamos asalvajados. Hoy, gracias a Dios, todo es muy distinto y aquellas tensiones desaparecieron y apenas ya se recuerdan como anécdotas de un tiempo sombrío y antediluviano.

No obstante, en Alcaracejos por fortuna no todo eran apedreos aquellos años, pues también existían hermosas fiestas populares y un conjunto de bailes variados y muy enjundiosos que destacaban en toda la comarca. El folclore de Alcaracejos es muy genuino. Quien sabe más de él sin duda es un maestro enraizado en el pueblo, José López Navarrete, amante del campo y de la jotilla de esta tierra: un baile que practicaban antiguamente las mujeres y los hombres en la temporá de la aceituna.

Por entonces los aceituneros de la zona no volvían al pueblo hasta

el final de la recolección y pasaban las noches en casitas de campo muy sencillas, mal acondicionadas casi siempre, que disponían sólo de un candilillo, o en su caso de algún carburo rudimentario, que apenas servía para alumbrar el breve espacio en el que se improvisaban aquellas fiestas donde siempre sonaba la jota de los Pedroches. En los bailes de la aceituna surgían noviazgos, mientras se andaba cantando la jotilla al ritmo de la sartén y del cantarillo en cuya boca se daba con una gorra produciendo un sonido dulce y placentero.

Muchas de aquellas jotillas populares, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, han sido recopiladas por Pepe López, quien pone un cariño especial en recuperar las viejas manifestaciones de tipo folclórico que ignoraba la gente más joven de Alcaracejos y ahora, al fin, ya conoce gracias al empeño y la extraordinaria labor de este maestro profundamente sencillo, popular, con el alma arraigada en la savia de esta tierra de la que, hoy por hoy, es un portavoz magnífico, algo que todos debemos agradecerle.

José López Navarrete, maestro rural, hortelano por afición, es, ante todo, un hombre entregado en cuerpo y alma a las raíces de su tierra natal que ama muy profundamente. Este hombre cordial, hijo predilecto de Alcaracejos, acabó recogiendo en un libro muy enjundioso los juegos tradicionales del municipio; el volumen rescata letrillas, canciones, adivinanzas, que, gracias a su trabajo recopilatorio, pudieron salir del cajón insomne y romo que propicia el olvido, la indiferencia de los jóvenes y la desidia gris de los mayores que, quizá obnubilados por las modas más sombrías, acaban perdiendo la luz de sus raíces y, con ello, la identidad de su memoria. No obstante, debido al esfuerzo de Pepe López, los más jóvenes de Alcaracejos y la comarca pueden conocer las costumbres de otro tiempo, los juegos al corro y las cancioncillas populares que, hace ya algunas décadas, servían de divertimento a toda una generación de niñas y niños que aún desconocían por suerte la cultura vulgar, anodina y ramplona de los yanquis: el sucio imperio de Halloween y las hamburguesas.

Hablo ahora de Pepe López Navarrete, hijo predilecto y muy querido en este pueblo, con Francisco Fernández «Cartones», un viejo hortelano que ha rebasado los ochenta, pero que aún se conserva igual que hace diez años, cuando llegué a entrevistarlo, como hoy, a su «huerta de luz», situada a las afueras, en el ángulo noroeste del municipio. Aquella entrevista fue publicada en diario córdoba, en una sección que, a modo de galería, fue dando a la luz semanalmente semblanzas, retratos o biografías, de mujeres y hombres anónimos de esta tierra secularmente herida por el olvido.

En aquella ocasión, cuando vine a ver a mi entrevistado, Francisco «Cartones», me sorprendió el curioso decorado que, a los mismos pies de la huerta, se ubicaba: una especie de nave decrépita y anárquica hecha con trozos de chapas desiguales. Y hoy, después de diez años, ha vuelto a sorprenderme.

En la nave siniestra huele a decrepitud abonada por un sentimiento melancólico que empapa la huerta acostada en sus orillas, varada como un ballena desventrada con las barbillas movidas por el viento. Dentro de ese espacio absurdo, surrealista, hay sin embargo un sagrado aroma arcano: el olor del trabajo anudado a la fatiga enquistada en los muchos objetos y utensilios pertenecientes a un mundo que hoy no existe. Ubios rotos de carro, dientes de trillo, arados viejos, jáquimas enmohecidas, bieldos, horcas..., decoran la estancia en armónico desorden.

Un perrillo atado a la reja de un arado me ladra al entrar en ese túnel intemporal donde uno puede tocar los días perdidos, las voces de los hortelanos, el sudor rancio de los segadores en medio de la siesta. Sin embargo, no hace calor, tampoco frío, cuando uno se adentra en este museo improvisado de una cultura rural aún insepulta en las señales de un cálido mosaico diseñado y creado por la pátina del óxido. Cerca de los objetos casi inútiles, se tiende el verdor liviano de las hortalizas y las pálidas sombras de algunos árboles frutales que se alinean, dócilmente, en torno a la noria.

Al entrar a la huerta el frescor de la tierra recién arada me acaricia y recibe con la delicadeza sobria de la madre ya entrada en edad, de ochenta años, que recibe a su hijo acariciándole el cabello. Un gato pequeño, retoño de gato y de jineta, se cruza por una sinuosa veredilla que conduce a la alberca; la noria aparece en un costado, dormida junto a las antiguas cochiqueras donde ahora Francisco tiene encerradas las gallinas.

Francisco «Cartones», hortelano y tratante de ganado, dueño de este universo agrario, ya antiquísimo, se sienta conmigo al borde de la alberca, amparado por la arquitectura sigilosa de un viejo nogal que ha empezado a brotar recientemente: en sus tímidas yemas la luz guarda su misterio, la penúltima capa de una tarde que ya cruje como una nuez pisada por el viento. Le pregunto a Francisco, sentado junto a mí, si aún recuerda la vez que lo entrevisté aquí mismo —a finales de julio, en torno al día de Santiago—, mientras giraba la noria y su rumor se quedaba prendido entre los árboles frutales impregnando la hora de una somnolencia grávida.

—Ya han pasao una pila de años desde entonces —me responde Francisco—, y yo me siento más cansao. He cumplío ya ochenta y dos años, y eso se nota, y mucho más en mi edad. Pero no me quejo, porque si cumplo esos años significa que es señal de que ya he vivío mucha vida y, de momento, toavía me encuentro bien. A mí no me falta el ánimo ni la alegría; yo siempre he tenío mucho ánimo en la vida, y por eso he podío salir siempre adelante. A veces, con apurillos, no te creas. De toas las maneras, a la vida le he puesto corazón. Desde mu chiquinino he tenío muchas ganas de vivir y de tirar palante como fuese. A mí no se me ha puesto nunca na por delante. A veces, yo pienso que estoy vivo de casualidad. Tengo mi cuerpo hervío de cicatrices. Me acuerdo una vez que pudo matarme el explotío de una lata mu vieja llenita de carburo que se me ocurrió preparar cuando era un nene. Yo estaba en la sierra jugando al lao de otro muchacho y, de buenas a primeras, se me ocurrió hacer un barreno, y allí que me tienes acercándole un mixto a aquel carburo pa que así explotase y la lata subiera hasta las nubes. Y claro que sí explotó, pero fue en mis narices. Nos habían dejao en la casa al cuidao del puchero a otro amigo y a mí, y apenas vio el otro lo ocurrío, en vez de ayudarme salió corriendo to asustao y se escondió en una casa que había cerca. El zumbío me abrió en la ceja una brecha mu grande y por una chiripa no me abrió toa la cabeza. Cuando llegó mi padre y me vio allí, to llenito de sangre, pensó que estaba muerto.

La vida de entonces, de Francisco y otras gentes, solía transcurrir en muchos sitios de esta zona entre la casa del pueblo y la de la sierra. Había muchas familias que, antes de la guerra, pasaban gran parte del año en la montaña, cuidando piaras de cerdos, rebaños de ovejas, o dedicándose a otros menesteres como las de quitar monte, hacer picón o coger aceitunas. Era una economía de supervivencia, sustentada, básicamente, en los productos que la Madre Naturaleza les ofrecía. En este sentido, las sierras de Alcaracejos, más frondosas y esbeltas que las de Villanueva del Duque (la Chimorra es el monte más alto de estos pagos), han sido siempre riquísimas en espárragos, setas comestibles, madroños, y otros frutos, algo que, en otro tiempo, resultaba fundamental para la supervivencia y el sustento de muchas familias que en la sierra hacían su vida, como fue, por ejemplo, la familia de «Cartones». Esto repercutiría sensiblemente en la educación cultural de este buen hombre con los ojos claros y azules como su carácter, tan abierto y acogedor como un cielo de junio. Francisco ahora reconoce, sin rencor, que no tuvo oportunidad para estudiar, pues su situación familiar se lo impedía:

—A mí me gustaba mucho ir a la escuela, pero a los nueve añillos me quitaron, cuando me habían enseñao las cuatro reglas. El maestro

le dijo a mi padre, no lo olvido, que esperase un poquillo y no me quitara del colegio, porque yo ya sabía restar y sumar mu bien, y se me daban bastante bien los números. Pero había que ayudar en el campo y, con to su dolor, mi padre acabó sacándome de la escuela pa que, así, le echara una mano en sus quehaceres. Yo era entonces mu chico; ni siquiera tenía once años. Ca vez que lo pienso ahora me da lástima, porque ya de muchacho perdí la oportunidad de haber estudiao y haber llegao a ser algo en la vida. Pero así son las cosas; estaba en el campo mi destino. Y, por muchas vueltas que diese, iba a ser así. Terminé trabajando en el campo, con los animales, y es verdad que la vida me ha dao bastantes penas pero también muchas alegrías. De toas formas, yo sé que mi vida ha sío mu dura. Pasé el año del hambre y sé lo que son las calamidades.

Francisco lo dice sin pizca de acritud, aceptando, al final, su destino ciegamente, con deportividad, aunque sin entusiasmo, porque, al fin y al cabo, él conoce la escasez y las muchas esquinas que tiene el sufrimiento, esa estancia invisible, pero acerada y neblinosa, donde él hubo de sobrevivir bastantes veces, en muchos momentos aciagos de su vida. Aún así, este hombre jamás desfalleció ni agachó la mirada para hundirse en el vacío, sino, muy al contrario, derramó siempre optimismo y una jovialidad fresca y rotunda que, aún, se le nota al hablar, cuando recuerda algunos momentos difíciles de su existencia casi en tono humorístico, haciendo cosquillas en su memoria herida por vientos de pólvora y azufre.

—Yo me acuerdo —me dice— que de muchacho era mu inventor y se me ocurrían muchos disparates. Recuerdo la vez que quise hacerme una escopeta con el soplón que había en la cocinilla, con el arillo pequeño de una percha, y un cachillo de tabla también pa la culata. Total que me fui al paseo con otros amigos con la idea de probar si funcionaba el artilugio; pero, al final, nos llevamos tos un buen chasco. Me acuerdo que nos colocamos al lao el mataero, apuntándole al tronco de un olivillo que había cerca. Le pusimos a la escopeta un cachillo de alambre que servía pa percutar encima de un mixto. Así que cargamos la escopeta ilusionaos, esperando que aquel invento funcionase; pero ni el tiro salía ni hacía na... Y volví a recebar el cañón con mucha pólvora, pero no pasó na tampoco. Me puse nervioso, porque aquello no había quien supiera solucionarlo. El caso acabó al coger la escopeta un primo mío. La cogió con cuidao, le dio al mixto despacio y funcionó: le reventó la escopeta casi en los ojos, que el pobre se ha muerto con los granillos de los plomos pegaítos en la cara, al pie de la nariz. Y no se quedó al final ciego de milagro. A mí desde entonces, debío a lo que pasó, se me quitaron las ganas de inventar. No quiero ya ni acordarme de aquel susto.

el recuerdo de antonio mansilla

A los pies de la noria, el tiempo discurre lentamente, como en la campana de un sueño impermeable que no puede traspasar nadie que no sea uno mismo. En los sueños, como en los recuerdos, no cabe el tiempo: los días se suceden fuera de nosotros pero el ritmo que tienen no coincide casi nunca con la huella que van dejando en nuestro espíritu y se nos queda escrita en la nostalgia. Hace ya diez años, sentado aquí, en el mismo sitio, Francisco «Cartones» evocaba anécdotas curiosas que vivió de chaval con su primo Antonio Mansilla, alcalde de Alcaracejos muchos años, y hoy, desgraciadamente, fallecido. Antonio fue quien me habló de su primo Francisco y me animó, por entonces, a que lo entrevistara; la verdad es que aquella experiencia me agradó: hay algo en este hortelano que conmueve, una extraña serenidad que huele a campo pero, al mismo tiempo, a honradez, y a valentía. Este hombre menudo, de ojos claros y nariz aguileña, algo desaliñado en su indumentaria, transmite un afecto intenso, luminoso, una cordialidad que se te pega en los ojos del alma como un sello indeleble. Esa humanidad entrañable, desgarradora, la desprendía también su primo Antonio, al que hoy echo de menos sentado a un paso de la noria, en el borde ya frío de esta alberca de aguas plácidas donde croan las ranas anunciando ya lo oscuro, un anochecer que apenas tardará, y en su canto preludian decenas de estorninos posados en las ramas de un melocotonero. Le pregunto a Francisco, al final, por su primo Antonio, y la voz se le queda prendida entre los labios, como un viejo recuerdo que no se atreve a despuntar y queda atascado en mitad de la memoria.

—Mi primo Antonio Mansilla era extraordinario —dice el hortelano, restregándose los ojos—, fue más que un amigo pa mí. Era casi mi hermano. Con él trabajé muchísimo en la sierra, al venir licenciao de la mili, esmayaíto, acareando leña con dos burros que teníamos por entonces los dos en Alcaracejos. Mi primo le puso al suyo el Criminal, y al mío, el Cordero. No sé bien por qué razón los bautizó a los dos con esos nombres que, al final, se les quedarían para siempre, porque así toa la gente y to el mundo los llamaba. Los años de los que te hablo fueron duros; salíamos mu tempranito de nuestra casa con nuestro par de burros pa la sierra. Y, al llegar allí, no parábamos de trabajar y de tamujar leña, monte, y lo que pilláramos. Vendíamos mucha leña por entonces, y es verdad que también le ganábamos dinerillo. Me acuerdo una vez que nos dieron por un carro entero, llenito de leña, catorce duros de los de antes. Eso fue, más o menos, por el año 46 y había mucha hambre en el pueblo, que yo a veces, no me importa decirlo, me comí hasta los pimpollos. Por entonces la carne no la veíamos ni en película.

—¿Tanta hambre se pasó entonces aquí, en los Pedroches?

—En los Pedroches, en Córdoba, y en tos laos —responde Francisco—. Yo me acuerdo claramente que el asunto empezó estando haciendo yo la mili; allí sí pasábamos un hambre exagerá. Fíjate si será verdad lo que te digo, que en la mili hubo un día que sí que nos dieron de comer y tos los soldaos arrastrábamos tal hambre que un amigo mío se murió de un reventón. Y no te exagero, que el pobrecillo era mu joven y se fue al otro mundo hartito de comer, porque se llenó la barriga de ensalailla y no le debieron sentar bien las patatas. Toavía no puedo explicarme qué ocurrió, porque sólo un poquillo antes se lo advertí, que no comiera aquel día con tanta ansia, pero claro, el pobre que estaba esmayaíto repitió varios platos y luego pasó lo que pasó, que reventó de una mala digestión porque tenía el estómago desacostumbrao. ¡La madre que lo parió! ¡Cuánto comería pa morir reventao de un atracón de ensalaílla! Era mucho hombre y necesitaba comer mucho pa llenar tanto cuerpo, y es que en la mili por entonces la comía no solía verse ni en pintura, que ¿sábes lo que te ponían pa desayunar?, un poquillo café aguaillo y esbirriao, y, después, de merienda un poquillo plato de lantejas que estaban más malas que la que las trajo al mundo. Así que mi amigo por lo menos murió hartito, y ya sí que no volvió a pasar más hambres. Pero ¡qué final tuvo la criatura!

En la voz de Francisco se mezclan dolor y compasión, aunque, de entrada, no parezca así y, al hablar de la muerte de su amigo tragaldabas, se le escape un tonillo irónico, guasón, que no es otra cosa al final, después de todo, que un asidero frágil de ternura donde «Cartones» se aferra como puede para intentar olvidarse de una muerte, además de terrible, demasiado absurda e injusta. Y en vez de alejarse del torvo sufrimiento, del horror más ignominioso e incomprensible, Francisco se hunde en los fangos de una mili que él vivió con sus compañeros de generación en unos momentos durísimos e inhumanos. Se le llenan de barro los ojos y en su voz se adentra de golpe un bando de cuervos y de lechuzas que en su vuelo sombrío, lleno de oquedades, acercan las horas malditas de aquel tiempo en que Francisco «Cartones» fue soldado.

—Yo vi por entonces en la mili muchos casos que no te los puedes creer —dice muy triste—, detalles que simplemente de pensarlos se me revuelven las tripas. La verdad es que tengo de entonces malísimos recuerdos; a mí me tocó la mili en el año el hambre y la pasé bien putas, no te creas. De toas formas, al final logré sobreponerme. Aunque yo no era mu delicao pa la comía, había veces que lo pasaba bastante mal y se me quitaban las ganas de comer ca vez que veía a

un gallego, que era un tío guarro, arramblar con lo que pillaba en cualquier camino. No se me olvida una vez que en Guadarrama le vi manducarse cuatro perrillos chicos, sin destetar toavía los pobrecillos, que le había robao a una perra recién paría que nos encontramos perdía junto a una casa. Y ya ves si sería marrano el gallego aquel que cogió a los animalillos delante de tos, sin taparse de nadie, los despellejó despacio y, después de estriparlos, se puso a asarlos en la candela y se los manducó el cabronazo en dos segundos. Se me revuelven las tripas toavía de pensarlo. Aquel tío era un guarro y tenía el estómago de hierro, porque, más de una vez, yo mismo lo vi comiendo ratas, erizos, sapos, culebras y lo que pillara, cualquier cosa que se encontrara por el campo. Aquel tío era el tío más guarro que he visto nunca.

Francisco «Cartones» tose, carraspea, intenta apartar el recuerdo del gallego, del modo que sea cuanto antes de sus sienes. Se levanta y llama mimoso a un par de gatillos (uno de ellos es el híbrido del gato y la gineta) que juguetean gozosos por la linde que divide al huerto en dos porciones desiguales, pero, aun así, no exentas de armonía. Uno de los gatillos, el más pizpireto, da un salto muy suave y se encarama en un olivo. Mientras tanto, los estorninos siguen bordando su alegría inconsciente entre las ramas del melocotonero: al trasluz parecen frutos negros, nerviosas ciruelas, dulcísimas brevas que flamean doloridas, zarandeadas despacio por el aire, un vientecillo gélido, violeta, que, a medida que el sol se hunde, va agigantándose.

El hortelano me habla de la mili, aunque no quiere hablar. Está hundido en su paradoja; sin embargo, al final, encuentra un antídoto feliz cuando evoca la imagen lejana de su mujer y recuerda las cartas que ella le enviaba aquellos años, acompañadas a veces de fotografías. En los labios resquebrajados de Francisco el nombre de su mujer siembra dulzura: es un terrón de azúcar que él disuelve en el café tan negro de su mili.

—A mi mujer, la Trini, la conocí na más terminar la guerra, en el año 40 —la voz se le llena a «Cartones» de un almíbar sobrio y juvenil, de una miel sencilla, clara—. Estuvimos de novios los dos bastantes años, muchísimo tiempo. Pero me sirvió de mucho. Estando en la mili ella solía mandarme cartas y yo me animaba muchísimo al leerlas. Me acuerdo que le contestaba casi siempre diciéndole que me mandara en el sobre sellos, porque yo no tenía dinero pa responderle. De dinero andaba más tieso que una alpargata. Y así estuvimos algún tiempo, varios años, hasta que vine por fin ya licenciao, y era yo tan feliz que no podía ni creérmelo. Me casé con mi Trini en el 1950 y empecé a navegar y a trabajar en bastantes cosas pa sacar como fuera

palante a mi familia. Yo he hecho un poco de to; y en to me he defendío como he podío. Lo que he sío mayormente ha sío tratante de ganao, pero he trabajao también mucho en la huerta y, después, con las vacas, que eso me ha ido bien; pero también he arao y sembrao mucho. Yo he hecho mil cosas, esa es la verdad; pero en tos mi trabajos siempre he puesto el corazón, y por eso he salío palante. Ahí está el secreto, en ponerle ilusión a la vida y tener ánimo.

el carro de encina

Le pregunto a Francisco por su trabajo preferido, o por el oficio con el que más ha disfrutado; pero noto, enseguida, que le cuesta responderme y no quiere manifestarme su opinión. Yo intuyo que ha sido el oficio de hortelano, aunque no me lo diga. Mas no lo podría afirmar; él habla muy bien de todos sus oficios, de cualquiera de los trabajos, o de las tareas, que desempeñó a lo largo de su vida, una vida bastante agitada laboralmente que ha sufrido estrecheces y múltiples penalidades, pero, no obstante, una vida fiel a un mundo, al del territorio ancestral de Alcaracejos.

—Yo he hecho un poco de to —vuelve a insistir— y he trabajao en muchísimos oficios, porque me he agarrao a toas las cosas que han ido saliéndome. He hecho de hortelano, de vaquero, de labraor... Pero también me ha gustao la barbería. Ya ves tú si es así que afilé una navaja cuando la guerra y la he tenío nuevecita hasta hace poco. Con aquella navaja afeité a docenas de hombres; la llevaba siempre conmigo en el macuto, y me la olvidé solamente una vez en casa, cuando pasaron pa Francia los alemanes. Me dieron permiso y muchos de aquellos compañeros que pasaron pa Francia volvieron los pobres hechitos polvo, y eso los que pudieron, porque hubo algotros que yo no volví a ver más en toa mi vida. Pero volviendo al tema de la navaja, con ella afeité a mucha gente allá en la mili. Luego la he conservao bastantes años y me he estao afeitando con ella hasta no hace mucho, que hace poco tiempo, creo que fue el pasao verano, se la acabé regalando a uno de mis nietos mezclá con otros arruches que había en mi casa, porque estaban siempre mis hijas dando por saco y diciéndome que me afeitara con la cuchilla y que dejara ya quieta la navaja. Pero yo es que tengo la barba como alambre y con la cuchilla me cuesta afeitarme mucho.

Francisco «Cartones» hoy ya no tiene su navaja, pero pienso, ahora mismo, que sigue habitando su interior como uno de esos objetos melancólicos que, aun desapareciendo y desgastándose, habiendo sido borrados por el tiempo, permanecen alimentando nuestra nostalgia.

El valor de un objeto al final no está en el precio más o menos importante que alcanzó en su día, sino más bien en lo que éste significa a un nivel emotivo y sentimental para quien lo disfruto en otros instantes, aunque ahora la superficie de ese objeto se halle rugosa y descascarillada. Pienso en esto al mirar la huerta de «Cartones» llena de objetos agrarios y cachivaches que, objetivamente, tienen poco valor, pero para su dueño, el hortelano, cada uno de ellos guarda en su inutilidad un precioso momento o etapa de su vida, un fragmento esencial adherido a su experiencia. Uno ve en la noria el vértigo de los días, el óxido circular de los veranos, el dolor de la lluvia grabado en sus cangilones que, después de más de tres décadas, aún son tan útiles como el día primero en que fueron construidos. Francisco «Cartones» mira la noria junto a mí, y veo, de soslayo, que su mirada se humedece. Después habla y me entrega otro pedazo de su vida, un raigón de existencia humilde, luminosa, que tiende ante mí como una ofrenda de agua.

—Al venir de la mili —dice—, entré a mi huerta y me emocioné, se me escaparon unas lagrimillas. Pero enseguía pensé que debía animarme y salir adelante trabajando en lo que fuese. La verdad es que las cosas no comenzaron yéndome mal; por entonces, me dio un primo mío un chaparro mu hermoso. Yo le había comentado tos los proyectos que tenía y él se ofreció a entregarme aquel regalo; y me acuerdo mu bien lo que le comenté: que yo iba a sacarle a aquel árbol un dinerillo; y, al final, me salí con la mía, como verás, y hoy me siento feliz de no haberme equivocao. Lo primero que hice con el árbol fue cortarlo, y, con la madera, me preparé un carro mu guapo, y aquel carro, con el borriquillo que tenía, me sirvió, por entonces, a dar portes de leña. La madera de aquel carrucho era buenísima, madera de encina que no había quien la rompiese. Del carro compré solamente las dos rueas; lo demás lo hice yo solito y sin ayuda, porque sabía bastante de carpintería, que antes ya había trabajao de carpintero. Así que, como te digo, compré las rueas. Las compré en Añora, y ¿sabes tú qué me costaron? Doscientas cincuenta pesetas, ni un duro más. Eran unas rueas grandísimas y mu fuertes. Luego, antes de terminar de hacer el carro, me acerqué a Villanueva y vi a un amiguete haciendo parvas; la era, me acuerdo, estaba al laíto de ca el Ronco. Por casualidad aquel hombre quería vender dos rueas y, como yo tenía sólo un borrico y las rueas que había comprao eran pa dos bestias, le pregunté si cambiábamos las rueas; y, al final, nos pusimos de acuerdo e hicimos el trato: él me daba sus rueas y una cuartilla de lantejas cambiándolas por las mías que eran más grandes. Así que apenas volví, aquel mismo día, sin pensarlo ya más, me puse a acabar el carro. Y no tuve otra idea mejor en toa mi vida. A aquel carro yo le

saqué buenos dineros.

—¿Cómo fue que el carro le dio tantas ganancias —le pregunto— si entonces apenas había trabajo?

—Pa trabajar lo que importa es tener ganas, y a mí me sobraban las ganas en aquel tiempo. Empecé con el carro a dar bastantes portes. Desde Alcaracejos iba al Viso casi a diario, y también, otros días, a Villaralto y a Santa Eufemia. Ca mes iba a un sitio distinto a portear harina, y cobraba ca porte de mil quilos a cuarenta pesetas, la mitad del dinero justamente que otros cobraban. Así que los portes de harina no me faltaron. Esto fue unos poquillos años antes de casarme, entre el 46 y el 47. Yo era entonces mu joven y no me asustaba trabajar; los portes eran duros pero, también, tenía que hacerlos si quería llevar dinerito fresco a casa. Hoy te puedo decir que el carro fue mi salvación, porque saqué con él buenos jornales.

el sudor de los pozos

El sol ya se inclina y comienza despacio a trastabillar en los ramajes desnudos del nogal como un trapecista borracho de aguardiente que ha perdido en la red su anillo de casado. Los estorninos se alejan de la huerta buscando un lugar seguro para dormir, porque el frío se agranda a medida que el día va acabándose. Mientras charlamos tranquilos Francisco y yo, pasa por un caminillo junto a la huerta, con un caldero en la mano, Paco Estévez: buen amigo mío y genial futbolista en los 80, cuando participábamos uno y otro en las ligas de fútbol celebradas en la comarca. Paco Estévez jugó frente a mí muchos partidos y era un futbolista fino y elegante. Aún sigue físicamente casi como entonces, con algún quilillo de más, pero muy poco. Yo he engordado quizá más que él: pesan los años, aunque también es verdad que pesan los quilos. Sin embargo, Francisco «Cartones», a sus ochenta y dos (y estamos hablando de años, no de quilos) sigue delgado y derecho como un junco. Quizá sea por su carácter hiperactivo, pues se pasa los días afanado en cualquier labor que tenga relación con el mundo agrario.

Paco Estévez se para, hace un alto en su paseo, y nos dice que va camino de su huerta, que queda a un tiro de piedra. Luego de charlar con nosotros unos minutos, se despide, pues según dice tiene prisa y, antes de que anochezca, quiere llegar a su destino. Cuando Paco se aleja, la luz del poniente se destiñe y se vuelve de sangre en los ojos del crepúsculo. Le digo a Francisco «Cartones» que hace frío, mientras la tarde despacio se nos muere como una aterida pregunta ya enredada entre los árboles mudos y los tejados. Me agarro a los últimos flecos de la luz y le pregunto a Francisco por la huerta, por esta extensión de tierra pudorosa que late a mis pies como un perro tierno y mudo que espera a la noche para dormirse en sus caricias.

—Esta huerta no es la primera que yo tuve —susurra Francisco, más que habla, en esta hora donde el atardecer tiende su enigma—. La primera huerta que trabajé era de mi padre y allí estuve navegando bastantes años. Me da mucha pena acordarme de aquel tiempo, porque estaba conmigo mi primo Antonio Mansilla, que en gloria esté, trabajando codo con codo, los dos juntitos. Mi primo fue siempre pa mí como un hermano, y hemos pasao los dos muchas fatigas. El pozo de aquella huerta lo hicimos los dos, y fíjate tú si la tierra sería dura que acabamos con una barrena desgastaíta. Era tierra mu tosca y mi primo y yo sudamos mucho batallando un día tras de otro en aquel suelo.

Ahora, en estos años, se hacen los pozos de otro modo y ya no son necesarios el pico y la pala, ni se utiliza tampoco la barrena. Hace no mucho tiempo, un par de décadas o así, cavar un sencillo pozo de cinco o seis metros llevaba consigo un trabajo de semanas; hoy, en cambio, se puede cavar en sólo unas horas. Siempre que no haya granito en la superficie y la tierra no sea demasiado tosca y dura, con una máquina retro, o excavadora, el pozo está listo en menos de medio día. Luego queda el trabajo, claro está, de los albañiles que habrán de emplear su tiempo en revestirlo con resillas o ladrillos, sin tapar nunca el venero por el que brota el agua a borbotones, entre las vetas pequeñas que el granito deja en la tierra mullida y arenosa.

Hacer hoy un pozo no conlleva esfuerzo físico: los muchos jornales del hombre y sus fatigas los deshace una máquina en un puñado de horas. No obstante, es preciso también reconocer que en algunos lugares concretos de los Pedroches, debido al granito, es muy difícil cavar pozos; en estos casos se busca otra alternativa, y el pozo es sustituido por un sondeo. Hay muchas familias dedicadas al ganado vacuno, al lanar o al porcino —de pura raza ibérica— que necesitan agua en cantidad para abastecer sus explotaciones agroganaderas y, después de haber intentado hacer un pozo, han decidido tomar la segunda opción, sondeando el lugar y obteniendo un gran venero de agua escondida a muchísimos metros bajo tierra. También utilizan sondeos los hortelanos, de modo que hoy riegan su huerta muchos de ellos utilizando la técnica del goteo, evitándose así el esfuerzo que antes suponía regar con la noria una porción de tierra grande abriendo y cerrando los surcos con la azada. El trabajo del hortelano es menos agobiante de lo que en otro tiempo solía ser. El mismo «Cartones» lo reconoce; las huertas de hoy dan menos tarea que las de antaño.

—Si tuviera algún día que elegir mi mejor huerta, sin dudarlo, me quedaría con la que ves —comenta Francisco, señalando sus posesiones—. Ésta yo la compré después de casao; antes, vivíamos en la huerta de mi padre y yo en aquel sitio me sentía mu atao. Me acuerdo que un año habíamos criao varios guarrillos y, cuando ya los teníamos bien cebaos, dijo mi mujer que a ver si matábamos alguno y no los vendíamos tos como hacíamos siempre, si no los cambiábamos por un borriquillo o un mulo pa labruchear el terreno que teníamos. A mí me gustaba muchísimo hacer tratos, y, en aquella ocasión, mi Trini insistía muchísimo en que había que hacer la matanza del modo que fuese y no vender, por los menos, tos los cochinos; pero mira por donde compré unos borriquillos, a los que les puse de nombre Contento y Remaches, y pagué veinticinco duros por los dos juntos, que aquello no eran dineros en aquellos días. Así que, al final, se jodieron los guarrillos y los acabé vendiendo pa hacer trato. Yo me

alegré muchísimo, es verdad, de haber escogío a la pareja de pollinos. Con aquella yunta labré bastantes fincas, que los dos pobrecillos trabajaban como condenaos. Mucha gente quedaba espantá de ver cómo araban. Le enganchaba el arao y aquello era coser y cantar, que las criaturitas araban casi solas. Trabajar con aquella yunta era una gloria. Por entonces mi tía Mercedora me dio unas tierras pa que las trabajase y las sembrara; y la verdad sea dicha, yo con mis bestias les saqué bastante provecho a aquella finquilla, que cogí veintitantas fanegas de habas aquel año.

Francisco «Cartones» me cuenta con detalle el largo rosario de penas y sacrificios que hubo de soportar, durante años, para sacar frutos dulces de la tierra, porque entonces había una carencia de medios técnicos y las agujetas mezcladas con el sudor ocupaban el sitio que ahora ocupa la comodidad de utilizar maquinaria muy accesible, como es, por ejemplo, la famosa mula mecánica: una máquina que tritura y moltura la tierra, destripa terrones, y deja lisa la superficie sobre la que el hortelano, horas después, habrá de sembrar pimientos, cebollas o tomates.

Pero no me interesa tanto la economía, o el producto que da la tierra en sus estaciones, como la riqueza anímica interior de este hombre ya anciano que tengo junto a mí hablándome de una edad que desconozco pero que, sin embargo, ahora hago mía, porque su historia late en mis entrañas y me veo con «Cartones» sin dificultad labrando la tierra, cavando pozos con barrena, o sacando agua dulce y fresca de una noria con los cangilones llenos de cansancio. Es la noria del tiempo la que ahora tengo frente a mí, una noria de herrumbre donde la tarde se desploma y se queda atrapada, deshecha entre las piedras y las sobrias paredes donde cacarean las gallinas y los escasos gallos, cuatro o cinco, que Francisco «Cartones» está criando en los rincones que, hace sólo unos años, servían de zahúrdas para cebar las cochinas que él criaba y luego vendía a cualquiera que se ofreciese, porque, más que hortelano, Francisco es corredor (como aquí se les llama a los tratantes de ganado) y tiene en los ojos la luz de muchas ferias y el asfixiante calor de los rodeos celebrados en algunos pueblos de la zona que él recorría ilusionado para patear las calles del recinto donde se apiñaban las bestias de labranza. Se inundaba todo el extrarradio de la feria de caballos y de mulos, de burdéganos y de asnos que los gitanos y los payos intercambiaban con unas cuantas monedas de por medio, estableciendo los tratos de palabra, sin que existiera un contrato por escrito, porque así eran los tratos de bestias por entonces: no valía la tinta sobre el papel, sino la palabra. Así me lo dice, emocionándose.

—A mí siempre me tiraron los tratos mucho —confiesa añorando

un mundo que hoy no existe, pero aún permanece escrito en la memoria y en los pesebres humildes de la sangre—. Yo he hecho muchísimos tratos de ganao, y de tierras también, y he sacao buenos dineros. Te llevabas el uno por ciento de lo vendío. Donde más se sacaba era con el trato de las vacas. Ese era el ganao que más dejaba por entonces. A mí siempre me gustó mucho comprar y vender. Recuerdo una vez, y de esto sí hace mucho tiempo, que compré en Villanueva veintisiete borreguillos y me los llevé a la huerta de mi padre. Allí los saqué adelante con una cabra que les dio de mamar a tos ellos la pobrecilla. Pero, al final, la cabra se me murió, con las ubres ya secas, hechita polvo la criatura de haberse entregao tantito a los borregos. La suerte es que tos los borregos salieron alante y no se murió al final ni uno solo de ellos. Luego con los borreguillos hice negocio, que con esa intención los había comprao en tu pueblo. Primero vendí los machos, ya bien crecíos, y dejé toas las hembras con el fin de que criaran. Las ovejas parieron y las vendí poco después a nueve mil pesetillas; no estuvo mal, porque hace cincuenta años eso sí era dinero. Luego con esa ganancia compré una tierra y la empecé a labrar con mis borricos, hasta que la convertí en una gran huerta. Hice el pozo, yo solo también, compré una noria que me costó, por entonces, cuarenta duros. Luego vendí esa huerta mucho más cara, a catorce mil pesetas, y con el dinero me hice de una vaca, y me sobraron del trato dos mil duros. Aquel sí que fue un negocio redondo y rápido, uno de los mejores de toa mi vida. Yo en casi tos los tratos he tenío suerte.

el secreto de los cangilones

Paco Estévez, que hace un momento cruzó el camino en dirección de su huerta, ahora regresa, nos saluda otra vez de nuevo y dice adiós. «Daos prisa —comenta—, que si os descuidáis os cae la noche». Le digo a «Cartones» que el frío es insoportable por ver si se anima y, al fin, se levanta de su asiento (el borde gélido y áspero de la alberca donde estamos tejiendo nuestra conversación), pero se ve que este hombre anciano ya, aparentemente tan frágil, tan menudo, está acostumbrado a vivir con las escarchas (que aquí, sobre Alcaracejos, son terribles) y no siente quizá por ello el frío descomunal que, después de haberse ido el sol, hace en la huerta: un helor de cristal está traspasándome los huesos. Ni siquiera el gatillo pequeño, que hace un momento correteaba nervioso entre las lechugas, se ve en los alrededores. Ha desertado. No esperó a que el último aliento de la luz ahorcara su melancolía en el olivillo donde, hace cinco minutos, el sol jugaba acariciando a un esquivo petirrojo. Pero el gato se ha ido y la huerta, en este instante, está sola como la casa de un minero donde su dueño murió de silicosis y la familia emigró a una gran ciudad buscando un futuro cálido y feliz.

«Cartones» llama al gatillo con mucho mimo, pero el pequeño felino no aparece. Quizá se haya refugiado, huyendo del frío, en la quejumbrosa nave de chapa gris que, ahora mismo, gime herida por el aire. El anochecer se ha puesto de mal humor y, en no mucho tiempo, algo más de media hora, ha bajado la temperatura más de tres grados. Se prevé, según las noticias de la tele, un cambio de tiempo radical para el domingo. Pero ese detalle a Francisco no le importa: él no teme a la escarcha, ni al viento, ni a la lluvia, y ahora me sigue hablando (y crece el frío) de cuando adquirió su huerta más reciente, ésta en la que ahora mismo nos hallamos.

—Esta huerta la compré hace mucho tiempo, treinta años o así —dice «Cartones»—; yo mismo hice los cangilones de la noria. Y ahí está la noria toavía, casi como antes, porque yo siempre la he mimao y he estao al cuidaíto de que no se estropeara nunca un cangilón. Y el secreto pa que los cangilones no se oxiden consiste en bañarlos en un bidón con alquitrán, hasta que el cangilón se empape bien. Así no se pudren nunca y resiste la noria; luego se pegan despacio las pletinas pa que puedan bujardearse los remaches. Hacer una noria parece complicao, pero si uno se pone a ello puede hacerla. Yo hice esta mía y ahí la tienes, que pue verse, y eso que lleva ya puesta muchos años, que la hice, como te he dicho, al comprar la huerta, y también, por aquel entonces, hice mi casa.

—¡No me dirá usted, también, que la hizo solo!

—¡Pues claro que sí, que la hice! ¿No lo crees? —me responde en un tono casi airado—. Si no te lo crees puedes preguntárselo a quien quieras, que esa casa que ves

—señala con el índice un edificio que hay junto a la nave—, la hice yo solo, pasando muchas fatiguitas. Y la levanté, además, ya entrao el invierno. No sé cómo tuve valor, esa es la verdad, pa levantar el tejao y subirme arriba cargao con cubos de barro y el palaustre. Que a mí me ayudó solamente un hombre viejo; pero ni albañiles ni na necesité. ¡Ca vez que me acuerdo pienso que estuve loco! Me podía haber matao; más de una vez me resbalé, pero la sangre, al final, no llegó al río. Tuve mucha suerte y valor, lo reconozco. Cuando hice el tejao ya estaba entrá la Nochebuena y allí me tenías, pisando los palos de un lao a otro, correteando deprisa, como un águila. Los palos los acareé en Villanueva del Duque, y me los vendió don Juan José Carrizosa. Me acuerdo que se los pagué después de unos meses, cuando vendí una pareja de cochinos. Fíjate tú si pasé calamidades.

Sigue arreciando el frío. «Cartones» bosteza. Comienza a esconderse en las ruinas de sus recuerdos y, durante unos segundos, lo veo deshabitado, como si se hubiera subido de repente en el andamio naranja del crepúsculo y esperase a construir la noche dentro de él. Observo en sus ojos el acuoso resplandor que, a primeros de otoño, descansa en las paredes después de que el temporal se haya alejado. En mi pueblo a ese brillo del sol ya mortecino, a ese tono de luz purpúreo, azafranado, que deja sobre las paredes mansedumbre, se le decía antiguamente candilazo. En el barrio del Verdinal era muy frecuente observar ese ocráceo fulgor a mitad de octubre, una vez que el otoño se había acabado de instalar y el sol del membrillo se había desvanecido sobre los paredones de un corral ubicado frente a la taberna de Juanón y a sólo unos metros de la de Emilio Urbano. Yo asociaba aquel candilazo con el rumor de las bestias cansadas que volvían del horizonte, de la dehesa arrugada, estremecida, por la mordedura malva de la luz. Ahora, junto a «Cartones», de repente vuelvo a sentir la cálida emoción que, al irse la lluvia, en mí dejaba el candilazo. La mirada sencilla, tierna, de este hombre me traslada a aquel tiempo y hallo en ella el resplandor de la lejana feria de Hinojosa y el vahído cansino, lento, de las bestias dejando corbatas de oro polvoriento en los viejos caminos del atardecer. Francisco, al surgir de su aislamiento, de su abstracción repentina y momentánea, vuelve a hablarme de eso, de las ferias de aquel tiempo, de los tratos de bestias, de los asnos y de los mulos.

—Lo bueno de aquella vida —me confiesa— es que en cualquier detalle, al hacer un trato, ponías ilusión y lo hacías con alegría, porque la vida en el pueblo era entonces así, y en un trato cualquiera podías hacer negocio. Eso fue lo que me pasó hace muchos años con la primera mula que compré, porque yo tenía por entonces a mis borricos, como antes te dije, mi Remaches y mi Contento. Y no se me olvidará que aquella mula la compré en Añora por mil quinientas pesetas. Era una mula hermosísima, con engalle, una castellana marcá, una bestia preciosa. Y te digo lo de la alegría de aquel trato porque lo celebré bastante bien: bebiendo unos vasos de vino con el hombre con el que había cerrao el acuerdo. Aquellos eran otros tiempos mu distintos. Aunque siempre he medío mu bien lo que he bebío y no me he solío pasar ni una sola copa. Pero a lo que iba antes; compré la mula y la tuve en el pueblo hasta la feria de Hinojosa; entonces me fui con ella pal rodeo y vendí al animal por catorce mil pesetas. De manera que fíjate tú si hice un negocio; se la vendí a un gitano de Guadix y el hombre se fue más contento que unas pascuas. No sabes lo que me alegré de aquella venta. Y con el dinero que tuve de la mula, me compré una vaca en la feria de Pozoblanco, y, además, la saqué por cuatro mil pesetas. Me quedaron dos mil duros limpios pa otra cosa. Al final, también me deshice de la vaca y se la cambié a otro por el terreno de una huerta. Así solían ser los tratos y los trapicheos. Yo siempre he sacao dinerillo con los negocios.

—¿Se podía vivir sólo de los tratos de ganado? —le pregunto a Francisco—. ¿Dejaban los tratos más dinero que la huerta?

—No sé qué decirte. Dinero, dinero, deja to, siempre que uno le ponga mucho empeño. Yo, como te he dicho, empecé a trabajar desde mu chico. Luego, antes de irme a la mili y después de venir, seguí trabajando también. Nunca he parao. Había noches que ni siquiera llegaba a dormir. Terminaba a las tantas, casi entrá la madrugá, y no me acostaba siquiera; salía marchando. Eso lo he hecho de joven yo más de una vez. Y toavía trabajé más fuerte de casao, porque tenía que mirar por mi familia y traer el sustento a mi casa del modo que fuese. Por entonces iba mucho a la sierra con el carro y lo traía al volver cargao de monte. A ca carro cargao solía sacarle veinte duros, y con eso bastaba pa comer toa mi familia. Vendía el haz de monte, por entonces, a diez reales; y el negocio, como verás, salía redondo. A los portes del carro le saqué buenos billetes.

Hace diez años, cuando vine a entrevistarle, Francisco «Cartones» se hallaba trajinando en el riego meticuloso de esta huerta ahora triste e invernal, pero, entonces, azul, gozosa, bajo la mano alegre del verano. Recuerdo que hacía un bochorno insoportable y en la nave, o

vestíbulo, que hay a la entrada de la huerta, aquel día observé herramientas y arruches de un mundo agrario que, en cambio, esta tarde, al llegar, eché de menos; había algunos ubios de hierro y de madera, y otros utensilios antiquísimos e interesantes que la gente se ha ido llevando poco a poco, muchos de ellos incluso sin que su dueño se enterase. «Cartones» comenta que, de unos años para acá, alguien le ha sustraído algunas piezas de labranza que guardaban para él un significado sentimental. «Son los tiempos —me dice—, hoy nadie puede tener na suyo, porque hay gente que apiola to lo que se encuentre. Yo, como tú sabes, tengo la puerta siempre abierta, pero hasta hace mu poco no han empezao a llevarse cosas. Aquí, ya lo ves, las cosas que tengo no son de valor, pero son cacharros y arruches bastante antiguos y eso, por lo que se ve, hoy está a la moda. La gente de hoy ha perdío la vergüenza, y si te descuidas te dejan sin pantalones».

Todo eso, al final, no le importa demasiado; lo que más le aflige y le duele en realidad es el poso de melancolía y de desaliento que le dejó la muerte de su Roja, la mula apacible, tranquila, laboriosa, de la que yo supe hace ahora diez años, una tarde estival muy cálida y alegre, tan distinta a esta tarde gélida de marzo en la que tiritan los árboles de frío y la luz se desmaya en la herrumbre de la noria huérfana del aliento de la mula que en otro tiempo giró a su alrededor. Le pregunto a Francisco en este anochecer tan frío por el recuerdo que guarda de su Roja.

—Ese fue el animal más bueno que he tenío —me contesta con mucha tristeza el hortelano—. Mi Roja tenía muchísimo conocimiento. Era buena y mu dócil; sólo le faltaba hablar pa entenderse conmigo lo mismo que una persona. ¡No sabes cuánto sentí que se muriera! Su muerte me dolió mucho, de verdad. Cuarenta años había estao al laíto mío y no me falló ni una vez. Era como una amiga. Se la cambié a unos gitanos por el Contento. Aré con ella muchísimo, hasta por la noche, que yo ni he dormío. ¡Cuánto trabajé con ella! No sabes lo que sufrí cuando murió. Luego me hice de otra, que toavía la tengo, y le puse Roja. No es que sea mu maleja; pero la otra era más mansita. Esta es castellana bretona, y peritorda. La compré ya hace tiempo, diecisiete años o así, una tarde que fui la Feria de Hinojosa. Y fue de chiripa, pues no se estilaban los rodeos, pero la vi y enseguida me gustó. La compré por doce mil duros, que no es dinero pa lo que hoy vale una bestia en cualquier sitio. Una mula como esa es bastante difícil de encontrar por menos de veinte mil duros. Así está la vida. Hoy toas las cosas se han puesto por las nubes.

Nos levantamos, por fin, del borde frío que rodea la alberca, y me

duele todo el cuerpo. Con los miembros entumecidos, agarrotado, empiezo a moverme despacio entre las lechugas y los olivillos que hay junto a la vereda. Vibra suave en la huerta una brisa cenizosa que ensombrece la paz sagrada del nogal, la humedad de la nave donde duermen los arruches y los cachivaches agrarios ya caducos. Las farolas del pueblo acaban de encenderse y la hora se impregna de un rumor de niños humildes jugando en la plaza a la hora del anochecer.

las míticas chumberas

Francisco «Cartones» camina al principio muy encorvado, pero luego, enseguida, comienza a enderezarse como la vara de una gamonita que, al oscurecer, espiga su silueta. Hace apenas un minuto acabó de hundirse el sol. Van cubriendo las sombras el alma de la huerta dejando murmullos, aleteos de pájaros que buscan el sueño en los brazos de un nogal. Francisco me mira con cansancio, como si el mundo pesara en sus espaldas, y yo le pregunto si se siente ilusionado para continuar sus labores de hortelano y cuidar de la huerta algunos años todavía, hasta que sienta que ya no puede más.

—No sé, la verdad, lo que aguantaré —confiesa—. Ya me voy cansando; no creas. Voy pa viejo. Son muchos los años que he estao luchando en esta huerta. Y ahora pido a la vida que me pueda manejar y me dé salud pa que yo me encuentre bien. Ahora lo que me apetece es echar un rato por entretenerme y sembrar cuatro cosillas, las habas, las espinacas, unas lechugas... Lo que saco de aquí lo regalo a los vecinos, porque yo ya no necesito comer de esto. Hace unos años, vendía mucha verdura; una vez sembré y cogí muchas habichuelas, que saqué cuatro parvas grandísimas, y las vendí bien, pues gané mu buenos dineros en el asunto. De eso hace muchísimo, pero que mucho tiempo; hoy ya no me apetece sembrar tanto. Ya me voy sintiendo cansao, la verdad, pues me pesan los años. Y la huerta es trabajosa. Yo he batallao ya bastante, ¿no crees tú?

Le respondo que sí, que comparto su opinión. Él me sonríe y me mira con franqueza, mientras salimos fuera de la nave, donde flota el óxido áspero de un tiempo que ya sólo es memoria, penumbra y soledad. Al salir a la calle dice que me espere, que va a recoger la mula de un cercado y piensa volver muy pronto, en dos minutos. Yo le digo que me apetece acompañarlo. Y nos vamos los dos por un caminillo polvoriento que sale de Alcaracejos hacia el noroeste. A la izquierda quedan las casas y un chalet de buena presencia, recién construido. Llegamos a una encrucijada de caminos y «Cartones» me dice que me detenga allí. Él camina hacia un paredón, abre una verja, y empieza a llamar a su mula, también Roja, que se recorta en el fondo del cercado como una sombra chinesca en la penumbra. A nuestras espaldas quedan las chumberas que sirven de linde a la huerta de «Cartones». Francisco, al volver con la mula del cercado, me cuenta la última anécdota del día.

—Mira esas chumberas que ves junto a la pared —dice muy satisfecho—; pues con ellas, aunque no lo creas, he criao tos estos

años una piara de cochinos. Yo tenía unas cochinas, algunas estaban bien preñás, que se comían los higos como pasteles. Se ve que los higos chumbos tienen mucho alimento, porque una vez me ocurrió un caso curioso. Resulta que se me presentaron dos extranjeros que venían mandaos por quien fuera a buscar higos. Y cuando los vi entre medias las chumberas, yo me dije enseguía ¡la madre que los parió! ¡Cómo van a salir las criaturas de aquí a un ratillo! Pero ellos ni se inmutaban los cabritos, y me acuerdo que no dejaban de parlotear, y hablaban: ¡chumbos gustar y ser muy ricos! Yo me decía pa mí, coged, coged muchos, que, cuando pase un ratillo, me lo diréis. Y los pobres salieron de allí sin decir mu, sin quejarse de na. Y yo me mosqueé bastante, pa qué te voy a engañar y decir que no. Bueno, pues al momento preguntaron que si me pagaban algo por los chumbos, y to esto por señas, porque no sabía su lengua, pero sí me entendía con ellos por señales. En fin, yo les dije que no, que no me pagaran, que los higos se los regalaba y que buen provecho. Y los tíos extranjeros se fueron dándome las gracias, haciendo muchísimos gestos con la cabeza; pero los cabronazos iban tranquilos, sin hacer ni una muestra de que se hubieran pinchao. ¡Los cacho cabritos! Pero sí que se pincharon, vaya si se pincharon. Al otro día, toavía de mañana, vino Juanito el de la Fonda y me dijo que qué había pasao con los alemanes, que llegaron a la fonda rascándose muchísimo. Por lo visto, los tíos se metieron en su habitación, se quedaron en pelotas, y se estuvieron ayudando entre ellos, uno con el otro, a quitarse despacio las espinas. Según me contó, los pobrecillos al final las pasaron bien putas con los pinchos. Y sin embargo en la huerta ni quejarse. Yo no entiendo cómo pudieron aguantar tanto metíos entre las chumberas cogiendo higos. A mí me picaba to el cuerpo sólo con verlos. En mi puta vida he visto cosa igual.

Ha cerrado la verja del cercadillo donde estaba pastando su mula hace un momento. La noche es como una chumbera inmensa, con espinas de plata colgadas de su bóveda. Hace frío y me duele, ahora mismo, todo el cuerpo, pero la enhiesta silueta de Francisco —ochenta y dos años cargados de sacrificios— me ayuda a olvidarme del frío y del dolor. A unos metros de la pared, en el ensanche —o la encrucijada— donde se unen tres senderos, Francisco «Cartones» me habla de su mula: dice que tiene un espíritu circense y que, si él se lo ordena, hace ejercicios de gimnasia. Me retiro unos metros y Francisco queda con la artista en el centro de la encrucijada de caminos. El hortelano le ordena al animal que levante la pata, salude, e, inmediatamente, se eche como un corderillo sobre la tierra. La Roja cumple al instante la orden del amo. Una niña pequeña se acerca desde el chalet y aplaude las acrobacias de la mula. Francisco, al oír

los aplausos, se emociona y se siente, por un instante, un Ángel Cristo, domador de mulos valiente y anacrónico.

—¿Qué te ha parecido el detalle de mi roja? —me pregunta orgulloso—. ¿Tú has visto una mula tan mansita?

Le digo que no y, también, que me hallo sorprendido. La niña sigue aplaudiendo, mientras tanto. Francisco saluda y da las gracias a sus espectadores como un torero dispuesto al paseíllo. Después, levanta a la mula de la tierra, la sacude despacio, le acaricia la barriga, y le ordena que ande por el camino en sombra como si de un Lázaro antiguo se tratase.

Salimos de la encrucijada de caminos. «Cartones» no para de hablarme en el trayecto. A los cuatro o cinco minutos llegamos a su casa; a la puerta le espera Trini, su mujer. Me despido de ellos y corro deprisa hacia mi coche que está situado a no muchos metros de la huerta. Antes de subir, miro las sombras entre los árboles, la noche ya desventrada en las chumberas, la copa grávida, insomne, del nogal cargada de astros, de alfileres luminosos, de luciérnagas envejecidas por el frío que traspasa la huerta como un sutil venablo. Me santiguo inconscientemente al contemplar el noble silencio que hay en la huerta. Toco las piedras frías de su pared y es como si me adentrara en el pasado, con las piedras desnudas del tiempo en mi conciencia. Luego subo al coche y tomo el camino de mi pueblo. Alcaracejos va quedando atrás, diluido en un somnoliento resplandor, mecido en el corazón de la llanura, como un fruto de luz arracimado a mis espaldas.

Capítulo IX

la hoja de higuera

Llueve sobre el corazón de los caminos y la paredes lloran sueño y barro. Hay un tono de ocrácea y lánguida apatía en las desgarbadas siluetas de las casas que aparecen y desaparecen en el paisaje, ocultas en el encinar de la llanura, en el suave perfil de una lejanía que mirando al oeste, en dirección de Hinojosa del Duque, tiene un pálido cromatismo de humo y cuarzo, un gris vaporoso que nubla la luz del horizonte y concede a las cosas —a los árboles, a las vaquerías— una apariencia irreal, casi fantasmagórica: un sutil decorado ahogado en la neblina que empaña los campos y los cubre con su aliento. Saliendo de Alcaracejos, en dirección norte, la tierra se ensancha y la mirada adquiere un vuelo de avutarda tranquila que, en los días soleados, se emborracha de azul y se funde con los montes armónicos de San Benito y Santa Eufemia. Pero esta mañana el cielo no es azul y las nubes, que ayer fueran tenues, delgadísimas, hoy se han comprimido en una pálida sustancia que derrama sobre el verdor de las colinas la última melancolía de un invierno que, aferrado a las piedras, a las casas y a los chopos, erguidos a unos metros de la carretera como leznas de plata, se niega a abandonarnos.

De Alcaracejos a Dos Torres la carretera es, bajo la lluvia, una serpiente de alquitrán que brilla y se ondula entre las láminas de agua, sobre las grises siluetas de los charcos donde un cielo invertido yace descompuesto. A mitad de camino, al lado derecho de la ruta, un manojo de olmos podridos, desahuciados, sostienen la serenidad de las cigüeñas y las blancas garcillas encogidas entre los nidos (casi una decena) que adornan el frío lugar e impregnan de vida a los árboles ya muertos. Algo más allá, tras el río Guadarramilla (ahora cauce revuelto, con las aguas enfurruñadas), un manojo de huertas y vaquerías familiares van desfilando a la izquierda del asfalto. Desde el coche se observa un paisaje muy atractivo: las finísimas cuerdas del arpa de la lluvia graban su música lánguida, dulzona, sobre el ralo encinar y los cercados de cebada que se apagan en la lejanía, por el oeste, donde la capa fluvial se hace más densa. La carretera se empina levemente y, al llegar a la cima pequeña de un cerrillo, aparece Dos Torres, abrigado en sus ermitas, bajo el cortinaje gris de la llovizna que cubre de plomo los viejos campanarios. Detrás de las casas, sumidos en la lejanía, casi desleídos en la lluvia que no cesa, flotan los montes tristes de San Benito —algo más allá del límite de Ciudad Real — como perros tendidos sobre un silencio armónico.

La lluvia sigue arreciando hasta entrar al pueblo. Dos Torres está envuelto por un temblor de agua; sobresale en el municipio, a esta

hora gris, el vértigo iridiscente de las piedras, la canción de la lluvia labrando el musgo de las tejas, el dolor del granito en los dinteles de las casas que chorrean saudade por sus lánguidas paredes. Es como si los años y los siglos hubieran pasado cautos, sigilosos, por este lugar, sin hacer ruido ninguno, lo mismo que esas tortugas centenarias que caminan con parsimonia por la arena de una playa infinita, sin pensar nunca en la muerte, esperando el abrazo salobre de una ola que otra vez las devuelva al útero marino, al lugar apacible donde nadie las molesta. En este pueblo las horas nunca pasan. El tiempo es aquí muy lento, inabarcable. La imagen de esas tortugas casi inmóviles me viene a la mente cuando miro esta mañana las casas cerradas y antiguas de Dos Torres labradas por la inocencia de una lluvia que huele al frescor del musgo en las paredes y a un verdín laborioso que espejea sobre las tejas dejando la impronta de un intemporal cansancio.

En Dos Torres el tiempo no muere, ni agoniza, permanece, en todo momento, embalsamado. Entro al Ayuntamiento y siento pronto, al poco de entrar, el peso de la historia, las caricias del tiempo intacto, detenido, en un fabuloso escudo de granito que simboliza la unión de las dos torres y de dos municipios (Torremilano y Torrefranca) que, hace apenas dos siglos, coexistían separados. Cruzo un largo pasillo de la casa consistorial y en una de sus estancias me recibe Ángel Ruiz Jiménez, un picapedrero afable que hace poco labró el escudo de granito que adorna el pequeño patio del Ayuntamiento, luminoso y diáfano incluso en días como éste, cuando la lluvia derrama su indolencia a unos metros de aquí, en el centro de la plaza, adornada en un flanco por hermosos soportales.

Ángel, el picapedrero, me saluda con una amabilidad nada común, como si me conociera desde siempre, y enseguida empezamos los dos a pegar la hebra. Es un hombre menudo, de no mucha estatura física con una mirada diáfana, muy limpia. Sus manos rugosas desprenden humanidad y en sus ojos azules centella una bonhomía que enseguida transmite a quien está a su lado.

Este picapedrero excepcional, Ángel Ruiz Jiménez, ágil conversador, muestra enseguida a su interlocutor —me hallo sentado justo enfrente de él— las humildes señales de su biografía. Tiene la piel cosida de recuerdos y en su voz suena el frío, la lluvia en los caminos, cuando evoca los años primeros de su existencia. Más que vivir, logró sobrevivir en una posguerra azuzada por el hambre, rodeado de calamidades y sinsabores, compartiendo el dolor en una casa de ocho hermanos (él era, por cierto, el tercero de los varones) donde no había ningún lujo ni comodidad, sino, al contrario, problemas e inconvenientes.

—De mi vida no puedo contar más que estrecheces y un carro de penas —dice el picapedrero—, porque pasé mucha hambre cuando chico, y eso, aunque uno no quiera, marca para siempre. Muchas veces, cierro los ojos y me da miedo si me paro a pensar to lo que sufrimos. No tengo muchos recuerdos de cuando chico, pero si me acuerdo de algo un poco sucio, que no sé mu bien si me atreveré a contarte...

Lo veo pensativo, enterrado en la arena de sus dudas, midiendo el terreno árido, fangoso, donde va a entablar un durísimo combate con los fantasmas de aquellos años tan grises que dejaron una huella indeleble en sus recuerdos. Medita en silencio durante ocho o diez segundos. Me mira de un modo tan limpio que emociona, como si estuviese pidiendo protección y buscase en mi alma un pequeño sótano vacío donde guardar sus recuerdos más hostiles, aquellos más dolorosos e inviolables. Yo le animo a que suelte el lastre de sus penas y amarre en el muelle de mi corazón la nave desmantelada de su historia, una historia crecida a contracorriente, porque él quiere y no quiere evocar la luz perdida que le lleva hasta el purgatorio de su infancia y, luego, al infierno de su adolescencia. Aunque entiendo que sufre y le duelen los recuerdos, le animo a seguir. Y, entonces, prosigue su relato.

—Éramos mu pobres y no teníamos ni pa comer. El caso es que yo y mis hermanos más pequeños salíamos al campo a buscar bellotas o lo que fuese. Por entonces había la costumbre... —embalsama su voz, se sumerge en un blando pudor casi fangoso. Y un par de segundos más tarde vuelve a hablar, reanuda la conversación como si tal cosa—. Digo que había la costumbre, por entonces, de que al terminar de hacer tus necesidades, te limpiaras con una piedra o con lo que fuese. Y yo, como era mu chico y no sabía na, una vez que acabé de hacer caca al lao de un huerto, como no veía ni una piedra por allí, me acerqué a una higuera, cogí un par de hojas de las grandes y me limpié el culete tan tranquilo. Pero yo no sabía que aquello iba a escocerme tanto. Fíjate si me escocería tanto aquello que mi madre, la pobrecilla, me llevó al médico, y allí no sé qué me mandaron pa curarme, pero sí es verdad que pasé una temporá con el culo to rojo, ardiéndome a lo vivo, y ni me podía sentar de lo que dolía; se me escapaban chillíos a ca momento.

En las décadas de los cuarenta y los cincuenta, en las casas humildes, e incluso en muchas de los ricos, no había cuarto de aseo y la gente hacía sus necesidades en algún rinconcillo oscuro de la cuadra o en el sitio más escondido del corral, mezclando lo sucio con los excrementos de las bestias (gallinas, cerdos, mulas o pollinos), hasta

que, después de un tiempo, unas semanas, se sacaba el estiércol en un carro tirado de una yunta y era utilizado en las siembras como abono. Por entonces era engorroso hacer de vientre.

Unos lustros después, en la década ya de los 60, empezaron a surgir los primeros signos del progreso y, al fin, los electrodomésticos más usuales (frigoríficos, televisiones, batidoras...), en un lento goteo, fueron llegando a los hogares. Por entonces también vimos los primeros váter y las primeras bañeras con sus duchas. Habíamos entrado en el mundo del progreso y, aunque los niños aún no lo supiésemos, ya estábamos dentro del tardofranquismo que, en su fuerza centrípeta, seguiría aproximándonos hacia el núcleo abismal de una represión ideológica que no acabaría hasta que murió el Caudillo y al fin se inició la ansiada democracia.

la sombra de la benemérita

Tres décadas antes de eso, en el año del Hambre, Ángel el picapedrero y sus hermanos lo pasaron bastante mal. Y él no lo olvida, aunque en estos momentos lo recuerde sin rencor, no culpando a nadie en concreto de sus desgracias. En la voz de este hombre, picapedrero y socialista, hay un enjambre de abejas que laboran en una colmena de corcho derruida, una colmena de sombras y desalientos que se llena de frío cuando habla de su infancia.

—Nosotros —me dice— éramos unos pobres desgraciaos. Al entrar la guerra habíamos nacío los ocho hermanos y salimos, al final, tos vivos de puro milagro. Pero lo peor toavía no había venío. Ya pasá la guerra en mi casa no había más que un jornal que no daba pa que comiéramos once bocas, porque en mi casa vivíamos tos los hermanos con mis padres y mi abuela. ¡Cuánto pasamos, Dios bendito! Mi padre, que había estao de guarda forestal, se echó bien las cuentas y pensó, al final, que pa no pasar hambre tenía, como fuese, que meterse a panaero. Y fue pensao y hecho; nos fuimos tos a vivir a Añora y mi padre encontró un trabajo en la panadería. Yo tenía por entonces diez años o poco más. Y los hijos fuimos creciendo y comiendo más, con lo que mi padre, al final, no daba abasto. Así que acabó dejando la panadería y empezó enseguía a trabajar de picapedrero. No sabía el pobrecillo la vida que le esperaba.

—Y ¿qué es lo que le esperaba? —digo a Ángel—. ¿Le fue el tema aún peor que en la panadería?

—Yo no sabría decir qué le fue peor, pero sí te digo que lo de las piedras fue muy duro. Sobre to al principio —responde triste el picapedrero—. Te en cuenta que nos pilló el año del Hambre y lo pasamos mu mal, como to el mundo. Y gracias que pudo mi padre enseñar el oficio a mis dos hermanos mayores, y de esa forma, cuando ellos dos empezaron a trabajar, entró más de un jornal por suerte a nuestra casa; pero con ti y con eso era mu poco. El trabajo en las piedras no daba apenas pa comer. El bordillo y los adoquines estaban baratos y no compensaba lo fuerte que era el trabajo. Mis hermanos más chicos y yo no trabajábamos, pero íbamos a la pedrera tos los días pa llevarle el almuerzo a mis hermanos y a mi padre. La pedrera estaba mu cerca del puente el Viso y no olvidaré jamás que un día de aquellos, volviendo a Dos Torres con mis hermanos chicos, vimos a la guardia civil entre las encinas y se vinieron enseguía a por nosotros. Nos dieron el alto y nos dijeron que parásemos. Los cabrones tenían muchas ganas de liarla, y vaya sí lo consiguieron los cabritos. Yo

llevaba una olla llenita de bellotas y el cabo de los civiles me preguntó qué guardaba en la olla y por qué lo llevaba tan tapao. Yo le respondí tranquilo que eran bellotas y que las llevaba a mi casa pa cenar algo, porque no tenía mi madre pa otra cosa. Entonces uno de los guardias se enfadó mucho y, después de obligarme cabreao a soltar la olla, nos mandó a mis hermanos y a mí ponernos firmes, los tres puestos en fila, a ocho o diez metros de donde estaban. Cogieron los dos, nos apuntaron con los fusiles, y, entonces, le dijo el cabo al otro guardia que, cuando él dijera fuego, disparasen. Y yo y mis hermanos no parábamos de llorar, muertecitos de miedo, porque éramos chiquitillos y creíamos que los guardias iban a fusilarnos. En esas estuvieron más de cinco minutos, hasta que ya por fin nos dejaron irnos, y salimos los tres corriendo echando leches, pensando que iban a matarnos por la espalda. ¡Los mu peazos cabrones! No lo olvido; más de una noche he vuelto a soñar con eso y empiezo a llorar en la cama, nerviosito. El susto fue grande y aún no se me ha ido. Aquel día me cagué, la verdad, las patas abajo.

Así eran las cosas en los años de la represión. ¡Qué distinto es el comportamiento de la Benemérita en la actualidad en relación con el de entonces! Hubo abusos de autoridad inadmisibles por parte de guardias civiles impresentables que no merecieron nunca estar en el cuerpo; aunque no fueron todos así. Hubo excepciones. Conozco cien casos de guardias civiles honrados que no abusaron jamás de su autoridad en unos años propicios para hacerlo. En Villanueva del Duque, sin ir más lejos, yo conocí a algunos de ellos en los años 60. No diré ningún nombre, pero es verdad que, en aquel tiempo, muchos de aquellos guardias de mi pueblo eran personas sencillas, campechanas, que cumplían con su deber y, más de una vez, dejaban de castigar graves infracciones como la de conducir una bicicleta ya de noche, por la carretera, sin llevar luz en el faro, por no sacarle dinero a cualquier humilde de los que volvían del campo tarde a casa. Siempre sentí simpatía por la Benemérita, aunque guardo un recuerdo de entonces bastante duro: viví una experiencia realmente dolorosa con un guardia civil que era un sanguinario.

No tendría yo más de ocho años cuando aquello, y aquel suceso marcó toda mi infancia, aunque ahora no guarde rencor hacia quien lo hizo, un guardia civil que no merecía estar en el cuerpo. Todo ocurrió en apenas tres minutos; yo estaba con otros amigos en el Verdinal, lanzando pedradas con pilas de transistor a la puerta de un corralón destartalado, cuando salió el propietario dando gritos, clamando justicia y tratando de cogernos. Y ocurrió —ya fue mala suerte— que, en mi carrera, fui a darme de bruces con aquel guardia civil que, en vez de reñirme o darme un tirón de orejas (cosa que, reconozco, me

merecía), la emprendió conmigo a tortas y a patadas. Tan violento se puso el guardia que me echó al suelo y empezó a patearme el pecho y el estómago; mientras tanto, yo no cesaba de gritar, ovillado en los adoquines, junto a la acera, esperando un alma piadosa que me ayudase. Pero nadie acudió a mis llamadas de dolor. Finalmente, aquel sanguinario impresentable, una vez se vio harto de patearme y flagelarme, irguió su cabeza y, como si no ocurriera nada, me dejó allí tirado, sangrando por las narices y por la boca.

De nada sirvieron las explicaciones que a mi padre le di unos minutos después del incidente. Él, por no tener broncas con la autoridad, se calló y no dijo nada. Ahora lo entiendo; pues no habrían servido de nada sus protestas. Sin embargo, en aquellos instantes de rabia y dolor, no entendí ni acepté que mi padre no se rebelara y no denunciase a aquel miembro de la Benemérita que se ensañó conmigo cobardemente, como un hombre violento, inmundo y sanguinario.

Veinte años antes de esto, Ángel Ruiz, el picapedrero, dice que vivió una experiencia tenebrosa con otros miembros de la Benemérita. Afirma que, al recordarlo, aún siente pánico, y relata aquel hecho con el espíritu temblándole.

—Otra vez nos pillaron los guardias un día de niebla a mi madre y a mí cogiendo bellotas en un cercao —dice el picapedrero, estremecido, como si se le escurriera la niñez aterida de miedo y frío por la garganta—. En aquella ocasión iban con nosotros unas mujeres. Íbamos por el camino de Villagordo, en dirección a Pedroche, y me acuerdo mu bien que una de las mujeres vio a la guardia y salimos a correr tirando al suelo las bellotas. Los civiles nos dieron el alto pa que parásemos, pero no hicimos caso y las emprendieron a tiros limpios, que las balas silbaban al laíto de nosotros. No sé cómo salí vivo del tiroteo. Al final no tuvimos otro remedio que pararnos. ¿Y sabes lo que nos hicieron los cabritos? Nos llevaron a un cortijo que estaba cerca de aquel sitio y, na más entrar, le pidieron al casero unas tijeras pa que las mujeres se fueran pelando unas a otras. Y yo, que era el único crío que iba con ellas, empecé a llorar temblandito por el susto. Al final, las mujeres quedaron hechas un dolor y volvieron al pueblo toas llenitas de trasquilones, muertecitas de miedo y comías por la vergüenza. Eso fue lo que hicieron aquellos canallas sin escrúpulos, sólo por coger unas cuantas bellotas en un caldero. Que nos pudieron matar aquella tarde. Toavía me pongo a temblar cuando lo pienso.

el dolor del granito

En Villanueva del Duque, hace dos o tres décadas, los pedreros volvían a casa al oscurecer, cuando la luz de los campos se dormía y la escarcha empezaba a tenderse en los caminos como un animal perezoso e indolente que vomitaba blancura entre las piedras. Cuando cerraron las minas de las Morras hubo algunos mineros que se adaptaron al nuevo oficio y terminaron cambiando de herramientas: el martillo, la vagoneta y la esportilla, por la barrena, el puntero y la machota. Quizá fue una honrosa salida para muchos que decidieron quedarse en su terruño, pero el cambio económicamente fue funesto: el minero ganaba un jornal muy superior al de cualquier pedrero en aquel tiempo. Pero no había otra cosa mejor a la que agarrase y, por ello, se multiplicaron las pedreras y los picapedreros salieron como setas, aunque luego, al final, quedaron sólo unos pocos y muchas de las canteras de granito fueron clausuradas y abandonadas entre la maleza, como barcos de piedra hundidos en un muelle umbrío donde jamás tuvo amarre la esperanza.

Uno de los pedreros que resistió y no emigró a ningún sitio hasta su muerte, fue mi abuelo paterno, Alejandro López Moreno, que, aunque en sus años jóvenes trabajó en las antiquísimas minas del Gapacho, su verdadero oficio fue el de picar piedras, grandes moles graníticas de las que sacaba los bordillos, los dinteles, los adoquines, los umbrales, y las piedras de los molinos de aceituna, que eran siempre las piezas más elaboradas. Mi abuelo estuvo acudiendo a la pedrera hasta muy pocos años antes de morir, y adiestró en el oficio a su hijo, mi tío Rodrigo, quien ejerció la labor de picar piedras en Ciudad Real y en otros núcleos provinciales durante muchísimos años hasta que un día, ya entrado en edad, cansado del oficio, regresó nuevamente a Villanueva del Duque, donde, hasta poco antes de jubilarse, trabajó en el ICONA con tareas de reforestación, desbrozando monte, o de vigilante de los pinos.

Procedo, por tanto, de una estirpe de pedreros (trabajaron la piedra mi abuelo y mi tío Rodrigo; incluso mi hermano Manolo, mayor que yo, se aventuró a picar piedras una temporada, aunque ésta fuera extremadamente corta: no aguantó ni un verano la dureza del oficio y acabó con las manos heridas y agrietadas). La labor del picapedrero es tarea muy dura. Ángel Ruiz, mi interlocutor, lo sabe bien y, ahora, mientras no cesa de llover y en la plaza del Ayuntamiento de Dos Torres brilla sobre los charcos una luz plúmbica, él me cuenta como se inició en el duro oficio.

—Empecé a trabajar de pedrero a los doce años —me comenta asaeteado por el rumor del temporal que brama en la plaza del Ayuntamiento—, ayudándoles a mis hermanos y a mi padre. No se me olvidará que en aquel año se tiró tantos meses lloviendo en estos campos que no había ni un camión que se atreviese a dejar el camino pa cargar los bordillos que había amontanaos en nuestra pedrera. Aquel año llovió tantísimo como éste. Y me acuerdo que en la pedrera habíamos apilao, sin exagerar na, treinta mil quilos de bordillo; pero ¿cuál era el guapo que se atrevía a acercarse allí con el campo to empapaíto y embarrao? El contratista nos dijo que no nos pagaba mientras no le acercáramos al camino los bordillos; pero de la pedrera hasta el camino me acuerdo que había unos trescientos metros. Así que nos la ingeniamos como pudimos y, al final, acercamos al camino tos los bordillos llevándolos en la bicicleta de uno en uno, subíos en el portaequipajes o en el sillín, teniendo mucho cuidao de que no cayesen. Después de dos días, pudimos cargar tres camiones enteros, que eran, más o menos, cuatrocientos metros de piedra. Yo no he pasao más apuros en toa mi vida. Ca una de las piezas medía en torno a un metro, y tuvimos que dar docenas de viajes de la pedrera al camino con la bici, que se hundía en el barro, me acuerdo, muchísimas veces. ¡Aquello era trabajar y no lo de ahora! Si hoy la gente más joven tuviera que hacer aquello te aseguro que mu pocos de ellos resistían.

—¿Es tan áspero y duro el trabajo de picapedrero? —le pregunto ahora a Ángel—. ¿Cuesta tanto soportarlo?

—¿Que si es duro me dices? ¡No es duro, sino durísimo! Tú fíjate bien lo que yo te vi a decir. Al principio, al poco de acabar la guerra, no había aquí en Dos Torres más de cuatro picapedreros; pero, poco después, la gente empezó a dedicarse a esto y la cosa se fue complicando día tras día, porque a medía que había más picapedreros, la competencia crecía y ganabas menos. Pero esto, al final, con los años terminó; cuando la gente entendió lo duro que era. Y había otro problema también bastante grande, y es que en una pedrera nos tirábamos mucho tiempo, y conforme se iba sacando el material, la pedrera se ahondaba más y, al final de to, costaba muchísimo apuro sacar los bordillos, que, más de una vez, las solíamos pasar putas. Pa sacarlos, uno de nosotros bajaba hasta el fondo y, después, iba atando bordillo a bordillo a una soga fuerte, mientras que otros tiraban pa arriba mu despacito, con mucho cuidao, hasta salir a la superficie.

—Ángel, ¿y a cómo estaba entonces el bordillo?

—Hace cincuenta años, más o menos de cuando yo hablo, el

metro valía un par de pesetas y vendíamos ca adoquín a tres perras gordas. Me acuerdo mu bien, y nunca se me olvidará, que el alcalde que había por entonces aquí, en Dos Torres, nos pagaba a ese precio ridículo los adoquines y muchos picapedreros echaban achaques pa no servirle ni un solo adoquín, porque el trabajo tan duro no se compensaba con lo que nos dejaba aquel dinero. Traíamos tos los adoquienes subíos en carros, pero el alcalde los portes no los pagaba, y la gente se hartaba de hacer los viajes gratis. Porque en uno de los viajes de aquellos carros cabían mu bien varios cientos de adoquines. El caso era que el trabajo no compensaba, pero, por otro lao, no había más remedio que agachar las orejas y aguantarte con lo que daban si es que querías traer a tu casa un duro, que no se podía andar uno con remilgos. De eso se aprovechaban los ricachones, de que éramos los picapedreros unos desgraciaos.

las señales del hambre

Hay una cigüeña de lluvia recortándose al contraluz del cielo y la silueta del campanario en esta hora tan fría es la figura de un príncipe de piedra, un príncipe umbrío, ya desheredado, que soporta, en sigilo, la furia gris del agua. Una líquida tristeza arde en mi pecho; el relato del picapedrero me conmueve. Me asomo, afligido, al balcón del Ayuntamiento intentado quizá que el dolor salga de mí y se funda en la lluvia estrellándose después sobre el desolado suelo de la plaza. No puedo aguantar el amargo resplandor que las palabras de Ángel el picapedrero dejan en mi corazón, ahora hecho ciscos. Crepita dentro de mí un sol derruido cuando miro los ojos de Ángel, tan humildes, tan llenos de soledad, tan bondadosos y, al mismo tiempo, tan tristes y desolados. Me duele la humillación de los pedreros, el dolor de aquellas personas pobres, honradas, a las que, en otro tiempo, pisaron su dignidad y quemaron, muy lentamente, su alegría. La pobreza lejana de Ángel clava espinas en el espinazo frágil de mi ánimo.

—Hemos pasao muchas penas y fatiguitas —me dice el buen hombre—. No sé ni siquiera cómo he podío sobrevivir. Por aquellos años, cuando empecé a picar piedras, mi madre siempre partía el pan despacito, el poquito que había, entre los ocho hermanos, y ca uno caía a un peazillo mu pequeño. Y yo, en lugar de gastarlo en el almuerzo, como era mu poco, cogí la costumbre de ir resguardando cuatro o cinco peazillos pa luego comérmelos otro día y así me cundieran más de esa manera. Yo cogía y los iba escondiendo en un rinconcillo, pero cuando un día fui con toa mi ilusión a comerme el pan, me di cuenta enseguía que allí habían andao ya los ratones. Mis dos hermanillos habían tropezao con el tesoro. Y a mí me dio lástima, y ni siquiera les reñí, porque yo comprendí que les hacía más falta a ellos que a mí, porque estaban los pobres bastante canijillos y aquel pan ya mu duro les iba a saber a gloria. Así que lo que hice fue poner otra vez cuidao y buscar otro sitio mejor pa cobijarlo.

Hay una inmensa ternura en la voz de Ángel, un tono inconsciente, absolutamente natural, como el del viento que silba entre el estiércol sin tener una clara noción en ningún momento del odioso lugar por el que pasa alegremente, haciéndolo con profunda ingenuidad, como si estuviera cruzando un gran parterre ebrio de rosas, orquídeas y peonías. Uno siente al oír el relato de Ángel Ruiz un estremecimiento muy profundo, como si estuviera paseando por un sitio, un extraño bosque de olmos y abedules, donde se funden los días y las noches, las luces y las sombras, en una onírica sustancia. El hambre era el pan invisible de esos años. Ángel Ruiz la conoce: tuvo al

hambre siempre cerca y supo capotearla como pudo, por suerte o desgracia, en muchísimos momentos.

—Me acuerdo mu bien de cuando íbamos a los jabares pa coger unas jabas y traerlas a casa pa la cena —confiesa el picapedrero, en un tono íntimo—. Tenía la barriga sollá de arrastrarme por el suelo. Pa coger un puñaíllo de jabas había que arriesgarse. Por entonces había muchos guardas en los cercaos, pues la gente necesitaba pa comer y salía mucho al campo a coger lo que pillara. El caso es que los chavales nos las apañábamos pa burlarnos del guarda y engañarlo si podíamos. No se me olvidará que, en una ocasión, al saltar la pared de un cercao me cogió uno, que se encontraba achantao pa ver si íbamos. Me cogió de la oreja y tiró conmigo derecho al pueblo, pero, al llegar a un arroyo cargaíto de agua, yo pillé la ocasión y escapé del guarda echando leches, que crucé el arroyo que iba rebosandito y él se quedó con un palmo en las narices. Toavía me estará esperando allí clavao, al lao del arroyo, esperando a ver si vuelvo.

Arrecia la lluvia y la voz del hambre, tan lejana, se enreda y se mimetiza unos instantes entre las gotas que ahora tamborilean en los cristales con vaho del balcón, desde el que puedo observar la plaza fría, tiritando arrecida como una hermosa niña de agua. A dos pasos de mí, Ángel mira absorto, ensimismado, el suelo de este Ayuntamiento reconstruido, rumiando tal vez la hierba de su memoria. Durante un instante, dejo que se abstraiga, pero no puedo evitar observar su rostro y sentir que en sus ojos cansados late el frío. La mirada de Ángel está tejida de silencio y del olor de la pana soñolienta que, en los años cuarenta y cincuenta, le vestía.

Entonces era todo de pana: los pantalones, las chaquetas que olían a la muerte de los maquis, los ojos, los pies, los labios de los pobres... Todo era de pana, de tela zurcida por el miedo. El hambre, un pan invisible, era de pana. Ángel habla del hambre como quien habla de un amigo que no te solía fallar en ningún instante, siempre estaba a tu lado, según cuenta, camuflado, igual que una sombra o una silueta evanescente que se te acababa metiendo por los ojos, te poblaba las tripas y te salía por la garganta, después de haberte secado el alma entera.

—En el año del hambre salíamos al campo a por lo que fuese, y no había tampoco mucho que coger —cuenta el picapedrero—. Era terrible. Estábamos tos sequitos, como alambres; entonces no te preocupabas de estar gordo. Los pobres solíamos guardar siempre la línea. Cogíamos espigas y las freíamos en una sartén con un poco sebo que nos daban en la carnicería, porque no había siquiera aceite pa

cocinar. Los ricos decían que el aceite de oliva era perjudicial, pero ellos sí lo utilizaban en sus comidas. Y los pobres el aceite no lo veíamos ni en pintura. Tampoco probábamos nunca las naranjas. Me acuerdo que íbamos hambrientos por la calle y, cuando veíamos un hueso de algarroba, nos tirábamos tos a por él casi de cabeza, como cuando un pájaro ve un grano de trigo. Eso es fácil contarlo, pero pa entenderlo hay que vivirlo y saber lo duro que es estar muerto de hambre y no tener ni siquiera un cachillo pan, aunque sea un mendrugo, pa echártelo a la boca. Había veces que no podías tirar del alma. Hubo más de un chaval que se quedó casi en los huesos y no podía ni tirar de la pellica.

Le pregunto si no le faltaron jamás las fuerzas y, también, cómo pudo, al final, salir adelante, después de haber soportado tanta hambruna. Y él me contesta tranquilo, serenamente, como si me estuviera hablando de otro ser que algún día hubiera vivido en su interior pero después se fue sin avisar, sin atreverse a decir que se había ido, cuando Ángel dormía y no era ya consciente de ello.

—Aunque sea mu tremendo, yo voy a decirte la verdad —me acribilla el pedrero poniendo cara de circunstancias—. Yo pasé, te lo juro, muchas dificultades y como a mí le ocurrió a bastante gente que ya no tenía ni donde caerse muerta. En el Dos Torres de entonces había pobres y ricos; bueno, hoy también los hay, pero de otra forma. Entonces los ricos comían lo que querían y ni siquiera nos daban las migajas. El Día los Hornazos, que aquí celebramos el lunes de Pascua, los ricos del pueblo se iban de campo al puente el Viso; allí comían y bebían de to lo bueno. Y yo me acuerdo mu bien que, al día siguiente, íbamos los pobrecillos, muertos de hambre, a buscar tos los desperdicios que habían dejao: los peazillos de pan, las cáscaras de naranja, y cualquier otra cosa que hubiera quedao olvidá en el suelo. Las sobras que recogíamos sabían a gloria. Así que fíjate tú si pasábamos hambre. Me acuerdo una vez que al laíto el arroyo de la Reonda, enterró un pescaero una caja de sardinas que se habían echao ya a perder, y nosotros lo vimos, pero ya era casi de noche cuando pasó y no fuimos a desenterrarlas hasta al otro día. Las sardinas salieron toas llenas de tierra, pero las lavamos allí mismo, en el arroyo, y nos las llevamos a casa y allí las freímos con un poco de sebo que olía a perros podríos. Y no nos morimos ninguno, salimos adelante, y te puedo decir que las sardinas supieron a gloria. Digo lo que el otro, que a falta de pan buenas son tortas. Yo pasé de chico más hambre que un perro ciego.

el tiempo de los amoríos

Pasaron los años del hambre, por fortuna, y Ángel creció, llegó su adolescencia e, inmediatamente después, su juventud, cuando el régimen dictatorial de este país, al menos en parte, se había atenuado algo y los pobres ya no tenían dificultad para hallar un trocillo de pan que echarse a la boca. Habían terminado de huir los de la Sierra y los guardias civiles ya eran más afables y se mostraban algo más tranquilos, libres de la tarea que suponía perseguir el rastro de los de la Sierra casi a diario. En este sentido, el ambiente había cambiado: hubo más de dos maquis que huyeron por Sierra Morena y lograron alcanzar la frontera de los Pirineos después de muchísimos meses de infortunio, tras superar durísimas barreras. Otros, no obstante, cayeron en el intento, regando el silencio con sangre libertaria. El suegro de Ángel se había marchado mucho antes, recién terminada la guerra, y llegó a Francia donde formó con el tiempo una nueva familia. Antonio Peinado, que así se llamaba el buen hombre, nos dejó su vida escrita en un libro hermoso, lleno de historias terribles y, sin embargo, habitado también por alguna anécdota positiva. Mientras Antonio Peinado soportaba un duro exilio, en los años 50, Ángel, el picapedrero (que después, con el tiempo, sería el yerno suyo) aprendía a manejar la pólvora y la dinamita para hacer estallar el alma del granito, una piedra muy hermosa, aunque áspera y muy dura.

—Pa picar el granito —me explica Ángel, con parsimonia, sentándose en las palabras que pronuncia— usábamos por entonces muchas herramientas: había, antes de na, unas barras mu largas de acero puro, de las que yo iba cortando los punteros que utilizábamos luego pa picar piedras. De tos mis hermanos, yo era el encargao de la fragua en la que calentábamos los hierros de los que luego sacábamos los punteros. La teníamos en un rinconcillo del corral. Y me acuerdo que un día, mientras aguzaba un puntero ardiendo, se me escapó en un momento de las tenazas y me fue a caer dentro de una bota, que era encima de goma, y, al estar al rojo vivo, la goma se me quedó pegá a la carne, y me puse a correr y a dar chillíos por to el corral, porque no era capaz de quitarme la bota del pie, hasta que, al final, vino mi madre asustaíta y me la pudo sacar con mil apuros. Yo no he pasao más dolor en los días que tengo. Estuve un montón de tiempo con el pie malo, y la herida tardó en cerrarse muchos meses. Se me quedó la señal pa toa mi vida.

Ángel desea remangarse los pantalones y bajarse los calcetines para mostrarme la huella terrible que el puntero hundió en su carne; pero le digo que no, que no hace falta, y él se baja de nuevo la caña

del pantalón y se queda mirándome con contrariedad, decepcionado quizá por mi negativa a observar la señal que guarda en su piel como un galón, como una condecoración a la valentía que él demostró en la lucha con las piedras: una batalla muy dura de ganar que sostuvo, no obstante, durante varias décadas, sin caer nunca rendido en el combate. A esto también le ayudó en su juventud la luz del amor, el encuentro con la mujer que iba a ser su esposa y el pilar de su existencia. Ángel habla de entonces y su tristeza se diluye en una especie de fuego emocional donde aparece el noble resplandor de las muchachas paseando al caer la tarde por las recoletas calles de Dos Torres, un día soleado, a mitad del mes de junio.

—En aquella vida —me dice— tan desgraciá, aunque debimos pasar tantas fatigas, había también momentos de jolgorio. Los mozuelos y las nenas del pueblo, cuando joven, nos juntábamos en cualquier casa los domingos y enseguía formábamos un baile exagerao. Bailábamos sueltos las jotas de la tierra: «La jota quiere que baile/ la jota yo no la sé./ Por darle gusto a mi amante,/ la jota yo cantaré». No olvidaré en mi vida lo que disfrutábamos. El ritmo de las jotillas era mu fácil; se tocaban con una sartén y un cantarillo, dando con una gorra en la boca del cántaro. Esa era la música que teníamos pa divertirnos, pero yo te aseguro que no la cambio por la de ahora. La música de la juventud no hay quien la entienda, pero la de antes te entraba en las entrañas y disfrutabas con ella como un cosaco. También éramos alegres aunque pasáramos calamidades. Pa echarse uno novia tenía que dar muchas carreras y correr detrás de la moza que quería. Me acuerdo de una que iba a su casa con la lechera y salí detrás de ella, pero tuve tan mala pata que, al cogerla del brazo, la lechera se le cayó al suelo y la leche se derramó por toa la calle. Recuerdo cómo lloraba la pobrecilla muertecita de miedo, temiendo la riña de su madre. Hace no mucho tiempo, volví a encontrarme con esa mujer, se lo referí y los dos nos reímos recordándolo, pero en aquellos momentos sufrí mucho, porque yo fui el culpable de lo que pasó.

—¿Y, al final, cuándo conociste a tu mujer? —le pregunto al picapedrero—. ¿Os casasteis pronto?

—Conocí a mi mujer de mu joven y me enamoré en serio —me espeta de golpe, en un trallazo de palabras que, en su contundencia, me deja boquiabierto— y te puedo jurar que es la única mujer que he querío en toa mi vida y pienso seguir amando. Nos casamos el mismito día que mi hermano con otra hermana más grande de mi mujer. Lo hicimos en la misma iglesia, a la misma hora. En la boda sacamos, parece que lo estoy viendo, setecientas pesetas de presentes de los invitaos, y caímos a trescientas cincuenta ca pareja. Alquilamos

una camioneta de los Gasolinas y nos fuimos los cuatro a retratarnos a Pozoblanco. Me acuerdo que aquella tarde llovió muchísimo y nos pusimos los cuatro chorreandito; las mujeres llegaron con los vestidos hechos un dolor. Al final de to, entre unas cosas y otras, nos gastamos toíto el dinero que llevábamos y volvimos después a Dos Torres sin una linda. Así fue nuestra boda; y lo recuerdo con cariño, porque creo que, en el fondo, lo pasamos bastante bien.

Ángel se casó en 1957 y, a partir de ese día, su vida oscura fue mutando, como él reconoce, hacia un color menos dramático, porque a raíz de su boda, junto a su mujer, superó con más ánimo cualquier dificultad de las que se le fueron a diario presentando, cosa que, antes, no le sucedía. Ejerció diversos trabajos en varios sitios, con el único fin de traer unos duros a casa, y es verdad que pasó trances muy desagradables; pero también vivió momentos dulces, como cuando nacieron sus dos hijas y las vio crecer en mejores circunstancias que las que él tuvo en los días de su infancia, adolescencia y juventud. Si su vida anterior fue una caverna de tormentas, donde el sol no solía salir para los pobres, ahora, en cambio, asomaba a su paso, entre las nubes, una tímida aurora que auguraba días más cálidos para los marginados por la Dictadura. Luego, cuando murió el Generalísimo y un punto de claridad se abrió en el viento, Ángel ya había aquilatado su porvenir en el alma cansada y dulce de las piedras, de las que supo sacar su mejor fruto. Antes de esto, no obstante, como ya ha quedado dicho, Ángel se tropezó con su mujer, y, además, me confiesa que ocurrió en un día festivo. Ella, de origen humilde como él, tuvo una infancia muy dificultosa. El picapedrero lo cuenta emocionado, como si estuviera lloviendo dentro de él:

—La vida de mi mujer tiene pa una novela. Siendo casi una niña estuvo sirviendo con su hermana en un par de casas de gente rica de Dos Torres. Se quedaron sin madre las dos siendo mu chicas; según tengo entendío, su madre murió de pena, después de que su marido huyera a Francia, al poco de terminar la batalla del Ebro. Mi suegro estuvo allí en Francia muchísimo tiempo, hasta el mismo día que murió no hace muchos años. Su vida también fue dura, de película. Su esposa había muerto muchísimo tiempo antes. Mi mujer tenía un año y su hermana tres al quedarse huérfanas, y su abuela las recogió y las crió a las dos juntas. Como te digo, las dos pasaron mucho; su padre, al final, terminó casándose en Francia y vino tres veces al pueblo pa llevárselas, pero ellas ya estaban hechas a vivir en Dos Torres y, además, tenían novio, así que su padre volvió solo, y dejó que sus hijas siguieran aquí su vida. Al final, le dijeron que no, que no querían irse. Aquello debió ser mu duro pa mi suegro, la verdad.

el olor de la dinamita

El suegro de Ángel vivió una odisea rocambolesca cuando huyó al país vecino por los Pirineos, perseguido de cerca por el ejército fascista. Y, una vez allí en Francia, hasta que por fin se estableció, sufrió muchas penas en su búsqueda de la libertad; fue también perseguido y encarcelado por los nazis en un campo de concentración del que logró escapar de una manera cinematográfica, casi inverosímil. Toda aquella odisea quedó bien plasmada en sus memorias, un libro que tuve la suerte de leer hace dos o tres años, absolutamente conmovido por la cruda poesía y el hechizo de unas páginas en las que flamea la luz de un alma buena encendida por los colores de la República. Ojalá algún día esas memorias vean la luz, porque habrán de servir para que se conozca la verdad de muchos republicanos huidos a Francia, que encontraron allí el látigo de otros verdugos amigos de los que habían dejado atrás. No obstante, una vez terminó la guerra mundial, cuando Francia volvió nuevamente a sentirse libre, el suegro de Ángel vivió finalmente en libertad aunque siempre habitado por el recuerdo melancólico de su pueblo querido, Dos Torres, y de sus dos hijas, que hubo de dejar atrás, contra su voluntad, cuando huyó de una España en esos días torva y cruel.

Mientras tanto, Ángel, ya iniciados los años 60, trabajó en muchos frentes, no sólo de picapedrero, sino de temporero y vendimiador, dejando una huella imborrable allá donde iba. Él lo cuenta como si embalsamase aquella edad, buscando la luz de los años más umbríos. Ángel me habla y consigue enredarme en el vértigo del tiempo, ofreciéndome trozos oscuros de su vida que, al salir al aire, no obstante, se iluminan adquiriendo el breve esplendor de un arcoíris que alumbra un instante antes del anochecer.

—Mi vida cambió a otro día de casao —confiesa en un tono sobrio, emocionado—. Mi mujer me dio muchísima esperanza. En ella he tenío siempre un gran apoyo. Estando recién casaos mi hermano y yo, cogimos los dos y nos pusimos a trabajar juntos. Lo primero que hicimos, poquito después de nuestras bodas, fue acarear un par de bicicletas, que fuimos pagando poquillo a poco, como pudimos, y con ellas nos fuimos a segar veintitantos días, no lo olvidaré, a las sierras de Santa Eufemia. No te quiero ya ni contar... ¡Qué fatiguitas...! Yo me puse mu malo y cogí unas cagaleras que no me fui por poquito al otro barrio y, en mu pocos días, me dejaron consumiíto. La verdad es que comer allí comimos poco, un cachillo tocino crudo y poco más. Allí te caías segando en la sierra empiná, y encima con mucha hambre y cagaleras. Pero había que seguir, yo siempre pensaba en mi mujer, y

eso me daba fuerzas, mucho ánimo, y no me cansaba así nunca de segar, porque necesitaba un jornal pa mi casa; y eso que no era mucho, no te creas tú, tres o cuatro pesetas al día. Cuantísimo esfuerzo pa no ganar ni siquiera veinte duros después de tirarte segando casi un mes. De eso se aprovechaban tos los ricos, de la mucha necesidad que había en los pobres.

—¿Después de aquella experiencia, volviste allí?

—¡Qué cojones iba yo a volver! ¿Me has tomao por tonto? Allí no puse el pie más en toa mi vida. Después de to aquello, me metí en otra mu gorda, y es que me fui a cargar borregos a un tren y hacía mucho calor, un bochorno impresionante; me acuerdo que fue en la estación de los Pedroches, y, al final, no me asfixié de puro milagro, que acabé con to el cuerpo suandito como un pollo. Luego, además, no me dieron ni cuatro duros. Me han engañao muchas veces. Lo reconozco.

—Ya, después de casado, ¿cuándo volviste, por fin, a las piedras?

—Tardé poco tiempo en volver, y, desde entonces, estuve de picapedrero hasta hace poco. Era un trabajo mu duro y mu arriesgao, pero a mí me gustaba muchísimo, y no me arrepiento de haber trabajao con las piedras toa mi vida. Y me jugué el pellejo más de una vez; yo trabajé mucho tiempo poniendo barrenos, pues pa poder rajar las piedras grandes había que echar mano a veces a la dinamita, y tenías que saber mu bien poner los cartuchos y medir al milímetro la pólvora y la mecha. Lo primero de to era abrir en la piedra un agujero de un par de metros de hondo o cosa así. Luego limpiaba mu bien to el polvo de dentro con un instrumento que le llamábamos cucharilla. A continuación, metía bien adentro los cartuchos, encendía la mecha y me iba mu lejos hasta que explotaba. Y, aunque no lo parezca, la cosa tenía mucho peligro. Un cartucho mal puesto nos pudo matar a mi hermano y a mí, porque, al final, se quedó sin estallar, pero cuando yo me acerqué a desastacarlo, del mismo roce del hierro contra la piedra, noté que la mecha volvió otra vez a encenderse y, antes de que mi hermano y yo corriésemos, el cartucho pegó el explotío y, gracias a Dios, que el peñasco era exagerao y no se hizo trizas, que solamente se abrió y se resquebrajó, que si se llega a romper y a desintegrar de mi hermano y de mí no habrían recogío ni las tripas. Aquella vez no murimos de puro milagro. Hay que tener mucho temple pa ser barrenero; pero yo aquel día las pasé mu putas.

Ese mismo sonido espléndido, atronador (el magnífico estruendo de los barrenos al estallar), lo llevo grabado desde la adolescencia, cuando se iniciaron en 1971 las obras de alcantarillado de mi pueblo y

hubo que volar grandes moles de granito que los obreros hallaron bajo los adoquines, mientras abrían las calles de la localidad abriendo zanjas profundas de más de un metro por las que habrían de pasar las tuberías que traerían el agua del pantano de Sierra Boyera, entre Belmez y Peñarroya–Pueblonuevo.

Recuerdo que trabajaba de barrenero mi vecino Isidoro Cabrera, un hombre amable por el que siempre sentí un sincero afecto. La tarea, muy delicada y de cierto riesgo, todavía presentaba además un peligro añadido por realizarse dentro del casco urbano, a no más de dos o tres metros de algunas casas que vibraban nerviosas con el estampido. Isidoro, para amortiguar el fuerte impacto, con el fin de evitar que saltaran las piedras por los aires, lo primero que hacía era colocar sobre el pedrusco varias brazadas de adelfas y de retamas que atenuaban, según decía, la deflagración y sus efectos realmente peligrosos.

Isidoro Cabrera siempre actuaba con prudencia: preparaba, como ya he dicho, el escenario, y, una vez que ya había prendido la larga mecha, después de haber colocado la dinamita, él corría a guarecerse tras la puerta de alguna casa que quedase de allí a una distancia muy segura. A los siete u ocho segundos, estallaba el barreno, vibraban todos los cristales de las ventanas, salían despedidas siempre algunas piedras de mediano tamaño, y el suelo se zarandeaba, como removido por un pequeño terremoto.

Era un breve momento, mas resultaba fascinante sentirte muy cerca, a sólo unos metros del peligro. Ahora lo he recordado, esta mañana terriblemente, lluviosa, parda y gélida, tan distinta a aquellas que antes he mencionado sobrevoladas por un sereno estío. He saltado en el tiempo mientras oía la voz de Ángel; en sus palabras tiernas nunca hay lluvia, ni barro invernal. En su voz no cabe el musgo.

—De tos los trabajos que hacíamos en la pedrera

—confiesa muy serio—, el más difícil era el de los rulos que teníamos que hacer pa las molinas del aceite. Aquello no estaba pagao de ningún modo, porque te tirabas a veces casi un mes dándole forma al rulo con cuidaito y, si te descuidabas y tenías un fallo, con un golpe mal dao, se jodía to el esfuerzo y otra vez tenías que empezar a fabricar otro. Pagaban ca rulo, me acuerdo, a mil pesetas, pero, como te he dicho, echabas en ello varias semanas. Como tos los trabajos de piedras, no estaba pagao. En un adoquín o un bordillo, podías tener fallos, pero nunca te la jugabas como en un rulo; si te equivocabas y rompías algún adoquín, no llegaba la cosa siquiera a una peseta, y lo

mismo pasaba con el bordilo, que era un duro. Pero con lo de los rulos era otra cosa; con un simple descuido jodías el jornal de medio mes, y no podías permitirte ningún fallo pa que el trabajo del rulo compensara y tu duro negocio no tuviera pérdidas.

Le pregunto expectante si alguna vez tuvo algún fallo mientras moldeaba un rulo de molina; pero no me responde, quizá no lo recuerde. Hace ya tantos años.... Hace tanto sufrimiento...; el caso es que Ángel no quiere hablar del tema. Él desea controlar, de algún modo, su relato y en ciertos momentos lo veo desconcertado, como un pez de agua dulce en un lago de aguas turbias. Carraspea nervioso, agacha la mirada, y, al instante, la vuelve a elevar para observar la violentísima lluvia de la plaza que difumina la breve luz del día dejando en el aire un vago olor plomizo.

Cruza vertiginoso un camión naranja con bombonas de gas formando mucha algarabía, pero no apaga la furia de la lluvia que restalla como un latigazo en las paredes y en la silueta del viejo campanario sobre el que se sostienen, casi ingrávidos, media docena de nidos de cigüeña como borrosas vaharadas de grafito. ¿Aguantarán las cigüeñas el temporal sin que no se estropeen las puestas de sus nidos?

La mirada de Ángel de nuevo se recoge y vuelve a vagar por el aire de esta estancia donde llevamos hablando más de una hora. La silueta del picapedrero frente a mí parece resplandecer llena de frío como si fuese una aparición que viene de algún lugar ignoto y lánguido. Ángel se queda mirándome feliz y es como si surgiera de un viejo sótano donde hubiese estado escondido muchas décadas huyendo de un enemigo inexistente; me sonríe y me mira de un modo paternal para contarme un tema que desconozco: el de las variedades del granito y las herramientas que utilizaban en la pedrera.

—El granito, aunque no lo parezca, es delicao —afirma con rotundidad—, suele ser blando y se quiebra con que le des un golpe en mal sitio. Hay muchas clases de piedra de granito; el que aquí se conoce, en los Pedroches, es el más corriente, pero también hay otros menos vistos, como, por ejemplo, el de Quintanar de la Serena, que tiene menos impurezas que el de aquí. Luego, sin ir más lejos, en nuestra comarca, mu cerca de aquí, también hay granito rosa, que ese suele usarse bastante en decoración. Yo lo trabajé hace años mucho tiempo en una pedrera que había en la Venta el Charco. No olvidaré las muchas fatiguitas que pasamos pa ir hasta allí desde Dos Torres, que hay setenta kilómetros, y nos los chupamos to el día andando, lloviendo a mares como hoy, mi hermano Quintín y yo al laíto mi

madre, que se vino también con nosotros de cocinera. Yo llevaba, me acuerdo, una esportilla cargá de herramientas que contenía punteros, machotas, martillos y bujardas. Y to esto colgao de un hombro y lloviendo a cántaros, que al llegar hasta allí después de to el día de camino, íbamos empapaítos hasta los topes. Mi madre, la pobre, acabó aquel viaje rendiíta. Pero mereció la pena llegar a aquel sitio. Allí estuvimos quedándonos en un cortijo y pasamos una temporá haciendo adoquines, bordillos y solerías pa las molinas. Estuvimos en aquella pedrera más de dos años y trabajamos muchísimo to el tiempo.

la casa abandonada

Ángel Ruiz me comenta que él tiene espíritu de sacrificio y añade, además, que en este mundo torvo y áspero para sobrevivir medianamente uno tiene que hacer, a veces, lo que no quiere, siempre que no perjudique con ello a nadie. Lo imagino segando en las sierras de Santa Eufemia, molido por la canícula, pero resistiendo, y subiendo borregos a un tren una siesta de estío, o caminando diez horas bajo la lluvia, con su madre a unos pasos, combatiendo la tristeza, vacunando sus ojos y su corazón contra el desánimo. Admiro a estos hombres que saben vencer la dificultad sin perder la sonrisa nunca, esta honda gente que no guarda ningún rencor al enemigo aunque éste le haya hecho daño muy a menudo.

Miro el rostro de Ángel y observo las huellas del dolor pero, a la vez, contemplo una expresión que está emparentada con la delicadeza, con la inocencia sublime y la ternura. El picapedrero mira limpiamente, de una manera cristalina, afable, como si tuviera ahora ocho o diez años y no hubiese aún conocido la malicia. Sigue tan enamorado de su trabajo como en su juventud, o como en su adolesencia, porque por el sereno tamiz de su nostalgia no deja pasar recuerdos tenebrosos; ahora anidan palomas dentro de su ánimo y el viento levanta en su sangre olas de trigo que lo hacen más tierno, más frágil y vulnerable, pero, a la vez también, mucho más sabio. Él ha sabido extraer de la penumbra el mejor resplandor de las horas de un estío inmovilizado en la luz de la nostalgia, una nostalgia habitada por la bruma pero, a la vez, por la avena del soldado que no sabe hacer daño al enemigo que le hiere. Es como si ahora viviera, mientras me habla, los días de la juventud que le robaron y una luz juvenil le estallara en las pupilas. Al hablar de las piedras, Ángel se rejuvenece y le duele por ello la indiferencia que los jóvenes muestran hoy, sin ambages, por su prodigioso oficio.

—El trabajo —me dice— de la piedra está mal pagao y la gente más joven no quiere agarrarse a esta labor. Hace, al menos, diez años, me contrataron de monitor y estuve algún tiempo en la escuela taller de Dos Torres. Allí tuve a mi cargo a un grupo de nenes y de nenas que no mostraban cariño por mi oficio. No eran más de catorce o quince, y sí que es verdad que algunos de ellos, las nenas, aprendieron algo, pero yo los veía cansaos y sin ilusión. Me acuerdo que se ponían sobre una piedra y empezaban a dar mazazos desganaítos; yo les solía animar pa que siguieran, pero uno de ellos me contestó tranquilamente que él allí no había ido a hartarse de trabajar sino a ganar el sueldo que daban del curso. Así que, al final, terminé

desanimao de ver el poquísimo empeño que ponían; ninguno tenía ilusión de ser pedrero. De toas las maneras, tuve a mi cargo en aquel grupo a un puñao de muchachas valientes y trabajaoras, que se tomaron mu en serio lo que hacían. Además de aprender, se esforzaban en la tarea. Sólo por esas muchachas, digo yo, mereció la pena aquel curso en la escuela–taller. Al final, en tos sitios hay personas competentes.

—¿Cómo ve a los jóvenes ahora, aquí en Dos Torres? ¿Cree que la juventud tiene un buen futuro? Y, por otro lado, ¿qué le parece ahora la vida? ¿Usted cree que es mejor, igual, o peor que antes?

—Hoy la vida es mucho mejor que la de antes —me responde mecánicamente, sin pensarlo—, aunque en algunos asuntos haya empeorao. Lo mejor es que hoy to el mundo tiene pa comer, aunque sea un cachillo de pan, pero tiene algo, y no se ve la pobreza que había antes. Pero, por otro lao, lo que menos me gusta es que hemos pasao de no disfrutar de la libertad, a que hoy haya muchísima y la gente no sepa administrársela, porque también pa ser libre hay que respetar y no hacerle daño a cualquiera así, por las buenas. La gente joven de hoy día no teme a ná, nunca escucha a nadie y hace siempre lo que quiere. Se ha perdío to el respeto y no se conoce la vergüenza. En los tiempos que yo fui joven no había dinero pero nos divertíamos con cualquier cosa; nos sentábamos a contar chistes en cualquier acera, o en cualquier esquina, y allí pasábamos las horas, pero en ningún momento nos aburríamos. La vida era mucho más sana que la de hoy y había mucha más unión entre los vecinos. Yo pienso también que la pobreza nos unía. Hoy la gente vive mejor y tiene dinero, pero hay también más envidias que había antes. Ca uno va a lo suyo y le importa tres leches que al vecino de su casa las cosas le vayan mal o esté muriéndose. Hoy to el mundo quiere vivir mejor que el otro.

La lluvia ha cesado. Hace unos minutos que no llueve y una brizna de sol está batallando entre las nubes para abrir un huequito entre tanta oscuridad y hundirse después en el alma de las piedras y el aire plomizo donde reman golondrinas como minúsculas reinas que escaparon de un lejanísimo cuento de la infancia con pajes de barro y ogros sin escrúpulos. Me acuerdo de aquellos cuentos diminutos que, en mi niñez, solían regalar en las tiendas de comestibles de mi barrio al comprar una libra o dos de chocolate; olían a cacao y a papel de imprenta limpia. Mis padres me lo regalaban en mis cumpleaños, según creo recordar; hace de eso tanto tiempo que mi memoria se pierde y se diluye como esa brizna de luz que ahora en la plaza intenta vencer al plomo líquido y voraz de un cielo aún sombrío, dormido en los tejados y en torno a la torre adornada de cigüeñas. La

vida vuelve a bullir en el aguasol; un coche amarillo cruza por la plaza húmeda y un par de mujeres, felices tras la lluvia, caminan deprisa bajo los soportales: la luz vence, al fin, a un cielo gris, dictatorial, que me hace evocar los cielos de posguerra, aquellos de los recreos con cara al sol y con las palmas abiertas frente a un muro donde el musgo crecía entre las llagas de las piedras.

Salgo de Dos Torres con el corazón trastabillando y las sienes repletas de imágenes muy antiguas que han tomado forma y alma en mi conciencia. Las nubes se han terminado de acostar como ovejas recién esquiladas en el redil de un horizonte cálido y violeta, sobre la línea dulce de los montes, despojándose del gris que, antes, tenían. Detengo mi coche a la orilla del asfalto, y me acercó a observar los olmos ya podridos en los que han anidado varias parejas de cigüeñas y algunas garcillas boyeras que pasan aquí, en este paraje, los largos meses de invernada. Entre las zarzas, se abre una albercucha donde nadan plácidamente dos o tres patos. El paisaje es idílico a pesar de su abandono; las cigüeñas, suspensas en el cielo azul profundo, despiden un febril crotoreo melancólico.

Doy ocho o diez pasos, no más; me acerco a un olmo y siento el sonido del viento derruido, ese viento que arrastra la luz de la memoria y lame las casas caídas, derrumbadas, de estos campos transidos por la lezna del silencio. A quinientos o seiscientos metros de donde estoy, una oscura silueta avanza entre las encinas; ¿será un guarda rural que regresa de aquel tiempo para vigilar estos campos fantasmales?

Toco la pared de una casa abandonada y siento en mis dedos el alma de las piedras, el amor de los hombres que antaño la habitaron. Me vuelvo hacia el coche, no puedo con tanta soledad. Las cigüeñas me miran altivas, displicentes, desde la sobria estatura de sus nidos. En los olmos podridos silba un viento huraño.

Me acuerdo de todos los seres que hoy no están y de las tradiciones que desaparecieron. He subido al coche de nuevo, como si lo hiciera el fantasma de un niño que vuelve de otra época. Arranco y un par de cigüeñas abre sus alas para tenderse, luego, sobre el aire. Avanzo muy lentamente, ensimismado, dejando correr mis ojos por el campo. Siento mi amor a esta tierra, los Pedroches, en el alma cansada y dulce del granito que forma esa casa añil de la colina que, ahora, observo sin prisa desde mi automóvil. En esa casa pequeña, casi en ruinas, abandono mis ojos y dejo que el viento derruido, ese viento infeliz que ahora lame las retamas, fermente en las habitaciones de mi espíritu y encienda las luces antiguas de un espacio que, aún, sigue

dormido en las calles de mi sangre produciendo murmullos, sombras, bisbiseos.

Table of Content

capítulo i

el aire en las retamas

la música de un mundo

la dehesa infinita

el viejo tren de plomo

la música de un mundo

la dehesa infinita

el viejo tren de plomo

Capítulo II

lA LENGUA DE LOS PASTORES

el desembarco de bibiana

los días del verano

la luz de la pobreza

los viajes en burra

la música de los pucheros

el tiempo de las katiuskas

el desembarco de bibiana

los días del verano

la luz de la pobreza

los viajes en burra

la música de los pucheros

el tiempo de las katiuskas

Capítulo III

LA LUZ DE LOS CARBONEROS

un sagrado recogimiento

el camino de las luciérnagas

las casitas del viñón

el horno del calerín

el traje de la comunión

los primeros zapatos

la visita de los rojos

las campanas fantasmas

la gata en el saco

un sagrado recogimiento

el camino de las luciérnagas

las casitas del viñón

el horno del calerín

el traje de la comunión

los primeros zapatos

la visita de los rojos

las campanas fantasmas

la gata en el saco

Capítulo IV

LA VOZ DE LA LLUVIA

la cruz del cerrillo

el bosque animado

el don de las cabañuelas

la oración de las culebrillas

la recitadora de versos

la cruz del cerrillo

el bosque animado

el don de las cabañuelas

la oración de las culebrillas

la recitadora de versos

Capítulo V

EL LABRADOR DE LA MELANCOLÍA

los surcos de la ladera

el embrujo de marifé

el viento de la guerra

la huella de un maestro

la tecnificación agrícola

la afición taurina

días de fútbol, tardes de cirios y noches de saxofones

lección de gastronomía

la mujer segadora

los surcos de la ladera

el embrujo de marifé

el viento de la guerra

la huella de un maestro

la tecnificación agrícola

la afición taurina

días de fútbol, tardes de cirios y noches de saxofones

lección de gastronomía

la mujer segadora

Capítulo VI

EL SENDERO DE LAS LAVANDERAS

la luz de la zarza

la luz de la encrucijada

la huerta de zarcero

jabón de sosa

la casa encendida

secretos de cocina

la finca el peralejo

la dulzura del arrope

la luz de la zarza

la luz de la encrucijada

la huerta de zarcero

jabón de sosa

la casa encendida

secretos de cocina

la finca el peralejo

la dulzura del arrope

Capítulo VII

LOS OJOS DEL EMIGRANTE

la lechera de fátima

el aroma del pan

parábolas de la mili y de alemania

la música de las bodas

los días del esquilo

la lechera de fátima

el aroma del pan

parábolas de la mili y de alemania

la música de las bodas

los días del esquilo

Capítulo VIII

LA NORIA DE LOS DÍAS

la huerta de «cartones»

el recuerdo de antonio mansilla

el carro de encina

el sudor de los pozos

el secreto de los cangilones

las míticas chumberas

la huerta de «cartones»

el recuerdo de antonio mansilla

el carro de encina

el sudor de los pozos

el secreto de los cangilones

las míticas chumberas

Capítulo IX

EL ALMA DE LAS PIEDRAS

la hoja de higuera

la sombra de la benemérita

el dolor del granito

las señales del hambre

el tiempo de los amoríos

el olor de la dinamita

la casa abandonada

la hoja de higuera

la sombra de la benemérita

el dolor del granito

las señales del hambre

el tiempo de los amoríos

el olor de la dinamita

la casa abandonada

Table of Contents

Table of Contents